Maaza Mengiste

El rey en la sombra

Traducción del inglés de Inés Clavero
y Montse Meneses Vilar

Galaxia Gutenberg

© Nina Subin

Maaza Mengiste

Nació en Adís Abeba, Etiopía. Es novelista y ensayista. Su novela *El rey en la sombra* fue finalista de los premios Booker 2020 y del LA Times Book Prize Fiction 2020. Fue nombrado mejor libro del año por el *New York Times*, *NPR*, *Elle* y *Time*, entre otros. Su primera novela, *Beneath the Lion's Gaze*, fue seleccionada por *The Guardian* como uno de los diez mejores libros africanos contemporáneos y destacada como uno de los mejores libros de 2010 según el *Christian Science Monitor*, *Boston Globe* y otras publicaciones. Recibió el Premio de Literatura de la Academia Estadounidense de las Artes y las Letras, el Premio Il Ponte, en Roma, y becas del Programa Fulbright y del Fondo Nacional para las Artes. Ha publicado textos en *The New Yorker*, *The New York Review of Books*, *Granta*, *The Guardian*, *The New York Times*, *Rolling Stone* y *BBC*, entre otros. Actualmente vive en Nueva York.

En esta novela monumental Maaza Mengiste indaga en las vidas casi borradas de las mujeres de su Etiopía natal que participaron en la guerra de resistencia ante la invasión italiana fascista que comenzó en 1935.

A través de los personajes de *El rey en la sombra* –complejos y llenos de aristas, con sus luces y sus sombras- Mengiste nos desvela las graves consecuencias de una violencia omnipresente que deja profundas cicatrices, como la que decora el cuello de Hirut, la protagonista de esta novela, o la orfandad del judío Ettore al saber que a sus padres les han trasladado a un campo de concentración.

El régimen de Mussolini, cómplice del plan de exterminio nazi, no tiene reparos en ejercer una violencia similar contra los etíopes en la guerra de ocupación. Pero también hay otras violencias que recaen sobre las mujeres protagonistas de esta historia, víctimas de una sociedad patriarcal en la que las niñas son sometidas a matrimonios forzados, la violencia sexual dentro del matrimonio está normalizada y la servitud y la servidumbre son aceptadas sin ningún tipo de cuestonamiento.

Hirut le dice a Ettore: «Oye a los muertos cada vez más alto: Hemos de ser oídos. Hemos de ser recordados. Hemos de ser conocidos.» Y con ello se desencadena el torrente de la memoria. Te invito a que te dejes llevar por él y descubras esta épica sin gloria ni héroes, esta gesta que aborrece la violencia, esta novela de una guerra llena de duelos y heridas, esta memoria que acaricia sus cicatrices.

(Del prólogo de Edurne Portela)

Título de la edición original: *The Shadow King*
Traducción del inglés: Inés Clavero Hernández y Montse Meneses Vilar

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2021

© Maaza Mengiste, 2019
Reservados todos los derechos de reproducción
© de la traducción: Inés Clavero y Montse Meneses Vilar, 2021
© del prólogo: Edurne Portela, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021
Imagen de portada: © Lynn Buckley

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-18526-42-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Serie dirigida

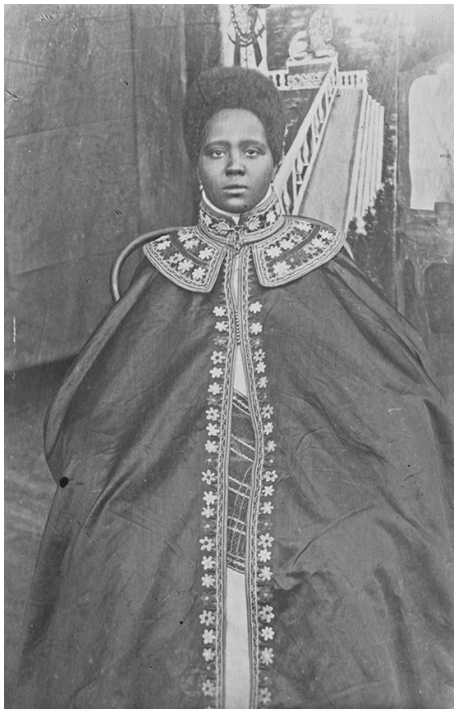
por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste
Luces de invierno, Irati Elorrieta

En preparación:

The New Wilderness, Diane Cook



A mi madre
por tu amor, por todo

A mi padre
por no haberme dejado nunca, a pesar de haberte ido

Y

A Marco,
sin quien nada de esto hubiera sido posible

… un funesto destino con el fin de que seamos motivo de canto para los hombres venideros.

HOMERO, *La Ilíada*
Traducción de Óscar Martínez García

Ay de la tierra de zumbido de alas, que está más allá de los ríos de Etiopía.

ISAÍAS, 18, 1

¿De dónde tienes esas violentas, posesas y vanas aflicciones, y cantas esos horrores con gritos siniestros y, a la vez, con agudos tonos? ¿Dónde tienes los ominosos límites de tu sendero profético?

ESQUILO, *Agamenón*
Traducción de Enrique Ángel Ramos Jurado

Prólogo de Edurne Portela

Estás a punto de entrar en un mundo épico, de gestas que aún no han sido narradas. Ocurrieron en la sombra, o más bien en la retaguardia, y sus protagonistas han sido excluidas de la historia. Ellas, las ausentes de las narrativas oficiales, se desvanecen con el paso de los años. Quedan vivas únicamente en las baladas que cantan las ancianas, en la memoria de las pocas supervivientes, en fotografías que las retratan no como fueron ellas, sino según la mirada deshumanizante del colonizador.

En esta novela monumental Maaza Mengiste indaga en las vidas casi borradas de las mujeres de su Etiopía natal que participaron en la guerra de resistencia a la invasión italiana fascista que comenzó en 1935. En el inicio de sus páginas conocerás a Hirut, la protagonista de esta historia, ya anciana. Apenas tiene fuerzas, pero debe reunirse con Ettore, un fotógrafo italiano judío que conoció hace cuarenta años. Le lleva una caja llena de fotografías, cartas, recortes de periódicos. Es 1974 y en las calles que la conducen a Ettore contempla la violencia que acaba de estallar, la revolución que derrocará al emperador Haile Selassie. Hirut es una mujer pobre, nadie diría que si Haile Selassie recuperó el trono una vez desarticulado el imperio de Mussolini, en parte se lo debe a ella. Hirut camina al lado de las mujeres revolucionarias que la miran como si fuera un trapo viejo e inservible. Lo que ellas no saben es que si están ahí, empuñando sus armas, es porque ella hizo lo mismo hace cuarenta años. Esa caja que lleva Hirut bajo el brazo es la caja de la memoria, desde la que hablan los muertos, que claman ser escuchados. A lo largo de esta novela sus fotografías cobran vida y, con ellas, sus voces.

El rey en la sombra desvela, a través de un lenguaje lírico y una construcción polifónica, una historia doblemente desconocida –por lo menos para esta lectora– que se presenta a través de una interpretación feminista afrocéntrica de la historia colonial. Mengiste rechaza la mirada colonial, todavía tan presente en el imaginario europeo, y narra desde dentro, situándose así como eslabón legítimo de la cadena de memoria tanto íntima como colectiva de las mujeres de su país. Tal vez por esa ruptura con

la mirada colonial la autora no glosó las palabras en amárico que aparecen en el texto, optando por dejarlas sin traducir al inglés. Lo interpreto como un gesto político que nos hace conscientes de que hay parte de su mundo al que no tenemos acceso, señala nuestra cercanía al colonizador, nos incomoda y obliga a esforzarnos en la comprensión. En esta excelente traducción a cargo de Inés Clavero y Montse Meneses hemos respetado esa decisión.

Estamos ante una novela, no un libro de historia, por lo que la imaginación y el lenguaje simbólico, la interpretación subjetiva de ese pasado, el peso de la memoria como herramienta de construcción de la ficción, desempeñan un papel fundamental. Y es precisamente ahí donde reside mucha de la fuerza de *El rey en la sombra*. A través de sus personajes –complejos y llenos de aristas, con sus luces y sus sombras– Mengiste nos desvela las graves consecuencias de una violencia omnipresente que deja profundas cicatrices, como la que decora el cuello de Hirut o como la orfandad del judío Ettore al saber que a sus padres les han trasladado a un campo de concentración. El régimen fascista cómplice del plan de exterminio nazi no tiene reparos en ejercer una violencia similar contra los etíopes en la guerra de ocupación. Son bien sabidas las barbaridades que cometieron, como el bombardeo de la población civil con gas mostaza o las masacres indiscriminadas arrasando pueblos enteros. Pero también hay otras violencias que recaen sobre las mujeres protagonistas de esta historia, víctimas de una sociedad patriarcal en la que las niñas son sometidas a matrimonios forzados, la violencia sexual dentro del matrimonio está normalizada y la esclavitud y la servidumbre son aceptadas sin ningún tipo de cuestionamiento.

Hirut abre la caja de Ettore –«Oye a los muertos cada vez más alto: Hemos de ser oídos. Hemos de ser recordados. Hemos de ser conocidos»– y con ello se desencadena el torrente de la memoria. Te invito a que te dejes llevar por él y que descubras esta épica sin gloria ni héroes, esta gesta que aborrece la violencia, esta novela de una guerra llena de duelos y heridas, esta memoria que acaricia sus cicatrices.

MAR ROJO
Massawa
Asmara
ERITREA
SUDAN
RIO MAREB
RIO TEKEZE
Aksum
Adua
Mekele
MONTANAS SIMEN
Debark
Dabat
Gedebge
Ameqiagi
Kossoye
Gondar
Azezo
Bambelo
RIO ATABRA
Mai Ceu
LAGO TANA
Yifag
Wereta
Fogera
Bahir Dar
ETIOPIA
Dese
Gojjam
NILO AZUL
Debre Markos
Debre Libanos
Adis Abeba
N
O
E
S
MILLAS
Venecia
Nápoles
Puerto Said
Massawa

Prólogo

ESPERA

1974

No quiere recordar, pero está aquí y la memoria está reuniendo los huesos. Ha venido a Adís Abeba a pie y en autobús, a través de un territorio que había decidido olvidar durante casi cuarenta años. Llega con dos días de antelación, pero lo esperará, sentada en el suelo de esta esquina de la estación de tren, con la caja metálica en el regazo, apoyada de espaldas contra la pared, rígida cual centinela. Lleva puesto el vestido de los días especiales. Luce un pelo impecablemente trenzado y brillante y se ha esmerado en esconder la cicatriz alargada que se arruga en la base del cuello y le recorre el hombro como un collar roto.

Dentro de la caja están las cartas de él, *le lettere, ho sepolto le mie lettere, è il mio segreto, Hirut, anche il tuo segreto. Segreto, secreto, meestir. Guárdamelas hasta que vuelva a verte. Y ahora vete. Vatene. Date prisa, antes de que te atrapen.*

Hay recortes de periódico fechados en el transcurso de la guerra entre su país y el de él. Sabe que los ha ordenado desde el principio, 1935, hasta casi el final, 1941.

En la caja hay fotografías suyas, las que él tomó por orden de Fucelli y llevan pulcras anotaciones de su puño y letra: *una bella ragazza. Una soldata feroce*. Y otras que hizo por voluntad propia, recuerdos rescatados de la vida de la muchacha atemorizada que fue en esa cárcel, tras aquella alambrada de espino, atrapada en noches aterradoras de las que no lograba liberarse.

Dentro de la caja están los muchos muertos que se empeñan en resucitar.

Ha viajado durante cinco días para llegar a este lugar. Ha tenido que abrirse paso entre puntos de control y soldados exaltados, aldeanos temerosos que comentan entre susurros la revolución inminente, y manifestaciones estudiantiles violentas. Ha contemplado a una cuadrilla de mujeres jóvenes, el puño en alto y el fusil en ristre, desfilando delante del autobús que la llevaba a Bahir Dar. Se la quedaron mirando, una mujer entrada en años ataviada con un vestido ramplón, como si desconocieran a

las que las precedieron. Como si fuera la primera vez que una mujer empuñaba un arma. Como si el suelo bajo sus pies no lo hubieran ganado algunas de las combatientes más fieras que Etiopía ha conocido jamás, mujeres llamadas Aster, Nardos, Abebech, Tsedale, Aziza, Hanna, Meaza, Aynadis, Debru, Yodit, Ililta, Abeba, Kidist, Belaynesh, Meskerem, Nunu, Tigist, Tsehai, Beza, Saba y una mujer apodada sencillamente «la cocinera». Hirut murmuró sus nombres mientras las estudiantes pasaban de largo, arrojándola al pasado con cada proclama hasta que se vio en aquel terreno abrupto, ahogada entre gases y pólvora, sofocada por el tufo acre del veneno.

Tan sólo regresó al autobús, al presente, cuando un anciano se agarró a su brazo para instalarse en el asiento contiguo: *Si Mussoloni no fue capaz de echar al emperador, ¿qué se creen estas estudiantes que están haciendo?* Hirut negó con un gesto de cabeza. Ahora niega con un gesto de cabeza. Ha venido hasta aquí para devolver esta caja, para liberarse del horror que reaparece tambaleante cuando menos se lo espera. Ha venido para renunciar a los fantasmas y expulsarlos bien lejos. No tiene tiempo para preguntas. No tiene tiempo para corregir la pronunciación de un viejo. Un nombre siempre lleva otro a rastras: las cosas nunca viajan solas.

Desde el exterior, un puño de luz resiste a través de la ventana polvorienta de la estación de tren de Adís Abeba. Envuelve su cabeza en un baño cálido y se instala a sus pies. Una brisa se desata en la estancia. Hirut levanta la mirada y ve a una mujer joven vestida con ropa *ferenj* que empuja la puerta, aferrada a una maleta gastada. La ciudad se alza a su espalda. Hirut vislumbra la larga carretera de tierra que conduce de vuelta al centro urbano. Ve a tres mujeres caminando en equilibrio con fardos de leña. Más allá, justo detrás de la rotonda, hay una procesión de sacerdotes donde otrora, en 1941, estaban los guerreros y ella, una de ellos. La caja metálica plana, del tamaño de su antebrazo, se le enfría sobre el regazo y se le antoja tan pesada como un cuerpo agonizante contra su vientre. Cambia de postura y acaricia el contorno metálico, rígido y oxidado por los años.

Metido en alguna parte de la grieta que conforma esta ciudad, Ettore aguarda dos días para verla. Está sentado frente a su escritorio en el resplandor tenue de un despacho pequeño, encorvado sobre alguna de sus fotografías. O, tal vez, acomodado en una silla, bañado por la misma luz que tira de los pies de ella, con la mirada puesta en dirección a su Italia. Él también cuenta los minutos, ambos se inclinan hacia el día señalado. Hirut

observa el horizonte soleado que se ciñe contra las puertas abatibles. Cuando las hojas empiezan a entornarse, contiene el aliento. Adís Abeba se reduce a una rendija y se escabulle de la estancia. Ettore se desploma y vuelve a caer en la oscuridad. Cuando finalmente se cierran, se queda de nuevo sola, aferrada a la caja en esa cámara reverberante.

Percibe los primeros indicios de un miedo familiar. Soy Hirut, se recuerda para sus adentros, hija de Getey y Fasil, nacida en un día bendito de cosecha, esposa querida y madre amantísima, soldado. Exhala un suspiro. Le ha costado mucho tiempo llegar a este punto. Le ha costado casi cuarenta años de otra vida empezar a recordar quién fue. Así comenzó el viaje de vuelta: con una carta, la primera que recibió:

Cara Hirut:

Me cuentan que por fin te he encontrado. Me cuentan que te casaste y vives en un lugar demasiado pequeño para los mapas. Este mensajero dice conocer tu aldea. Dice que te entregará esto y me traerá tu mensaje de vuelta. Por favor ven a Adís. Date prisa. Por aquí las cosas están revueltas y debo partir. No tengo otro sitio al que marchar más que Italia. Dime cuándo ir a tu encuentro a la estación. Ten cuidado, se han alzado contra el emperador. Por favor ven. Trae la caja.

ETTORE

Lleva la fecha *ferenj:* 23 de abril de 1974.

Las puertas se abren y esta vez es uno de los soldados que ha visto desperdigados por la carretera de acceso a la ciudad. Un hombre joven a cuya espalda resuena un repiqueteo. Lleva un fusil nuevo echado al hombro de cualquier manera. Su uniforme no tiene ni un remiendo ni un roto. Está impoluto y le queda como un guante. Su mirada es demasiado impaciente como para haber sostenido a un compatriota agonizante, sus movimientos son demasiado rápidos para haber conocido el verdadero agotamiento.

«¡La tierra para quien la trabaja! ¡Etiopía revolucionaria!», grita, y el aire de la estación abandona la sala. Alza el fusil con la torpeza de un niño, consciente de que lo observan. Apunta hacia el retrato del emperador Haile Selassie colgado justo encima de la puerta de entrada. «¡Abajo el emperador!», exclama, y pasa de dirigir el fusil de la pared a la parte trasera de la estación nerviosa.

La sala de espera está abarrotada, llena de todos aquellos que desean escapar de la ciudad tumultuosa. Respiran hondo e intentan evitar a este muchacho uniformado que avanza a marchas forzadas hacia la adultez. Hirut observa el retrato del emperador Haile Selassie: un hombre de porte majestuoso y huesos delicados mira a la cámara, circunspecto y regio con su uniforme militar y sus medallas. El soldado también alza la vista, a falta de nada más que hacer aparte de escuchar el eco de su propia voz. Se remueve incómodo, acto seguido da media vuelta y sale corriendo por la puerta.

Los muertos laten bajo la tapa. Durante mucho tiempo, se han alzado y se han derrumbado ante su cólera, dando paso a la vergüenza que aún la atenaza y la paraliza. Puede oírlos repitiéndole lo que ya sabe:

El verdadero emperador de este país está en su granja labrando el diminuto terruño contiguo al suyo. Jamás se ha ceñido una corona, vive solo y no tiene enemigos. Es un hombre tranquilo que una vez lideró a una nación contra una bestia de acero, y ella fue su soldado más leal: la orgullosa guardia del rey en la sombra. Cuéntaselo, Hirut. Ahora es el momento.

Oye a los muertos cada vez más alto: Hemos de ser oídos. Hemos de ser recordados. Hemos de ser conocidos. No descansaremos hasta que nos hayan llorado. Hirut abre la caja.

*

Hay dos montones de fotografías, atados con delicados cordeles azules. En uno de los paquetes, él ha escrito su nombre con una caligrafía suelta y ligada, las letras se hinchan en el papel plegado sobre el fajo y sujeto por el cordón. Hirut desata el nudo y se desprenden dos fotos, que con el tiempo han quedado pegadas. Una es del fotógrafo francés que recorrió las montañas del norte tomando instantáneas, un tipo esmirriado pegado a una voluminosa cámara de fotos. En el dorso pone Gondar, 1935. Esto es lo que sabemos de este hombre: es un antiguo artesano de Albi, un pintor frustrado de voz resbaladiza y ojillos azules. No tiene más importancia que aquella que la memoria le otorga. Sin embargo, está dentro de la caja, es uno de los muertos y no renuncia a su derecho a ser conocido. Lo que diremos porque debemos: también hay una fotografía de Hirut tomada por este francés. Una instantánea que realizó durante su visita a la casa de Aster y Kidane, cuando

solicitó retratar a las criadas para negociar con otros fotógrafos o intercambiar por carretes. Aparta la mirada. No quiere verse. Quiere cerrar la caja para acallarnos. Pero la imagen está aquí y esa joven Hirut también rechaza una tumba tranquila.

Esa es Hirut. Ese es su rostro ancho y despejado y su mirada curiosa. Ha heredado la frente alta de su madre y la boca torcida de su padre. Tiene unos ojos chispeantes, recelosos pero serenos, que atrapan la luz en prismas dorados. Se inclina hacia el espacio frente a ella, una muchacha hermosa de cuello esbelto y hombros caídos. Su expresión es cautelosa, su postura peculiarmente rígida, carente de la elegancia natural que durante muchos años ignorará que le es propia. Aparta la vista del objetivo y se esfuerza por no cerrar los ojos, de cara al sol cegador. Es fácil distinguir la pendiente pronunciada de la clavícula, el cuello sin cicatrices que asciende desde el escote en pico de su vestido. Esta foto ofrecerá testimonio de la superficie de piel sin marcar que se extiende por sus hombros y su espalda. Es el único modo de recordar el cuerpo inmaculado que un día llevó con despreocupación infantil. Y, fijaos, al fondo, apenas visible en la distancia, Aster observa inmóvil, una silueta elegante recortada a través de la luz.

Libro Primero

INVASIÓN

1935

Hirut oye que Aster la llama de un grito, con una voz que amenaza con quebrarse de la tensión. Levanta la mirada de la pequeña hoguera que atiende en un rincón del patio. Está sentada en un taburete, encorvada junto a un montón de cebollas que esperan a ser peladas. La cocinera está detrás, en la cocina, cortando carne para la cena. Aster debería estar tomándose el café en la cama, envuelta en una manta delicada, tal vez mirando por la ventana y contemplando sus flores. Esta debería ser una mañana apacible. Hirut se tensa por la intromisión. Entonces Aster vuelve a llamarla y, esta vez, pronuncia su nombre con un tono tan estentóreo, tan forzado, que la cocinera detiene el veloz vaivén del cuchillo, los pájaros de la mañana dejan de cantar, y hasta el gran árbol de la puerta parece contener el aliento para quedarse quieto. Durante un instante, nada se mueve.

¿Qué habré hecho? Hirut nota un temblor en las manos.

La cocinera se asoma por la puerta de la cocina, sobresaltada: Está en nuestra habitación. Señala hacia los cuartos de las criadas. ¿Qué estará haciendo ahí? Vamos, date prisa.

Hirut suelta la ramita que estaba usando para atizar el carbón y se pone en pie con dificultad. El pensamiento cristaliza: Aster está en los aposentos de las criadas. Está en ese cuchitril que comparte con la cocinera, ese lugar al que acuden cada noche para liberarse de su utilidad y dormir. Es una habitación separada de la casa de múltiples habitaciones en la que Aster vive con su marido, Kidane. Es un espacio que no es tal, un cuarto que es menos que un cuarto. Es un oscuro agujero tallado en incontables noches de fatiga. No está pensado para verse a la luz del día. No está pensado para alguien como Aster.

¿Está ahí?, pregunta Hirut.

Es la primera vez que Aster entra en la habitación. La mujer de más edad se asoma por la puerta, sus brazos robustos se aferran a ambos lados del marco mientras se estira para otear el caminito estrecho que conduce al cuarto, como si le diera miedo abandonar la seguridad de su cocina. ¿Ha vuelto Kidane?

Hirut niega con la cabeza. Kidane cogió el caballo y se marchó antes del amanecer.

O sea que estamos sólo nosotras, dice la cocinera. Ha estado discutiendo con Kidane mientras yo le preparaba las cosas.

Hirut quiere decirle a la cocinera que, en realidad, Aster debería estar en la cama. Acostada para aliviar el dolor de su sangrado menstrual. Ellas deberían entregarse a las labores diarias como de costumbre, trabajar hasta que la bóveda celeste caiga a plomo sobre ellas, abarrotada de estrellas.

Vamos, ve. La cocinera da un paso atrás y se adentra en la cocina, pero lanza a Hirut una mirada intensa, con el cuchillo colgando lánguido de la mano. No puede ponerse a husmear entre nuestras cosas, añade. Se ajusta el pañuelo de la cabeza, se aparta las hebras canosas que le asoman por la frente.

La cocinera se refiere al viejo fusil de Hirut, el que su padre le entregó poco antes de morir. Aparte del vestido con el que llegó y del pequeño collar que ahora mismo lleva, Hirut no posee nada más en este mundo.

Todo está escondido, la tranquiliza, pues la cocinera parece extrañamente nerviosa.

Aster repite su nombre otra vez y la insistencia da paso a una ira desmedida.

La cocinera se retuerce como si la voz tirara de ella. ¡Vete!, le grita. ¡Y respóndele!

Hirut se da media vuelta. ¡Ya voy! Se apresura hacia el cuarto.

Desde la puerta observa por primera vez lo realmente pequeño que es, lo sórdido y angosto que es ese espacio al que ha considerado su hogar durante casi un año. En la penumbra de la exigua habitación, Aster, vestida con una camisola abesha preciosa, parece demasiado para este espacio que es demasiado poco para cualquier cosa. Es menos que una caja, es un hoyo asfixiante sepultado entre barro, paja y excrementos. No tiene puerta propiamente dicha, ni una ventana acristalada por la que circule el aire. La cocinera y ella duermen en unos jergones endebles que han de enrollar para poder moverse. Sólo hay retales de mantas desechadas clavados a unas aperturas estrechas, jirones que retienen el polvo y la oscuridad. Es un espacio concebido para albergar a dos personas hechas para amoldar su vida en torno a una mujer y su esposo. No está construido para alguien acostumbrado a los tejidos finos y la brisa fresca que ondea las cortinas de seda.

¿Dónde estabas? Aster se vuelve hacia ella. Su pelo corto dibuja un arco perfecto en el tenue halo que se filtra por la ventana de encima de su cabeza. La luz tibia aplica un brillo cálido sobre sus mejillas tersas. Se encuentra en el único punto en el que el sol puede entrar en la habitación, ese agujero diminuto apenas más ancho que la cabeza de Hirut, perforado en la pared como si fuera una idea a posteriori. Cada mañana, la cocinera engancha una esquina de la cortina raída a un clavo para ventilar la habitación y, cada noche, la suelta para cerrarla.

¿Dónde está el collar? Dame mi collar.

Hirut observa una leve claridad que se alarga hasta los pies de Aster como si también la luz estuviera a las órdenes de la mujer. Tiene la cabeza gacha cuando Aster se abre paso hacia su lado de la habitación.

Sé que intenta protegerte. Aster levanta el colchón de Hirut y lo deja caer, se limpia las manos en el borde del vestido que parece demasiado blanco en esa habitación oscura. Coge la cajita en la que Hirut y la cocinera guardan sus escasas pertenencias y agita el contenido. Él dice que lo ha perdido, pero sé que está aquí.

Aster suelta la caja y mira hacia abajo, mientras se alisa con una mano la parte delantera de su larga camisola abesha. Es una mujer elegante de carne suave, mientras que Hirut es angulosa y huesuda. Es apenas más alta que Hirut, pero en el suelo de tierra irregular, parece grande e imponente.

Me lo dio mi madre para que se lo entregara a mi esposo cuando me casara. Sé que él no lo ha podido perder. Entrecierra los ojos cuando la mira por encima del hombro. Me está ocultando algo.

Hirut encorva la espalda como le ha enseñado a hacer la cocinera. Quiere decir que no es culpa suya que Aster se pelee con su esposo, Kidane. No es culpa suya que él la trate bien, ni puede evitar que eso la haga llorar.

No sé dónde está. Ella sabe que, durante los primeros días de duelo por su único hijo, Aster tiró muchas cosas. Hizo una pila con sus mejores vestidos y capas, incluso joyas, y le prendió fuego en la finca, golpeándose el pecho mientras las llamas empezaban a devorar las prendas. La cocinera decía que seguía buscando algunas cosas, olvidando que las había quemado. No lo he visto nunca, añade Hirut.

Así, ¿pretendes hacerme creer que lo tiró Kidane? Se ríe. ¿O quieres que piense que te lo dio él mismo?

Kidane es a quien su madre llamaba «hermano» y «amigo» y a veces incluso decía: Hirut, aunque no nos llevemos muchos años de diferencia, es

como mi hijo. Cuidé de él cuando murió su madre. Lo llevé a cuestas cuando yo no era más que una niña. Crecimos juntos. Es un hombre que se ha mostrado bondadoso conmigo y, si un día no estoy, él cuidará de ti. Y como su madre lo quería tanto, tras la muerte de sus padres, Hirut llegó a la casa queriéndolo también. No es culpa suya que él también le tenga cariño, que la llame «pequeña», «hermanita» y «Rutiye».

¿Sabes qué les hacemos a los ladrones?, pregunta Aster. Con la luz sombría del cuarto, cuesta ver la belleza que siempre exhibe tan orgullosa: el brillo en los ojos y los pómulos altos, los labios carnosos y el cuello esbelto que desciende hasta los hombros que no han soportado el peso devastador de los cántaros de agua y la leña. Como lo encuentre aquí, ni Kidane podrá ayudarte.

Hirut sabe lo que les pasa a los ladrones. Ha visto a esos niños y hombres lastimosos que piden limosna en el *mercato*, de cuerpos raquíticos y renqueantes, mancos y cojos, con los ojos aún abiertos como platos por la conmoción de la cruel pérdida. Nota la acidez que se le filtra en la boca del estómago.

Aster levanta el colchón de Hirut. Lo desenrolla y deshace el nudo de la cuerda con el que asegura que el arma no se mueva. La cocinera dijo que si Aster la veía, se la llevaría, pero Hirut nunca creyó que llegaría a entrar en este sitio que era sólo para criadas. Pensaba que había ciertos lugares a los que Aster no iba. Contiene la respiración mientras ve caer la cuerda del colchón. Ha pasado mucho tiempo desde que no está en casa, ha pasado mucho tiempo desde que dejó de moverse sin pedir permiso, de hacer lo que había que hacer en lugar de lo que se le exigía. Hubo un tiempo en el que había sido algo más que una criada. Había sido una persona sin miedo a poseer aquello que era suyo.

Y entonces Aster pregunta: ¿Qué es esto? Sigue debajo de la ventana, con la manta y el arma oscilando en la mano.

Flota un hedor al que Hirut no ha llegado a acostumbrarse. Procede de un montoncito de piedras cerca de la entrada donde, de niño, Kidane aprendió a sacrificar ovejas para las ocasiones especiales. Debajo de esas piedras hay una pequeña zanja poco profunda donde iba a parar la sangre. Eso es lo que hueles, le había comentado la cocinera cuando llegó a la casa. Es la sangre podrida, te acostumbrarás. En el cuarto sigue estancada la peste a sangre vieja, a animales indefensos, a la orina y los excrementos que se filtraron en la tierra al combinarse el instinto y el miedo.

¿De quién es el arma?

Es mía, responde Hirut.

El fusil era la posesión más preciada de su padre. Era demasiado grande para entrar en la cajita, por eso lo metió entre la pila de paja y mantas que utiliza como colchón, lo cubre todo con una sábana grande y anuda las esquinas para que el contenido no se mueva. Las noches que está más cansada, duerme de tal manera que nota el fusil a su lado y se imagina que es el brazo de su madre.

Aster lo sujeta hacia la luz. Es viejo. Pasa un dedo por los cinco surcos del cañón, las marcas que ayudaban al padre de Hirut a llevar la cuenta de los italianos que había matado. ¿Sabes usarlo? Lo sopesa y comprueba el equilibrio. Mi padre me enseñó, como a mis hermanos. Presiona la culata contra el hombro, estabilizando el cañón con la otra mano. ¿De dónde lo has sacado?

De casa, dice Hirut.

Casa: exactamente a cinco kilómetros de este lugar que también se llama casa de Aster y Kidane. Cinco kilómetros: una distancia que Hirut no comprenderá hasta más adelante cuando se dé cuenta de que todas las cosas, incluso las perdidas, pueden ponerse por escrito y medirse. Lo que sí comprende, mientras observa a Aster junto a la puerta de su cuarto minúsculo, es que aunque pudiera volver corriendo a toda velocidad, no reduciría la distancia que la separa de la parcela de tierra donde reposan los huesos de sus padres. Está lejos de casa.

De casa, repite. Me lo dio mi padre.

En ese momento Hirut nota una mano en el hombro. Se da la vuelta y es Kidane, bañado por la luz resplandeciente de la tarde.

¿Qué haces aquí? El cuerpo de él ocupa la puerta y bloquea la luz. Una fina línea de sudor le baja por el cuello, oscureciendo su túnica blanca. Los bajos de sus pantalones de montar están llenos de polvo y arrastra una hoja en el dobladillo. ¿Qué ha pasado?

Pregúntale dónde ha puesto el collar.

Kidane busca el rostro de Hirut, luego se vuelve hacia su esposa. ¿De dónde has sacado esa arma? Está sorprendido. ¿La tenía la cocinera?

Es suya, responde Aster, que tose y hace una mueca. Aquí apesta. No se lavan.

Devuélvesela. Se lo pide con el tono que utiliza cuando espera obediencia. No es tuya.

La risa de Aster atraviesa el cuarto. Entonces, ¿vas a permitir que desobedezca las órdenes del emperador? Según tu líder, ahora le pertenece a los ejércitos de Etiopía.

Kidane se seca el cuello con un pañuelo que vuelve a guardarse en el bolsillo y se sacude el polvo de los pantalones. Parece que esté pensando. A continuación pregunta: ¿Puedo verla, pequeña?

Espera a que Hirut asienta antes de quitarle el fusil a Aster. Lo sujeta con las dos manos. Lo sopesa sobre el hombro de la misma manera que ha hecho su esposa, de la misma manera que el padre de Hirut le enseñó a hacer a su hija.

Es un Wujigra. Mi padre utilizó uno en la batalla de Adua cuando nos enfrentamos por primera vez a estos italianos. Como mínimo, tendrá cuarenta años; quizá incluso ronde los cincuenta. Lo levanta más y mira por el cañón, apunta a la puerta, hacia el patio, como si pudiera ver más allá de él, a través de las paredes y la entrada, en dirección a la antigua casa de Hirut a tantos kilómetros de allí. ¿Tienes balas?

Hirut ha memorizado el contenido de la caja que está esparcido a los pies de Aster: el otro pañuelo de la cocinera, enredado alrededor de tres táleros de María Teresa y dos botones azules; el vestido que le ha quedado pequeño con el que llegó; un trozo de carbón que utiliza para dibujar; un plato de cerámica roto con un dibujo de flores rosas que es de la cocinera; el asa desconchada de una jarra de agua también de la mujer y una bala que es suya.

¿Dónde están las balas? Kidane baja el arma. ¿Cuántas tiene?

Sólo tiene esa única bala. Siempre ha habido sólo una y pertenece a esa arma, que le pertenece a ella. Su padre le hizo prometer que las guardaría por separado hasta que estuviera de verdad en peligro y entonces, hija mía, sujetas el fusil como te he enseñado y apuntas al corazón como te he mostrado y no temas nada salvo dejar con vida a tu enemigo.

Ni siquiera sabía que la tenía. Aster se pone en jarras y, en la penumbra, Hirut ve que le tiembla la barbilla y que mira a Kidane con una expresión que oscila entre la ternura y la incomodidad. ¿Qué hacías con eso?

Ahora no, susurra Kidane. Pequeña. Carraspea.

Este fusil es importante para mí. ¿Sabes que se avecina una guerra?

De la guerra es de lo único que hablan la cocinera y los criados que se reúnen en el *mercato*. Se juntan y cuchichean sobre esclavos liberados y la liberación a manos del ejército *ferenj*. Ella niega con la cabeza.

Miente, dice Aster. Mira, le muestra un trozo de papel.

Es uno de esos pasquines que hay desparramados por el *mercato*. No sabía que la cocinera lo tuviera. No sabía que era algo que escondía.

Estaba entre la manta de la cocinera. Son esos papeles que los italianos han estado lanzando desde los aviones. He oído hablar de ellos. Les dicen que serán libres si se unen al bando *ferenj*.

Kidane coge el papel y lo sujeta al trasluz. Desde atrás se entrevé un dibujo torcido. Hay un mendigo escuálido con cadenas arrodillado ante un hombre cabezón que lleva una corona. En la parte inferior, debajo de una serie de palabras, aparece el mismo mendigo, con las cadenas rotas y la corona del emperador hecha añicos a sus pies. El pordiosero, que ahora tiene un poco de barriga, saluda a un soldado con el brazo en alto y una sonrisa jubilosa.

Estos italianos pretenden instigar una revuelta antes de intentar tomar nuestro país, señala Aster. Mussoloni quiere que esta gente se una a su ejército.

Pero si no saben leer. Kidane alterna la mirada entre el pasquín y el arma.

Las imágenes sí las entienden. Aster aparta la manta de la cocinera y se pone a buscar de nuevo, sacudiendo el colchón. Unas nubes de polvo florecen a su alrededor. Bueno, ¿qué le dices a esta?

Hirutiye, empieza Kidane, necesito el fusil. Nos vamos a la guerra y necesitamos todas las armas que podamos conseguir. Los italianos tienen muchas más que nosotros. La mira con ojos bondadosos, suplicándole de un modo que a ella le confiere el valor para decir:

Me lo dio mi padre. Me dijo que lo mantuviera siempre cerca.

Si no reunimos todas las armas del país, perderemos antes de que empiece la guerra, explica Kidane, que no suelta el fusil, ni se lo entrega, sigue sujetándolo firmemente con las dos manos. El propio emperador ha ordenado a todo el mundo que contribuya con sus armas. Lo dijo él mismo, en la radio. Todos debemos hacerlo. Hasta tu padre lo haría si viviera.

No. Es mío. Ella ya lo ha mirado antes a los ojos: donde había bondad, ahora hay una severidad que le resulta nueva, una reprimenda velada por algo que no logra comprender. Sin embargo, sólo puede pensar en el día en el que su padre le entregó el fusil, cuando ya sudaba y tiritaba y tenía las mejillas extrañamente demacradas. No va a desprenderse de él.

Lo recuperarás. Te lo prometo, le asegura Kidane, que vuelve a ser

amable y dulce.

Deja de hablarle como si pudiera razonar, interviene Aster mientras le coge el arma. Quédatela y punto.

Es una niña. Kidane le arranca el fusil.

Una niña. Aster se detiene. Una niña. Se inclina hacia él. ¿Te crees que no me doy cuenta de que la trajiste exactamente un año después de que muriera nuestro hijo? Habla en voz baja, pero con un tono tan amargo que hace retroceder a su esposo.

Él apoya una mano en el marco de la puerta y dice despacio: Sus padres murieron. Le hice una promesa a Getey, era como una hermana para mí.

Aster se mira las manos con una indecisión inusitada. Llegó justo un año después de que muriera Tesfaye, insiste. Levanta la cabeza y lo repite, más segura: La trajiste aquí después del periodo de duelo. Para poder hacer lo que te diera la gana sin chismorreos.

Llegó el día que los enterraron. No tenía otro sitio adonde ir. Kidane respira hondo para tranquilizarse.

La trajiste para insultarme. Aster se lleva una mano fugaz al estómago y la deja caer. La trajiste para intentar enseñarme cuál es mi lugar.

En sus rostros, idénticas expresiones adustas, como si ya se hubieran peleado así con anterioridad, como si ambos estuvieran cansados pero no pudieran evitarlo.

El collar no está aquí, concluye por fin Kidane. Lo perdí hace tiempo. Te lo dije.

Y ella ya no es una niña. Piensa en lo que sabías de mí cuando yo tenía su edad.

Kidane mira a su esposa con expresión titubeante y tuerce el gesto. En voz muy baja, tanto que Hirut cree que es la única que lo oye, dice: Es la hija de Getey. Acto seguido, sale con el fusil y, después de una larga mirada, Aster lo sigue.

¿Han estado los dos aquí? La cocinera se apoya contra la pared y se tira del cuello de su vestido viejo. Le resbalan gotas de sudor. Se pasa el dorso de la mano por la barbilla y el pecho. Deja de mirarme así, farfulla entre dientes.

Hirut se sienta en medio del cuarto, se coge las piernas con los brazos y entierra la cara en el hueco que se forma.

¿Aún buscaba ese collar?, pregunta la cocinera, que se alza sobre ella con los pies separados, esa postura típica suya, y a Hirut no le hace falta

mirar para saber que está en jarras y le sobresale el mentón. Levanta la caja y hace una pausa cuando ve su colchón desenrollado. Pero ¿qué han hecho?

Hirut alza la vista y sobre ella se cierne la cara de pan de la cocinera.

Le empiezan a temblar los labios. ¿Por qué está todo hecho un desastre? Extiende los brazos y, estupefacta, se pone a girar lentamente en círculo. Se arrodilla, mete la mano dentro del relleno de paja y empieza a sacarlo poco a poco, esparciendo los montones. No, dice.

Hirut la mira embobada, le recuerda a un pájaro viejo e hinchado que una vez vio caer ya muerto de un árbol.

¿Por qué no me has llamado? En el regazo de la cocinera reposa su colchón vacío. Mi panfleto. Empieza a inclinarse a un lado hasta que se pone de pie. Has dejado que se lo llevaran. ¿No podías pensar en nadie más que en ti misma?

Hirut se vuelve en su dirección y ve que tiene la mandíbula apretada y la espalda rígida. No entiende de qué le habla. Puedes conseguir otro. Oye la amargura colándose en su voz. Kidane se ha llevado mi fusil.

Para ti es muy sencillo, ¿verdad?, le recrimina la cocinera.

Las dos se quedan en silencio contemplando el desorden del cuarto. Sobre la cabeza de la cocinera, un hilo oscilante de luz parpadea al atravesar el polvo en suspensión. No hay un foco de sol a sus pies, como con Aster. Ni el sol resplandece sobre sus hombros, bañándola en un halo dorado, como a Kidane. Ella es la cocinera: chaparra y corpulenta, con su vestido ramplón y el mismo pañuelo manchado de siempre, en una habitación donde siguen estando todas sus pertenencias.

Yo era más joven que tú cuando llegué. Pronuncia la frase con un hilo de voz e Hirut tiene que inclinarse para poder oírla. A mi padre lo mataron los mismos que vinieron a robarnos para que fuéramos a trabajar a casas de ricos. Yo lo vi. Habla con una angustia contenida. Te crees mejor, hace una pausa, pero yo soy más fuerte.

Yo no me creo mejor, contesta Hirut, también sin subir la voz.

Soy demasiado útil. La cocinera se pone las manos en el estómago y hunde la espalda. Está abstraída en sus pensamientos, sigue susurrando con ese tono que le raspa el pecho. No siempre fui así. Mírame. Extiende los brazos como si fueran alas, levanta el mentón.

Hirut le observa las manos: los huesos perdidos entre tanta carne, las quemaduras que le forman cráteres en la piel, los callos que sabe que le surcan las palmas y que son ásperos al tacto. Hoy tiene las uñas cortas

teñidas de amarillo por la cúrcuma; en la cara interna de la muñeca, un punto de *awaze*, un concentrado de pimiento rojo que brilla como la sangre fresca. Se ha levantado antes del amanecer para empaquetar las provisiones para la expedición de Kidane, que se iba al pueblo a reclutar a aldeanos para el ejército. Se ha quedado toda la noche despierta preparando la comida y llenando cántaros de agua. Suele ser la primera en levantarse y la última en irse a dormir, y trabaja con una persistencia y una firmeza que Hirut no ha cuestionado jamás. No se había planteado nunca qué otra cosa podía ser la cocinera si no esto.

Te crees que antes yo no tenía familia. La cocinera le lee la mente. Te piensas que nací con estas cicatrices.

Nunca la había oído hablar de su vida anterior.

Algunos de nosotros vinimos a la fuerza, añade. Esta guerra nos ayudará a regresar. Berhe y yo podríamos haber vuelto a casa. En cambio, ahora, se detiene, lo saben todo.

Berhe dijo que podía irme cuando quisiera.

La cocinera suelta una risita triste. A mí me dijo lo mismo cuando llegamos.

Mi padre me dio el arma. Hirut se vuelve hacia la pared y pestañea para evitar que se le salten las lágrimas.

La cocinera se desliza hasta el suelo y se sienta a su lado. En medio del largo silencio, la soledad se extiende entre ellas y las acerca.

Al final le explica: No conociste a Berhe de joven. Era muy orgulloso y muy fuerte. Se muerde las uñas. Arrastraron a su padre detrás de un caballo y, aun así, el hombre no se rindió. Se negó a entregarles su tierra, de modo que se la quedaron y se llevaron a su hijo.

Hirut recuerda las historias que contaba su padre de la guerra contra los italianos, los mismos que perdieron hace tiempo y que ahora quieren volver. ¿Esos *ferenjoch*?

El diablo siempre ha vivido en este país para atormentar a personas como yo. La cocinera guarda silencio y mira fijamente a la puerta, en dirección al patio. El día que llegaste, empieza a explicar poco a poco, Aster estaba quemando su ropa. También quemó las flores del jardín.

Hirut asiente. Recuerda el jardín baldío, con la hierba y los arbustos carbonizados. Y algo más: el día que llegó, Aster la recibió en el porche vestida de negro.

Sácala de mi casa, le ordenó a Berhe.

Es la hija de Getey y Fasil, le explicó él, hoy los ha enterrado a ambos, no le queda nadie, la ha traído Kidane.

Y Aster se llevó una mano temblorosa al rostro. Berhe, ¿es así como tiene pensado hacer esto?

Kidane no sabía qué hacer, añade la cocinera. Cuando su hijito murió, se quedó destrozado, no te lo puedes llegar a imaginar. Luego apareciste tú y algo cambió. Con el pie tira una rama fuera de la puerta. Puedes culparla de muchas cosas, pero no le eches la culpa de todo a Aster.

Cada día, Hirut busca el fusil mientras limpia. Entra en el salón y levanta el sofá. Sacude las cortinas y la alfombra y cambia la radio de sitio. Recorre con la palma de la mano el dorso de la mesa del comedor y levanta las cuatro sillas para mirar por debajo. Suplica a la cocinera que le ayude a levantar los costales de *teff* para calibrar su peso, que le deje golpear el lateral de la calabaza con la masa de *injera*. Echa un ojo en el saco de patatas y en la bolsa de lentejas. Revuelve entre los rosales del patio y los fardos de heno de al lado de la cuadra. Desmonta la ordenada pila de leña de Berhe junto al establo y la vuelve a colocar. Se asoma al pozo de agua de fuera de la finca. Se arrastra a gatas bajo el porche. Vuelve a plegar todos los pañuelos y los bonitos vestidos de los armarios de Aster. Aunque no tiene permiso para entrar en el despacho de Kidane, aprovecha cada vez que se marcha a sus reuniones de guerra para colarse dentro y barrer. Limpia con esmero y diligencia hasta que cada estancia queda reluciente, hasta que la plata y el cobre de los centros de mesa brillan como una lumbre que se consume a fuego lento.

Aster está cada vez más tensa y la observa con ojos vigilantes. Kidane se levanta y se marcha en cuanto ella entra en una habitación. Cada noche la cocinera le reprocha: Pero si ya has limpiado ese cuarto, ya basta. Dice: Se lo han dado a uno de los reclutas de Kidane. Dice: Berhe, párala. Pero cuando Hirut inspecciona por enésima vez los senderos trillados del exterior de la finca, Berhe la sigue en silencio, con una tristeza infinita en su rostro curtido. Y un día, al cabo de varias semanas, la detiene en la puerta, la coge entre sus brazos y le susurra al oído: Lo que se ha perdido ya no está, mi niña, lo que se ha perdido deja sitio para otra cosa. Pero Hirut no deja de frotar, de quitar el polvo, de sacar brillo y pasar la escoba como si nunca se hubiera hecho, y con cada nuevo día se intensifica el terror:

El fusil ha desaparecido. Es como si jamás hubiera existido. Como si esta vida, en esta casa, fuera lo único que hubiera conocido, como si nunca hubiera sido más que esa muchacha malquerida. Pronto, tendrá que admitir que el fusil no está en ninguna parte. Ha caído por una grieta capaz de tragarse a las niñas con la misma facilidad con la que engulle armas. Siente que desaparece, siente que sus huesos se ablandan y resbalan dentro de su piel. Se despierta, febril, convencida de que unas manos invisibles la arrastran afuera y ella, indefensa y desarmada, es demasiado débil para enfrentarse al enemigo. Lo siento, *abbaba*, repite cada noche. Se disculpa ante su padre y espera a que los rayos de sol emitan su calor furioso y

abrasen la oscuridad.

El collar de Aster: un día lo encuentra, oculto en el fondo del cajón superior del escritorio de Kidane, esa espléndida mesa de madera tallada que ahora acumula una montaña de mapas y periódicos y un retrato de su hijo, el pequeño Tesfaye. Hirut retira la mano del cajón con brusquedad, aprieta fuerte el collar dentro del puño. Es un crucifijo grueso de oro con una cadena preciosa, pesado y sólido en su mano temblorosa. Se le resbala y cae al suelo como una bolsa de monedas y cuando lo recoge, con el corazón desbocado, percibe algo en la habitación. Se da media vuelta: ante ella están las dos sillas de enfrente del escritorio, sobre la pared, la fotografía desvaída del padre de Kidane, y otra de la pareja cuando era más joven. Está la misma pila de documentos y de periódicos que cubre la superficie de la mesa y, encima, la foto de un pelotón de hombres desfilando con sus *libs* abesha y un retrato del emperador Haile Selassie que la observa con mirada acusadora. Está la misma espada apoyada contra el mismo rincón. No se ha movido nada, pero Hirut siente como si las paredes se expandieran y una mano se alargara para arrebatarle el collar, así que lo aprieta todavía más fuerte y sale de allí corriendo.

Lo entierra en un lateral del establo, dentro de un hoyo que excava bajo la leña de Berhe. Y sigue limpiando. Sigue buscando el fusil. Hirut pasa los días consciente de que la ven, la observan, de que es un espectáculo peculiar en esa casa que aún reluce por el afán con el que trabaja. Sólo por la noche deja que opere el cambio, deja que su corazón se hinche triunfante, y se permite sonreír. En silencio, acaricia el espacio que antes ocupaba el fusil, cierra los ojos y sueña con una chica en una montaña que contempla a sus enemigos caídos con el arma en la mano, victoriosa.

*

Y después no cuesta nada, nada de nada, volver a coger y seguir cogiendo. Qué coge: un abalorio amarillo, una muestra de seda roja, una borla dorada, cinco gomas elásticas, seis táleros, un lápiz roto, una navaja oxidada, un paraguas raído, una herradura, una piedrecita de ámbar, un espejo de mano, un quemador de incienso, una tacita de café con el borde dorado, un tampón de sellos, una brújula que no funciona, un mapa plegado, una Biblia en miniatura encuadernada en cuero, dos amuletos cerrados, una cruz de madera del tamaño de una mano, un pañuelo verde de lana, un trozo de una

cadenilla de oro, una piedra azul brillante, una esquirla de esteatita, un abrecartas con empuñadura de plata, una copa de vino, seis cajas de cerillas, dos cigarrillos aplastados, un pastillero vacío, un brazalete de cuero, un reloj sin correa, un matamoscas de crin de caballo, un abanico de mano plegable, un cenicero, un fajo de documentos sellados, dos sobres doblados, un colgante con una cruz de madera, otro colgante con una cruz de cuero, dos cadenas de plata, un retal de terciopelo negro, un carrete de algodón desechado, una madeja de hilo verde, un marco chiquitito torcido, un collar de cuentas, una cartera de piel, una taza de té de cristal, una cuchara con el mango de oro, una estampita de Iyesus Cristos, una pulsera de niño, unos quevedos, varias tobilleras de plata, un pendiente de oro, un pañuelo negro con bordados dorados, unos prismáticos, un pañuelo negro liso, un par de pendientes de oro y rubí, un brazalete a juego y un brillante anillo de rubí.

Entierra los objetos junto al collar bien entrada la noche, retira la leña con sigilo para después volver a apilarla meticulosamente. Procede con cuidado, se deleita con la euforia de la propiedad, envalentonada por la libertad repentina del hurto. Ya no le da miedo detenerse junto a la radio mientras Kidane escucha los partes y los discursos en un idioma que termina por entender que se llama «francés». Remolonea por el pasillo cuando Aster y él hablan en el despacho. Oye palabras nuevas: Sociedad de las Naciones, Mussolini, Gran Bretaña, Mauser, artillería, barcos de vapor. Oye cómo dicta órdenes a su esposa como si fuera su criada: Ocúpate del abastecimiento, tráenos agua para tres días, no pierdas el tiempo con los pañuelos, que las mujeres se encarguen de tejer, diles que se preparen, es inminente. Hirut descarta los detalles innecesarios mientras permanece a la escucha del nombre del fusil que fue de su padre y un día le perteneció a ella: Wujigra.

Wujigra: también llamado «fusil Gras». Origen: Francia. Un fusil de cerrojo de once milímetros concebido para descargar un disparo único y letal con precisión infalible, un arma robusta resistente al frío y la lluvia, con una cadencia de tiro rápida. Fíjate en cómo lo hago, Hirut, siéntate bien y presta atención. Su padre abre la recámara y carga el cartucho. Para ello, tira de una pequeña manija situada a un lado del cañón. Hirut observa la manija. Es brillante y lisa, un pomo plateado tan redondo como una luna llena. ¿Ves esto? Levanta la mano derecha. Esta es la mano que usan los buenos soldados con este fusil. Hirut cierra la izquierda en un puño. Es la que maneja con más soltura. La que su madre ha empezado a atarle. Mira al fusil y constata que tiene razón: el cerrojo del Wujigra no beneficia a los combatientes zurdos. Así que cuando se convierta en soldado, piensa aquel día con su padre, tendrá que disparar con la diestra, esa mano que se resiste cada vez que intenta ponerla a hacer cualquier cosa. La izquierda, según su madre, es la mano del diablo. La del ladrón, y tú no eres ninguna *leyba*. Es la mano con la que se hace lo que nadie debería verte hacer, Hirut. No se come con la mano izquierda. No se hace nada con ella salvo lo más secreto. Hirut es demasiado pequeña para secretos, es demasiado pequeña para entender que hay cosas que deberían quedarse al margen del conocimiento.

Su padre alza el fusil y apoya la culata contra el músculo entre el hombro y la parte superior del pecho. Lo colocas aquí, le explica, justo donde pones la cabeza cuando te me quedas dormida encima. Le sonríe. Con la mano derecha tira hacia atrás del pomo. Esto desbloquea el cerrojo, añade. Dentro, Hirut ve una cavidad con forma de cuna, manchada por el paso del tiempo. Aquí va la bala. Su padre sostiene el cartucho entre dos dedos. Cuando abras el cañón, le dice, la introduces aquí, así, en la recámara. Desliza el pomo y acciona el cerrojo. Levanta el fusil y su tono de voz cambia. Se vuelve más grave y titubeante. Miras hasta que puedas distinguir a tu enemigo por este hueco. Señala con el dedo un puntito metálico más arriba en el cañón. Lleva el dedo a la base del arma, donde hay un lugar para colocarlo. Esto es el gatillo, Hirut. Su voz suena diferente. Ya no suena como su padre. Cuando la mira, es como si no la mirara. Se le desencaja el rostro alrededor de los ojos e Hirut se da cuenta de que finge bizquear para disimularlo. No toques esto, le dice, hasta que estés preparada. Preparada para qué, pregunta ella. Su padre vuelve a guardarse la bala en el bolsillo. Preparada para ser algo que no eres.

Kidane sigue meneando el mismo montón de papeles de un lado a otro del escritorio. Murmura algo entre dientes al pasarse un pañuelo por los ojos, escruta de cerca un mapa mientras Hirut espera en la puerta, sopesando los pañuelos de lana y la capa gruesa que le ha mandado traer. Justo detrás de ella, al fondo del pasillo, en su habitación, Aster llora y llama a la cocinera, palabras enteras engullidas por alaridos indescifrables. Hoy es el segundo aniversario de la muerte de su hijo, lo que significa que ha pasado todo un año desde que llegó Hirut y tres meses desde que desapareció su fusil. Guiada por la costumbre y un impulso nervioso, Hirut recorre el despacho de un vistazo para comprobar que su Wujigra no está ahí.

Kidane, ven. La voz de Aster ahora es un rumor grave.

Kidane tira el mapa a la mesa. ¿No se la había llevado Nardos a la iglesia? Se frota la frente y la fina línea de su boca se tensa. Igual que el día que nos casamos, añade. Se piensa que así se saldrá con la suya, siempre llorando.

Se encorva sobre los papeles, doblegado por el peso de la voz de su mujer. Debajo de la barba incipiente que adorna su garganta, una vena gruesa se hincha contra el cuello de su túnica.

¿Puedo dejar esto en otro sitio?, pregunta Hirut, estirando los hombros para aliviar la tensión.

Espera.

Kidane vuelve a levantar el mapa y a estudiarlo concienzudamente. El brillo tenue del quinqué trasluce por el delicado papel. Las líneas finas del mapa se cortan, se solapan y se detienen en seco ante un parche azul brillante pegado a la frontera que separa mar y tierra. Ahí está Kenia, con su contorno en forma de rostro de reina. La corona puntiaguda de Etiopía roza el mar Rojo. Más allá, el golfo de Adén. El océano Índico. Hirut se inclina hacia delante y fuerza la vista para intentar distinguir algo. Kidane abarca países enteros en esa mano, hunde la larga uña del meñique en las arenas del Sáhara. Hirut sabe que en alguna parte encima de Etiopía está Egipto y, no muy lejos, un lugar llamado Sudán. Se los ha aprendido todos durante los últimos meses, mientras limpiaba a hurtadillas. Ha estado llevándole los mapas de uno en uno a Berhe, que ha accedido de mala gana a ayudarla a diferenciar las formas después de que ella prometiera devolverlo todo sin que se dieran cuenta.

¿Quieres verlo? Kidane agita el papel, Hirut da un respingo del susto. Él se da unos toquecitos en la sien. Memoriza la tierra. Los mapas son para los

extranjeros. Nosotros conocemos nuestro país. Vuelve a dejar caer el plano en el escritorio y masculla entre dientes. Se basan en unos papelajos inútiles para empezar una guerra.

Pon ahí las mantas y siéntate, pequeña. Déjalas en el suelo, está más limpio que una patena. Su sonrisa alarga las profundas patas de gallo que enmarcan sus ojos cansados.

Hirut deja las mantas en el suelo y se queda incómoda junto a la intrincada silla de madera tallada.

La voz de Aster resuena en la habitación, un lamento monótono interrumpido por las palabras incomprensibles de la cocinera.

Kidane le guiña un ojo. No me chivaré de que no has usado el taburete.

Hirut se sienta. La madera le parece suave y flexible entre las piernas, como si se adaptara a ella.

Te crees que te has acostumbrado a todas sus cosas y, al cabo de tantos años, te das cuenta de que no. Se pone serio. Sigo pensando que lo veré en cualquier esquina. ¿Cuánto llevas aquí? Frunce el ceño y baja la vista hacia un periódico. Desde que empezamos a temernos lo peor con estos italianos. Asiente para sí mismo. Eres muy niña para haber perdido a ambos padres, con unos días de diferencia. Le tiembla la boca. Pero mírate, eres muy fuerte.

Hirut es demasiado bajita para sentarse cómodamente en la silla. Se pone derecha, recorriendo con los dedos de los pies las patas robustas, y se prepara. Como siga hablando de sus padres tendrá que sacarlos de ese rinconcito de su cabeza donde los ha colocado para no llorar.

¿Está bien Aster?, pregunta.

Kidane señala hacia la habitación. Siempre se toma las cosas muy a pecho, ese es su problema. Contempla a Hirut. Era la silla de mi padre. No está hecha para niñas, ¿verdad? Eres muy pequeña.

Hirut entrelaza las manos sobre su regazo, acto seguido las apoya en los reposabrazos contorneados y las mece como le ha visto hacer a Kidane.

Necesito tu ayuda, Hirut, anuncia, con tono serio. Hasta yo he de abandonar mi tierra, esta casa. Todos mis campesinos tienen que coger sus espadas y sus fusiles, también deben irse de sus casas. Todos tenemos que arrimar el hombro en esta guerra que se avecina.

A su espalda, en la pared, se ve el tenue contorno donde antes colgaban sus espadas y su escudo. Ha quitado la fotografía de Aster y él de jóvenes. En su lugar ha puesto una de Tesfaye en sus brazos, una miniatura del padre

que lo sujeta orgulloso. Ambos llevan unas túnicas blancas magníficas que resplandecen sobre el fondo negro.

Mi fusil, empieza ella. ¿Puedo recuperarlo?

Kidane hace una pausa, luego sigue: Voy a necesitar que hagas lo que diga Aster. Vendrás con nosotros cuando estemos preparados para marchar. Te ocuparás de mis soldados. La cocinera y Berhe se hacen mayores. Tú eres joven y fuerte. Sus ojos descienden de su cara a su cuello. A veces eres igualita a tu madre, añade. Era como una hermana para mí. La echarás de menos.

Hay un temblor tras sus palabras, algo que lo deshace por dentro. Una flaqueza que se expande lo suficiente como para que Hirut se atreva a pedir de nuevo:

Devuélveme mi fusil, por favor. La ira se desata en su interior, se muerde el labio para impedir que broten las lágrimas. Es mío.

Kidane se recuesta sobre el respaldo y mira al techo. Ayudarás a la cocinera a llevar la comida y el agua. Mis tías lo hicieron en la última guerra. ¿No quieres ayudar?

Aster vuelve a llamar a su marido.

Kidane se estremece. Si Aster se encuentra indispuesta estarás a cargo de que no se agoten las provisiones. La cocinera ya tendrá bastante con otras tareas. Apoya las manos sobre la pila de documentos. La pequeña ha dejado de ser tan pequeña, comenta despacio. Tu madre estaría orgullosa.

¿Sabes lo que me dijo tu madre la última vez que la vi? Tú eras una cría. Otra vez, los ojos se trasladan de su rostro a su cuello y se detienen en un lunar en el que ella nota cómo aumenta el calor.

Hirut se inclina hacia delante, sin confiar en su voz. Un rubor lento se expande por sus mejillas, le recorre el pecho hasta instalarse en su vientre. Intenta figurarse a su madre hablando con Kidane. A él puede imaginárselo tal y como es, corpulento y nítido, en cambio ella no es más que una figura fantasmagórica, unos rasgos delicados desdibujados por el tiempo.

Me dijo: «Sé bueno con mi hija». Carraspea. Ella quería que yo cuidara de ti. Te dejó a mi cargo.

¿De verdad? Hirut se muere por oír más.

De verdad, responde Kidane. La observa con atención.

El amor de su madre, dijo una vez su padre, era capaz de desviar el cauce de un río y reconducirlo por donde ella quisiera. Tu madre, le explicó, trae la bondad a este mundo. Por eso Hirut le sostiene la mirada y

el tiempo se dilata entre ellos hasta que la voz de Aster se funde con el viento del exterior. No es posible que Kidane quisiera a su madre como lo hizo y siguiera siendo el mismo. Es imposible que su madre lo quisiera como a un hermano y no lo cambiara. Eso quiere decir que él también es como un hermano para ella. Si le explica más cosas sobre su fusil, seguramente será bueno y se lo devolverá.

Mi padre se portó muy bien con tu madre. ¿Lo sabías?

Hirut niega con un gesto de cabeza. Se acaricia un rasguño en los nudillos; por encima tiene una quemadura que se hizo con una salpicadura de aceite. Poco a poco, sus manos están empezando a parecerse a las de la cocinera.

Mi padre fue un hombre bueno. La voz de Kidane titubea.

Desde el fondo del vestíbulo, las toses de Aster se filtran en el despacho. Un sonido seco que parece salir de su cuerpo a rastras y agazaparse en un rincón de la habitación, como un animal herido. La tos sigue sin parar.

Kidane se pone en pie y se dirige hacia la puerta a zancadas. Se detiene, a la escucha, antes de cerrar bruscamente. Después la abre un resquicio y la deja entornada.

¿Sabes lo que es una guerra, pequeña? Habla dándole la espalda, con la frente apoyada contra el marco de la puerta. ¿Sabes lo que significa odiar? Está abatido, abrumado por la aspereza de la tos de Aster. Es crispante y dolorosa y serpentea hasta convertirse en un gemido gutural.

Nadie conoce la guerra hasta que la vive. Pero creo que serías buena soldado, como Tesfaye lo habría sido.

Se vuelve hacia ella y va a sentarse en una esquina del escritorio. Le apoya una mano cálida en el hombro y se inclina hacia su rostro. La voz de Aster es apenas una sombra de sí misma, la llamada apagada de un nombre que Kidane desoye.

Hirut espera más recuerdos de su madre.

Cuando tenía tu edad, tu madre solía decirme: Tente derecho como un soldado. No llores, hermanito, eres un soldado. Su aliento desprende el aroma intenso del café que le ha servido hace un rato. Se le acerca más. Te habrías ocupado de Tesfaye igual que tu madre cuidó de mí.

Se sienta hacia atrás y se aclara la garganta. Dos años. Tesfaye. Luego guarda silencio y ambos escuchan.

Aster gime: Kidane. Y no es tanto la palabra como la voz: enojada y lastimera, inquieta e insistente, ronca de tanto usarla. Atraviesa el pasillo

del vestíbulo y empapa la habitación. Se filtra por la madera y se abalanza contra el cristal. Despoja el sonido de significado y deja tan sólo un peso flotando sobre sus cabezas, hundidas por el dolor.

No mejora, ¿a que no, pequeña? Tú también lo sabes. Pero ¿cómo es que no lloras? No te veo triste, no haces más que trabajar, a veces demasiado.

Kidane le levanta el mentón y le da un beso en la frente. De cerca, Hirut ve cómo la voz lo va hundiendo cada vez más: la palpitación del nervio bajo el ojo, el temblor de la mano, la vibración de los labios que ahora presiona contra sus mejillas y después contra su cuello como si buscara equilibrio. Inspira con la cabeza apoyada en el hueco de su cuello, se le acerca tanto que ella ha de apartarse hacia atrás, su aliento le humedece la piel como si fuera vapor. De fondo está el nombre de él en la voz de una mujer enfadada. Justo detrás del hombro de Kidane están los mapas del escritorio. Y cuando ella mira hacia la puerta, en busca de escapatoria, está la cocinera, abrumada y atónita, incapaz de articular palabra. Y entonces él pronuncia su nombre e Hirut se ve obligada a mirarlo.

La cocinera carraspea y llama a la puerta.

¿Qué pasa? Salta, sorprendido.

No hay manera, contesta atropelladamente la cocinera, con la cabeza gacha. No va a parar de llamarlo, tiene uno de sus días malos.

Kidane se baja de la mesa, cruza la habitación a zancadas y sale apartándola de un empujón. Cuando Hirut se pone en pie y se vuelve de nuevo hacia la puerta, la cocinera ya no está. A solas en el despacho, atenta a los altibajos de las voces de Kidane y de Aster, Hirut admite por primera vez que algunos recuerdos tendrían que parapetarse tras otros, que los más fuertes deben mantener a los demás a raya. Y mientras regresa a la cocina para ayudar a la cocinera, la primera hebra de amargura se enreda en su interior, acre como la podredumbre, tan diminuta que opta por confundirla con el olor lejano del humo.

Interludio

Haile Selassie está en su despacho en silencio. Es 2 de septiembre de 1935 y los primeros hilos de la noche han empezado a filtrarse en el día. Está sentado en su sillón favorito, agarrándose los brazos con las manos, frente a una pila de telegramas abiertos sobre el escritorio. Los informes no han cambiado: Etiopía está al borde del conflicto; las amenazas de Italia resuenan cada vez más. La temporada de lluvias ha pasado y con los caminos secos probablemente llegará el ejército invasor fascista. ¿Qué tiene previsto Su Majestad? Hacen falta provisiones. El puerto de Massawa está atestado de buques italianos. Las tropas se concentran en Asmara, preparadas para cargar contra nuestras fronteras.

Haile Selassie está sudando. El techo alto se hunde. El suelo se levanta hacia arriba. Adís Abeba se está enturbiando y su gente se reúne en el interior de las iglesias. Debería estar rezando. Debería estar con su Consejo. Debería estar con su familia y, sin embargo, todo cuanto el emperador es capaz de hacer es inclinarse hacia delante en su sillón y ordenar con un gesto de cabeza a su asistente que desenvuelva los dos rollos que acaban de llegar. No son noticias frescas, pero quiere verlas. Quiere sumirse en ellas. Quiere sentarse en el centro de esta habitación que está encogiendo y escoger con cuidado su camino en esta guerra que se dirige hacia él con el ímpetu de una locomotora.

El asistente sostiene una caja metálica circular en cada mano. Un rollo está en inglés y el otro en italiano, Su Majestad.

El emperador lo examina: va vestido como un *ferenj*, con un traje a medida de raya diplomática. Luce un bigotillo cuidado. Sus ojos poseen la mirada penetrante de quienes no tienen miedo. De pronto, el emperador es incapaz de recordar su nombre, pero conoce al padre de este joven y al padre de este. Sabe de qué aldea proviene su esposa y está al tanto de la amante secreta que tiene en Debre Zeit. Y sabe que, durante la proyección, el joven se mostrará obediente, pero se morirá de ganas de salir a chismorrear.

¿Cuál quiere primero, Su Majestad?, vuelve a preguntarle su asistente.

Uno es del Luce. Nombra el noticiario propagandístico italiano. Puedo traducírselos ambos, le propone.

Oye el eco de su antiguo tutor, el padre Samuel, recitando los salmos: Tu diestra alcanzará a los que te aborrecen. Que sea el de la derecha, responde el emperador. Y quítale el volumen.

Los rollos son las noticias del último mes. No van a revelarle nada inesperado: las tropas italianas navegan rumbo a Eritrea. Mussolini declara su derecho a colonizar Etiopía. Los soldados del emperador son simples campesinos con armas viejas. Italia está mejor equipada. Tiene aviones. Cuenta con el acuerdo tácito de la Sociedad de las Naciones en forma de silencio inerte. El emperador ya sabe todo esto. Pero el ritmo del correo ha bajado mientras que el de los acontecimientos se ha precipitado y estos últimos rollos son todo lo que tiene para hacerse una idea de lo que pueden deparar los próximos días y las próximas semanas.

Haile Selassie oye una tos discreta en el pasillo. Del otro lado de la puerta cerrada con llave sus consejeros aguardan impacientes, a la espera de la señal que los autorice a pasar.

Que empiece, le ordena al asistente.

El joven introduce el rollo en el proyector. Haile Selassie oye el traqueteo de la película al deslizarse y el siseo de la electricidad que serpentea por el aparato. Enseguida la habitación se tiñe de gris y el emperador ha de parpadear despacio cuando una pantalla negra vibra tras unas motitas blancas y los números aparecen dando vueltas.

Mira al frente, se agarra las manos y atiende. Se fija en todos los detalles. Ve las aguas torrenciales de las cataratas de Tsissat y las colinas de Gondar. Un mapa y una línea blanca animada y sinuosa que sigue el curso del Nilo, dejando atrás a mujeres sudanesas que vadean el gran río y a labradores egipcios que construyen una presa, y sale de Etiopía para perderse por completo. Después aparecen las elevadas siluetas de Nueva York y un grupo de hombres estadounidenses en torno a una mesa dominada por dos grandes colmillos. Se detiene en los colmillos.

El reportaje da cuenta de su coronación y ahí está él. Recuerda aquel momento. Estaba orgulloso. Preparado para lo que se le presentaba. Ve a un joven Haile Selassie saludando al duque de Gloucester al apearse de un tren. Detrás del duque hay varios mandatarios extranjeros que han acudido para presenciar cómo Ras Teferi Mekonnen se convierte en el emperador Haile Selassie.

Y entonces la emisión salta unos años y regresa a 1935 y ahí está Benito Mussolini: con su mirada inquisitiva y su mandíbula severa. Ahí están sus *soldati*, numerosos como hormigas. Se encaraman a un buque gigantesco. Ahí está Benito a lomos de un caballo blanco delante de una estatua de Julio César.

Y la escena se interrumpe y en el despacho hay un Haile Selassie más viejo y sombrío, sentado con las manos entrelazadas, y un temor silencioso trasluce en sus ojos mientras hace un gesto con la cabeza más allá de la cámara. ¿Quién le estaba hablando? ¿Qué pregunta le ha hecho apartar así la vista? La película se funde en negro y el despacho se sume en la penumbra.

Estamos aquí. Estamos aquí, susurra. Después se lo piensa mejor: Estoy aquí.

Otra vez, ordena. Acerca más el proyector a la pared.

Quiere que las imágenes se derramen sobre las tres paredes. Las quiere a su izquierda y a su derecha: estereoscópicas. Quiere asomarse a este mundo estremecedor. Quiere mirar al centro hasta que la periferia aparezca en el medio a su voluntad. Quiere entrenarse a lidiar con la desorientación y mantener la calma hasta que el mundo vuelva a recomponerse.

El rollo vuelve a empezar.

El emperador cierra los ojos y escucha el traqueteo del celuloide sobre el metal. Comprende las piezas de esta guerra inminente. Es capaz de aislarla y analizar cada segmento corroído del sueño imperial de Mussolini. Distingue las piezas pequeñas, pero no alcanza a vislumbrar el conjunto. No consigue ver qué más puede hacer.

¿Su Majestad? Ya se ha acabado. ¿Quiere que la vuelva a poner?

Asiente con la cabeza porque no confía en su voz. Empuja lentamente el sillón hacia atrás, abre los ojos y deja que las imágenes colisionen.

Su Majestad, ¿otra vez?

El emperador es incapaz de responder. Sólo puede sentarse en esa habitación oscura y parpadear para enfocar el mundo.

Hirut se detiene sobre el *teff* que está cribando en el porche. Kidane y Berhe andan cerca del establo, del otro lado de la esquina y fuera de su alcance visual. Hablan con una camaradería despreocupada, ajenos a lo que hay enterrado bajo el montón de leña a escasos pasos. Hace varias semanas que puso allí las cosas y desde entonces no les ha quitado el ojo de encima, ha estado tan pendiente de la presencia de Aster y de Kidane cada vez que ponen un pie fuera que se pregunta si la intuirán a sus espaldas, cuando vuelve la cabeza a la vez que ellos, o se cuela por sus gargantas al acecho de ese primer indicio de pista: una inhalación profunda, un chasquido de cuello repentino. Las voces de los hombres se mueven. Después salen por la puerta, cargados con un petate con dos fusiles nuevos en cada brazo. Van a entregar más armas a las tropas de Kidane, esos jóvenes reclutas a los que entrena para una guerra que no ha llegado. Hirut agacha la cabeza y continúa pasando el *teff* por el cedazo, aliviada.

Menea el cuenco rebosante de cereal, para que el viento se lleve las granzas. Sus ojos siguen el movimiento de sus manos, arriba y abajo. Su corazón se ralentiza y late a un ritmo regular. Todos los ruidos del mundo se acallan y recuperan su zumbido normal y sosegado. Está tan enfrascada en su labor que, al principio, no repara en Aster en la ventana, con la mirada clavada en ella, moviendo los ojos con los suyos, percatándose de cómo ojea el establo y se inclina hacia él. Sólo cuando Hirut oye el toque en el cristal, alza la vista, y le sorprende la mano de la mujer que lo presiona como si quisiera hacerlo añicos con el puño.

Más tarde comprenderá el impulso como un deseo instintivo de escapar: Hirut suelta el *teff* y se pone en pie. Ya tiembla, su cuerpo responde a unas palabras que aún están por formar. Aster sale por la puerta principal y se coloca a su lado, sigue el rumbo de su mirada. Baja del porche, se detiene para observar a Hirut, da media vuelta y echa a andar hacia el establo. Hirut contempla la espalda de Aster, las manos de la mujer apretadas contra los costados. Permanecen así, la una detrás de la otra, con la vista puesta en el establo, hasta que Aster da un paso adelante, y luego otro, e Hirut la sigue, gobernada por un miedo más fuerte que el pavor que intenta mantenerla allí anclada.

Aster se detiene en la puerta del establo. ¿Qué hay ahí dentro? Sus dientes rechinan sobre cada palabra.

Más tarde Hirut dirá que no podía ocurrir de otra manera. Lo único que podía hacer era confesar e implorar perdón. Fue una estupidez coger las

baratijas, las joyas, las monedas fuera de circulación. Fue una estupidez imaginarse que eran suyas. No existe lugar en el mundo donde una niña como ella pueda poseer las cosas que ha puesto a buen recaudo bajo la tierra. Desde el principio lo sabe, como también sabe que no volverá a ver su fusil. Hay gente hecha para poseer cosas y otra que sólo está para ordenarlas y limpiarlas. Es algo que no ignora pero que ha preferido obviar, esperando que a la fuerza lograría convertirse en otra cosa.

¿Estás escondiendo algo ahí?

No.

Hirut espera a que Aster prosiga, pero se queda ahí plantada, inmóvil.

¿Y dónde está entonces? Te he visto mirar de reojo cada vez que alguien se acerca.

Reconoce la rigidez de la espalda de Aster, la mandíbula firme que le tensa los músculos del cuello. Aster se está controlando, a la espera del momento perfecto para perder los nervios. Lo de menos es cuándo va a suceder.

Dime qué has estado haciendo. Su rostro está encendido. Las lágrimas se concentran en sus ojos antes de que pestañee para alejarlas.

Estaba buscando mi fusil.

El espacio entre ellas se estrecha y parece que trataran de mantener el equilibrio mientras el suelo bajo sus pies empieza a temblar.

¿Es que no lo entiendes? La mirada que le lanza oscila entre el odio y la frustración. Ya no es tuyo.

Hirut se seca los ojos. No quiere que esta mujer vea hasta qué punto lo entiende.

Del establo llega el hedor intenso del estiércol, la acidez penetrante del orín y la paja. Ambas lo huelen al mismo tiempo y cuando Aster vuelve la cabeza, Hirut la imita y se ve confrontada a la silueta del montón de leña que asoma tras la esquina del edificio. Desvía la mirada rápidamente y la fija en la puerta del establo, no sin antes cruzarse con los ojos de Aster.

Ya hay bastantes cosas escondidas en mi casa, ¿no te parece? No levanta la voz, pero es fácil ver que está temblando de rabia. Intenta contenerla, tensa todos y cada uno de los músculos para mantenerlos inmóviles. El esfuerzo le hincha la cara, le estira la boca en una línea adusta.

Te he visto fisgoneando por mi habitación. Te cuelas en su despacho y revuelves sus papeles. Ni siquiera sabes leer. ¿Crees que puedes

sustituirme?

En el interior del establo, uno de los caballos de la pareja resopla con fuerza.

Hirut observa la boca de Aster, espera las palabras que quebrarán su determinación y la pondrán de rodillas. Nota el rubor que le sube raudo a las mejillas, se acumula en el lunar donde Kidane ha posado los labios. Aleja la sensación de un manotazo antes de que Aster se percate.

¿Quién eres?, le pregunta Aster.

Hirut se estira del cuello del vestido y mantiene la cabeza gacha. Sabe quién es, pero también sabe que está perdida.

No quiero nada, responde. Sólo mi fusil.

Aster levanta la mano con intención de abofetearla, pero se detiene. La coge del brazo y le clava el pulgar en el codo. Sigues pensando que el mundo gira en torno a ti, ¿verdad? Pues naciste para encajar en él. Es tu destino. Como lo fue el de tu madre. Ese fusil le pertenece a Etiopía. Se lo han dado a una persona que lo necesita para la guerra. ¿Te crees que importas más que este país?

La lleva a rastras al lateral del establo, frente a la pila de leña. Vamos, enséñamelo.

Un detalle: le gusta cantar. Le gusta cómo suena su voz sostenida por una melodía al brotar de su garganta. Fue su madre quien le enseñó que la voz puede temblar entre dos sentimientos sin quebrarse. Canta para memorizar, para fijar los hechos con ritmo y archivar el conjunto a salvo en su cabeza. Crear canciones le permite cambiar los acontecimientos, revertir su curso de acción y alterar su significado, incluso relegarlos al olvido. Siempre ha comprendido los terrenos movedizos de la verdad. Sabe que es la creencia lo que hace que una cosa sea tal.

Así que cuando Aster la lleva a rastras hasta la pila de leña en el lateral del edificio y le ordena: Venga, enséñamelo, Hirut piensa una melodía, deja que le revolotee por el pecho y se le instale en la garganta, preparada. Un conjuro para limpiar el momento. Y cuando no le queda más remedio que levantar la madera, leño a leño, mientras Aster contempla con gesto resuelto, comienza a tararear. Retira fila tras fila al compás de la triste cadencia de su balada muda y empieza a pronunciar el nombre de su madre: Getey. Susurra mientras trabaja, hasta que ante sus ojos sólo queda un montoncito de tierra acusador. Entonces ella y Aster lo observan, sumidas en el mutismo, hasta que Aster se deja caer de rodillas, gatea hacia el

agujero y se pone a cavar.

Hirut se da la vuelta. Después se da cuenta de que se está meciendo. Su cuerpo empieza a replegarse sobre sí mismo y ni siquiera el nombre de su madre le basta para mantenerse derecha. Baja la cabeza al suelo, la coloca sobre las rodillas, se protege el cráneo con las manos y espera, sollozando con una histeria creciente: *Emama, emaye,* ayúdame.

Qué encuentra Aster: dos cigarrillos aplastados, un lápiz roto, una cartera de piel, un pastillero vacío, un fajo de documentos sellados, un brazalete de cuero, un cenicero, un reloj sin correa, un tampón de sellos y una brújula que no funciona, una piedrecita de ámbar, un matamoscas de crin de caballo, una navaja oxidada, un abanico de mano plegable, dos sobres doblados, un colgante de una cruz de madera, dos amuletos cerrados, dos cadenas de plata enrolladas alrededor de un abrecartas con el mango de plata, un colgante de una cruz de cuero, seis cajas de cerillas, un retal de terciopelo negro, una piedra azul, una cuchara con el mango de oro, una esquirla de esteatita, una maraña de algodón desechado, un pendiente de oro falso, una taza de té desportillada, unos prismáticos pequeños y su collar.

En ese momento hay palabras, pero más adelante Hirut no recordará si fue Aster o fue ella quien se aferró al borde rasgado de un pensamiento resquebrajado: *Emaye*, *emaye*, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me contaste que iba a ser así?

Aster balancea el collar sobre la cabeza de Hirut. Ella no alcanza a ver qué sostiene. Tiene el rostro crispado, sus rasgos se desencajan, se recomponen y vuelven a desfigurarse. Niega con un gesto de cabeza y repite: ¿Qué derecho tenía? ¿Qué derecho tenía? En ese momento la mira y entonces Hirut comprende que ha levantado la vista para observar a esta nueva versión de Aster: hundida y colérica, pasmada en una confusión vertiginosa, doblegada por una fuerza invisible que Hirut intuye pero es incapaz de captar.

Siéntate.

Hirut obedece sin pensárselo. Está arrodillada, cara a cara con Aster, y extiende la mano para coger el collar y ocultar la prueba de su vergüenza creciente. ¿Qué derecho se ha creído que tiene?, murmura Aster cuando le tira del pelo y le cruza la cara de un bofetón.

Hirut recibe el golpe con alivio. Ya es algo: que te peguen. Ya es un rumbo: sentir dolor. Agradece la distracción de ese temblor que nota salir de Aster y hundirse en su propia piel. Llora mientras se prepara para el

aullido, consciente de que Aster también usa la voz, de que sabe arrojarla como una piedra con una honda y reventar las rodillas de un hombre adulto. Con el cuello extrañamente ladeado, Hirut se lleva las manos a las raíces del pelo para evitar que Aster se lo arranque a mechones. Ya nota el ardor de una zona del cuero cabelludo en carne viva. Cierra los ojos, yergue la espalda, y espera el siguiente golpe. Se prepara para el puño que le desencajará la mandíbula y le hará crujir los dientes. Retumbará en sus oídos el chasquido del hueso al desplazarse y recolocarse, y estará magullado, pero no roto. Hirut se inclina hacia el golpe inminente, con un asomo de triunfo aflorando entre el pavor. Haga lo que haga, Aster no podrá no encontrar el collar. No podrá no desenterrarlo. Ni obligar a Kidane a no esconderlo en el fondo de un cajón abarrotado para olvidar dónde lo ha puesto. Lo único que puede hacer es golpear, cada puño es el sustituto impotente de la ira que le gustaría dirigir contra su esposo.

Entonces: de alguna parte a lo lejos oye un ruido seco, después, el chasquido del cuero flexible. El pensamiento surge como un rayo de luz que atraviesa un cielo oscuro: Aster ha desenganchado la fusta, esa que Kidane casi nunca usa con los caballos, *Buna* y *Adua*. Lleva colgada de un clavo torcido en un muro del edificio desde que ella llegó a este lugar. Justo encima de la leña. Ahora está en la mano de Aster y no es el viento sino ese látigo lo que la corta a pedazos.

Por favor, suplica Hirut. Se retuerce para proteger su espalda de otro latigazo.

La punta del látigo le da en el hombro y le desgarra la piel de la clavícula. El corte es una herida partida que se llena de sangre y traza un arco hacia el lateral de su garganta como un collar roto. Un escudo cálido y húmedo se extiende por su vestido y sabe que la sangre mana a raudales. Siente un sudor frío y nota un telón oscuro que se cierne sobre su cabeza. Por un instante, no hay palabras. No hay sonido. Tan sólo el peso deliberado y punzante que soportan su columna y sus hombros, que se abre paso entre la piel y el hueso. Quiere llorar pero Aster sigue azotando y no existe voz lo suficientemente fuerte para ascender y salir de este abismo. Ni sonido lo suficientemente profundo para enterrarse bajo él. Poco a poco, siente los cortes, la quemazón de las heridas abiertas. Se rompe en pedazos.

Oye a la cocinera: Aster. Asty. *Emebet*. Así no.

Largo de aquí, dice Aster al descargarle una patada en el estómago.

Hirut se ovilla sobre la espalda, tose para respirar. Ayúdame.

El puñetazo aterriza en el centro del pecho e Hirut se retuerce sin aliento sobre este nuevo dolor, propulsada por el impacto desconcertante. Ahora sí está asustada. Se le cierra un ojo. Alcanza a ver la comisura de un labio hinchado. Vuelve el rostro en dirección a la cocinera, pero la inercia del movimiento le provoca náuseas, y la ve negando con la cabeza, con la mirada perdida y la mandíbula temblorosa. Hirut oye una voz que reconoce como propia llamando a su madre, a Kidane, a su padre. Y cuando se da media vuelta para rogarle a Aster que pare, que por favor pare, que se marchará, se irá, se morirá y no volverá nunca, ve que Aster se deja caer sobre las rodillas, arroja el collar cerca de la cara de Hirut y aterriza en un montón en el suelo como un animal herido.

Durante un momento, el mundo gira en un silencio artificial. Sólo está Aster, presionando el rostro contra el suelo, desplazándose hacia ella. Hirut percibe el dolor desesperado en sus ojos, el modo en que su boca masca las palabras para escupirlas. Aster levanta nubes de polvo al arrastrarse por la tierra como si se hubiera olvidado de usar las piernas, como si su cuerpo no alcanzara a contener todo el peso de su ira. Entonces no hay más que un dedo de aire polvoriento para marcar la distancia entre ambas. El silencio se prolonga hasta que Hirut oye el zumbido en los oídos. Entonces: ¿No ha servido de nada? Aster chilla zarandeándola por el hombro. ¿Ha sido en vano?

Coro

Vemos a la joven Aster. Vemos cómo sube las escaleras sigilosamente con un coro de mujeres ululando tras ella. Se agarra al pasamanos para coger fuerzas, arrastra su cuerpo lento y pesado por los peldaños. Se ve su corazón infantil, aterrorizado, estremeciéndosele en el pecho. Oímos la risa de los hombres en el vestíbulo de la planta baja. Oímos el chirrido de las pesadas sillas que resuena por toda la mansión. Un refulgente quinqué colgado de un clavo largo se balancea ante ella en el descansillo. Las sombras se escabullen por las paredes y, ¿qué puede hacer sino recular y mirar a su madre? Al fin y al cabo, es joven. Es tan sólo una niña, de modo que cuando le dicen: Vamos, ve con tu marido, ¿qué otra cosa puede hacer sino ir?

Arriba, en el último escalón, está la cocinera, que la recibe con los brazos abiertos y tira de ella hacia el dormitorio. Aster no sabe que estamos aquí. No ve cómo resplandece su espléndida camisola abesha en la tenebrosa escalera. La única salida es entrar, le decimos. No hay escapatoria, salvo lo que hagas dentro. Se lo susurramos pero no nos oye. Le ofrecemos el consejo que dan todas las madres a sus hijas cuando dejan de ser niñas. Ella tropieza y hace una pausa en el último escalón. Abre la boca para volver a suplicar. La niña a quien tanto cuesta hacer llorar está a punto de desmoronarse. La cocinera menea la cabeza, se lleva un dedo a los labios y le indica con un gesto que siga adelante.

No tengas miedo, Asty. Él lleva el collar que le regalaste. Es buena señal. Ve, *emebet*, no te preocupes. Será delicado.

Sin embargo, Aster no la oye. Está suspendida encima de las voces festivas, atrapada en la rabia cuajada que confunde con miedo. Detrás de esa puerta está el dormitorio. En su interior está Kidane. Cuando abra, deberá hacerlo sin la cocinera o su madre. Deberá entrar como la esposa de un hombre a quien apenas conoce. Estarán solos para hacer lo que hacen los esposos y las esposas cuando cierran la puerta y se sumen en un silencio sepulcral. La única opción es ir hacia delante. No queda más que afrontarlo, le volvemos a decir.

En el rellano, la cocinera la estrecha en un abrazo. Échate en la cama, abre las piernas y cierra los ojos. Por la mañana, estaré aquí esperándote. Yo misma te bañaré si quieres. Le da un beso en cada mejilla, le pasa la mano por el pelo y le alisa el vestido. Eres hermosa.

A la cocinera ya casi se le ha curado el ojo hinchado, y los cortes de la boca son ahora costras minúsculas. Ninguna de las dos ha hablado de la noche en la que el padre de Aster las pilló intentando escaparse. Es un recuerdo borrado, quemado y reducido a cenizas. Cuando ya no haya heridas, no quedará prueba de que hubo un tiempo en el que ambas hicieron un pacto para irse juntas sin mirar atrás. Ahora la cocinera le habla como si Aster no hubiera roto su promesa al confesar que había sido idea suya. La mira con ternura, como si hubiera sido ella quien cargó con todo el peso de la culpa, como si hubiese sido ella quien sintió los puñetazos de su padre hundírsele en el estómago y estrellársele en la mandíbula.

Aster no se separa de ella y le esconde el rostro en el hombro. Acompáñame, nada más al entrar.

La expresión que aparece brevemente en el rostro de la cocinera es una mirada de luz severa. Todos tenemos que hacer cosas que no queremos, contesta.

Se dirigen al dormitorio y la cocinera se aleja. Aster pone la mano en la puerta, empuja y abre, porque no queda más que afrontarlo, porque no se puede hacer otra cosa, porque nunca ha quedado otra que ir a donde tiene que ir. Se cuela dentro y pega la espalda contra la pared, le late el cuerpo, una herida sin abrir. Aún imagina que se escapa. No ve a su madre al pie de la escalera dispuesta a atraparla si baja corriendo. La cocinera también observa la puerta del dormitorio, apretando la mandíbula mientras trata de esconder la sonrisa que no logra borrar del todo.

Abajo, en el gran salón, el aire se ha espesado con el almizcle y el humo. Los hombres han cerrado todas las ventanas, la impaciencia les apaga la mirada. Están esperando un sonido: el grito sobresaltado de una niña, las primeras señales de que un hombre es libre. La madre de Aster también aguarda, mientras tiembla como la chica joven que fue. Busca la mano de la cocinera pero ella se aparta. Está desandando los pasos hasta aquel camino que una vez pensó que llevaba a la libertad. Maldice de nuevo los duros puñetazos que la derribaron. La única manera es afrontarlo, murmura. No hay más escapatoria que lo que hagas dentro.

La cama está hecha de madera maciza y de gruesas tiras de piel. Es

inmensa. Monstruosamente enorme. Es demasiado grande para una niña como ella. Y ahí está él, un hombre impaciente que va de acá para allá en medio de la luz que entra salpicando su habitación, con su ropa blanca impoluta, las costuras brillantes como dientes. Se ha puesto el collar que ella le regaló. Le cae holgado al inclinar el cuerpo, el oro radiante refleja las chispas de luz. Aster tira del pomo de la puerta para salir pero se ha cerrado con llave sin que se diera cuenta.

Ven, murmura él. Se sienta con cuidado en la cama para no arrugar la sábana blanca almidonada. Se quita el collar y se lo extiende. A ver cómo te queda, pequeña. Da una palmadita sobre el colchón y le hace un sitio. Toma.

Aster aporrea la puerta y vuelve a tirar. Por favor.

Ve, le chista la cocinera desde el pasillo.

Lijé, estaremos aquí cuando te levantes. La voz de su madre es tan fina que entra por el resquicio entre la pared y la puerta. No es nada. Recuerda lo que te dije.

Aster, dice Kidane con el collar arremolinado en el centro de la palma de la mano. Estoy muy orgulloso de tenerte como esposa. Sé que estás asustada, pero, tranquila, te acostumbrarás.

Sólo nosotras sabemos que no tiene claro qué hacer con ella. Ha oído hablar a los hombres, pero no ha habido nadie a quien preguntarle qué hacer con una chica tan pequeña. No ha podido más que avanzar con orgullo fingido hacia este dormitorio, alargar la mano y decir «ven». Se ha llenado de bebida y canciones. Ha abrazado fuerte a su padre. Ha sonreído, ha asentido y se ha sentado en la iglesia con el corazón latiéndole desbocado en el pecho al lado de esta Aster. Está desorientado, pero no asustado. Está preocupado, pero no indeciso. Está exactamente como dice: impaciente.

Déjame ir a casa, dice ella. Volveré mañana.

Él mira su ágil figura, el cuello esbelto, las muñecas pequeñas. Nota las lágrimas que intenta contener pestañeando. Y al ver que a ella se le estremece el cuerpo y le tiemblan los hombros, se le calman los nervios. Empieza a entender las historias de esos hombres que se reunían a su alrededor durante las últimas semanas. Te sentirás viejo y después joven: eso es lo que le dijeron. Debes ser fuerte, añadieron, no te rindas. Ella te dará hijos que serán como su padre, así que decide qué clase de hombre serás desde la primera noche. Mientras Kidane está sentado en la cama, oímos que se le acelera la respiración. Vemos la capa de sudor. Lo vemos

temblar y sabemos que hará lo que han hecho aquellos a quienes ha llamado padres.

Aléjate de la puerta. Ahora mismo. Él respira más lento. Se le tensa el cuerpo. Se desvanece la relajación en sus huesos. Está sentado, pero la fuerza va propagándose, se vuelve cada vez más zalamero y vil: perseverante. La tarima cruje en el pasillo. Las escaleras se quejan y ella sabe que las mujeres se han ido. Huele la mezcla de sudor y *tej* dentro de la calurosa habitación. Apesta a mantequilla rancia, a cuero seco y a incienso dulce. Aster deja caer la cabeza y se pega a la pared. No puede moverse. Su cuerpo se ha convertido en una piedra.

Kidane se levanta y deja el collar sobre las sábanas. Se quita la camisa y se coloca delante de ella, con los brazos a los lados.

Mírame.

Se le ensancha el pecho desnudo, la carne tensa empuja contra la piel áspera. Músculos firmes que se estiran como cuerdas sobre sus hombros y bajan por su espalda. Se le tensan los brazos con una definición que ella sólo ha observado en sus primos más fuertes. El cuerpo de él ocupa la habitación y consume el aire y aunque no se mueve, ella nota que su calor la oprime. Aster se coge los brazos y agacha la cabeza.

Mírame, repite.

Él se pone el collar. La gruesa cadena de oro reluce contra su piel. Besa el colgante y mira el anverso, donde la madre de ella insistió en que el orfebre grabara el nombre de Kidane.

Algún día será para nuestro hijo, dice y sonríe.

Se baja los pantalones y acto seguido no lleva nada. Aster aparta la vista. Entre sus piernas hay un triángulo de vello, grueso, espeso y amenazante. Envuelto por los aromas embriagadores de la habitación, su carne se endurece.

Sigue con los brazos a los costados. No te des la vuelta, le pide con voz temblorosa, y da un paso adelante.

Sólo podemos observar mientras Aster cae al suelo y se cubre la cara.

Le ha prometido a la cocinera que no llorará, pero se le saltan las lágrimas. Se ha echado al suelo y en su mente hay un espacio cada vez más grande que espera para devorar el recuerdo de todo lo que se revelará esta noche. Eso, también, es un camino, le recordamos. Eso, también, es una huida.

Aster empieza a temblar, con sacudidas incontrolables, con

convulsiones tan fuertes que no oye los pasos de Kidane hasta que se inclina hacia ella, la abraza y la pone en pie, apretándola contra su piel cálida, contra su cuerpo tenso y fornido y el collar que le corta la mejilla como un puñal. La lleva hasta la cama y no hay nada, nada que pueda hacer, para volver a la seguridad.

La coloca en medio con facilidad. Ella no lo oye, pero abajo, en la esquina de esa mansión cavernosa, su madre solloza mientras la cocinera mira hacia arriba como si fuera capaz de atravesar la madera con la vista. Aster intenta hacerse un ovillo, pero Kidane le coge las manos y se las acerca al pecho, y ella nota su corazón acelerado y su sudor resbaladizo. Se aparta y deja escapar un quejido. Kidane se quita el collar para ponérselo a ella, mientras ríe con ternura porque le llega más abajo del pecho y le roza el estómago.

Qué pequeña eres.

Entonces la gira en su dirección, le coge las manos, se las acerca a la cara y le besa los dedos, y cuando Aster intenta incorporarse sobre la cama para huir, se tropieza con el bajo del vestido, él la tumba y le pone la boca cerrada encima, presionando hasta que los labios de ella empiezan a desgarrarse con sus propios dientes.

Consigue girar la cabeza y decir: Déjame ir.

Más allá de la puerta, el mundo ha quedado en silencio. Las ventanas están cerradas. Sólo están ellos dos y no hay a donde ir. Forcejea para soltarse, la ira en aumento se le mezcla con el terror.

La atrae hacia sí y le hace perder el equilibrio, la tumba de espaldas y le aprieta el pecho con un brazo. No le cuesta nada, le resulta tan fácil que se le escapa un grito ahogado.

Es mejor que te relajes. Le presiona la oreja con la boca y dice: Tranquila.

Ella junta las piernas y las clava contra la cama. Hace lo opuesto a lo que le aconsejó la cocinera porque lo otro es antinatural. Es antinatural y es de cobardes levantar las piernas y esperar a este hombre. Es más natural, se da cuenta, resistirse. El único camino es este, le dirá a la cocinera. El único camino es luchar.

Cierra los ojos, le susurra él contra la mejilla. Cierra los ojos y finge que soy esa criada tuya que te ayuda a cambiarte. Cierra los ojos. Su voz es delicada y tranquilizadora.

De algún modo consigue levantarle el bajo y subirle la falda por encima

de las rodillas. La mano grande que le planta en el muslo es un objeto extraño. Es un bloque de madera, un trozo de metal, una piedra, inhumana y fría. Ya no reconoce qué es. No es más que una masa apoyada en su pierna, que le provoca una sensación extraña que parece el comienzo de un moretón. Él se mueve con destreza, sus manos fuertes trabajan con rapidez mientras la inmoviliza con los hombros, tira de un brazo y luego del otro para quitarle el vestido y antes de que Aster encuentre la manera de escaparse, lo lanza detrás de ella y se coloca encima mientras con una mano sigue la curva de la cadena desde el cuello, hasta las costillas, pasando por los pechos, y le pone la palma sobre el vientre y el calor le abrasa la piel como una quemadura.

Seré delicado, dice Kidane. No te va a doler.

Aster se vuelve de hierro. Se imagina de acero y clava cada hueso en su lugar. Se niega a mirarlo. Se niega a escuchar. No se moverá hasta que llegue la mañana y sea libre. Entonces se irá a casa y se enfrentará a las palizas de su padre. Lo desafiará a que la haga volver aquí con vida.

Este hombre sigue hablando, en ese tono de voz que se supone que debe calmarla y luego cogerla desprevenida, pero ella mira a la pared y en esa pared hay una espada de adorno y está lo bastante cerca para pegar un salto, cogerla y rebanarle el cuello de una sola estocada. Lo ha practicado con la cocinera muchas veces, utilizando roedores y gallinas, cuando planeaban su huida. Lo matará si le pone las manos entre las piernas como la cocinera le dijo que haría. Lo matará y derramará su sangre sobre este lecho. Aster cuenta cuántos pasos hay hasta la espada y se imagina el salto que dará para volver.

Kidane sonríe y le pellizca la mejilla, tomando su silencio por aceptación. Eres una consentida, le dice con dulzura. Le mira el pecho y le brillan los ojos. Ya no eres una niña. Entonces le separa con fuerza las piernas con la rodilla y se tambalea.

Cuando ella abre la boca para gritar, él le asesta un golpe en los dientes que la deja aturdida, y el dolor se extiende rápidamente hacia la mandíbula.

Para de moverte, le dice. Para y no te dolerá. Te lo prometo. De nuevo esa voz temblorosa en la oscuridad como si fuera él quien está asustado. Te lo prometo, repite. Te lo prometo, insiste mientras apoya todo su peso contra ella.

Y ahora es sólo piel sobre piel, carne contra carne, y aunque ella sabe que es en vano, intenta tirarse del colchón, pero él pesa mucho y la aplasta,

la ahoga.

Hay una cosa: su madre le había dicho que cuando llegara el momento, ella sabría qué hacer. Pero también hay otra: la cocinera le había dicho que cuando llegara el momento, no podría hacer nada. Acéptalo. Acepta lo que venga, levántate a la mañana siguiente y vive. Y luego Kidane se sacude con brusquedad como si quisiera castigarla con los labios. La embiste y, al principio, Aster no sabe qué hace. No sabe qué busca con los dedos y con esa parte de él que ella romperá con la espada en cuanto tenga oportunidad. Y mientras se hace esas preguntas y da vueltas, aturdida, el dolor se le estampa detrás de los ojos, le corta la respiración y siente que se parte en dos. Abre la boca para gritar y, esta vez, Kidane no le pega, esta vez es como si ella ni siquiera estuviera, aunque sea el peso contra el que él se balancea como si fuera a ahogarse mientras jadea.

Con el dolor se le agudiza la mente y siente cómo abandona esa habitación apestosa y a ese hombre sudoroso y enseguida está flotando sobre sí misma, mirando a la chica ir a por la espada y abrir a ese hombre en canal y marcharse a casa después.

Y después.

Está perdida y empieza a desaparecer.

Arrastra a Hirut al interior del establo y advierte a la cocinera que no abra la puerta. Hirut se queda hecha un ovillo donde la dejan, el dolor es una cuchilla encendida que presiona contra el hueso. Después de las primeras horas, sale de sí misma y observa, hipnotizada, cómo se le espesa un pequeño charco de sangre en el cuello. Empieza a juntársele con la herida agrandada que se le extiende por el hombro y hasta el pecho. Cuando se aburre, se abandona, sale deambulando del establo y se cuela en el despacho de Kidane. Revuelve los periódicos sobre el escritorio, mira más allá del retrato del emperador Haile Selassie que él ha sustituido y separado, y luego se acomoda en su silla y finge leer. Ve filas y más filas de *ferenjoch* desfilando y un barco rebosante de hombres uniformados. Ve que la saludan con sus fusiles que despuntan hacia el cielo. Ve bocas que se abren y se estiran y la rodean y sabe que está hundiéndose en las fauces de la bestia y que seguirá cayendo si no se mueve. Se levanta y cruza el pasillo en silencio, después va al porche y continúa caminando, regocijándose en su libertad sin impedimentos.

A la entrada de la finca, se detiene en la puerta para escuchar a los árboles que la invitan a seguir hacia delante. A casa, dicen. Vete a casa. *Adua*, el caballo de Kidane, llora su muerte en el establo. *Buna*, la yegua de Aster, sacude la cabeza enfadada. Los búhos se han reunido en el tejado para despedirse. Incluso el viento ha descendido para envolverle los hombros y refrescar el fuego. E Hirut sabe que debe irse a casa. Debe encontrar el camino y andar hasta volver a los brazos de su madre, a esperar a que su padre regrese del campo. Ellos están asustados y ella se siente sola y no sabe por qué ha estado fuera tanto tiempo. Algún día cuando tenga fuerzas se curará el cardenal que se le extiende en medio del pecho. Por ahora, lo dejará rondar, dejará que quede cogido en el hueso de la costilla y le oprima los pulmones porque necesita estar en casa. Hirut abre la puerta y se adentra en el denso pozo de oscuridad.

Aquí está en el centro de esta cámara donde sólo hay tiniebla, sólo estas heridas y sólo el dolor baña de luz traicionera el interior de su cabeza. En su cabeza hay palabras que tropiezan libres de significado y sin ataduras hacia un lugar, salvo el sonido de su propio nombre ganando fuerza en la repetición: Soy Hirut hija de Getey y Fasil, nacida en un año bendito de cosecha. Ella es Hirut rodeada de una oscuridad gruesa como la carne, y ella la herida que late en el centro. Ella es una luz débil que entra sesgada por una rendija en la pared. Ella es la luz triturada en el umbral de la herida.

Ella es el dolor que late a solas en esta cámara oscura donde sólo hay esto, sólo la tiniebla, sólo la herida que no dejará de estremecerse como un corazón desamparado. En su cabeza está el recuerdo de la luz chasqueando como un látigo sobre ella. Sobre la cabeza de la niña que solía ser Hirut hija de Getey y Fasil, nacida en un año bendito de cosecha. Sobre la niña que ya no tiene cabeza, que ya no tiene palabras, que ya no tiene memoria, que ya no tiene nombre, que sólo es una reminiscencia hundiéndose en el oscuro agujero de los olvidados.

*

Por una fina rendija en la pared del establo entra la luz sesgada. Después el atardecer se escabulle por las nubes para quedarse suspendido entre los árboles. La puerta de la finca se abre con un chirrido. Unos pasos y voces animadas de hombres. Se mueve leña y se coloca en su sitio. Kidane habla. Alguien responde: Sí, *gashe*. Sí, *dejazmach* Kidane. Hirut intenta incorporarse dentro de esta caja que inmoviliza su cuerpo pesado. Una fría brisa se le arrastra por el cuello como un insecto y localiza el borde del cardenal en su pecho, que se extiende como agua derramada. Es una herida tierna que se abre por debajo de la piel. Se rige por un tiempo, unos minutos, unas horas y unos días que Hirut ya no recuerda. Hace una eternidad que está aquí. Acaba de llegar. Le cuesta incorporarse, apoyar la cabeza contra la pared y permitirse mirar más allá de la hinchazón de la piel tierna para echar una ojeada entre los listones.

Él está en el porche y una luz titubeante se comba contra el *shamma* que se pone cada día. Lleva un cinturón del grosor de una pretina. Está al lado de un hombre más joven que él con un fusil en bandolera. La cocinera los llama: *Gash* Kidane, Aklilu, a comer. Kidane pronuncia el nombre que pertenece a su esposa. Está cansada, explica la cocinera. Y ninguno de ellos pronuncia el de la muchacha que deambula a trompicones perdida en la oscuridad.

Más tarde, la puerta se abre de par en par. La luz gris de la mañana inunda el establo y se cuela una ráfaga de aire. La cocinera asoma la cabeza y chasquea los dedos, para que se levante. ¿No has dormido al lado de *Adua* y *Buna*? Niega con un gesto de cabeza y frunce el entrecejo. Venga, que tenemos invitados y ella ha dicho que ayudes. Date prisa, me temo que vendrá a controlar. Se gira sobre sus talones y vuelve a su cocina.

Con esfuerzo Hirut se pone de pie y sale del establo como puede, trastabillante y cegada por el sol. El viento se desliza cruel contra sus cortes. El aire fresco le llega a la nariz como una afilada racha heladora. Los silbidos de Berhe resuenan como un traqueteo en su cabeza, que le duele, y el chirrido de la silla en el despacho de Kidane le pone los pelos de punta. Cerca de la puerta principal hay una pila de espadas en un saco de arpillera. Hay unas cestas grandes apoyadas en los escalones del porche. En un tendedero nuevo montado al lado de la verja hay unas mantas y pañuelos colgados que no había visto nunca. Hay otra pila de leña junto a las que ya había en el establo. El mundo se ha convertido en algo distinto desde que lo abandonó.

La cocinera la llama e Hirut la encuentra fuera de la cocina con una tabla de cortar en el regazo, encorvada sobre el cuchillo. Corta carne en trocitos, arrancándoles la grasa enérgicamente. La hoja del cuchillo golpea la tabla con una persistencia discordante, el sonido resuena por el patio en silencio.

Prepara el fuego para el *wot*. La cocinera señala el montón de leña y carbón que tiene enfrente y sigue con su tarea.

Hirut sabe que la observa aunque tenga la cabeza gacha. Necesito ayuda.

Cuando alza la vista, se encuentran sus miradas y el dolor en el pecho es tan intenso que Hirut se permite que le tiemblen los labios y se le aflojen las piernas bajo el gran peso de su tristeza. Se desplomaría pero la cocinera menea la cabeza, mientras continúa con su tarea y susurra: Ni se te ocurra dejar que te vea llorar.

Por encima de la cabeza inclinada de la cocinera, destaca la silueta de Kidane en la ventana de su despacho: está junto a su escritorio, mirando sus papeles. Berhe hace equilibrios con el saco de espadas que lleva entre los brazos y, con expresión seria por el esfuerzo, dobla la esquina de la fachada para ir hacia el patio. Dos hombres jóvenes se levantan del rincón alejado donde estaban sentados para ayudarlo a colocar el saco junto a las flores de Aster. No hay rastro de ella por ningún sitio.

¿Es que estás sorda? Ve a por el *gulicha*, tenemos que preparar mucha comida y vendrá más gente. La cocinera sigue sin alzar la vista.

Los dos hombres se vuelven en su dirección brevemente cuando arrastra la estufa de arcilla a la cocina, luego siguen examinando las armas. El patio vuelve a sumirse en su silencio forzado mientras Hirut se agacha con las

rodillas doloridas y coloca la leña en la base de la estufa. La enciende y sopla. Con cada respiración se revuelven los olores que tiene impregnados: el del miedo y el estiércol, el de la paja vieja y la sangre, todos los que antaño había creído que pertenecían sólo a los muy pobres. Atiza las llamas cada vez más grandes e intenta tragarse la humillación. Los desconocidos vuelven a mirarla, con una pena cómplice, como si fuera de los que piden en los escalones de la iglesia y en el *mercato*, implorando una misericordia que no llega. Por un instante, teme revolver más la leña, por si nota su olor y les llega a los hombres. Entonces Berhe deja caer la espada que está puliendo, los dos jóvenes se levantan de un brinco, Kidane se vuelve desde su escritorio junto a la ventana, y todos miran porque han llamado a la puerta.

Ya voy a abrirles, dice Berhe al mismo tiempo que Kidane grita al patio:

¡Ya están aquí! Llevadles agua, tendrán sed. Comeremos cuando termine.

*

Son un muro: hombres endurecidos por las incertidumbres de una existencia campesina, pies callosos agrietados como el cuero viejo, arrugas acentuadas por el sol. En sus brazos y hombros, bajando por sus piernas y sus pechos, se atestigua el trabajo extenuante. Tienen nombres que ella no memorizará hasta un tiempo después, pero lo que ve en ellos lo reconoce. Cargan con las cicatrices familiares de la vida en la aldea: el injerto óseo mal hecho, las marcas pustulosas de las enfermedades infantiles, el bulto en relieve de una vieja quemadura. Son jóvenes y viejos al mismo tiempo, fatigados y despiertos, rectos y doblados: feroces. Están frente a Kidane al pie del porche y lo miran impresionados.

Son seis hombres enjutos y fuertes de gesto decidido. Llevan pantalones de montar viejos y túnicas oscurecidas por el uso. No sonríen, ni siquiera después de que el rostro de Kidane se suavice cuando los saluda. No se rompe su severidad cuando él les pone una mano sobre el hombro a uno detrás de otro. A Hirut le cuesta no quedarse contemplando sus expresiones vehementes, la ira ardiente que ensombrece su mirada. Son delgados pero musculosos, de pies y espaldas anchas. Uno lleva un pendiente hecho con una piedra negra. Otro tiene una cicatriz cerca de la mandíbula. El más bajo

lleva una espada curva en la cintura. El más alto, un fusil con bayoneta. Ninguno de ellos se doblegaría ni se acobardaría debajo de un látigo.

La foto de este momento no existe. Sólo este recuerdo moldeado por Hirut, un pensamiento que va ganando peso con cada mirada hacia atrás. Durante semanas, ella y la cocinera se referirán a él con los términos más sobrios: fuerza y valor, patriotismo, orgullo y obediencia absoluta. Será más tarde, al volver a mirar, cuando verá lo que no logró vislumbrar. Aquí, Kidane es un hombre distinto al que estuvo delante de Hirut y tembló al oír a su esposa enfadada. Distinto al que se inclinó para darle un beso en la mejilla. En aquel momento, estaba sometido a la ausencia de muchas cosas: de un hijo con vida, una esposa satisfecha, un hogar tranquilo. Aquí, reclama lo que no se puede ver: una lealtad que se ha presentado completamente formada e inquebrantable, una adoración que raya en el miedo. Los hombres observan todos y cada uno de sus movimientos con los ojos entrecerrados; su rango, un peso que mantiene sus cabezas agachadas hacia el suelo.

¿Morirás por tu país?, pregunta Kidane a un hombre que da un paso adelante y se presenta como Seifu. Da vueltas a su alrededor y los demás retroceden para dejarle espacio. ¿Me seguirás en la batalla y seguirás corriendo si caigo?

El sol es una sábana de luz tras ellos, que cubre por igual en el valle de abajo. El cielo, de un azul claro y vivo, sostiene la luna que no se desvanece, una intrusa débil y fantasmal en este día.

A Hirut le sorprende la expresión en el rostro anguloso de Seifu. Se muestra seguro, relajado con la cercanía física de Kidane.

Te pregunto que si morirás por Etiopía, se inclina para hablarle al oído.

Primero mataré. La respuesta de Seifu hace que los hombres se pongan más rectos.

Luego está Amha, más bajo que el resto, de pecho fuerte y ancho, y con una sonrisa pícara.

¿Qué es lo que sabes mejor que nadie, soldado? Kidane se le acerca.

Conozco todas las cuevas de aquí a Keren, responde Amha. Sé todos los sitios donde nos podemos esconder y tender emboscadas. Sé más que un *shifta*, podemos superar a cualquier *banda*. Soy capaz de ver morir a un hombre y luego sentarme a comer.

La espada que lleva es tan afilada que la cocinera se aproxima y lanza una exclamación de envidia. Agarra la empuñadura y con la hoja curva

corta la brisa. Y esto, dice. Con un dedo delgado recorre una hilera de delicadas letras grabadas en el filo. Una oración para los muertos.

Eskinder conoce las montañas y sus secretos. Yasin es tan claro como un *ferenj* y habla la lengua de los italianos y de los aldeanos de los alrededores. Hirut ve que Kidane sonríe cuando le pregunta: ¿Francés? Y el hombre asiente y responde que sí, que también. Hailu sabe identificar las plantas venenosas y las que pueden utilizarse para curar. Luego está el de la cicatriz en el hombro y la mirada inteligente, el mismo que al verla se dio la vuelta con una expresión de repugnancia y pena absolutas.

Soy el mejor francotirador que encontrará, afirma. Ningún hombre puede detenerme, *dejazmach* Kidane. Ninguna bala me matará.

Ese es Aklilu, has visto a su madre en el *mercato*, está orgullosísima de él, cuchichea la cocinera. Son sus guardias especiales, algunos son hijos de parientes. Si él tuviera un hijo suficientemente mayor, estaría aquí.

Cuando termina la fila, Kidane cierra los ojos y alza el rostro hacia el sol. Soy Kidane, hijo de Checole, el hijo más ilustre del mejor guerrero, Lemma. Llevo el nombre de su padre, el hombre más valiente que ha existido nunca. No tengo miedo a derramar mi sangre y empapar esta tierra que también es mía. Hoy os hago este juramento: a partir de ahora, actuaré como vuestro escudo en la batalla. Debéis dirigir al resto de mi ejército del mismo modo. Yo os protegeré con mi vida, os lo juro ahora mismo a cada uno de vosotros. Todos os habéis convertido en mis hijos, sois carne de mi carne. Perder a cualquiera de vosotros es perder parte de mí.

La boca de la cocinera se endurece. Su padre dio ese mismo discurso cuando Kidane era niño, explica señalando al establo. Estaban justo allí, legiones de hombres en la finca, en la carretera y bajando por el cerro. Por todas partes.

¿Tú estabas aquí?, pregunta Hirut.

La cocinera le lanza una mirada perspicaz y niega con la cabeza. Por supuesto que no, me lo contó Berhe. Antes de que el padre de Kidane se fuera a luchar a Adua, Kidane cogió la espada de su padre y se hizo un corte en la mano. Tan sólo era un niño, pero lo habían entrenado para ser un guerrero. Ella extiende la mano, con la palma hacia abajo. Dejó que la sangre le goteara y después restregó la tierra empapada en los pies de su padre. Una tradición familiar. Cuando los hombres se iban a la batalla, el hijo derramaba sangre ante el padre. Asiente y mira a Berhe, que la observa desde el establo. Una comprensión secreta cruza la distancia entre ellos.

Iréis a vuestras aldeas y regresaréis con el recuento preciso de todas las armas que tiene vuestra gente, ordena Kidane. Escoged a los hombres en quienes confiéis para serviros y llevadlos a Kossoye, donde nos encontramos. No quiero un ejército grande como el que están organizando los otros. Nosotros seremos pocos y flexibles, pero poderosos.

Un murmullo de aprobación surge del grupo.

Dejazmach Kidane, ya le hemos traído todas nuestras armas. Se trata de Aklilu, que por deferencia habla mirando al suelo. Andamos cortos de fusiles y de munición. Se atreve a buscar la mirada de Kidane. No podemos utilizar las armas de nuestros padres.

Aklilu de Gojjam, hijo de mi primo más joven, nacido en Dega Damot, dice Kidane. Sé respetuoso cuando te dirijas a mí. Cruza los brazos a la altura del pecho. De ti hablan los aldeanos. El jinete con puntería de francotirador. Aun así, sigues siendo el hijo de mi primo.

Aklilu se inclina ante él y luego se vuelve a enderezar, procurando desviar la mirada. Miden casi lo mismo, aunque el chico es más alto. Es pura energía al lado de la fuerza madura de Kidane.

¿Te preocupa que yo no pueda llevarte a la victoria?

Tengo una fe ciega en usted, *dejazmach*, vuelve a inclinarse. Es de mi fusil de quien desconfío.

Kidane entrecierra los ojos. Hablas como tu padre. Mehari debería haberte enseñado a obedecer a tu comandante. Las armas llegarán, añade.

Aklilu espera a que Kidane continúe, su expresión recupera la severidad distante.

Kidane hace un gesto afable a Berhe, que sujeta un saco y se lo extiende a los hombres. Bebed agua, les ordena. Berhe os traerá vasos. Después comeremos. Reuníos conmigo en el patio.

Y aquí es donde la historia tropieza. Según la canción popular, Kidane es interrumpido por Aster, que aparece como un fantasma junto a su esposo.

La historia cuenta que el día que el gran Kidane movilizó a sus hombres, una figura solitaria se levantó de la cama para atender su llamada a la lucha. Dicen que la estampa de aquellos hombres reunidos alrededor de su amado esposo la hizo olvidar sus penas desatendidas y la transportó desde el dormitorio hasta el porche para estar a su lado, vestida para la guerra con la capa de él y el peinado de champiñón. Sin embargo, Aster no se levanta de la cama y se acerca a su marido ataviada con su ropa. No toma su mano y le jura lealtad. No pide que la perdone por su dolor y rabia

incontenida. No jura morir a sus pies si él cayera defendiendo a su país. Ciertamente no se lleva las manos al vientre y anuncia más hijos para el ejército de Kidane.

No: Aster se levanta de la cama, vestida de negro, y se abre paso hacia el despacho de su esposo. Sin capa y sin remordimientos, abandona la tierra de los ofendidos porque ella recuerda lo que él no hace: que es el cumpleaños de su difunto hijo. Y ella, antes del último aliento de Tesfaye, prometió como madre que sólo lo dejaría cuando fuese suficientemente mayor para comprender el abandono. Y la leyenda no contará nunca que Aster también se da cuenta de que todo lo que amó en otro tiempo ha desaparecido de verdad.

La Aster de esas canciones famosas llegará más tarde, pero incluso entonces será una leyenda moldeada mediante sus propios recursos. Por ahora es 27 Nehas 1927, o también 2 de septiembre del año que es a la vez 1935 y Anno XIII. Tantas maneras de marcar el mes y el año en los que Aster entra en el despacho de Kidane, se sienta a su escritorio y se encuentra fijándose en un periódico en la historia de una mujer a quien llaman Maria Uva, una italiana que vive cerca de Port Said. Mientras su esposo se implica con el círculo de hombres y empieza a hablarles de las hazañas de su padre, Aster se inclina para ver mejor la foto de esta *ferenj* que está gritando mientras ondea una bandera cual declaración de guerra. Observa la foto, el clamoroso regocijo de la mujer arrogante, la bandera volando libre al viento y, cuando levanta la cabeza, sabe que debe reinventarse y corresponder a esa proclamación con una suya.

En realidad, la famosa Maria Uva no está gritando, está cantando. Y la guerra que vendrá no la declarará ella. En el momento de la fotografía, publicada el 30 de agosto de 1935, Anno XIII, se lanza de lleno con el estribillo de «Giovinezza» mientras el *Cleopatra* entra en Port Said. En efecto la bandera italiana tricolor está detrás de ella. En el buque que tiene delante, dos mil soldados corean su nombre. La luz de sus ojos podría ser devoción jubilosa o, más probablemente, una consecuencia del ángulo intenso del sol. Pero se acerca el atardecer y los periodistas, agotados, desesperados por llegar al cupo de palabras y pasar la censura antes de que termine el día, informan de todos los movimientos de esta *ragazza del canale di Suez, la madonnina del legionario* en términos gloriosos propios de una diosa marinera.

Es también el cuarto día de la travesía de una semana del *Cleopatra*

hasta Massawa. Los *soldati* han viajado en unidades desde Roma y Venecia, desde Florencia y Puglia para embarcarse en la gran aventura africana en el puerto de Nápoles. Sabemos que Ettore está ahí, aunque es imposible que Aster lo sepa mientras se fija en Maria Uva en el despacho de Kidane. Hirut repara en la coincidencia, en la estación de tren de Adís Abeba con la caja abierta sobre el regazo, al mirar la misma foto de Maria Uva. Recuerda ese día en el que Aster salió del despacho de su esposo, llevó la foto de esa mujer a la cocinera y le dijo: Nosotras las mujeres no nos quedaremos de brazos cruzados mientras se meten en nuestras casas. Por lo menos, esa parte está bien reflejada en las canciones.

El *Cleopatra:* un barco de vapor de casi cien metros de eslora y catorce de manga. Una mole de metal que se eleva cinco metros sobre la superficie del mar hasta la cubierta. Es una masa compacta que emerge del agua como la muralla de una fortaleza. Tuvo que ser imposible que la voz de una mujer se desplazara desde la costa, por el agua, subiera y traspasara el gran casco de acero. No sé cómo lo hizo, le contó Ettore una vez a Hirut. Todos nosotros la oímos, y sonaba como un ángel. Por eso Hirut coge la caja en la estación de tren de Adís Abeba, saca la foto y mira la parte de atrás.

La Cleopatra, dice. *Carissimi mi mancate. Caro Papa, cara Mamma, sono in Africa.* Queridos míos, os echo de menos. Querido papá, querida mamá, estoy en África. La foto es endeble y se ha vuelto amarilla, se arrancó hace tiempo de un periódico viejo y se pegó a una postal que no se envió. Hirut vuelve a darle la vuelta: logra verlo sólo porque sabe qué buscar; él está en cubierta, mirando hacia abajo a los hombres vestidos de blanco que reman con empeño en las aguas agitadas, con las chilabas volando en la brisa matinal. En la foto, él sale pero no sale. Es uno de los puntos indistinguibles que no guardan ningún parecido con una forma humana. No hay nada en esta fotografía que insinúe qué les aguarda a estos hombres, esas figuras informes mitigadas por la luz. Este es el momento de Maria Uva y ella es el centro de la mirada de la cámara, el rayo de luz de Mussolini que se proyecta por las fronteras oscuras de África, guiando a los hombres hacia la grandeza.

Kidane coge el fusil y los prismáticos de su despacho vacío, pide a Berhe que saque a los caballos y limpie el establo, le dice a la cocinera que se irá unos días y luego, sin mediar palabra con su mujer, que ha vuelto a su dormitorio, parte con sus hombres. Se introduce una extraña tregua en el día, que lo hace todo más lento, que envuelve la finca en silencio. Por eso todos se vuelven hacia Aster cuando abre la puerta del dormitorio, camina poco a poco por el pasillo y sale por la puerta principal. Está donde se colocó Kidane en el porche, con una capa vieja por encima de los hombros y su vestido negro que se le abomba por debajo. El silencio forzado se curva en su dirección mientras se dirige al establo sin apenas mirar a la cocinera o a Berhe. Sale con las riendas de su caballo, *Buna*, en la mano. Llega a la puerta y hace una pausa, todos los árboles se inclinan, el viento amaina y los pájaros se giran para ver qué hará a continuación.

No pienso quedarme a esperar como una criada a que él vuelva, anuncia.

La cocinera no se levanta del taburete al lado del sendero que lleva hasta el patio, cerca de donde Hirut se ha quedado paralizada, sujetando con manos temblorosas unas bandejas sucias. No se mueve. Se ha quedado hipnotizada con la mujer en la puerta que se vuelve poco a poco para mirar hacia ella. Se cruzan sus miradas y la cocinera menea la cabeza. Aster abre como hizo unas horas antes Kidane, se monta en la yegua, le da unas patadas en las ancas y se va al galope por el sendero trillado que se abre a innumerables destinos. Y desaparece.

Berhe y la cocinera intercambian miradas, ambos atónitos ante la marcha tan sencilla. Se han quedado hechizados y angustiados por algo que Hirut no comprende. Berhe observa desde la puerta. Se queda mirando el polvo que se levanta tras el caballo a toda velocidad.

¿Qué ha pasado?, pregunta Hirut.

¿Qué te ha dicho? La cocinera se pone en pie y da unas zancadas hasta Berhe.

Él niega con un gesto de cabeza, con la vista puesta en la puerta y las manos en la cintura. ¿Qué va a decir esa mujer?

Al día siguiente preparan todas las comidas, ponen la mesa y hacen café como si ella fuera a aparecer en cualquier momento. A medida que la luz del día se transforma en atardecer, miran por la ventana del salón hacia la puerta que Berhe no deja de abrir, en busca de la nube de polvo que anunciará su llegada. Cuando ya es de noche y no regresa, recogen la

bandeja, la llevan al porche y comen los tres mientras esperan oír cascos al galope.

¿Adónde habrá ido?, pregunta Hirut la segunda noche en la habitación, pero la cocinera la mira mal y se mete en la cama.

Que se quede ahí, responde la cocinera. ¿Qué más da? Se limpia la cara con la manga. Y no te creas que no os vi a ti y a Kidane. Señala a Hirut con un dedo acusador. Tú la vuelves peor, la pones celosa y es culpa tuya.

Yo no hice nada, se excusa Hirut, pero la cocinera ya le ha dado la espalda y se ha tapado con la manta.

*

Los rumores: Hay una loca con un caballo salvaje fulgurante por los cerros, se detiene en cada iglesia y clama a los cielos y a los ángeles furiosos para que bajen a la tierra. Es una monja que se transforma en hiena, un espíritu indignado que pide venganza desde las copas de los árboles secos. Es la emperatriz Taitu que ha resucitado para combatir a esos *ferenjoch*. Es un fantasma sin nombre lanzado por el Todopoderoso que viene a maldecir a nuestros enemigos extranjeros. Los aldeanos se reúnen en sus pozos, olvidándose de sus calabazas, para difundir la noticia de otras apariciones. Hacen descansos mientras lavan y durante la oración en busca de columnas de polvo surgiendo del horizonte. Hay unos susurros que empiezan a engendrar la verdad: se trata de Aster, esposa de Kidane, que corre por las lomas con ese caballo del color de la pólvora. Es ella quien fractura nuestras noches con esos gritos, vestida de negro. Ella nos convoca y nos ordena que nos preparemos para la lucha.

La cocinera hace caso omiso de las preguntas cuando va al *mercato*. Se escabulle de las manos que intentan apartarla para tener una conversación privada. Se encoge de hombros, niega con un gesto de cabeza y se tapa la cara cuando sus amigas, esas criadas de otras casas, quieren saber si lo que dicen sus señoras es verdad, si la comidilla de la reunión mensual de sus exclusivos grupos *mehaber* podría estar en lo cierto, si el llamamiento a que esas mujeres se reúnan a orillas del río procede efectivamente de la Aster de la cocinera. ¿Es ella? ¿Las está convocando a que se reúnan mañana en el río? ¿Qué planean esas mujeres?

Ella no es mi Aster, es todo lo que responde la cocinera.

Y luego llega el día en el que Aster regresa y la cocinera se queda sin

palabras en la puerta, con una bolsa medio llena de especias del *mercato* que se le cae y se esparce por el suelo.

Tú, grita la cocinera, y pasa al lado de Hirut dándole un empujón en dirección a la finca. Eres tú. Su voz se ha desatado, la rabia encuentra al fin su completa liberación. Señala con un dedo acusador las cortinas descorridas de la ventana del salón donde en medio de la luz deslumbradora del cristal no se ve a Aster.

Esta se vuelve desde la ventana y enseguida se abre la puerta principal. Sale con su vestido negro, su cabello destrenzado y rebelde alrededor de su rostro solemne. Va cubierta de polvo y en su mirada arde una férrea intensidad: luz cambiante sobre la superficie de un río.

Te pensabas que no iba a volver, dice Aster. ¿Adónde iba a ir? Y tuerce la boca como sólo ella sabe hacer. Tú podrías haberte ido, te di la oportunidad.

La cocinera parece arrastrar un cansancio mayor que durante los últimos siete días de ausencia de Aster. Ya he tenido bastante, dice. Se derrumba en el extremo del porche, exhausta, sin energía ni voluntad. Dame un poco de dinero y déjame ir.

Cuando vinimos a esta casa…, empieza Aster.

Vinimos a esta casa por motivos muy distintos.

No tanto.

La cocinera se da la vuelta como si viera a Hirut por primera vez. Largo de aquí.

La puerta del establo cruje al abrirse e Hirut sale como una exhalación hacia Berhe, que la rodea con el brazo, y juntos observan a las dos mujeres.

No hay nada que pueda darte. Se lo ha llevado todo sin consultármelo, todo. ¿Te crees especial por estar cansada? Aster habla con una impotencia rabiosa. Acabo de vender la alfombra que me regaló mi madre para comprarnos armas. No pienso vender mi collar de bodas por ti. Es lo único que queda, añade con un hilo de voz.

La cocinera sube los peldaños hasta colocarse frente a Aster. Se miran a la cara, contemplan el paso de los años. Me prometiste que, en cuanto pudieras, me darías lo que me hiciera falta. La boca le tiembla. El año pasado, dijiste que el siguiente. Después, que para el cumpleaños de Tesfaye. Tú ya tienes a Hirut y yo estoy cansada. Quiero encontrar a mi familia, quiero irme a casa.

Aster le toma las manos, suaviza la voz. Las cosas han cambiado, la

guerra está a la vuelta de la esquina. Todo el mundo se está movilizando y no tienes dinero, no tienes nada aparte de mí. Aster la mira. Toma aliento. Te necesito.

La cocinera deja caer los hombros y agacha la cabeza mientras que Aster se yergue y se crece.

Dile a la niña que venga a buscarme al salón. Berhe, tengo algunas cosas para que me arregles. Habla con el tono quedo, íntimo, que ha empleado con la cocinera: la antigua Aster ha vuelto, segura de hacerse oír y obedecer. Coge el arcón de madera del despacho de Kidane, ordena con un gesto a la cocinera. Ya sabes cuál.

Aster se alisa el faldón del vestido. Y tengo hambre. Se vuelve hacia la puerta principal y la cierra tras ella.

*

Hay dos fusiles nuevos contra la pared, su metal bruñido y su madera clara brillan más que cualquier otro mueble de la estancia. Hirut se agacha y coge uno, tras comprobar con un vistazo fugaz por encima del hombro que Aster sigue en la cocina hablando con la cocinera. Nota el peso del objeto frío entre sus manos, robusto como el hueso. Recorre la línea del cañón con un dedo vacilante, se detiene en la mira, pasa por la recámara. Al rozar el gatillo se estremece, rememorando las advertencias de su padre, y apoya la mano en la pieza de madera y la presiona contra sí. La culata le parece tan cálida como la piel. Un recuerdo: su padre le da un golpecito en el pecho el día que le permite tocar el fusil por primera vez. Esto es la vida, dice. Acto seguido, lleva la mano a la escopeta. Esto es la muerte. Tampoco debes subestimarla nunca.

Hirut vuelve a apoyar con cuidado el fusil y el arma se recoloca en su sitio como impulsada por una voluntad propia. Ya ha oído ese ruido, ese arañazo pesado contra la pared, y después silencio. Hirut aguza el oído, más allá de la voz de Aster, de los pasos de la cocinera, del leve murmullo del viento que sopla contra el cristal de la ventana, y ve a su padre, Fasil, cayendo a los pies de un extraño. Ve cómo rodea con los brazos las piernas del hombre, como implorando algo que diera por perdido. Ella está en la entrada de la choza, medio arropada por las sombras que caen a su espalda. Su madre, Getey, detrás de ella, solloza envuelta en la oscuridad. Hirut oye su nombre y se da media vuelta. Getey sostiene el fusil y le pide que se

aparte. Apunta al pecho del extraño. Está jadeando, el aire se arrastra al salir de su cuerpo y raspa al volver a entrar. Quita, Hirut, apártate, le ordena, para que pueda apuntar a Checole, y quédate a mi lado. Hirut se da la vuelta y ve a Kidane tomar las manos de Checole y suplicar, *abbaba*, por favor. Getey ya se ha marchado, *abbaye*. Venga, volvamos a casa. Ven conmigo, *abbaba*, y tira de su padre mientras se vuelve y dice, Getey, me lo llevo a casa. No volverá a pasar. La madre de Hirut deja de llorar. Apoya el fusil, que resbala arañando la pared. Getey se echa al suelo y se encoge en un ovillo. No se inmuta ni cuando Hirut se le acerca y se arrodilla a su lado. No se inmuta ni cuando el padre de Hirut entra a todo correr y le pregunta: ¿Qué has hecho? Getey no se inmuta ni cuando Fasil levanta el arma, mira por la puerta, no ve a nadie y entretanto lo vacía de su única bala.

Hirut se esfuerza por detener el temblor de sus manos. Es un recuerdo nuevo que ha escapado del lugar donde las cosas se guardan para olvidarlas. ¿Por qué lloraba su madre? ¿Qué hacía su padre? Se apoya en el respaldo del sofá y mira por la ventana. Entendió por primera vez que no volvería a ver a su madre cuando Aster le dijo: A partir de ahora vas a escuchar todo lo que yo te diga. Después, le arrastró la uña larga del meñique por las mejillas: Eres menos que la mugre de mi uña.

¿Has sacado la ropa que te pedí? Aster está en el pasillo, se dirige al salón.

Hirut se precipita hacia el arcón de madera y abre el pasador.

Pon la radio y acerca el arcón. Aster no se ha quitado el vestido negro lleno de polvo, pero su piel ha perdido la palidez que confería a sus rasgos la mirada sombría. Cierra las cortinas y asiente satisfecha al ver los fusiles. Se sienta en el sofá, con las manos delicadamente posadas sobre las rodillas, y espera.

Tras la cabeza de Aster, el sol se concentra en la habitación detrás de las cortinas echadas. Una caja cuadrada de luz que ilumina la estancia, prende suavemente sus rizos y le realza las curvas de los pómulos. Se refleja sobre el collar dorado y se desliza por la habitación cada vez que Aster cambia de postura. Rebota en la radio y desaparece.

Hirut gira la ruedecilla negra y la radio zumba, cruje, rebelde. Le da vueltas hasta que el sonido estridente de una trompeta sale del altavoz y la hace retroceder de un salto. Entonces empuja el arcón más cerca de Aster y se detiene. Una vez lo abrió sin permiso y estuvo rebuscando entre la ropa en busca de su fusil.

Una vocecilla se abre paso entre las interferencias. Es una bienvenida apresurada a los oyentes de la nueva Emisora Imperial de la Radio Etíope, que retransmite en directo desde Akaki en Adís Abeba. Da la sensación de que el hombre haya estado corriendo, parece que estuviera chillando a través de una lata.

Van a anunciar a la emperatriz, *Etege* Menen, y a la princesa Tsehai, dice Aster. Escúchala, no te pierdas ni una palabra.

La radio chisporrotea y una larga ráfaga de interferencias inunda el salón antes de que una trompeta estalle con una nota prolongada y vibrante.

Aster se pone de pie. Sácame la camisa del arcón.

Hirut conoce el contenido del baúl por lo que le falta. Por sus dimensiones. Ahora ya sabe que es demasiado corto para guardar lo que un día esperó que guardara, pero entonces, cuando era lo bastante estúpida como para pensar que algunas cosas pueden caber dentro de cualquier espacio, miró. Descorre el pestillo y levanta la tapa. Saca lo que sabe que se encuentra arriba del todo: una túnica. Es una camisola blanca de un algodón muy fino, delicadísima desde el escote sin cuello hasta los bordes de las mangas largas, casi transparente. Se ha conservado anormalmente bien, mantiene un resplandor que llama la atención y es suave al tacto como la seda.

Aster se quita el vestido por la cabeza y lo deja caer al suelo. Está desnuda, rodeada por las interferencias de la radio, el sol es un cuadrado tenue y luminoso a sus espaldas. Se pasa los dedos por el pelo para ahuecarse los rizos.

La trompeta brama en el salón. Se oye una pausa larga, una silla que se arrastra por el suelo, alguien que carraspea, un susurro.

No todo el mundo tiene una de estas, comenta Aster, señalando hacia la radio.

Se pone la túnica.

Le llega por debajo de las rodillas. Le queda holgada en los hombros. Las mangas le engullen las manos y cuelgan como un par de alas plegadas. Hirut se sorprende por lo menuda que es en realidad, por la complexión delicada de sus músculos y su carne. Es la pura ira la que la hace parecer grande e imponente.

De repente, una voz masculina, atropellada, chillona:

Buenas tardes, damas y caballeros. Una vez más, emitimos en directo desde Akaki en Adís Abeba. Hoy es 13 de septiembre de 1935. La esposa de

nuestro emperador, la emperatriz Menen, se dirige a su pueblo esta noche. Saludamos a quienes nos escuchan en todo el mundo. Tres, dos, uno.

Aster se inclina hacia la radio con expresión reverente. Saca el *suri*, susurra.

El pantalón está al fondo, debajo de una capa de piel de animal doblada. Hirut se lo entrega, intentando no mirar a la radio. Hasta ahora, había sido un lugar reservado a los líderes, un barullo de voces masculinas que aguardaban en el interior de la caja a que la ruedecilla abriera la compuerta y las dejara salir. Aster se enfunda los pantalones de montar. Las pantorrillas esbeltas y los tobillos finos se deslizan por la estrecha pernera. La prenda arrastra por el suelo, las capas del fino tejido de algodón se solapan alrededor de los pies de la mujer como si fueran nubes.

Hoy no has limpiado la alfombra, le reprocha. Frunce el ceño y se arremanga los bajos. Recoge los extremos de las mangas hasta la altura de las muñecas. Se ajusta la túnica para que el escote le caiga justo en el centro del pecho. Se endereza.

Una mujer empieza a hablar: *Estamos inmensamente agradecidas por tener la oportunidad de que esta noche nos escuchen las mujeres de todo el mundo.*

Es ella, murmura Aster. Corre, acércame la capa.

Queremos dar las gracias a la Liga Internacional de Mujeres. Nuestra querida hija, Tsehai, traducirá nuestras palabras al inglés.

La emperatriz Menen hace una pausa y de fondo, entre las interferencias y los carraspeos, Hirut oye otra voz, más joven, delicada, susurrante. Se imagina a la princesa Tsehai inclinada hacia delante, diciendo algo que sólo una hija podría decirle a una madre. Se oye un papeleo, un movimiento y después la voz de la princesa Tsehai que se presenta. Es una voz clara, tímida y firme a un tiempo. Habla inglés con una cadencia elegante que Hirut ha oído en Aster y sus amigas: una peculiaridad propia de una boca no acostumbrada a las súplicas. Hirut mira fijamente a la radio, la rueda negra y el dial nervioso poseído por la respiración de la princesa. Está como embrujada, empeñada en descifrar cómo puede ser posible oír a esta mujer y a esta muchacha con tanta nitidez estando tan lejos. Están más cerca que el eco de los tambores que retumba por los cerros cuando hay noticias. Están aquí, pero no están aquí.

Confiamos en que, sean de donde sean, las mujeres comparten el deseo de mantener la paz y el amor en el mundo.

El altavoz de la radio es un arco de malla, como un sol de rejilla. Lo tiene tan cerca que percibe la calidez de su zumbido, casi puede notar a la emperatriz y a la princesa como dos bloques macizos de luz que giran en un lugar donde las voces viajan más rápido que la carne. En alguna parte ahí dentro, más allá de la madera, de la rejilla, de la rueda negra y del cristal que mantiene a ese dial nervioso en su lugar, hay una mujer de la realeza que ha salido de sí misma para convertirse en algo vasto e invisible, poderoso como el viento. Absorta en sus pensamientos, cautivada e impresionada, Hirut no se vuelve para ver qué ha ocurrido hasta que nota el toque de Aster en la pierna.

Bien sabemos que la guerra destruye la humanidad y, a pesar de las diferencias de raza, credo y religión, las mujeres de todo el mundo la desprecian, pues no deja más fruto que la destrucción.

Aster lleva la túnica y los pantalones de montar, la capa manchada sobre los hombros, un fusil nuevo a la espalda. La vieja capa le cuelga ondulante y por su caída Hirut diría que es obra de unas manos expertas y seguras, que la curtieron, la frotaron y la engrasaron para que se ciñera a un cuerpo y se amoldara a la forma de su propietario. Aster se cambia el fusil al hombro derecho, mientras sus piernas permanecen firmes y robustas bajo ella. Está resplandeciente. Es una silueta temible e impactante, familiar y extraña a la vez, aterradora e incomprensible. Una mujer vestida como un guerrero, con un aire tan fiero como cualquier hombre.

La guerra mata a nuestros esposos, a nuestros hermanos y a nuestros hijos. Destruye nuestros hogares y dispersa nuestras familias.

Mientras la emperatriz continúa hablando a través de su hija, Hirut desvía la mirada de la radio para contemplar a esta mujer, de los pies menudos a la cabeza orgullosa, del collar que cuelga por encima de la capa hasta el rostro hermoso, de la capa hasta el fusil reluciente.

En este momento y en este periodo trágico e infausto, cuando el agresor planea traer una guerra tremenda a nuestras vidas, nos gustaría llamar la atención de las mujeres del mundo entero, es su deber mostrar su solidaridad y expresarse en contra de estos actos.

Aster se dirige al centro del salón con zancadas largas y resueltas. Ella es el contrapeso perfecto que equilibra un mundo ingobernable y lo hace trizas para devolverlo a su lugar al llevarse una mano a la frente y saludar.

La primera imagen que tiene Ettore Navarra de Eritrea: el puerto de Massawa, la arquitectura imponente en la que resuena la influencia otomana de su Venecia natal. Desde el mar Rojo, la ciudad se alza sobre el tórrido horizonte, como una mancha de arcos blancos y polvo rojizo que titila entre la humareda y la sal. El propio puerto es una mole de arena abarrotada que embiste contra el mar Rojo, cuyo muelle protesta ante el interminable desfile de buques y soldados. Desde la cubierta del *Cleopatra*, Ettore Navarra alcanza a ver que el *Liguria* está amarrado de popa, junto al *Ganges*. Hace una mueca al oír el bramido quejumbroso que suelta otra nave al avanzar. Tantos días en un mar apacible y ahora esto: ruidosos barcos de vapor que compiten por el espacio, burros que rebuznan suspendidos encima de un muelle atestado, cajones de artillería que se arrastran con estrépito por las planchas. La hilera de barcos motea un mar que se despliega y se retuerce tras él como si Massawa fuera el terreno de una batalla espartana épica y ancestral.

Mientras Ettore espera a que el buque eche el ancla, saca la cámara y enfoca al muelle. A su espalda, los hombres se abren paso a empujones para hacerse un hueco cerca de la barandilla. Oye que Fofi y Mario lo llaman, intentan que se vuelva, pero la estampa que se ofrece ante sus ojos lo paraliza: todo el blanco de los edificios de esta ciudad portuaria, las palmeras altas y esbeltas, las montañas de arcones y barriles, los hombres negros con turbantes y pantalones cortos que descargan las provisiones de los barcos, las gaviotas que se precipitan hacia la brisa entre graznidos.

Ettore cierra los ojos y piensa en su casa, en la cabeza cana de su padre inclinada sobre sus libros en su despacho, de espaldas a la ventana que domina la laguna de Venecia, su hogar rodeado de canales. La inminencia de la guerra trajo consigo uno de los escasos momentos en su vida en los que su padre le habló sin ocultar la inquietud y la preocupación. Bajo la luz tenue del estudio de Leo Navarra, Ettore vio cautela y desaprobación en el rostro de su padre.

Leo dijo lo siguiente: Son pocos los hombres que nacen cuando les corresponde. Cuánto espero que este sea tu momento.

Comprendió incluso entonces que aquellas palabras no eran tanto una confidencia como una reserva, esa manera que tenía su padre de sortear lo que no podía decir a propósito de los desafortunados y de los que no habían nacido cuando les correspondía. Y estaban dichas con aquel deje tan suyo: pesado de tantas palabras trituradas en el fondo de su garganta. En público,

Leo pronuncia todas las sílabas y suaviza las consonantes innecesariamente. Pero en casa es otro hombre y, aquel día, se soltó la lengua y la dejó transitar libre entre acentos mientras hablaba desde lo alto de su inteligencia, consternado e impaciente y, sin embargo, impenetrable.

Es la característica más distintiva de Leo, esa manera de construir un silencio al tiempo que parece desmontarlo. Tiene una forma de hablar que hace que el significado vibre a una frecuencia distinta, apenas audible. Allí en la cubierta, Ettore siente el peso de la cámara en la mano y se da cuenta, una vez más, de que lleva desde niño intentando capturar lo que no podía ser dicho, afanándose por conseguir una manifestación visual de un mundo tan atrapado en la oscuridad como definido por ella.

*

Esto, por supuesto, nunca se lo contará a Hirut, ni siquiera cuando los arrojen a ambos a las montañas del valle de Simen, prisioneros el uno del otro. En cambio, sí le muestra una fotografía de sus padres el día de su boda, su padre estoico y rígido, su madre tímida y feliz. Cuando Hirut pronuncia la nueva palabra que él le dice: *morire*, él se limita a asentir con la cabeza y la repite. Morir: *morire*. Yo muero. Tú mueres. Nosotros morimos. Ellos mueren. Estar muriendo. Ella se lo dice en amárico: *Innateinna abbate motewal*. Mi madre y mi padre han muerto. *Memot*. Morir. La muchacha lo repite y él señala la fotografía primero y luego su corazón. En aquella montaña, mirándola a través de la alambrada, chapurreando el amárico que el coronel Fucelli se ha empeñado en que aprendiera, Ettore no oye lo que Hirut le dice. Piensa que *morire* es un verbo que ella no alcanza a comprender sin la crudeza de un gesto. Así que apunta al cielo y, cuando ella levanta la vista, contemplan a un mirlo que surca el aire y se pierde entre un mar de nubes.

Aster y Kidane discuten en el patio. Todavía no ha amanecido y Aster va vestida con la túnica y los pantalones de Kidane. Desde los hombros, la capa ondea con pliegues voluminosos que le llegan hasta las rodillas. Firme y obstinada, se encara con un Kidane de hombros caídos y ojos sanguinolentos. Sus gritos estallaron al poco de que él regresara de madrugada y, con su presencia, sacara a la cocinera y a Hirut de la cama para preparar una cena tardía. La cocinera está sentada junto a Hirut, criba con desgana un cuenco de lentejas mientras escucha la tensión creciente entre la pareja.

Quítatela, le ordena. Ya te lo he dicho cuando he llegado.

Estoy en mi derecho.

Es la capa de mi padre. ¿Es que no ves su sangre? El *shamma* salpicado de barro le cae por un hombro. No tengo tiempo para esto, llevo días sin dormir. Y ahora me vienes con estas. Alarga la mano hacia el cuello de la capa para quitársela a su esposa. Que me la des.

Sé perfectamente de quién es, dice Aster.

Berhe le ha entallado las prendas de su esposo. Bajo la capa, la túnica se estrecha para ajustarse a la delgadez de sus hombros, las mangas están subidas y las costuras y el bajo rematados. Le ha metido las perneras para que le ciñan las pantorrillas antes de abrirse suavemente en los muslos, y ahora el pantalón se adapta perfectamente a la cintura fina de Aster. El atuendo se amolda a su figura con elegancia, insinuando las líneas suaves de su cuerpo.

La cocinera apoya el cuenco y se sacude las manos en el vestido. Cuánto piensan seguir con esto, murmura y levanta la mirada hacia la pareja irritada. Hay mucho que hacer.

Ya han sacado de la despensa todas las especias, las legumbres y los cereales y los han repartido en bolsas más pequeñas. Han organizado cestas con polvos y hojas para las infecciones y las heridas. Han dispuesto los pañuelos y las mantas que han traído las vecinas en paquetes ligeros para poder cargarlos. Han llenado un sinfín de cántaros de agua para la caminata. La cocinera ha preparado comida suficiente para un banquete de bodas, pero que apenas durará unos días. Han trabajado sin descanso, pero aún falta decidir qué dejar atrás y qué se resignará Aster a abandonar en manos de los bandidos o los italianos.

Es de mi padre, repite Kidane. Ya has echado a perder mi camisa y mis pantalones. Quítate esa capa.

Ha llevado esas prendas durante los últimos cinco días, sólo se las ha quitado por la noche cuando regresaba de donde hubiera estado, dejaba la capa a sus pies mientras dormía con el vestido negro. A Hirut le cuesta ver en la penumbra, pero sabe que Aster se ha puesto kohl alrededor de los ojos como cada mañana antes de partir y se ha trenzado el pelo que se deja crecer en unas hileras tirantes y planas.

Pienso quedármela. Me he ganado el derecho, replica.

Kidane suelta una carcajada irónica. ¿El derecho? ¿Y quién te ha dado derecho a coger lo que es mío? Se pasa las manos por el cabello alborotado, se acuclilla y deja los brazos sobre las rodillas. Se sienta así, contemplando el jardín en un silencio frustrado.

Tengo derecho, Kidane. Lo mira. ¿Quién te crees que ha conseguido todas esas provisiones para tus hombres? ¿Quién se ha encargado de buscar pañuelos y mantas? Se interrumpe y traga saliva. Hace mucho, pero que mucho tiempo, que me lo he ganado.

Ha llovido y el aire está húmedo. Sostiene las últimas palabras de Aster en el espacio que separa a la pareja como si fueran ramas quebradas que esperaran descanso.

¿Qué se habrá ganado más que las demás?, rezonga la cocinera para sus adentros. ¿Quién está haciéndolo todo?

Mi padre derramó su sangre sobre esa capa y tú menosprecias su sacrificio por este país. Kidane se levanta de golpe y le apunta el rostro con el dedo. Está furioso, peligrosamente cerca de abalanzarse sobre ella.

Yo sangré cuando no me tocaba, responde Aster. Da un paso al frente como si quisiera embestirle el pecho de un cabezazo. Habla con ese tono pausado y quedo que ha adoptado desde que se puso la ropa. El mismo que empleó ayer para ordenarle a Berhe que le abriera la puerta para salir antes del amanecer. La misma voz apagada con la que se dirigió a la cocinera cuando, a su regreso, le preguntó: ¿Por qué ya nunca te sientas a comer conmigo como cuando éramos niñas? Y, dirigiéndose a Kidane, añade: ¿Pensabas que iba a dejarte olvidarlo?

Es incapaz de ver más allá de su ombligo. La cocinera sumerge el puño en la legumbre. Las cosas no cambian sólo porque ella quiera.

Kidane niega con la cabeza. Dicen que has andado por las montañas con *Buna*, que estás intentando movilizarte por tu cuenta. Se inclina de tal forma que sus rostros quedan cerca. No puedes ser tan estúpida, ¿verdad?

La luz que cae contra la ventana y se refleja en su rostro le confiere un

aire cansado pero acechante.

Aster contempla al hombre que tiene enfrente. Finalmente, habla: He estado haciendo lo que la emperatriz Menen nos ha pedido a mí y a todas las mujeres de este país. ¿O es que no deberíamos hacer algo nosotras también? ¿Es que este país sólo es vuestro? Te he conseguido dos armas nuevas. La cocinera ha preparado más remedios. Otras mujeres están trayendo asnos y cestos. ¿No es eso lo que necesitas?

¿Armas nuevas? ¿De dónde?

El Mauser, el fusil con el que llegué cuando me casé contigo, dice Aster. ¿Dónde está? Mi padre me enseñó a dispararlo. En la última guerra mi madre le fabricó las balas. Dámelo.

La cocinera menea la cabeza y suelta una risilla. Mira, le dice a Hirut, también se lo hizo a ella.

Kidane levanta la mano para darle una bofetada. Hace mucho que no te pego, pero ahora mismo lo haría.

Ella le agarra la mano, se la lleva contra la mejilla y presiona. Hazlo, le reta subiendo el tono. Me he ganado esta capa, no puedes decirme que no, no puedes decirme que te has olvidado de todo, que nada de aquello ocurrió. Me la he ganado, por eso sigues en mi cama, por eso me quieres, por eso sigues volviendo después de todas las demás, esas de las que te crees que no me entero, porque sabes con quién te casaste. Y ni siquiera te has dignado preguntarme por la tumba de nuestro hijo. Estuve allí, y dormí tres días sobre su tumba sin ti, sola. Ni siquiera te acordaste de que era su cumpleaños, el segundo. Como tampoco pudiste volver de una de tus importantísimas reuniones con el emperador para verlo morir. Fui yo quien se arrastró sola a la iglesia, de rodillas, a rogarle a Dios que lo dejara vivir. Como también estuve sola el día en que murió. Me he ganado esta capa, no voy a devolverla. Pégame. Atrévete y verás lo que hago.

Aster calla, sin aliento, envuelta en esa oscura sombra azulada del alba.

Kidane le toma el rostro entre las manos y se lo acerca al suyo. Habla en un tono bajo pero envolvente: Puedes lamentarte por el pasado, pero tenemos a los italianos llegando a la frontera. Vístete como un soldado todo lo que tú quieras, pero eso no cambia nada. Servirás a mis hombres como la cocinera te sirve a ti. Cargarás a mis heridos y enterrarás a mis muertos. Cuidarás de los hombres que confían en mí para guiarlos, cuidarás de los que morirán por mí. Saldrás ahí fuera y lo harás una y otra vez hasta que yo te diga que puedes parar. Todo lo que yo le deba a nadie, todo, va para mis

hombres. Desde ahora hasta el día en que me muera.

Kidane deja caer las manos, se gira sobre sus talones y entra en la casa. Pronto, la luz baña su despacho.

*

Al principio la silueta se atisba como un punto entre las dos líneas del horizonte, un soplo de viento y arena que rueda por el valle. En lo que Hirut ve no hay nada que permita intuir a un hombre corriendo tan rápido como para que le estalle el corazón. No hay nada que hable de hueso y de carne y de todas esas cosas que unen un cuerpo a la tierra. Y así, mientras llena los cántaros en el pozo, se limita a observar, curiosa, mientras se le acerca.

Para cuando el hombre llega a su altura, los jadeos le impiden hablar. Se golpea el pecho huesudo. *Dejazmach* Kidane, ¿dónde está?, pregunta. Tiene la mirada cadavérica y voraz de un sacerdote fervoroso. Se encoge, tose. ¿Dónde está?

Se ha marchado esta mañana con sus hombres, contesta Hirut. Están entrenando, añade.

Y entonces oyen los tambores, un sonido sordo, profundo y reverberante que retumba entre valle, cielo y montaña para hundirse entre ellos, desgarrador e insistente. El tamtam sincopado y cada vez más espaciado le indica a Hirut que contiene un mensaje que ella todavía no ha aprendido a descifrar.

Vuelve a casa. Si lo ves antes que yo, dile que Worku lo está buscando, es urgente.

Resuena otro golpe, tan fuerte como un rugido monstruoso en un torbellino de eco.

Hay verdadero pánico en el rostro estrecho de Worku. Avisa a *weizero* Aster y a todo el mundo de que vayan a las montañas. Id en busca de las tropas, os protegerán. Buscad a los hombres de Kidane. Daos prisa. Y no te olvides de mencionarle que te lo he dicho yo. Me llamo Worku. Se da media vuelta y desaparece corriendo monte arriba.

Hirut sale escopetada hacia la casa, impulsada por el estruendo.

*

Lo había oído, pero no me lo puedo creer. ¿Es cierto? Aster va de acá para

allá por la finca dando grandes zancadas, aún vestida con la capa y los pantalones de montar, primero se dirige hacia el establo, luego al patio. Tenemos que avisarle, dice. Hay que encontrar la manera de decírselo. ¡Están aquí! ¡Han cruzado la frontera!

Hirut está en el patio, mirando a Aster ir de un lado para otro voceando el nombre de su esposo. Dentro de su cabeza resuenan unas palabras que no logra expulsar: La guerra está aquí, la guerra está aquí, los extranjeros están llegando. Su corazón martillea con violencia.

¿De verdad? La cocinera sale de la cocina como un rayo, secándose las manos en el vestido. Se abalanza sobre Hirut y la zarandea. ¿De verdad? ¿Ha venido Worku?

Hirut asiente y pestañea cegada por el sol. Para volver hasta aquí ha pasado junto a grupos de niños y niñas asustados. Junto a tenderos que salían a toda prisa del *mercato*, chiquillos que correteaban en tropel hacia sus casas, mujeres que soltaban los fardos de leña, las calabazas con agua, los arados o las varas para apresurarse de vuelta a sus chozas. Ha pasado junto a ancianos pertrechados de lanzas y fusiles que se dirigían a la carrera hacia los montes cerca de Debark, donde Kidane entrena a los suyos. Junto a niños y niñas pequeños que iban dando brincos hacia el río con sus hondas. Cuando llegó a la finca, Berhe estaba en la puerta con los ojos abiertos como platos, con una lanza oxidada en una mano y su bastón en la otra, listo para el ataque.

Tenemos que ir a buscarlo, dice Aster agarrando del brazo a la cocinera. Mira a su alrededor, desliza la mano hacia abajo para coger la de la cocinera. Ya está aquí, dice, entrelazando los dedos de ambas. Te quedarás. Adopta un tono más seguro. Ahora la mira con firmeza. Me lo prometiste, ¿te acuerdas de aquel día? Te necesito aquí. De golpe, su rostro se desencaja en torno a una reflexión. No te tratarán bien. Se da media vuelta hacia el establo. ¡Tenemos que preparar las cosas y marcharnos ahora mismo!

Voy a ensillar a *Buna*, pero no puede montarla, el suelo está demasiado húmedo por la lluvia, dice Berhe.

Está seco, le chilla Aster volviendo la cabeza mientras corre hacia el despacho de Kidane. Está seco, si no, esos *ferenjoch* no habrían podido pasar a nuestro país. No está húmedo. Ensíllala.

Acto seguido, la cocinera arrastra baúles y bolsas al porche e Hirut se tambalea bajo el peso del enorme saco de semillas que está sacando de la

cocina.

Han cruzado la frontera, repite Aster, atónita. Así que la guerra está aquí.

Interludio

El tiempo se ha extinguido y sólo hay una cosa: una invasión. Haile Selassie relee el telegrama y contempla el rostro atónito de su consejero. No quiere preguntar: ¿Cómo? No puede permitirse comentar: ¿Así? Sólo puede mirar el folio y decir: El río Gash fue donde Menelik marcó la frontera con Eritrea cuarenta años atrás. Es lo que Italia recuerda al pensar en su derrota de hace cuatro décadas. Piensa: Mi padre me llevó a ese río y me lo mostró con orgullo, y también me recordó que algunos lo llaman el Mareb. Hubo un día en que fui un chiquillo en su orilla, que contemplaba sus aguas parduscas, aburrido. Levanta la vista, dobla el telegrama y repliega los bordes para cerrarlo.

Retírese, ordena.

Se vuelve hacia la ventana y mira cómo el sol aparta a la fuerza a la oscuridad. Conoce el Gash. Sabe que es un cuerpo de agua insignificante que empieza cerca de Asmara y bordea Etiopía. Mide cuatrocientos kilómetros, pero no es el Nilo. No es el mar Rojo. Ni siquiera es un afluente importante que conecte las rutas comerciales y las ciudades emergentes. No es nada. No es más que un riachuelo en la estación húmeda. Es la demarcación con la que hace cuarenta años el emperador Menelik separó Eritrea de Etiopía. Pero no es más que una línea débil, que no vale más que la tierra que lo rodea. No es nada, se dice el emperador, intenta creérselo mientras observa cómo el alba se filtra en esta noche negra. No es nada.

Del otro lado de la puerta de su despacho hay un guarda que ha jurado con su vida protegerlo. Su mujer espera en la habitación, rezando. Sus consejeros están en la sala de conferencias recabando información. Está solo, aquí no hay nadie. Pero es 3 de octubre de 1935 y a las cinco de la madrugada de ese día eterno, Emilio De Bono entró en Etiopía cruzando el río Gash. Ahora son las cinco y veinte y sus tres columnas llevan veinte minutos desfilando por la tierra del emperador. Según algunos informes, hay aviones lanzando unos pasquines que alientan a su pueblo a rebelarse contra él. Esos panfletos afirman que su primo, Iyasu, es el verdadero emperador de Etiopía. Esos panfletos dicen que él, Haile Selassie, es un

impostor, una mentira. Por todo su país, el pueblo sale de sus casas y recoge los papeles desperdigados cual semillas errantes. La guerra está aquí. Se ha colado dentro. Avanza hacia él sin siquiera una declaración formal. La humillación es una intrusa de huesos recios y carnes densas. Lo oprime con fuerza y le impide respirar.

Foto

La mitad de su cuerpo uniformado queda fuera del encuadre, así que nadie sabrá nunca que, en su mano desaparecida, Ettore también sostiene una cámara. El fotoperiodista incluye, en cambio, las interminables columnas de soldados que desfilan detrás de Ettore, sus rostros ávidos y resplandecientes bajo los cascos. Todos saludan a cámara con la mano y entrecierran los ojos, el sol irradia un halo translúcido sobre sus cabezas. Llevan mochilas, fusiles y gruesos cinturones de munición en bandolera. Son la viva imagen de la juventud y el fervor, su crueldad está disimulada bajo el entusiasmo y la paciencia, oculta bajo titulares exaltados. Al dorso de la fotografía, Ettore ha escrito su nombre con letras mayúsculas y trazo firme, seguido de: *l'invasione*. Y la fecha: 3 ottobre 1935, XIII. A lápiz, flojito, medio borrado pero visible aún, ha añadido: *Guerra!*

Los periódicos cuentan que cien mil *ferenjoch* atravesaron el río Mareb antes de que rompiera el alba del 3 de octubre de 1935. Que avanzaban en una formación de tres columnas y que tras las tropas de infantería iban primero las mulas, luego los obreros y por últimos los camiones con las provisiones. Cuentan los diarios que unos aviones sobrevolaban el aire lanzando panfletos que animaban a los aldeanos a rendirse pacíficamente, prometiendo a cambio que los tratarían como a aliados. Que los soldados desfilaron hasta Aksum y tomaron la ciudad sin disparar una sola bala. Se complacen en relatar que todos los líderes de los ejércitos etíopes obedecieron a su emperador y dejaron que el invasor *ferenj* se adentrara en suelo soberano, un símbolo de la agresión italiana. Que, tras cuarenta años de humillación, los italianos, por fin, tomaron orgullosos Adua el 5 de octubre de 1935 y que ese poblado diminuto e ignoto recibió a los invasores entre aullidos y cabezas gachas.

Así es como quedó escrito, de modo que así es como se recuerda. Pero lo que Hirut sabe, sentada en esa estación de tren al cabo de tantos años, mientras se cambia de sitio para captar la luz menguante de la tarde, es que cuando aquellos invasores carnívoros cruzaron el río Gash para avanzar hacia Aksum, la formación de tres columnas se separó y las líneas se

rompieron, y en esos espacios que dejaron, los etíopes se adentraron y empezaron a luchar. Porque lo que los periódicos y la memoria no han contado es que cien mil hombres no entran en un país desfilando con gráciles zancadas. No se envían cientos y cientos de asnos, de camiones y de obreros para que los sigan sin incidente. Porque cien mil hombres, por tremenda voracidad que esta tierra hermosa les despierte, nunca pueden igualar la multitud de etíopes que lucharon por mantener libre su país, sin tener en cuenta las matemáticas.

Kidane arranca el artículo de la primera plana con su titular y su fotografía incendiarios y se lo acerca. La imagen muestra al ejército italiano como una mole homogénea de camuflaje y acero. Anuncia una invasión como un espectáculo deliberado, concebido para ser visto, para ser mirado, para ser la prueba fehaciente de la fortaleza de un fanfarrón. Desde la loma a las afueras de Kossoye donde ha instalado el campamento, Kidane otea unos grupos de chozas aún tranquilas en la neblina temprana de la mañana. Los hombres de Etiopía son luchadores, pero se les ha ordenado no hacerlo mientras los italianos pasan la frontera y avanzan por lo que Haile Selassie considera una tierra de nadie. El emperador les ha dicho que permitan entrar al enemigo, para que el mundo vea quién es el país agresor. Esas son sus órdenes, pero en la guerra de su padre, el tipo de guerra que Kidane está preparado para librar, se habría atacado a los invasores de inmediato. Los italianos habrían caído entre balas y lanzas, con los huesos rotos a manos de hombres vengativos. No habrían tenido tiempo de bombardear las ciudades de Adua y Adigrat y matar a las mujeres y a los niños.

Escupe el polvo que se le acumula en el fondo de la garganta. Casi trescientos kilómetros lo separan de la invasión, pero los italianos no tardarán en llegar con sus convoyes y su artillería a menos que alguien los detenga. Aklilu y el resto de sus hombres ya están vigilando la zona, entrenan para lo que pronto tendrán que poner en práctica. Están resguardados entre las peñas y los arbustos, las arboledas que salpican estas laderas pedregosas. Debajo de él, una anciana se encorva sobre su bastón y apoya una mano en el hombro de una niña vestida con una camisa andrajosa que le queda larga como un faldón. No hay modo de explicarle a alguien como ella que en este país existe un pedazo de tierra que supuestamente ya no tiene dueño, una franja de terreno llamada tierra de nadie que ningún rey ni granjero puede reclamar, una región fantasmagórica atrapada entre dos fronteras, que abre un camino hacia la muerte, como si fuera una enfermedad.

Kidane sabe que los italianos proclamarán su primera victoria en Adua, esa ciudad de la que salieron escaldados una primera vez en tiempos de la generación de su padre. Intentarán así reescribir aquel día de hace cuarenta años, de 1896, cuando tuvieron que ponerse de rodillas y postrarse ante unos orgullosos guerreros etíopes. Todo esto es por Adua, por ese lugar que es más que un lugar. Han venido para reescribir la historia, para cambiar la memoria, para resucitar a sus muertos y reconvertirlos en héroes.

Vuelve a mirar la fotografía. Los rayos de sol abrasan al grupo de hombres que va a la zaga de las columnas principales. Son *ascari*, soldados de Eritrea, Somalia, Libia e incluso de Etiopía que combaten con el bando italiano. Aunque la imagen esté algo borrosa por el movimiento, es fácil adivinar sus uniformes impolutos. Esos fusiles y esas cartucheras nuevos. Kidane se pone tenso. Cuando llegue el momento, sus hombres podrán contar con la velocidad y la familiaridad de los alrededores de Gondar. Pueden tener fe en la benevolencia de los aldeanos. Pueden confiar en los monjes que viven en las cuevas, solicitar asistencia a esos ermitaños que han hecho un voto de clausura. Pero la destreza y la sorpresa son los únicos factores que pueden ayudar a Kidane y a sus hombres contra estos *ascari*, que conocen este terreno tan bien como ellos, que pueden obligar a los aldeanos y a los monjes a someterse, y pueden conjurar la misma lluvia y la misma nieve a su favor. Aklilu se acerca y señala la senda estrecha a su espalda que les ha conducido a este plano. Kidane señala en la dirección opuesta. Aklilu comprende. Ni siquiera pueden usar algo que guarde un parecido mínimo con un camino. A partir de ahora, cada paso que den habrá de ser borrado, su presencia deberá ser invisible para un enemigo tan calculador como ellos.

*

En las manos de Kidane hay un mensaje de alguien que se hace llamar Ferres y le cuenta lo que ya sabe, que Adua ha caído. Pero la nota anuncia que en Gedebge, a sólo un día de marcha de donde él ha instalado a su ejército, está prevista la llegada de un convoy en los próximos días y que una unidad de italianos montará un campamento. Dentro de poco, su pozo estará envenenado. El mensaje le dice que prepare a sus hombres para tender allí una emboscada aprovechando la confusión de los italianos. Le dice que proteja a tres hermanos que planean colarse en el campamento para echar veneno en el suministro de agua. Le dice que ataque a los invasores como si fuera una orden del mismísimo emperador. Le dice que recuerde que están en guerra. Kidane levanta la vista y observa al joven mensajero, un muchacho escuálido de piernas largas y paletas separadas.

¿Quién es Ferres? ¿De dónde has sacado esto? Kidane inspecciona el mensaje de arriba abajo pero no hay indicios de su autor ni de su origen. Es un simple pedazo de papel.

El muchacho señala hacia las faldas de la colina. Me lo ha dado Biruk, el tejedor ciego, contesta. Me dijeron que fuera a verlo.

¿El tejedor ciego? ¿El de las alfombras? El famoso tejedor enseña a otros muchachos y hombres ciegos, y después viaja por las montañas y por Eritrea para vender exclusivamente entre las familias nobles. Aster le compró una alfombra hace años. Kidane solía sentarse sobre el grueso tapiz de lana con su hijo en brazos, contemplando la espada y el escudo de su padre mientras repetía historias de todos los hombres que le habían precedido.

El chico asiente.

Y, ¿por qué tú? La caligrafía es recta y pulcra, la letra de un sacerdote erudito, de alguien que no hace nada más que trabajar en trozos de papel poco más grandes que la mano de un muchacho.

Todo el mundo sabe que soy el mejor corredor de la zona. El mensajero habla con un orgullo dolido.

Kidane vuelve a observar el mensaje. Los italianos tienen sus radios y sus teléfonos. Él tiene a este muchacho y este pedazo de papel. Kidane mira por encima del hombro del chico a Aklilu, que no deja de ojear nervioso en su dirección. Justo debajo de este llano, Seifu y el resto de sus hombres esperan instrucciones.

Ha dado órdenes a todos sus líderes de dividir a los reclutas en grupos de diez. En total suman casi setenta. No son suficientes para enfrentarse a un ejército, pero sí para emboscarlo. La mayoría llevan armas antiguas y lanzas, sólo unos pocos tienen fusiles más recientes, sólo cuentan con las municiones que Aklilu lleva en su cinturón. Harán lo que él les diga, ya que han puesto su vida en sus manos. Ha de protegerlos con celo, así como ha de proteger esta tierra hasta que llegue el momento de arriesgarlo todo.

Dile a tu tejedor que he dicho que no, repone Kidane, y despide a Aklilu y a Seifu con un gesto. Dile que estas no son las órdenes del emperador. Y ahora vete. Ten cuidado. Saluda al muchacho y se da media vuelta para descender la otra ladera de ese cerro escarpado y comprobar si *Adua* tiene barro apelmazado en los cascos.

El suelo se está secando. Ya no hay nada que frene a los italianos. La estación de lluvias ha acabado. Pasa una bandada de pájaros que planean lánguidos en el cielo en calma. Al pie de la colina, mira hacia Gondar y Gojjam, hacia la frontera con Eritrea y hacia el río Gash, y trata de imaginarse los valles y los pastos que se extienden entre el punto donde él

se encuentra y donde acampan los italianos. A su espalda, el leve rumor de sus hombres al caminar hacia sus tiendas. En algún punto más allá de su vista está la silueta aplanada de la atalaya del fuerte Baldessari. Allí, un soldado italiano monta guardia, una mancha oscura que se derrama en el resplandor de la misma luna que ilumina a su caballo. Kidane se ajusta el *shamma* y mueve la mano por las columnas de polvo que se levantan ante él. La hunde en el resplandor mortecino de la luna nublada. Es inútil declarar que hasta el menor grano de arena le pertenece a Etiopía. Acaricia el cuello de *Adua* y recuesta en él la cabeza.

Foto

La cocinera: una figura corpulenta con una larga camisola abesha inclinada sobre un caldero grande. La mano derecha sostiene el cucharón. La izquierda agarra el borde de la cazuela, la tumba ligeramente hacia sus piernas dobladas. Está de cuclillas en el suelo, el faldón del vestido le cuelga como una tienda de campaña, las líneas toscas de sus pies anchos casi pueden verse a través del algodón. Entrecierra los ojos ante el sol cegador y ladea el cuello como queriendo rehuir la mirada del fotógrafo. Está encorvada como si estuviera atrapada. Tuerce el gesto de ese modo que sólo ella sabe hacer, ese modo que sólo aquellos que la conocen pueden interpretar: la boca en una línea recta, los ojos bajos, el mentón sobresaliente como retando a recibir un golpe. Coge el cucharón demasiado abajo, y ese detalle da a entender a Hirut la verdadera magnitud de su malestar mientras la cámara la enfoca.

Tras ella hay varios hombres sentados de cuclillas, con un pelo corto que empieza a asomar en rizos crecientes. Son como una cordillera que se alza detrás de los hombros de la cocinera. A juzgar por el largo del cabello, la guerra ha empezado hace escasas semanas, aún deben enfrentarse a lo peor. Está Yasin, sin la cicatriz que le quedará cerca del ojo. Está Eskinder, aún con la piel tersa y sin quemaduras. A su lado están Seifu y su hijo, Tariku. Seifu está un poco de lado, aún desafiante y sin rastro del pesar que está por venir. Es el único que mira a la cocinera, que se vuelve hacia ella con gesto comprensivo. Se ha desprendido de su aire amenazante el tiempo suficiente como para observarla con una mirada protectora y paternal. Justo detrás de él está Aklilu, echado hacia delante, mientras que los demás se mantienen con la espalda derecha. No tiene miedo de mostrar su desprecio, no se avergüenza de su curiosidad. La misma luz que encoge a la cocinera atrae la atención del ojo hacia él. Mira como si quisiera cargar, como si comprendiera la debilidad de la cámara. Como si ya supiera la diferencia entre lo que uno ve y lo que es verdad. Es el único cuya boca se curva hacia arriba por un lado en un gesto que tiene tanto de sonrisa como de burla.

Al dorso hay un sello de fotógrafo desvaído por los años. Hubo varios

fotógrafos deambulando por su zona, sacando fotos y usándolas como moneda de cambio. Ettore ha escrito: *Una schiava abissina*, una esclava abisinia, pero esta no es de las suyas. Él nunca ha visto a Aklilu, a Tariku y a Seifu a la vez. A él nunca le han concedido el privilegio de estar frente a estos grandes guerreros en una posición absoluta e incontestablemente segura. No habría podido hacer esa foto y salir de allí con vida.

Hirut está lo suficientemente cerca para ver al chico corriendo a toda prisa por la cresta de la montaña, con los talones al vuelo y el pecho como un globo de costillas huesudas y aire pesado. En la noche menguante, llega primero como un sonido: el chasquido de una rama, el traspié en una roca, un silbido contra la tenue luz naranja. Es un espejismo fugaz que va como un rayo por las lomas irregulares, sorteando cuestas pronunciadas, con ligeras bocanadas que se estancan en la brisa espesa.

Kidane no está lejos. Por ahí viene un mensajero que va a Kossoye, dice Aster.

Ahora se apresurará hacia el final de la cola como ha hecho durante los últimos días de la marcha. Animará a las mujeres que transportan agua y mantas a que aceleren el paso. Puede que hasta cargue ella misma un fardo pesado de leña. Las engatusará para que todas se muevan a ese paso rápido que las deja empapadas en sudor, que las hace apretujarse cuando duermen demasiado cansadas para murmurar una oración y cerrar los ojos con un sol resplandeciente.

Han caminado de noche para evitar los aviones que han comenzado a surcar las cimas de las montañas y a descender por los valles. Se han escondido en cuevas y se han refugiado en la base de peñascos y entre árboles frondosos. Han hecho lo posible por esconderse de esas grandes ventanas centelleantes tan aterradoras como los ojos abiertos de Satán. Aster les ha dicho que no teman. Las ha alentado a ser valientes. La tierra nos protegerá, les ha asegurado repetidamente: Todas las piedras saldrán en nuestra ayuda, todos los ríos fluirán en nuestra dirección. Seguid andando, hermanas, con la cabeza alta y la espalda recta, moveos como hicieron nuestras madres cuando también fueron a la guerra.

Son casi cincuenta mujeres, algunas de ellas parientes o criadas de quienes se han unido a las tropas de Kidane. Son jóvenes y mayores, varias hablan más de una lengua de las de los alrededores de Gondar y Gojjam. Las han reducido a su capacidad más básica: transportar aquello que no puede moverse solo, cargar y arrastrar peso. Lo han hecho sin quejarse, atendiendo a las instrucciones de Aster como si no pudieran imaginarse haciendo otra cosa. Es la cocinera quien ha sido incapaz de callarse sus pensamientos.

¿No se percatan estas esclavas de que no tienen por qué seguir con esto?, ha rezongado, negándose a susurrar. Ya no tenemos por qué hacer nada que no queramos. Marchémonos, ha dicho una y otra vez, pero

quienes se han quedado mirándola ponían más cara de susto que de furia, más de resignación que de ánimo, ante sus constantes presiones para bajar el monte y no volver nunca más.

Berhe es el único hombre adulto que las acompaña. Lleva la caja de medicamentos y vendas de la cocinera, e intenta ocultar sus resuellos con toses periódicas. Pisándoles los talones están las mujeres con camillas, mantas, pañuelos y avituallamiento. Son las que transportarán a los heridos, enterrarán a los muertos y alimentarán al ejército de Kidane. Un poco más atrás, después de los niños que aún no tienen edad para unirse al frente, están las que van recogiendo todo lo que cae por el camino, son las que llevan lanzas, escudos y ejercen de guardias, son las que se empeñan en luchar cuando Aster se una a los hombres en la batalla.

Hace señas a las mujeres del fondo. Tenemos que alcanzarlos antes de que se haga de día, ordena. Se vuelve hacia Hirut. Ve a mirar qué hay arriba.

Ella avanza y sube lo más rápido posible, atenta a cualquier ruido. Antes de doblar la última curva y desaparecer por la otra cara de la montaña, siente un denso olor a fuego apagándose. Se detiene. Unos pasos detrás de ella también. Se hace el silencio. Al volverse, Aster la adelanta y la sorprende. No la había oído en toda la escalada.

Espera aquí, le susurra.

Hirut está tan callada que oye los ruidos que sólo florecen de noche, está tan inmóvil que nota el golpe de la brisa fresca contra su piel: se disipa la humedad y se levantan los vientos secos. Es la estación posterior a la de las lluvias, después de las carreteras embarradas y los caminos saturados que mantuvieron a distancia al enemigo durante meses. Nota el arañazo del frío en la nuca que le baja por el brazo. Siente un escalofrío. Y es ese escalofrío el que los rumores confundirán con una respuesta cuando Kidane pregunte: ¿Quién anda ahí?

Sale de las tinieblas y tiende la mano con una mirada que podría ser de alivio, podría ser de desconcierto, podría ser, como algunos afirmarán después, incluso de amor.

Pequeña, ¿ahora eres tú la líder?

Hirut no lo llama por su título militar, *dejazmach*, ni utiliza la fórmula de cortesía *gash*, ni siquiera se le escapa *ato*, aún más formal, cuando levanta la vista. Está tan contenta de haber encontrado un desahogo en esa marcha pavorosa llena de precipicios y aviones peligrosos que se le escapa

el nombre por el que lo llamaba su madre desde que era pequeña.

Kidu, y cuando sonríe, le coge la mano y da el paso decisivo hacia él. Todo tan natural y con tanta sencillez que ninguno de los dos ve a Aster.

Estás aquí, dice ella al final cuando recupera el aliento.

Kidane se separa de Hirut y observa a las mujeres que se acercan, a esa multitud que se reúne alrededor de la colina en un silencio absoluto. En medio de la oscuridad, sus largos vestidos blancos palpitan con una palidez cremosa.

Debo buscar un sitio para ellas, dice Kidane. Estaba preocupado por ti. Envuelve a Aster en un rápido abrazo. Ella alza la cabeza, él baja la suya e Hirut se vuelve, avergonzada.

La cocinera se acerca a Kidane. Me voy. Respira hondo. Ya he tenido suficiente. Dígaselo. Yo he mantenido mi promesa.

Hirut detecta el cálido olor a almizcle que desprende, aromas de cúrcuma, ajo y un dulzor acre que sospecha que puede ser el antiguo perfume de Aster, un frasco que desapareció hace semanas. Le echa una ojeada y como si la cocinera le leyera el pensamiento, desvía la mirada. Berhe se pone al lado de Hirut y frunce el entrecejo.

Aster no puede ocultar su sorpresa. ¿Qué ha dicho? Se vuelve a las demás. Buscaos un sitio para pasar la noche, el campamento está delante. Entonces se concentra de nuevo en ella. ¿Qué acaba de decir?

Kidane rodea con un brazo a la cocinera. Sé cómo es. Pero no es el momento.

Ella se aparta. He pagado muy caros sus errores. Le habla de espaldas a Aster. Ya verá qué le hará a esta la próxima vez, dice señalando a Hirut.

Quiere olvidarse, pero yo la salvé, remarca Aster por encima del hombro de la mujer. Siempre quiere olvidarlo.

La cocinera murmura: En primer lugar, yo ni debería haber estado presente.

¿Y qué alternativa tenía?

Como si nadie más hubiera sufrido. Se cruza de brazos y se queda mirando a Kidane. Me voy.

Tú te quedas, dice Aster.

Berhe toma la mano de la cocinera y se la lleva a la mejilla. El gesto desinfla su rabia y la mujer debe pestañear varias veces para contener las lágrimas. Tiene los ojos húmedos, llenos de una angustia que hasta ahora Hirut no había visto.

Allí. Berhe señala la curva. Vamos, además, no te puedes ir sin mí.

Yo me voy y tú también, insiste ella, sin embargo, lo sigue.

Hirut, ve a ayudar a las demás mujeres, ordena Kidane. Se acerca a Aster y empiezan a hablar en un tono urgente y rápido.

Hirut busca a Berhe y a la cocinera y los ve sentados sobre una roca grande, de espaldas a ella. Se apoyan el uno en el otro, él sigue sujetándole la mano, y hablan en voz baja. Carraspea y los llama, pero fingen no oírla. Se queda sola, mirando sus siluetas, y después va a buscar a las demás al campamento.

Coro

Arrastraron de los pelos a la cocinera por el camino de tierra. Esto es lo único que nos permitirá decir: que la arrastraron de los pelos mientras la joven Aster sollozaba de rodillas y le suplicaba a su padre que parara, por favor, para, no es culpa suya, fue idea mía, para, te lo suplico. Podemos añadir lo siguiente: que de noche la arrastraron de los pelos por el camino porque oyó la desesperación de una muchacha, la comprendió, sabía qué significaba que te sacaran de tu casa, que te llevaran con una familia y te obligaran a vivir con ella. Sabía que era una muerte lenta y, aunque Aster era la hija del hombre que la había comprado y le exigía una serie de cosas, la ayudaría a huir del matrimonio al que estaba destinada desde la infancia, se la llevaría a algún sitio lejano y ella también dejaría este lugar. Ambas serían libres.

Sin embargo, la cocinera no comprendía que cuando dos se equivocan, a veces sólo se castiga a una, a veces sólo una caerá al suelo en el camino iluminado únicamente por una triste luna y será testigo de la furia de un hombre que representa a muchos. La cocinera oye las súplicas de Aster y oye las promesas, pero sabe que su castigo llegará de otra manera: llegará siguiendo el estrecho sendero que se le ha impuesto. Y sabe que después de esa noche, esa chica y ella no volverán a hablar de esa esperanza ridícula que una vez compartieron, que se avergonzarán, porque ahora esa esperanza está tirada en medio de un camino perdido, irreconocible de tan vapuleada. Y también sabe que, después de esto, estarán unidas por esa vergüenza, vinculadas por un pacto tan fuerte que ningún hombre logrará romper jamás. Lo que pueden hacerle a un cuerpo humano es asombroso, eso comprende también la cocinera mientras le dan una paliza hasta que todo pensamiento huye a la deriva: este cuerpo es asombroso incluso en su fealdad.

Esta es la otra verdad sobre la noche que intentaron escapar: Aster oía gritar a la cocinera bajo los golpes. Oía su propio nombre como una maldición en la noche. Estaba la voz de su padre: Dime adónde pensabais ir las dos antes de que te mate. Estaban los ruegos de la cocinera para que

parara: Ya basta, me vuelvo a casa, Aster, detenlo, ven a decírselo, deja de esconderte. Estaba la cocinera fundiendo su cuerpo con el suelo. Estaba el largo camino hundiéndose bajo la furia del padre. Aunque estuviera aterrorizada, Aster podría haberse interpuesto y haberlo detenido pero no lo hizo. Eligió esperar y ser testigo de cómo un hombre adulto asestaba un puñetazo en el vientre suave de una chica. Quería comprender el límite de la voluntad de una mujer fuerte. Quería aprender qué hacía falta para pulverizar su orgullo con las manos. Quería calcular el precio de la rebelión. Se quedó allí plantada contemplándola gritar, chillar y gemir, después guardó silencio y se dio cuenta de que no la oyó suplicar ni una vez. Aster descubriría esa noche la auténtica medida de la valentía. Se prometió reproducirla con un esposo a quien aún no conocía, y recordar su linaje, su sangre y su valor inherente. Sólo después de todo eso agarró a su padre del brazo y le imploró perdón.

El *ferenj* observa a Hirut desde el otro lado de la hoguera, frunciendo los labios de su rostro escuálido. Masca lentamente una hoja de *khat* mientras se sube a la cabeza sus grandes gafas de sol. Cuando se le resbalan, se las mete en el bolsillo de la camisa y señala el té y el pan que trae ella. Sacude la cabeza y se da palmadas en el estómago. Hirut se lo queda mirando cuando Kidane le hace señas para que deje la bandeja. Los dos hombres están frente a frente con un petate de color negro entre ellos.

Saque las armas allí, que es llano, sugiere Kidane al desconocido, señalando unos pasos más lejos. Luego le habla en su lengua.

El *ferenj* dice algo, una larga serie de siseos se desprende de sus labios manchados.

Hirut no puede ocultar su fascinación por esa piel pálida, esos ojos azules, los cortes amoratados que motean el dorso de sus manos. Ha sido despojado de todo color, se ha quedado en carne viva por el sol y el viento. El blanco de sus ojos, bordeado de rojo, se mezcla con demasiada facilidad con sus pupilas.

Jacques no quiere poner sus fusiles en el suelo, tiene que venderlos, le explica Kidane. Déjale tu *netela*.

Kidane no ha pisado el campamento desde que llegaron hace tres días. Mientras las mujeres han organizado las provisiones y cocinado bajo las órdenes de Aster, él ha estado con las tropas en las montañas más allá del llano, con las nubes de polvo iluminadas por la luna en el valle como único indicio del entrenamiento que llevan a cabo a cobijo de la noche. Desde que ha vuelto, al amanecer, de lo único que ha podido hablar mientras iba de un grupo de mujeres a otro ha sido de la escasez de armas en Etiopía y de los barcos italianos que atracan en Massawa, cargados de munición y tanques. La guerra ha comenzado, las confrontaciones van intensificándose por toda la región, y lo único que tienen sus hombres son Mauser viejos y Albin antediluvianos. ¿De qué nos sirve un Beljig o un Wujigra oxidado?, se ha quejado. ¿Qué se supone que debo hacer con estas lanzas inútiles y sin balas? Y ahora está aquí con un *ferenj*, parece aún más agotado que antes, habla con voz ronca y, aunque está sentado, es casi como si se meciera.

Con esto no bastará, Jacques, dice Kidane en voz baja mientras detiene el balanceo. Nada de esto es suficiente.

Hirut se traga el resentimiento al desprenderse de la *netela* que le cubría los hombros y siente un brusco bofetón de aire fresco contra el pecho. Su herida sin cicatrizar late en el frío, aún enrojecida y con aspecto doloroso.

Jacques sonríe y la señala con el mentón mientras ella extiende la *netela* delante de él. El hombre abre el petate negro y revela un juego de fusiles. Lanza una mirada a Hirut y a continuación coloca las armas sobre la tela. Cinco fusiles nuevos, más lustrosos y relucientes de lo que ella ha visto nunca.

Desde algún lugar, unos disparos impactan contra el cielo que se ilumina con la mañana. Hirut mira hacia arriba pero no hay ningún indicio de que vaya a aproximarse ningún ejército, no hay rumor de aviones ni de convoyes. Jacques hace un gesto en su dirección y Kidane se vuelve. Ella siente las miradas de ambos caer en picado sobre su cicatriz. Cruza los brazos a la altura del pecho.

Jacques se da la vuelta para escupir y se limpia la boca con el dorso de la mano arrastrando el movimiento. Busca algo más allá del hombro de Hirut.

El *ferenj* le dice algo a Kidane, con los dientes apretados y la mandíbula tensa.

Kidane niega con un gesto de cabeza lento, después rápido. Está enfadado.

¿Qué dice? Aster los mira alternativamente. Ya sabes que no sé francés.

El sol destaca los toques de henna de su pelo trenzado. Un brillo salpica sus mejillas. Sus ojos parecen líquidos en la luz resplandeciente. Su boca carnosa se tuerce en una mueca. Jacques no le quita los ojos de encima ni siquiera cuando la señala.

Se oyen tiros y de nuevo resuenan contra el horizonte. Todos se inclinan hacia delante, sorprendidos, y miran hacia el sonido.

Por Amegiagi, apunta en voz baja Aster.

Más cerca de Bambelo, observa el extranjero. Se vuelve a Kidane. De nuevo, clava los ojos en Hirut.

Kidane coge uno de los fusiles. Lo sopesa en la mano y finge apuntar. Lo deja con cautela. Son demasiado caros. Ya me he gastado todo el presupuesto con la última remesa y ahora ha subido el precio. Menea la cabeza y se dirige a Aster desconcertado, lleno de remordimiento.

El *ferenj* observa a la pareja, satisfecho y curioso a la vez. Se inclina hacia Kidane y le susurra algo al oído. Le agarra el brazo cuando quiere separarse de un tirón y vuelve a insistir alzando la voz.

¿Qué dice?, pregunta Aster.

Largo, ahora mismo, le ordena Kidane. Llévate contigo a la niña.

Ella lo mira sorprendida.

¡Vete! ¡Vamos! Todo el agotamiento de Kidane se ha transformado en un arrebato furioso.

Jacques cierra los ojos y se mete en la boca unas hojas frescas de *khat*. Las masca con satisfacción, suspirando sin hacer ruido con las manos en los bolsillos. Hirut lo examina, le desorienta su aire despreocupado, la indiferencia que muestra por la discusión que tiene lugar por él.

Abre los ojos de golpe, sobresaltándola, y le sonríe. ¿Cómo te llamas?, le pregunta en amárico. En su entonación está el mismo siseo que cuando habla en francés. Su acento es extraño, con el ritmo de las palabras impregnado de saliva. Yo soy Jacques Corat. ¿Te gusto? Vuelve a sonreír con una mueca y deja más al descubierto sus dientes manchados.

Aster lo observa perpleja. ¿Quiere a la niña?

Hirut mira rápidamente a Kidane. Cuando Aster extiende la mano, se aferra a ella y se le acerca.

Jacques recoge por las puntas la *netela* y levanta las armas. Tuerce la boca con una sonrisa ladeada, con uno de los carrillos lleno de la hoja que acaba de introducirse.

Kidane las separa y señala al campamento. Habla con voz plácida y cameladora. Jacques menea la cabeza.

Kidane se vuelve a Aster: Ve a por la capa de mi padre y tráela con el collar.

Jacques vuelve a negarse: No quiero una prenda vieja, rechaza con un perfecto amárico. Tengo oro suficiente.

Por encima del hombro, Hirut oye acercarse la respiración sibilante de la cocinera, que se acomoda en el tenso silencio entre ellos. Berhe está silbando, la misma melodía que siempre intenta perfeccionar mientras trabaja. A lo lejos, más disparos: Kidane murmura una palabrota y Aster da un respingo. Sin embargo, se quedan allí petrificados, como en una de las fotos de los periódicos que hay en el despacho.

Ve a por el collar, repite.

La cocinera y Berhe se han aproximado y observan desconcertados al extranjero.

No pienso dárselo a este *ferenj*, protesta Aster.

La cocinera se fija en los fusiles. Su mirada va del rostro de Jacques al de Kidane y cuando se detiene en Hirut, se produce una especie de reconocimiento, un leve destello de asco. La niña es una inútil, dice.

Aster abre la boca pero Jacques la interrumpe. Ninguna niña es inútil. Le hace un guiño a Hirut.

Si se la lleva, sólo le supondrá una carga. Es una floja y se pone enferma a menudo. Mírele el pecho, ¿acaso está ciego?

¿Por qué no te callas?, le reprocha Aster entre dientes.

Pues ve a por tu querido collar, dice la cocinera. Venga, ni siquiera era para ti, no te lo ganaste.

El *ferenj* pestañea lentamente en dirección a la mujer, tiene los ojos rojos. Mira a Kidane. Tengo diez fusiles más. Los zafios de los italianos robarán el oro. Deme a la niña. Quince fusiles.

Kidane contempla a Hirut, después a Aster. Se queda observando sus manos vacías y regresa al *ferenj*.

Volverás, le asegura Jacques a Hirut. Te traeré de vuelta, no te preocupes. Me muevo a menudo por esta zona, dentro de dos o tres semanas, habremos regresado. Después le dice a Kidane: Piense en todos los hombres que salvará con estos fusiles. Con ellos, matarán a italianos y les quitarán las armas.

Una semana, dice Kidane.

Jacques niega con un gesto de cabeza. Cada vez es más difícil moverse, están aproximándose a Gondar. Prometo cuidar de ella. ¿Es familia?

No te atreverás, advierte Aster a Kidane en voz baja.

Hirut se vuelve a la cocinera. A su espalda, el valle cubierto de hierba se expande bajo el arco del sol que se derrama entre las nubes vaporosas. No lejos de allí hay un río, y ambas deberían haber ido juntas a buscar agua.

Yo iré. Lléveme a mí.

El *ferenj* la mira y se ríe por lo bajo, luego suelta unas carcajadas. Nunca.

La cocinera se dirige a Aster: Me voy. Es el momento y ya he tenido suficiente.

El *ferenj* la observa espantado. A ti no te quiero. Me la llevo a ella. Apunta a Hirut.

Si me lleva a mí, nunca pasará hambre ni sed. Procuraré que siempre tenga comida, y si se pone enfermo o no consigue *khat*, sabré qué darle. Algo más fuerte y que dura más. Le buscaré a otra mujer que pueda ocuparse de usted, que esté dispuesta y tenga experiencia.

Ahora Jacques se queda quieto. Palpa el interior de su bolsillo buscando otra hoja y se la mete en la boca. ¿Qué es? Tengo todo el *khat* que necesito.

No cuando vengan los italianos, no aguantará fresco hasta que le llegue. Le conseguiré *astenagir*. Sé cómo hacerlo más fuerte, puedo mezclarlo con otras cosas, podrá venderlo.

Poco a poco, Jacques se saca las gafas de sol del bolsillo de la camisa con una mano y se las pone sobre la cabeza. Toca los fusiles y a continuación vuelve a colocarlos en la *netela*. Se mueve como si tuviera todo el tiempo del mundo y ellos estuviesen dispuestos a esperar. Sólo le traiciona el color que le sube por el cuello, que revela su tensión.

Lo quiero ver ahora, exige Jacques. Antes de que me vaya, o no hay trato. Quiero lo suficiente para dos semanas. Ya mismo.

La cocinera asiente, el orgullo le parpadea por el rostro. Espérese. Y Berhe se irá conmigo, volverá a su casa. Hace un gesto a Kidane, posa una mirada insondable en Hirut, se da la vuelta y baja la colina rápidamente.

Breve historia de Jacques Corat

No es que su petición fuera inusitada, no es que pidiera un precio que no se hubiera pagado antes, en algún otro lugar. Tenía cosas que dar y había cosas que tomar y él quería tomar más que dar, consciente de que las transacciones no tienden a la justicia por naturaleza. Sabía qué significaba ser tomado, ser tomado de la mano de su madre de una casa a otra hasta que otro hombre que no era de su sangre se acuclilló sobre sus rodillas callosas y le dijo: Muchacho, lo que le doy a tu madre no es lo mismo que te daré a ti, y ya con doce años Jacques Corat estaba seguro de que todas las puertas de la vida se le habían cerrado en ese preciso momento y permanecerían así hasta que encontrara su propia escapatoria. Nada que pedir, nada que dar, señor, contestó. Del hombro del adulto asomaba el primer artículo que el niño acabaría vendiendo: un viejo Charleville 1777 fabricado en Charleville, región de las Ardenas, lugar de nacimiento de un tal Arthur Rimbaud, poeta y traficante de armas. Estas son las cosas que se sabe que Jacques, el hombre que deambularía por Etiopía y Eritrea como «Le Ferenj», aceptó a cambio de fusiles: plata y oro, marfil y sal, esclavos y caballos, muchachas jóvenes y chicos de huesos delicados, haces de *khat* y artefactos que supuestamente habían pertenecido a Rimbaud.

Jacques Le Ferenj guarda una antigua fotografía granulada de Arthur Rimbaud en el bolsillo delantero de la camisa, en el lado izquierdo. Lleva el retrato a todas partes, incluso lo apretará en su mano anciana en el catre cubierto de paja donde exhalará el último suspiro, destrozado por una enfermedad que se supone que es disentería. La fotografía muestra al *enfant terrible* de la poesía mirando a cámara debajo de una palmera, con los pies ligeramente separados y los brazos cruzados a la altura del pecho. Es difícil calcular el ángulo del sol, cuesta precisar la hora exacta del día. El negativo fotográfico ha sido impreso, se le ha dado la vuelta y se ha vuelto a imprimir, como si la vida que va de izquierda a derecha y la que va de derecha a izquierda fueran lo mismo. En su copia el poeta tiene el pie izquierdo delante, en una pose que Jacques se ha pasado años tratando de emular. El Rimbaud de la foto vivía en Etiopía entre gente que veía la mano

izquierda como una señal de mala suerte, como el recordatorio físico de un guerrero zurdo espeluznante del siglo XVI, Mohamed Gragne: Mohamed *el Zurdo*. Sin embargo, el pie izquierdo, que sobresale en esa imagen, parece representar a un hombre a quien no le importaban ni las supersticiones ni las tradiciones que no fueran las suyas. Eso es lo que admira Jacques. Por eso deja su hogar y se va a Aden, igual que hiciera Rimbaud décadas antes. A cada paso que da en el nuevo territorio, se imagina a sí mismo como el gran poeta. Se muere por gobernar todo aquello que contempla. Piensa que todo tiene un precio, en concreto los jóvenes criados nativos prescindibles para las casas donde trabajan. Le Ferenj toma y da, da y toma, sabiendo que un día llegará el equilibrio de las cosas y no tendrá que volver a pedir nada.

Le Ferenj, Jacques Corat, de unos treinta y nueve años de edad en el momento de su breve encuentro con Hirut. Padre: fallecido. Madre: Jacqueline Arnaud Corat Livin, costurera. Último padrastro conocido: Charles Livin, granjero. Nacido en Burdeos, esa famosa ciudad de vinos, de Montaigne, de Montesquieu y de ese puerto tremendamente lucrativo desde donde los barcos partían hacia África Occidental durante el comercio triangular. Triángulo: una figura compuesta de tres líneas rectas y tres ángulos, no necesariamente iguales.

*

Le Ferenj. Hirut se lo repetirá a sí misma varias veces mientras observa la pila de fusiles. Y él, consciente de la distancia, del tiempo y de las mermas correspondientes en los beneficios, se volverá hacia el camino que ha tomado la cocinera, ansioso por irse. Oyen al mismo tiempo la nueva ráfaga de disparos, y mientras Hirut se sobresalta y mira hacia el cielo, él se limita a sonreír y encogerse de hombros, consciente de que cada amenaza y cada bala gastada son otra venta potencial. Ninguno de los dos puede imaginarse que en ese mismo instante, tres hermanos –dos chicos y su hermana mayor– desfilan a punta de pistola hacia un peñasco, al que treparon una vez cuando eran pequeños, perseguidos por unos italianos a lo largo de kilómetros de terreno familiar para terminar capturados cerca de su casa.

Y aunque Jacques Corat intente adivinar las múltiples causas del ruido, ninguno de los dos llegará nunca a imaginarse que el *soldato* que sostiene la cámara para capturar las miradas aterradas de los hermanos llegará a apuntarla un día en dirección de Hirut y seguirá órdenes de disparar el

obturador. ¿Cómo va a saber ella, además, que cuando levante la vista y la alcance un viento pausado que flota entre los árboles, un muchacho, tan sólo un niño, estará presionando su rostro contra esa misma brisa fúnebre mientras ansía la salvación? Aquí: la sonrisa de su hermana, que le ofrece un consuelo muy necesario. Aquí: la mano de su hermano mayor, que se lleva su palma menuda a los labios. Aquí: los dos hermanos y su hermana, caminando a pasos pequeños obstaculizados por las cadenas y las cuerdas. Aquí: el peñasco familiar, ahora manchado de sangre, a la espera de más.

Hirut no oirá a las mujeres de Amegiagi abrazar a la madre de los jóvenes patriotas y llorar tan fuerte que el cielo se parta. Nunca sabrá que hay un padre de tres hijos arrodillándose ante el coronel Fucelli, famoso carnicero de Bengasi, para suplicarle que perdone a los cadáveres de sus hijos la indecencia añadida de la horca. No oirá a Fucelli ordenar tanto a los italianos como a los *ascari* que formen una fila mortífera delante de los tres prisioneros. No verá la sorpresa en los ojos de un tal Ettore Navarra cuando el coronel se salte de nuevo el protocolo y el rango militar y diga: Tome otra fotografía con esa cámara que siempre lleva, *soldato*. No sabrá que Ibrahim, un *ascaro* orgulloso y de confianza durante mucho tiempo al servicio del alto mando, permanecerá firme junto a sus hombres mientras un músculo cerca del ojo le tiembla como una hoja.

Cuando Kidane y Aster, hablando en privado a unos pasos de allí, retrocedan con otra salva de tiros dispersos, no podrán adivinar qué distancia y qué destino los han protegido: la visión –espantosa y asombrosa a la vez– de una ráfaga de balas al impactar contra tres hermanos que han fracasado en su valeroso intento de envenenar el pozo de los invasores italianos. Y nadie excepto los fieles *ascari* llegará a saber que en ese día infausto, su líder, *sciumbasci* Ibrahim les ordenó no disparar, los mandó desobedecer las órdenes del coronel, se jugó la vida con esa desobediencia y juró matar o morir por defenderlos: pidió a sus hombres que levantaran las armas y apuntaran, y que, cuando llegara la orden de disparar, respiraran y permitieran que las primeras balas llegaran de los propios italianos. Matamos a hombres etíopes, dijo Ibrahim a sus *ascari*, mientras yo esté al mando, no mataremos a sus hijos.

Oremos.

Ya llevan semanas disparando a nuestro ejército, dice Aster a Hirut mientras señala la caja de casquillos que tiene al lado. Tiene el rostro ojeroso, tenso. Estamos bastante arriba como para que nos alcancen. Hace una pausa. Debemos estar preparadas. Un día tendremos balas y armas de verdad. ¿Te enseñó Getey a preparar pólvora?

Hirut niega con un gesto de cabeza y reúne un puñado de casquillos usados.

Están junto a la tienda de Aster, esperando a que lleguen más mujeres con la pólvora y la sal que ha pedido. En la delantera, un grupo de aldeanas aminora la marcha en los últimos pasos de la cuesta, cada una de ellas deslomándose con un fardo de leña a sus espaldas. Dos saludan antes de desviarse hacia lo que solía ser la zona de la cocinera. Otras tantas arrastran sacos hasta donde se encuentra Aster, de brazos cruzados, con aspecto autoritario y la capa del padre de Kidane. Han empezado a llegar al amanecer desde las aldeas de los alrededores y traen cartuchos y madera, pañuelos y comida para las tropas. Hirut mira hacia la loma y después a Aster. El campamento ha sido un descontrol desde que se fue la cocinera, el caos se ha ido extendiendo en medio del flujo incesante de repartos. No ha parado de buscar señales de su regreso, pero ya hace cuatro días de su partida e incluso Aster ha dejado de otear el horizonte mientras realiza sus tareas.

Tendrás que aprender a hacer balas. Búscate a alguien que te enseñe.

Esa es otra de las cosas que podría haberle explicado la cocinera.

Getey lo aprendió de su abuela. Tuvieron que prepararse para la última guerra, por si se quedaban sin hombres. Aster se pasa la mano por la parte delantera de la capa y tira con delicadeza del broche dorado. Hay cosas que no se aprenden si tu madre no está, ¿verdad?

Estas están usadas, observa Hirut.

Las han estado recogiendo de lo que van dejando los italianos, le explica Aster. Sólo necesitamos los casquillos. Les devolveremos sus matanzas. Niega con la cabeza. Enseñaré a todas las mujeres a hacer pólvora. Os enseñaré a todas a disparar un arma. Tenéis que saber cómo correr hacia ellos sin miedo.

*

Aster es una silueta esplendorosa a horcajadas sobre *Buna*. Se ha deshecho

las trenzas y unos espesos mechones de pelo le caen sobre el cuello y se le extienden como un telón oscuro alrededor de la cara iluminada por el sol. Hace trotar a su yegua por lo alto de la colina, su capa ondea al viento alrededor de su silueta y las chispas de luz de la tarde inciden en el broche dorado.

¡Mujeres! Hermanas, ¿me escucháis? Su voz se alza hacia el cielo: una cuchilla que corta el valle de abajo y sorprende a las mujeres en sus quehaceres, las obliga a levantar la cabeza y volverse en su dirección. Hermanas, ¿estáis preparadas para lo que está por venir?

Los talentosos *azmari* de Etiopía cantarán sobre este día durante años: de cómo las mujeres soltaron sus cestas y sus cántaros. De cómo apartaron los telares y los montones de lana. Se ponen en pie casi a la vez, sin ser conscientes de su propia gloria, y alzan sus rostros hacia la voz de Aster. Que dejan transcurrir un tiempo lo suficientemente largo para oír el tenue estallido de disparos lejanos es un detalle que se repetirá en las canciones una y otra vez. Los músicos convertirán sus ceños fruncidos en un anuncio de lo que está por venir. Los cantantes utilizarán sus jadeos y exclamaciones como señal de su fuerza en aumento.

Un *azmari* tras otro entonará estas palabras al tocar su *masinqo:* ese primer grito de batalla ya estaba formándose en la garganta de las mujeres. Aster sabía que sólo necesitaba el modo de hacerlo salir. Estaban preparadas pero no lo sabían. Había balas que hacer, pólvora que mezclar, fusiles que cargar y enemigos a quienes disparar.

¡Mujeres! Las que sepáis hacer balas, ¡venid a mí! La voz de Aster recorre el valle antes de fragmentarse en ecos y acabar dispersándose en el horizonte. Ella es una mujer. Es muchas mujeres. Es el único sonido que existe en el mundo.

Ellas se apresuran, sin aliento, sus pasos son como el rumor de la hojarasca levantada por una ventisca. Hirut deja las hojas secas que va recogiendo y metiendo en saquitos para elaborar medicinas y observa: Aster se apea con elegancia de su caballo asustadizo y lo lleva hasta un árbol cercano donde lo ata. Cuando vuelve a subir a zancadas hasta el punto más alto de la colina, resulta familiar y extraña, alguien que Hirut no había visto antes pero cuya existencia siempre conoció.

¿Recordáis cuando aprendimos a disparar con nuestros hermanos y primos? Aster abre la mano y se hace el silencio entre las mujeres. En la palma polvorienta de la mano reposan unas cuantas balas utilizadas,

torcidas y reventadas por la pólvora. Hirut, ven a ayudarme, añade mirando las cabezas de la multitud que se ha reunido en lo alto del monte y se extiende ladera abajo.

La chica se abre paso entre el grupo, son tantas que a muchas les cuesta ver.

Aster continúa: Nos enseñaron a correr por las colinas y a vigilar el ganado, igual que a los chicos de la familia. No deberíamos olvidarnos de eso. Nuestro país nos necesita.

El silencio espeso se expande y las acerca en un abrazo íntimo. Las mujeres se inclinan hacia delante, hipnotizadas. Cuando Hirut se acerca, Aster señala detrás, donde hay un cacharro metálico y un saco de arpillera. Hirut los arrastra hasta sus pies, sorprendida por lo que pesan, y luego se hace a un lado, recelosa de esta Aster, esta mujer que parece refulgir con su capa.

Vamos, le ordena, ábrelo y dame lo que hay dentro.

Hirut obedece y mete la mano.

Desde atrás una mujer susurra: ¿Nuestro país? ¿Está diciendo que este es nuestro país? Fijaos en todo lo que nos esforzamos mientras ella nos roba.

Hirut la mira. Es alta y angulosa y está visiblemente molesta. Cambia el peso de un pie a otro, las palabras le salen atropelladamente de la boca en breves ráfagas furiosas. Parece incapaz de parar de hablar: Seguidla y estaréis suplicando siempre por lo que ella tira. Dejad que vengan los italianos, son mejores que estos avariciosos. Y, miradla, ¿quién era su padre? ¿Quién era su madre? Tiene parte de esclava, miradla. Por lo menos yo soy pura.

Hirut se pone rígida. Nadie se ha atrevido a decir algo así de Aster en su cara.

Anchee, tú, basta: la voz de otra mujer flota por encima del silencio estupefacto.

Sin embargo, es demasiado tarde: el efecto es inmediato. Aster se estremece y se lleva las manos a la cara, con los casquillos de las balas aún en un puño. Se le escapa un resuello: la respiración brusca de alguien golpeado sin previo aviso. Tiene los ojos como platos, no está segura de qué pasará a continuación, porque la verdad de las palabras de la mujer es innegable: Aster no puede alardear de la belleza delicada de Nardos o de algunas de las demás. Su piel resplandece con un tono más oscuro que el de

la mayoría y su boca surge como una flor madura, desarrollada y exuberante, que amenaza con cubrirle la cara. Sus mejillas redondas y sus cejas inclinadas acentúan una belleza esquiva, pero son esos labios los que llevan la mirada una y otra vez a su rostro. Hirut ha observado el efecto en quienes la ven por primera vez: su presencia tan autoritaria choca con su aspecto tan poco corriente. Sin su cabello altanero, Aster podría parecer común, anodina, pero ha heredado la arrogancia de quienes han nacido en hogares nobles y ese es un fuego que quema en su interior, e ilumina cada una de sus facciones. Es algo con lo que los pobres no nacen: ese modo de pasearse por las mansiones y los vastos campos como si el suelo implorara sus pasos. Hirut se alisa el cabello, acomoda los pelos que se le han salido de las trenzas y se prepara.

Un leve murmullo se abre paso entre la multitud, y lo que más adelante dirán las canciones es cierto: cuando Aster contempla a las mujeres atónitas, unos jirones de nubes cubren el sol resplandeciente como sábanas lanzadas desde lo alto. Una sombra tenue envuelve el llano y se escabulle para disparar un punto fulgurante de sol contra los hombros de la mujer y la capa manchada de sangre. Es un anuncio. Es una confirmación divina de sus derechos y de su poder. Todos los *azmari* cantarán sobre este momento. En cada *tej bet*, en cada choza, casa y hotel, las palabras de los cantantes serán las mismas: que un estallido de sol, tan potente como la explosión de una bomba, se extendió a través de su espalda en un mensaje de Dios.

Aster percibe el cambio, aunque está demasiado furiosa por el comentario de la mujer como para reparar en esa luz misteriosa. Se yergue, de nuevo orgullosa, y empieza a hablar en ese tono quedo que sabe que será escuchado.

Estos no son días para fingir que tan sólo sois esposas, hermanas o madres. Somos más que eso.

Esa última frase será cantada como himno y estribillo mientras los músicos deslicen el arco por las cuerdas de los vistosos *masinqo:* Somos más que eso.

Las mujeres susurran: Somos más que eso, somos más que eso. Se tocan el rostro, guapas y feas por igual, se presionan el pecho y el vientre con las manos, y algunas de ellas se plantan una palma entre las piernas y ríen. Somos más que eso.

La mujer del ataque de rabia permanece en medio del corro, mirándolas una por una, su furia ha sido vana con la combinación de sol, nubes y la

atracción magnética que ejerce Aster sobre todas aquellas que la rodean.

Somos más que eso, somos más que eso.

Aster las hace callar y el ruido cesa de inmediato. Ella continúa, con una sonrisa penetrante y cruel que dirige a quien la ha reprendido: Cuando no acertaba durante la práctica de tiro, mi padre me pegaba. Sé que os pasaba igual a muchas de vosotras.

Hirut recuerda sus propias clases de Wujigra con su padre, la seriedad de las instrucciones, el entrenamiento implacable por el que la hacía pasar después de un largo día en el campo, la obligaba a fingir que cargaba el fusil, apuntaba y después disparaba mientras él le susurraba: Otra vez, más rápido. Había veces en las que él estallaba por la frustración y deseaba un hijo en voz alta.

Nuestros padres fueron estrictos con nosotras, pero aprendimos a ser fuertes. Por un instante, se le tuerce el gesto. Aster abre el saco y saca del interior otro más pequeño, bien atado, y espolvorea el contenido sobre su mano. Lo hace sin reconocer a la mujer que no le quita el ojo de encima y menea la cabeza.

Mete la mano en el saco más grande y coge un puñado de carbón, que añade al polvo. Se yergue, alta y engreída, y extiende las manos. Sabréis qué estoy haciendo si recordáis lo que nos decían nuestras madres y abuelas.

Pólvora, así hacían las balas, está haciendo *kilis*, mi madre me lo mostró, mi tía me enseñó hace tiempo: todas hablan entre ellas e Hirut tiene la impresión de que cuanto más dura el parloteo, más se enfada la mujer alta de la multitud. La malicia la agarrota, es incapaz de ocultar su desagrado, no está dispuesta a borrar la expresión de desprecio con la que tuerce la boca y entorna los ojos.

Hay mujeres que no nos ayudan, sentencia Aster y la señala. Antes esa se ha negado a darme su azufre, de modo que se lo he quitado.

El grupo niega con la cabeza, chistando en señal de desaprobación.

Tengo que dar de comer a mi familia, se defiende con un grito tenso. No es suyo, añade más fuerte. ¿Y a quién le importa si perdéis? Escupe en el suelo. ¿Quién quiere a vuestro rey? Se golpea el pecho y vuelve a escupir. Que vengan los italianos.

Aster no logra ocultar su ira; la calma la ha abandonado y no hay ningún atisbo de la elegancia con la que consigue hacer todo. Ha perdido la compostura, y lo que ve Hirut es la parte de ella que la azotó con un látigo y

la dejó en un establo. Ahí está, temblando delante de todas en forma de Aster.

Prosigue: Esta mujer es como todos los demás, dividirán nuestro país para que perdamos y nos convirtamos en esclavos de los *ferenjoch*. Se creen que estos invasores vienen en son de paz. Estos idiotas no entienden qué sucede si perdemos.

Ambas se miran con odio, luego la mujer escupe en el suelo y se dirige al resto: Es una ladrona, peor que una mendiga. Que vengan los *ferenjoch*, yo los ayudaré. Después echa a correr colina abajo y sus gritos se van apagando a medida que se aleja.

La que quiera irse, que lo haga, propone Aster.

Dos se levantan y huyen deprisa sin mirar atrás, con las cabezas gachas. Aster está rígida, con el rostro de nuevo impasible, la expresión severa como defensa ante cualquier indicio de emoción. Respira e inclina el cubo hacia el resto de las mujeres. Está medio lleno de azufre.

¿Quién recuerda qué hacer? ¿Quién recuerda qué significa ser más de lo que cree este mundo de nosotras?

Otro mensaje de Ferres, escrito con la misma caligrafía pulcra que el anterior. *Rossi. 3 columnas. 1.500 fuertes. Se abren paso desde Debark a Bahir Dar. Nos atacarán, necesitamos refuerzos.*

Nada de esta información es nuevo. Es lo que los mensajeros del emperador han transmitido a los regimientos de la zona. Lo que no es habitual es la orden implícita que da Ferres. Este emisario, un chico distinto, observa a Aklilu, a Seifu y de nuevo a Kidane, intentando calcular la importancia del mensaje por su reacción.

¿Esto te lo ha dado Biruk?, pregunta Kidane.

El muchacho asiente rápidamente. Es el tejedor, el ciego.

¿Biruk? Seifu lo mira sorprendido. ¿Mi vecino de Fogera? Empieza a decir más, pero Kidane levanta la mano y niega con la cabeza. Dirige la vista al chico. Vete, le ordena, ve con cuidado.

Es el hermano de Faven, explica Seifu en cuanto desaparece. Cuando éramos pequeños, era una buena amiga mía. Se fue a Asmara.

Fifi. Ahora se llama Fifi, añade Kidane.

La voz de Aster emerge del fondo de la colina justo delante de él. Ha tenido a grupos de mujeres trabajando toda la noche mezclando pólvora y preparando balas. Se han quedado sin casquillos, pero ha enviado a grupos de tres y cuatro a hacer una batida por las laderas y las aldeas. Que se encargue de todo esto mientras sigue llevando la capa de su padre es un detalle que no puede quitarse de la cabeza.

Kidane se desvía de su dirección y otea el horizonte. Si los italianos llegan a Debark, explica, seguirán hacia Gondar y Bahir Dar, y luego se dirigirán a Adís Abeba. Lo que no añade: Gugsa, el hombre que gobierna en Mekele, se ha convertido en un célebre colaborador de Italia. Se dice que muchos de sus hombres se están uniendo al ejército *ferenj*, lo que está debilitando el frente del norte. Detener a Rossi, por más que esté lejos de Mekele, es impedir el impulso de la traición de Gugsa. Es impedir otra ventaja estratégica que necesitan los italianos para seguir moviéndose hacia Adís.

La gente está asustada, *dejazmach*, observa Aklilu. Lo dice en voz baja, con la cabeza gacha. No podemos protegerlos con las armas que tenemos.

Cuando se vuelve, se le marcan claramente los huesos de la cara por debajo de la piel. Kidane observa sus propias manos, las venas gruesas que presionan la piel, formando nudos cada vez que se mueve. Todos han adelgazado, pero a Aklilu se le nota más. Su cuerpo ya de por sí enjuto

ahora se moldea sobre unos músculos más descarnados, y da la impresión de que el joven se sostiene gracias a una maraña de alambre irrompible. Ha oído cuchichear a varios hombres asombrados sobre el hecho de que se niegue a comer hasta que puedan hacerlo todos.

Distribuid las armas que tengáis, coged las balas que han fabricado las mujeres y repartidlas. Nadie debería tener más de tres, ordena Kidane.

Dejazmach Kidane, ¿tres? ¿Balas? La sorpresa es tan grande que Aklilu no puede quedarse callado.

Kidane ya les está dando la espalda: hay una batalla para la que prepararse, provisiones que repartir, armas que distribuir y soldados cuyo valor debe ser medido.

Mi padre siempre decía que para matar a un hombre sólo hace falta una bala. Tengo un arma de sobra, un Wujigra, debo dárselo a un luchador fuerte, anuncia mientras se aleja. Selecciona al mejor tirador. No nos llevaremos a muchos. Nosotros somos los refuerzos, no la fuerza de combate entera.

*

Kidane sostiene el viejo Wujigra frente a él, se deleita con su pesadez robusta, con las marcas suaves donde unas manos fuertes dejaron unas muescas leves en la madera pulida. En el cañón hay cinco rayones que atestiguan el número de hombres abatidos por este fusil. Estos surcos contaban –cual cicatrices– sus propias historias sobre batallas libradas y sobrevividas. El arma de su padre tenía esas mismas líneas finitas grabadas en el metal. Pretendían ser muestras de valentía, insignias de honor y patriotismo, un mecanismo para recordar las glorias de la guerra y de la victoria. Pero una vez su padre sacó su viejo fusil, un Mauser, pasó lentamente el dedo sobre los surcos del cañón, y dijo: Esto, hijo mío, son las madres a las que hice llorar. Son los niños a los que dejé huérfanos.

Pero si no hubieras disparado, le había preguntado Kidane, preso de un pánico infantil, ¿te habrían disparado a ti?

Su padre había sonreído. Por eso, en alguna parte, siempre hay una mujer que llora, había contestado. Y se había reído con amargura, con un sonido cargado de una ironía que Kidane no comprendió en su momento.

Dejazmach Kidane, aquí lo traigo. Hailu se encamina hacia su tienda junto a su hermano, Dawit. Avanzan con zancadas largas y acompasadas.

Dejazmach, Hailu me ha dicho que me ha reservado este para mí. Dawit levanta la mirada y se ruboriza, halagado.

Los hermanos se llevan unos años de diferencia, pero se parecen como dos gotas de agua. Hailu, el mayor, es un poco más alto, tiene un aire algo más sombrío que confiere a su belleza un halo de gravedad y refinamiento. Del centenar de hombres que lo acompañarán a Danakil, tres cuartos disponen de armas. Tan sólo unos pocos tienen fusiles relativamente nuevos. Aklilu ha pedido que Dawit lleve el Wujigra.

Nos enfrentaremos a bandidos sobornados para combatir con los *ferenjoch*. Estarán armados y los *ascari* conocen esta tierra. Ve con cuidado, le advierte Kidane, tendiéndole el Wujigra y dejando que el fusil se deslice de su mano a la de él.

Por un instante, sostienen el arma entre los dos, la avidez del joven se le transfiere como una carga eléctrica que le provoca una sonrisa. Observa cómo apunta a través de la mira, sopesa el fusil y, casi instintivamente, encuentra las cinco líneas.

Ya ha conocido la sangre, comenta con un gesto de aprobación. Le da un codazo afectuoso a Hailu. Nuestro padre decía que un arma que ya ha probado la sangre siempre querrá más. Esta conoce la sangre *ferenj*, añade. Nos entenderemos bien.

Hailu arruga la frente. Ya basta.

Mi padre siempre decía, tercia Kidane con una sonrisa, que un arma no te mantendrá con vida. Están diseñadas para matar. Ve con cuidado, haz caso a tu hermano.

No le quitaré el ojo de encima, contesta Hailu. Siempre ha sido un tarambana, desde que éramos pequeños.

Mi hermano debería ser médico, repone Dawit. Rodea a Hailu con el brazo, con un ademán rápido y maquinal. Es el sabio de los dos, ya es todo un anciano.

Id con Dios, los despide Kidane. Mira entre los hermanos, a ese afecto y ese orgullo mutuos, y se imagina a sí mismo con un hijo que podría haber vivido, unidos los dos por los peligros de la guerra, pero igual de fuertes.

Cuando regresa de una inspección final a las tropas se encuentra a Aster dando vueltas delante de su tienda. Lleva los pantalones –sus pantalones, los que reservaba para las ocasiones especiales– hechos una pena, manchados de hierba en las rodillas, las mejillas tiznadas de carbón y los rizos sueltos que le envuelven la cabeza recubiertos de una fina capa de

polvo. Tiene un aire fresco, rejuvenecido, más libre de lo que le ha visto nunca.

He repartido todas las balas. La gente de la aldea dice que hay un convoy de camino a Mekele con periodistas, músicos y administradores de Asmara. Van a montar un festejo en honor a ese traidor de Gugsa.

Kidane se mete en la tienda y la deja pasar. En el interior de ese habitáculo que usa como despacho y dormitorio, se sorprende, una vez más, del aspecto de su esposa. El cabello le ha crecido mucho y se despliega como una flor silvestre alrededor de la cabeza. Va vestida como un hombre. Habla con una autoridad nueva. Kidane respira hondo.

Gugsa va a celebrar una fiesta para los italianos de rango. Mekele será un hervidero *ferenj*. Están sacando fotos, van a anunciarlo en los periódicos y por la radio. Es una humillación para nosotros. Ese hombre. ¿Te acuerdas de su boda? Se interrumpe, perdida en el recuerdo de la boda de Gugsa con la hija del emperador Haile Selassie. Pobre Zenebwork, se lamenta. Pobre muchacha, tener que estar con ese desgraciado, ese pusilánime consentido.

Era un casamiento para las familias, dice Kidane, y guarda silencio. Una vieja disputa entre las dos, el matrimonio que debería haber traído la armonía a dos casas enfrentadas y terminó en desastre.

Siempre es por las familias, suelta Aster. Hace una pausa y, por primera vez, parece fijarse en él. No estás descansando. Se acerca para tocarle la cara, pero deja caer la mano cuando él se aparta.

¿Qué necesitas?, pregunta él. Vuelve a reparar en las costuras de las sisas de su túnica, esas puntadas delicadas que ella ha desgarrado con el arreglo. Le consta que tiene más ropa, otros vestidos que prefiere no llevar. ¿Qué noticias tenemos de la cocinera?

Hemos estado practicando, responde, estirándose la manga. Después de las comidas repasamos las instrucciones, las mismas que me enseñó mi padre. Las que te enseñó a ti el tuyo. Las conocemos todas. Toma aliento y se yergue. Déjanos ir con vosotros.

A través de la lona, el sol es un bloque de luz que aplasta la tienda e ilumina la taza de latón sobre la caja a la que ha dado la vuelta y hace las veces de escritorio. Aster clava la mirada en su manta. Ella ha estado durmiendo con las mujeres en su zona, como si fuera un acuerdo tácito entre ambos. Él ha empezado a sospechar que Aster no permite compartir tienda a los que tienen esposas o amantes. Ya ha expulsado a unos cuantos hombres de la sección que ha solicitado para sus mujeres, separando así a

quienes se habrían conocido y juntado como dicta la tradición de los hombres y las mujeres que se encaminan hacia la guerra: una siguiendo al otro, reconfortándolo, sirviéndole como una pareja sustituta sin las exigencias emocionales de una esposa. Ahora los campamentos están tan divididos que sabe con certeza que sus hombres lo comentan a sus espaldas: que esta mujer, su mujer, ha venido y ha cambiado el modo en que siempre se han hecho las cosas cuando los hombres iban a la guerra. Pero ¿cómo sacar el tema sin reconocer abiertamente que su mujer también se mantiene apartada de él?

Déjame ir contigo, le pide. Algunas estamos preparadas, seremos vuestros refuerzos. Le toma la mano y lo retiene. Se lleva la palma a los labios y presiona, con un gesto amoroso y delicado, tan tierno que el corazón de Kidane se inclina hacia ella, recordando el tiempo en que era otra persona, alguien a quien era capaz de comprender.

Kidane se yergue y retrocede. Os reuniréis con nosotros en el valle y traeréis víveres frescos, responde. Llevaremos allí a los heridos, Hirut ayudará a Hailu. Ya te lo he dicho.

Quiere recordarle que nunca ha estado en una guerra. Que no la criaron para anticiparse a los asaltos. Que no ejercitó las habilidades del cuerpo para resistir la fuerza desde su más tierna infancia. Que no aprendió a moverse en la oscuridad, por cerros y montañas escarpadas, como si de juegos para muchachos se tratara. Le enseñaron a disparar, de acuerdo, pero ¿qué sabe ella de cómo actuar en caso de ataque?

Regresa aquí con tus mujeres. Quiero hablar con ellas antes de que os marchéis.

Aster lo mira el tiempo suficiente para que el resentimiento se extienda por su rostro. Deja que se deslice entre ellos como una cortina que finalmente cae en su sitio. Y entonces asiente y se va.

Coro

Una nube negra, compacta como el hierro, se desliza por los montes con la facilidad de una cuchilla. Amenaza con despeñar a las mujeres de la cumbre, con desbancar a esos cuerpos frágiles inclinados para postrarse ante esa forma oscura. No es obra divina, sino humana, una bestia forjada de fuego y acero. En la cresta achatada de la montaña, las mujeres aguardan un suspiro que llega con una ráfaga de viento: Somos más que esto. Somos más que esto. Observan mientras su Aster, espléndida, envuelta en su capa, señala hacia abajo en dirección a la nube y ordena: Esperad, hermanas, esperad y escuchad. Entonces estalla el clamor. Llena el cielo de remolinos de polvo que revolotean hacia ellas y les empañan la visión. El estruendo se anuda y se hincha, se contrae y se expande, y de la cacofonía emerge el bramido cavernoso de unos hombres hechos y derechos. Las mujeres observan desde lo alto el paso del convoy, que acarrea el lastre nefasto de la guerra, el canto de hombres y animales que se disipa hasta ser apenas un lejano aullido de fantasmas: *Faccetta nera, bell'abisina*.

Tres destellos parpadean en el desfiladero mientras Kidane intenta orientarse. La señal se repite: tres destellos. Las otras tropas etíopes lo han visto. Se saca un trozo de cristal del bolsillo. Escruta el desfiladero, pero no ve nada. El ejército de su leal amigo Bekafa es invisible. Juguetea con el cristal hasta que se cruza con el sol, emite un destello y espera. Han sido dos días de caminata con poco descanso, en los que cada paso lo ha adentrado en un territorio más peligroso. Sus hombres deberían estar agotados, pero su energía es una soga tupida, gruesa, que se le anuda alrededor, que hace que el corazón le lata con fuerza en el pecho. Le llega un silbido, dos notas claras: esa será la señal de ataque. Le empiezan a temblar las manos. Le cuesta llevarse los prismáticos a la cara. Enfoca hacia el lecho seco del río. Está en calma, pero es una ilusión. Las fuerzas italianas no andan lejos. Ya atisba la nube de polvo que se alza en el horizonte.

Kidane se pega a los prismáticos como si pudiera ver a través de la montaña y la piedra. Los vigías de la zona del paso de Wolkefit han divisado una columna de al menos mil *ascari* liderados por un pequeño grupo de oficiales *ferenjoch*. Los hombres van en formaciones con flanco izquierdo y derecho, columna central y una avanzadilla de quinientos mercenarios. Están aproximándose a Debark. Kidane presiona los prismáticos contra las cuencas de los ojos para intentar ver mejor, querría acercarse a esas siluetas diminutas para aplastarlas con la mano y quitárselas de encima como quien se sacude el polvo. No logra contener el temblor que bulle en su interior. Bekafa y él tendrán que atacar mientras los italianos estén en el cañón e ignoren su presencia.

Un destello: tan fugaz que es fácil pasarlo por alto, un parpadeo del sol que se escabulle tras las nubes. Una señal de espera. Kidane baja los prismáticos y se agacha. Sus combatientes están más arriba, tendidos boca abajo, en vilo, alerta. Le da un vuelco el corazón. Los ha traído hasta aquí sin contratiempos y ahora hará lo que le enseñó su padre: dedicará los momentos previos a la batalla a vaciarse por completo para quedarse con el único propósito de aniquilar a su enemigo. Debe enterrar todas las preocupaciones en lo más profundo de los músculos para hacerse más fuerte. Debe masticar y tragarse todos los miedos para que se le endurezcan en el estómago como una piedra. Debes usarte a ti mismo como arma y atacar sin titubeos. Kidane, hijo mío, por la noche cierra los ojos y practícalo una y otra vez. Kidane alza la vista, se persigna. Se toca el centro

del pecho, donde está construyendo su armadura, y aguarda la señal para lanzar el ataque.

Llegan voces de los batallones que se aproximan, una salva de gritos en amárico, en árabe, en somalí, en tigriña, en italiano. La columna de avanzada va más rápido que los flancos izquierdo y derecho. Se está desmarcando del resto. El batallón central italiano está quedándose rezagado. Les está costando permanecer cerca; la línea se ha estrechado y están abriéndose huecos grandes. Pasado el cañón, en la dirección por donde han llegado los italianos, se oye el bufido de los camellos y el traqueteo lento de la columna de abastecimiento que se abre paso. Eso quiere decir que hay una retaguardia que está todavía más atrás. Eso quiere decir que los italianos cuentan con una avanzada y una retaguardia peligrosamente desconectadas del centro.

Kidane se decide a mirar por los prismáticos. Inspecciona el cañón y encuentra lo que estaba buscando: el comandante italiano. El oficial detiene a sus hombres para que la cola de la columna central les dé alcance. Entonces el italiano levanta sus propios anteojos y mira hacia él. Kidane se queda inmóvil. Se vuelve para avisar a sus hombres de que se retiren y se percata de que Aklilu se ha arrastrado casi hasta él sin un ruido. Contiene la respiración, el sudor se le acumula en la frente. Nota la tensión en el pecho. El oficial se acerca a zancadas al precipicio. Dirige los prismáticos hacia arriba. Kidane se paraliza. El oficial se huele algo, algo que viene en forma de la mirada asesina de Aklilu que se arrastra por la hierba y el follaje para perforarle el pecho como una bala. Es imposible que los *ferenjoch* los vean, pero un buen soldado sabe buscar aquello que no puede ver.

El silbido de Bekafa: dos notas nítidas, cristalinas y sonoras; reclamos que aguijonean el viento. El italiano ladea la cabeza. Gira despacio en círculo, poco a poco levanta la mano cuando el silbido se repite: las mismas dos notas. El italiano deja caer la mano y su grito es una llamada inequívoca a la batalla. Kidane hace una seña a Aklilu, Aklilu avisa a Seifu, Seifu lanza un silbido a Ahma y Ahma moviliza a sus soldados, que se echan a reptar hacia el flanco izquierdo, y cuando Kidane sube la mano y la baja en medio de un crescendo de reclamos, Eskinder, Yasin y el resto de sus soldados obedecen y se incorporan, cual gigantes nacidos de la piedra, y salen disparados como flechas ladera abajo, con pies seguros y ataviados de blanco, mientras en el cañón el oficial italiano gira, aullando órdenes y maldiciones mientras contempla a estos hombres, silenciosos como

fantasmas, emerger de la tierra.

Primero: un zumbido en los oídos, después, la claridad penetrante de un silencio turbador. El rugido de un viento colérico y, después, el gorjeo melódico de un pájaro. Y está su pecho, macizo como la roca, y sus piernas, ligeras como plumas. Mientras Kidane se precipita hacia el cañón, siente que todo se estrella en su interior: el éxtasis y la euforia, el vaivén entre la catástrofe y la calma. El mundo se le escapa sin poder atraparlo. Un sendero excavado se abre ante él y enseguida se aleja del caos y corre hacia una silueta esbelta que se recorta en la luz tenue. Es Dawit. Sostiene el Wujigra que Kidane le entregó, se vuelve para mirarlo, orgulloso y desorientado, antes de dar media vuelta para volver a enfrentarse al enemigo. Dawit aúlla el nombre de Hailu como un grito de guerra y Kidane lo observa, hechizado, encañonar con una puntería impecable y apretar el gatillo.

Kidane se prepara para el trueno de la bala al salir. No hay nada más aparte de esto, piensa, no hay nadie más aparte de él. Es una vieja canción de guerra, un estribillo que se cantaba antaño antes de la batalla, la nana de un padre a un hijo querido. Entonces intercambia una mirada con Dawit y oye con claridad el susurro de espanto: ¿Cómo? ¿No funciona? Y entonces Dawit trata de agarrarse a él desesperadamente, patalea en el aire vacío mientras repite el nombre de Kidane. La pierna estalla en un amasijo de carne y trozos de huesos desencajados y Dawit cae, bañado en su propia sangre.

No hay nada más aparte de esto: sin acordarse del fusil que lleva al hombro, Kidane levanta el cuchillo hacia el agresor de Dawit y ataca antes de que el *ascaro* tenga tiempo de apuntar una segunda vez. No hay nadie más aparte de él, este *ascaro* que se alza imponente y encara una muerte segura, que se niega a ceder a la estocada del filo que se hunde en el centro de su pecho uniformado con una fuerza tremenda y feroz. Y ambos ruedan por el silencio momentáneo: etéreo y cálido.

Dejazmach. ¡Dejazmach!

Lo llaman, son sus hombres, los que lo han seguido hasta este lugar maldito. Le piden ayuda mientras contempla ese cuerpo abatido, esos ojos que lo miran con un gesto de amor. ¿Qué más puede hacer sino ponerse de rodillas, acercarse a Dawit y dejar que se derrumbe en su pecho como un niño pequeño? ¿Qué ha de hacer un padre si no esto?

Ayúdeme, dice Dawit. ¿Dónde está Hailu? ¿Dónde está mi hermano?

¡Dejazmach!

Suelta a Dawit y se levanta, titubeante, con los pantalones manchados de sangre. Ve a Aklilu cargado con dos rifles al hombro, que se aleja de un cuerpo agonizante. La vergüenza lo corroe, pero Kidane, íntegro y fuerte, fiero e inagotable, acalla el ruido de su cabeza y el dolor de su mandíbula, y aúlla el nombre de su padre hasta que frente a él, a su lado, a su espalda, aparece Checole, hijo ilustre de Lemma, primogénito del primer y más ilustre Kidane. Están tan cerca que la carne de ambos se funde y entonces su padre se le mete en los huesos y se le instala detrás de los ojos y Kidane, vigorizado y enfurecido, arremete de un salto contra un tropel de luchadores bajo la mirada orgullosa de su padre.

Y entonces suena el *tirumba*.

Se oye el soplido y sólo aquellos que dominan su lenguaje lo entienden: Kidane siente que se le expande el corazón. Sus hombres se aceleran. Sus piernas se vuelven más ágiles. Sus manos empuñan su nuevo fusil y, mientras se lanza sobre un soldado italiano trastabillante, rompe a reír. Se ríe y grita el nombre de su padre. Se ríe y grita su propio nombre. Se ríe y llama a Aklilu y a Seifu y a Eskinder y a Amha y a Yasin y, mientras dispara al *ascaro* que va a por él, la tierra se ensancha y él corre una vez más hacia una luz tan ardiente como el sol y, cuando el cuerno vuelve a sonar, sabe que anuncia que más hombres, hasta ahora invisibles, bajan hacia las columnas italianas para sofocarlas.

Hasta que no contempla el terreno anegado en sangre, no se instala el miedo, no tirita bajo el sol, dando diente con diente, deseando únicamente el abrazo de Aster. Kidane se apresura tambaleante ladera arriba, antes de que Aklilu y Seifu lo busquen, se tiende en el suelo, de espaldas, y contempla el cielo impoluto. Más abajo, oye la voz acongojada de Hailu que se libera del silencio, que flota con el viento hasta llegar a sus oídos: ¡Dawit! Kidane cierra los ojos. Su padre le apoya la boca cerca de la mejilla y le susurra al oído: ¿Cuál te creías que era el precio?

Interludio

Hay ciudades que acumulan sangre, piensa Haile Selassie. Que desbordan de reflexiones muertas y gritos de muchachas aterradas. Hay lugares que claman para perturbar el sueño de los padres dolientes. El emperador Haile Selassie niega con la cabeza y se obliga a regresar al presente. Está fuera en su jardín, rodeado de una buganvilla rebosante de color, frente a un rosal que florece con timidez. A sus pies, su perro mordisquea un hueso roído y, más allá, el pequeño Mekonnen arroja lanzas invisibles para espantar a unos enemigos imaginarios. A nada que vuelva la cabeza, la verá. A Zenebwork. Su difunta hija. Vestida de novia. Una niña adornada como una mujer, temblorosa, que entrelaza las manos. Si la mira, se moverá. Hará una seña hacia Mekele, apuntará a Gugsa, murmurará su nombre y dirá: Te rogué que me salvaras, *abbaba*.

Haile Selassie baja la vista para evitarla. En la mano lleva un periódico italiano donde Gugsa y De Bono aparecen en primera plana sentados a una mesa, con la vista fija en un gran mapa. El artículo al pie anuncia que las tropas italianas han entrado en Mekele entre vítores y aplausos, donde Gugsa los ha recibido. Haile Selassie no quiere pensar en tres años atrás –ahora no–, pero tiene que hacerlo, se lo debe a su hija, a Zenebwork. Sabe que sigue acechando al margen de su visión, a pocos pasos del rosal que tanto le gustaba. Que está temblando de miedo y que se agarra las manos con fuerza como si aún fuera 1932 y no hubieran transcurrido tres años. Como si él aún estuviera a tiempo de cancelar la boda que ha concertado y enviar a Gugsa solo de vuelta a Mekele.

Déjame, protesta entre dientes.

Mekele ha caído. Esa ciudad maldita que presenció los últimos momentos de su hija se ha rendido a Italia, y el hombre que fuera su esposo ha abrazado al enemigo de Etiopía.

Vete, dice.

Pero Zenebwork no quiere irse. El emperador lo intuye por la brisa que sopla a través del rosal. Por la calma resonante que deja a su paso. Ella espera más palabras de su boca y no se marchará hasta que salgan. Durante

el año posterior a su muerte en la casa de Gugsa, ha aprendido a ser paciente. Ha aprendido a no ceder a la noche y aparecérsele a plena luz del día. A contener su ira y sonreír. A ser la niña de catorce años que fue antes de que él la casara con un hombre cruel que frisaba en los cincuenta.

Hay casi ochocientos kilómetros entre Adís Abeba y Mekele, imagínate lo que tardará el ferrocarril. Esa fue su respuesta a los ruegos de Menen para que trajera a su hija de vuelta a casa. Esa fue su respuesta a los incesantes mensajes de pánico de Zenebwork. Hay casi ochocientos kilómetros. Para cuando lleguemos a la estación, ya se le habrá pasado. Sólo nos echa de menos, no está acostumbrada a ser una esposa. Debería haber ido volando a buscarla. Debería haber fletado su avión, embarcado a su ejército e irrumpido en el palacio de Gugsa. Debería haberse colado en la habitación de su hija, haberla abrazado y haber enviado a Gugsa a la cárcel después de haberle roto los huesos uno por uno.

Lo siento, dice, porque es lo único que sabe decir para conseguir que le deje en paz. Lo siento, *lijé*. Lo siento muchísimo.

Zenebwork empieza a retirarse de mala gana. Haile Selassie nota una vaharada de su rabia, tibia como el aliento.

Lo acompañará hasta el final de sus días, ya lo sabe. Ella será el motivo por el que incluso en sus mejores momentos cargará con el peso del remordimiento, farfullará disculpas a una extraña invisible y pasará la noche en vela pidiendo un avión para Mekele.

Vuelve a leer el telegrama: Mekele ha caído. La emboscada de Bekafa fue un éxito con la ayuda de Kidane.

Cuando Zenebwork murió hace un año por causas supuestamente relacionadas con el parto, tan sólo dos años después de su boda con Gugsa, Haile Selassie mandó que transportaran su cuerpo en avión desde Mekele para el entierro. Ni un día más en esa ciudad maldita, le había prometido a una Menen destrozada. No verá ni un atardecer más en casa de ese cobarde. Gugsa había hecho un amago de insistir en que la enterraran en Mekele. Qué poco le había faltado para pedir la cabeza de aquel hombre. Qué poco le había faltado para comportarse como el padre de una hija muerta. Sus consejeros mediaron para calmarlo. Mátalo y la vida de tu hija no habrá valido la pena. Mátalo y las familias seguirán divididas. Mátalo y revelarás tu flaqueza. Las muchachas se mueren por muchas causas: los partos, las dolencias, las enfermedades, los hombres. Sólo es una niña, mira cuántas más te quedan. Llórala como un emperador. Aplasta a Gugsa bajo el peso

de su propia arrogancia. Sonríele, pero colma de títulos a los demás; nunca lo hagas Ras. Elogia a otros y jamás menciones su nombre. Machácalo poco a poco. Haile Selassie había escuchado los consejos, pero no había visto venir la traición de Gugsa. Ese matrimonio debería haber consolidado para siempre la unión de dos familias poderosas. Su benevolencia comedida debería haber servido para algo. Creyó que la muerte de Zenebwork obligaría a Gugsa a una lealtad forzosa alimentada por la culpa. Pero se había equivocado y ahora había perdido incluso Mekele, esa ciudad de hijas fantasmagóricas.

Ha llegado un mensaje, Su Majestad, le anuncia su asistente. El joven está en la puerta, inclinado hacia fuera, ajeno al rayo de sol que le corta la mata creciente de pelo rizado.

Haile Selassie abandona el jardín, con una paciencia y una serenidad fingidas.

El asistente repasa una serie de actualizaciones de los últimos telegramas mientras recorren el pasillo hacia su despacho: ya han acabado con la ceremonia de Mekele. Seyoum teme que Gugsa corte las líneas de comunicación, seguirá llamando mientras pueda.

Dentro de su despacho, Haile Selassie se sienta en su butaca, entrelaza las manos sobre el escritorio y continúa escuchando.

El asistente lo mira con una expresión orgullosa. Su Majestad, anuncia, Bekafa ha atajado por las columnas cerca de Debark, Kidane ayudó.

Ya me lo ha dicho, contesta el emperador. Entonces Haile Selassie se permite reflexionar sobre lo que oye. Dictó órdenes de que nadie se moviera contra el enemigo en el cañón. No le dijo a Kidane que acudiera con sus hombres a dar apoyo a Bekafa. Debe ocultar las manos bajo la mesa para esconder el temblor. Está perdiendo el control de su país poco a poco, de región en región.

El asistente niega con un gesto, visiblemente molesto, y le extiende un telegrama tan cerca del rostro que le roza la nariz. Se frota la nuca. ¿Están usando veneno? Baja el papel al escritorio con cuidado, como si fuera a explotar. De pronto está demacrado, pálido. ¿Gas? Se le quiebra la voz. Pasó un avión de reconocimiento, o eso dicen, pero no puede ser porque tiró veneno. El hijo de Mussoloni pilotaba. Iban a por los civiles. Mujeres y niños. Ríos.

Eso no es correcto, dice Haile Selassie, al tiempo que una parte de él se da de bruces con la cruel revelación. Compruébalo y vuelve, añade. Pasa

por alto que el asistente se niegue a llamar al italiano por su nombre. Mussoloni: esa equivocación intencionada se ha extendido por todo el país, iniciada por quienes no sabían y continuada por los que sí. Otra señal de la rebelión de su pueblo, otra señal de que intentan luchar con uñas y dientes.

Cuando su asistente se va, atrapado entre el pasmo y el terror, Haile Selassie se pega contra el escritorio, contra la madera maciza hasta que casi logra apartar la idea de lo que implica rociar a seres humanos con gas mostaza. Va hundiéndose más y más sobre el tablero y los botones de la chaqueta se le clavan en la curva huesuda del esternón. Le asalta una punzada de dolor y, por un instante, esa molestia acapara todos sus pensamientos.

Foto

Una fina hilera de camiones se abre paso entre los cerros. Una caravana de cascos blanquecinos y polvorientos resplandecientes bajo el sol de la tarde. Una carretera estrecha labrada en la roca y la tierra que cuelga al filo de un abismo imponente y envuelto en la niebla. Todo eso está frente a unos italianos cansados y quemados por el sol: el camino a la victoria, el sendero serpenteante que conduce hacia una gloria segura. Indro Montanelli, Herbert Matthews y Evelyn Waugh escrutarán a través de sus prismáticos la carreterilla que se arrastra poco a poco desde Asmara hasta Adís Abeba y hablarán del sol y de las moscas, del calor y las alturas, de las chozas cochambrosas y los nativos sin asear. Protestarán y se burlarán de los escasos encantos de Abisinia. Señalarán primero hacia Asmara, luego a Massawa, después al mar Rojo en dirección a Roma y dirán: La única esperanza para este sitio es Il Duce, no puede haber mayores sueños que aquellos que alberga Benito Mussolini. Pero cuando el viejo *ato* Wolde y su amada *weizero* Nunush salgan de su modesta cabaña para recoger huevos y vendérselos a estos soldados *ferenjoch* que vienen arramblando su aldea con sus convoyes interminables, contemplarán esos mismos cerros, señalarán hacia ese mismo mar, y vaticinarán: Eso no puede traer más que sangre y más sangre.

Kidane abre el periódico y cierra los ojos. Sólo se ha imaginado una señal luminosa en el horizonte del amanecer, pero, aun así, el pánico se cierne sobre él. Aunque la emboscada haya terminado, su corazón late más fuerte y él permanece inmóvil mientras Aklilu y Seifu ojean por encima de su hombro. El menor ruido inesperado puede levantarlo de un salto, dispuesto a cargar. Aklilu señala dos fotografías de la portada. En una, varios oficiales y soldados italianos rodean sonrientes a un Gugsa que parece incómodo. En la otra, un Haile Selassie muy digno mira fijamente desde su escritorio. La pequeña fogata irradia un brillo frío sobre la página.

¿Qué dice?, pregunta Aklilu.

Kidane repasa los artículos de un vistazo. El periódico francés enfatiza la fanfarria militar y el recibimiento de Gugsa, pero otro artículo más breve menciona el bombardeo de los pueblos circundantes que mató a mujeres y niños. Dedica una línea a una rebelión etíope frustrada por los italianos cerca de Mekele. Otra línea da cuenta de lo que el periódico califica de pequeña escaramuza cerca de Debark, que forzó la retirada italiana.

El olor penetrante de la pólvora se mezcla con el humo de la hoguera y desciende como una nube seca por la garganta de Kidane. Tose y durante un segundo se le aparece otra vez: Dawit, soberbio y valiente, atacando al enemigo con el viejo Wujigra, en sus ojos arde un odio tan puro que por un momento el *ascaro* retrocede antes de empuñar el arma y apuntar. Kidane contiene el aliento hasta que el recuerdo pasa de largo: cada vez que lo evoca se le aparece con más nitidez.

En otra época no habría rehuido ser testigo del dolor que había causado. Mira siempre la sangre que derrames, te servirá como entrenamiento para el futuro, agárrala mientras tiemble para sentir tu propia fortaleza. Esas habían sido las instrucciones de su padre para su noche de bodas. Él hizo lo que le dijeron. Se movió por esa habitación enorme como un hombre invicto e invencible, y Aster cedió, y al cabo de un tiempo aprendió a satisfacer sus necesidades con amor.

Tenemos que dejar hombres atrás, dice Kidane en voz baja.

No podemos mover a Dawit, así no durará mucho, *dejazmach*, repone Aklilu. Su espanto salta a la vista. Hailu insiste en que lo bajemos con nosotros. Le he prometido que lo haríamos.

Las sombras festonean las arrugas profundas que enmarcan la boca de Aklilu. El joven se ha pasado la mayor parte del día en las cuevas, ha atendido a los heridos, ha dejado a algunos en manos de los aldeanos y

enterrado a otros. Sigue llevando la túnica manchada de sangre con una línea que le cruza el pecho y marca el recorrido frustrado de un fusil con bayoneta. Está ojeroso y demacrado, lo que confiere a sus rasgos apuestos una solemnidad monacal. Los tres días posteriores a la emboscada le han pasado más factura que la propia batalla. Parece haber envejecido varios años.

Mañana nos ponemos en marcha, anuncia Kidane. Quedarse aquí es demasiado peligroso, tendremos que dejar atrás a los más débiles. Nota el dolor de un corazón que deja espacio para una culpa nueva. Se remueve en su asiento. Su traición trasciende con creces a este joven soldado.

Yo hablaré con Hailu, dice Kidane.

Aklilu se incorpora para atizar la hoguera y, por un momento, todo su dolor centellea ante ellos, punzante como el lamento de una plañidera.

*

Hailu es una silueta encorvada envuelta en la oscuridad, sentada en silencio junto a la hoguera apagada. Se pone en pie de un salto cuando Kidane se acerca. En la penumbra de la luz del alba, Kidane logra adivinar su porte esbelto y elegante, sus rizos negros y espesos que se arremolinan en mechones rebeldes. A su espalda, el cielo se abre y retira las capas de la noche para revelar el azul profundo de las montañas.

Hirut nos espera en la cueva, dice Kidane. Tal vez tenga algo que se dejara la cocinera.

La expresión de disgusto de Hailu se acentúa y estira las suaves pendientes de su rostro. Yo no tengo nada para ayudarlo. Señala la cesta que hay a sus pies y carraspea.

Me gustaría verlo, dice Kidane.

¿Para qué?

El tono cortante de Hailu le asusta.

Hailu coge la cesta y la abre. En su interior hay varios fardos pequeños y muy apretados. Hay rollos de vendas entre los paquetes. Deja caer la cesta al suelo y por poco vuelca el contenido.

Debería saber qué hacer, la cocinera me enseñó algunas cosas antes de marcharse. Hailu mira a Kidane con aire desafiante. No debería haber ocurrido, murmura. Ese fusil era viejo, no debería haberlo llevado él.

Kidane asiente con un gesto, receloso de su voz. Sin mediar palabra,

roza al joven y echa a andar con paso resuelto hacia la cueva de Dawit.

Hirut está apoyada contra la roca que hay al lado de la cueva, contempla cómo el sol resquebraja el refugio de la niebla. Se siente al borde de las náuseas, entre el agotamiento y los efluvios que salen de la gruta: el olor inconfundible de los moribundos.

¿No has entrado a ayudarlo?

Hirut se da media vuelta. Es Hailu, seguido a cierta distancia por Kidane. Una luz mortecina se refleja sobre las montañas y envuelve a los hombres.

Hailu la roza al pasar y entra en la gruta. Kidane apoya la frente contra la piedra de la entrada y deja encima las manos bien abiertas. Su conmoción es tan flagrante que Hirut retrocede.

La voz de Hailu sale de la cueva: *Dejazmach*, pase, está despierto.

No lo dejes solo, le advierte Kidane a Hirut.

*

Dawit es un cuerpo roto unido por vendas manchadas. Está tendido sobre una pila de mantas oscurecidas por la sangre reseca. Tiene una pierna envuelta en capas de algodón espeso, el vendaje está salpicado de manchurrones del emplasto amarillento y brillantes motas de sangre fresca. Hailu abre la cesta. Dawit se retuerce, abre los ojos de golpe y los vuelve a cerrar enseguida.

Hirut, la cúrcuma. Hailu saca un manojo de hojas secas. Desenvuelve un tarrito de miel de uno de los rollos de venda. Lo vierte sobre las hojas y se inclina sobre su hermano.

Lo siento. Es la única manera.

Hirut tiene que volver la cabeza y contener la respiración. La cúrcuma no funcionó con sus padres. Ni la miel. Ni los ungüentos que intentó la gente de la aldea, ni los mejunjes elaborados por mujeres extrañas que habían viajado un día entero para ayudar, ni las oraciones de los sacerdotes, susurradas primero, gritadas y gemidas después, ni las promesas que les hizo a sus padres y a Dios. Nada de aquello funcionó. Todo fue inútil.

Dawit deja escapar un jadeo débil y la mirada curiosa que le dirige a Hirut se desplaza enseguida hacia la entrada. Tiene los ojos muy abiertos. *Dejazmach* Kidane, dice Dawit. Se estremece bajo una oleada de dolor.

Hirut se vuelve para ver cómo Kidane se adentra, con la cabeza gacha.

Entonces repara en él: su Wujigra, el fusil de su padre. Ahí está, apoyado contra la piedra, envuelto en las sombras oscuras de la gruta como un ladrón. Se le encoge el estómago, el sudor se le acumula en la frente y mira por un instante a Hailu, pero tiene los ojos clavados en los de Dawit, desbordantes de ternura.

Entonces Hailu se vuelve hacia Kidane, afligido y enfadado, tan furioso que la rabia le distorsiona los rasgos.

Ya he visto heridas así antes, dice Kidane con suavidad. He visto una bala entrar por la cabeza de un hombre y salirle por la boca. Mi padre me enseñó muchas cosas, añade. Pero esto. Se interrumpe, la angustia lo vuelve irreconocible. Pero esto. Apoya una mano en el hombro de Dawit, mirándolo a los ojos. Debería haber comprobado que funcionaba. Debería haberlo probado antes de dárselo a nadie.

Era mío, dice Hirut con un hilo de voz.

Kidane se aclara la garganta. Dawit, valiente soldado, empieza. ¿Sabías que hoy cantan por ti? ¿Sabías que comentan cómo arremetiste contra aquel soldado italiano con un viejo fusil? Eras como el fuego.

La boca de Dawit exhala un suspiro sonoro y el joven cierra los ojos, su respiración es agitada y áspera. Hailu asiente, mira a Kidane y apunta hacia el exterior. Le indica a Hirut que recoja la cesta con un gesto, estira la manta bajo el mentón de su hermano y hace una seña para que salgan.

Hirut espera junto a Dawit hasta que los dos hombres están fuera de la cueva. Espera hasta que oye alejarse a Kidane. Entonces coge su Wujigra. Lo agarra fuerte y lo arrastra con ella. Cuando se dispone a regresar al campamento, se encuentra a sí misma observando a Hailu y a Kidane. Están en el camino, algo más abajo, y contemplan el fusil en sus manos.

¿Y tú qué eres?, pregunta Kidane. ¿Qué has hecho tú? Bajo su angustia, bajo la derrota y la fatiga, refulge una rabia intensa y cortante.

Coro

La chica: no ve el sendero funesto que se abre sin obstáculos ante ella. No puede prever lo que es natural: que todo el peso de la culpa de Kidane se tambaleará hacia el hueco que su rebeldía ha dejado al descubierto, y que se abrirá paso a la fuerza. ¿Qué es esto?, le pregunta mientras la saca a rastras de la cueva y la empuja hacia el centro del campamento. ¿Qué es esto?, decimos, para que Hirut devuelva el arma al lugar al que pertenece. Pero ella no puede saber que el dolor de la pérdida se mece en el seno de la crueldad, ni que él aún no ha saciado su hambre y ella está a tiro. Ahí está ella, impelida hacia delante, una guardiana de promesas maldita. Percibe la niebla que se desvanece y lo achaca únicamente al viento. No se fija en los mirlos que planean sobre su cabeza en una formación quebrada. Simplemente avanza hacia esa hoguera apagada con su viejo fusil en bandolera, presa del ímpetu de Kidane.

Junto al fuego: Aster, envuelta en una manta, con el rostro oculto entre sus pliegues, espera a su marido. Seifu y Aklilu, ataviados con sus *shamma*, aguardan obedientes a su comandante. Ella no los recordará. No se acordará de la manera en que Aster se encoge en su presencia. Ni de la mirada atribulada de Seifu, ni de la mano temblorosa que Aklilu debe esconder, apretándolas ambas en un puño. Lo que evocará al rememorar aquel momento en que todavía era la misma que cuando nació: el camino tortuoso de un tenue rayo de luz que cae sobre un árbol torcido de copa achatada.

Kidane se detiene junto a la hoguera y al levantar el puño, bloquea la luz de la mañana. Mueve la boca pero ella no alcanza a oír sus palabras. Lo único que hay es la rabia hinchada que le desencaja el rostro y lo convierte en un extraño. Hirut se tambalea, su corazón entra en barrena. Su rostro se enciende cuando Kidane se la acerca de un tirón y por poco la tira al suelo. Se las arregla, de algún modo, para sofocar el grito de sorpresa. Comprende que es mejor enterrar los dientes en la lengua que emitir un ruido, consciente de que todo lo que diga no significará nada con ese Wujigra colgado a la espalda.

¡Ese fusil no es tuyo! ¿Qué has hecho?

Ella niega con la cabeza. Sus pensamientos son una cadena única e intacta formada de nada.

No se espera el bofetón que parece cruzarle las dos mejillas a un tiempo. No hay tiempo de ver venir unas manos que parecen de piedra. En su cabeza: dos cuchillos se afilan entre sí, metal contra metal, el chirrido agudo del terror. Hirut abre la boca para gritar pero le falta el aire cuando se desmorona como un peso muerto por ese ímpetu innatural. Se desploma sobre el suelo con un gemido sofocado, un grito roto por el impacto de su cuerpo.

Kidane se agacha junto a ella. Al hincar la rodilla a su lado, tira de la correa del arma. Él es un soldado agonizante. ¿Y tú qué eres?

De alguna parte, la voz de Aklilu: *Dejazmach* Kidane, se lo devolveré a Dawit y me la llevaré de aquí.

Y Aster: ¡Kidane!

Durante un instante, todo tiembla en silencio.

La voz de Aklilu: *Dejazmach*, vamos a buscar a Hailu para devolverle el fusil.

¡Callaos!, ruge Kidane.

Hirut oye a Kidane decir: ¡Ahora largo de aquí! ¡Todos fuera!

A continuación: pasos que se alejan.

Pero las manos recias de Kidane la empujan con fuerza contra el suelo y de pronto lo tiene encima, su aliento en la oreja, su pecho en la espalda, la carne que se expande, que se le encaja en los huecos y en las curvas del cuerpo, que la aplasta en la tierra hasta que nota cómo se le doblan las costillas. Vuelve la cara y unas piedrecitas afiladas se le clavan en la mejilla, penetran a través de la bruma densa de sus ojos lagrimeantes, su padre niega con un gesto triste de cabeza.

Kidane le susurra al oído: ¿Qué te creías? ¿Qué esperabas?

La carne de él se endurece en el resquicio que le queda entre las piernas y se abre paso con fuerza, a través del vestido, y la mente de ella se precipita hacia ese espacio vacío de sentido donde la confusión es lo único que espera.

Ha sido culpa de esta mujer, dice Kidane. Todo esto ha sido culpa suya. Todo esto.

Esto: el cuerpo es sangre y carne, y está siempre a punto de hacerse pedazos. Este vientre terso, esta espalda arqueada, estas piernas que patalean, los brazos que aletean, la carne marcada. Todos traidores. Y Kidane sale de ella de un empujón. Se levanta de un salto, recoge el Wujigra y se aleja dando zancadas. Hirut permanece tendida boca abajo, nota ese punto entre las piernas donde se atrinchera el vestido, tirante como una segunda piel, y rompe a llorar.

Interludio

Cada cosa va en su sitio, Teferi, es algo que ciertas personas como tú han de aprender para gobernar. No eres más que un niño, Ras Teferi Mekonnen, pero tu destino es ser rey de reyes. Los hombres viven y mueren por voluntad de Dios, no existe el desorden en Su mundo. Teferi, ¿tú crees? Sí, padre. Sí, padre ¿qué? Sí, padre Samuel, creo. Y Ras Teferi Mekonnen, hoy convertido en el emperador Haile Selassie, sabe que sigue siendo cierto, incluso en ese día en que está atrapado al borde del olvido e intenta encontrar el camino hacia un lugar seguro. Los italianos han interceptado sus mensajes, saben por dónde atacarán todas sus tropas del norte. Saben dónde están instaladas sus columnas y tienen intención de encontrarlas. No debería haberse fiado de las transmisiones, jamás debería haber confiado en herramientas hechas por el hombre. Teferi, estamos repasando otra vez a Simónides. ¿Te has aprendido ya la lección de Quintiliano? La memoria es un don divino. Es extensa y laberíntica. Imagínatela como un palacio, un edificio con muchas estancias. Has de llenar cada habitación de detalles. Colocarlos en su justo lugar. Y encender una vela dentro de cada cuarto para que esté bien iluminado. Nada se va para siempre. Siempre podemos acceder. Padre Samuel, he olvidado dónde dejé la fotografía de mi hijo. No la encuentro y estamos en guerra.

Teferi, imagínate a Simónides en el banquete instantes antes de que el salón se derrumbe. Se prepara para pronunciar su discurso, igual que algún día habrás de hacer tú. Imagínate ese momento en que lo llaman para que salga, justo antes de que el terremoto destruya el edificio. Los parientes de los muertos acuden a él, el único superviviente, y ¿qué quieren? Quieren encontrar a sus difuntos, padre Samuel. Haz lo mismo que él, Teferi. Cierra los ojos y cuéntanos todo lo que recuerdes. Pero están bombardeando a mi pueblo, padre, están envenenando a los niños. Las mujeres se mueren. Yo los he conducido a todos hacia el peligro y no consigo encontrar el retrato de mi hijo.

Primero tiene miedo, después el pensamiento lo asalta de nuevo: no logra recordar dónde puso la foto de su hijo Mekonnen y él. Es su favorita,

un regalo del periodista norteamericano George Steer. El hombre vino de visita y esperó muy educado a que terminara una reunión. Aquel día, Steer vestía una camisa gris, unos pantalones azul marino y llevaba un bolígrafo prendido del bolsillo de la americana azul. Haile Selassie aceptó la fotografía, complacido, y se deshizo en agradecimientos. Se sentaron y charlaron de Italia, de Wal, de las montañas del norte y de la defensa y el frente del sur durante casi media hora. El periodista llevaba unos calcetines de un elegante tono gris con finas líneas azules. En cuanto pudo, Haile Selassie le buscó un marco y la colocó sobre su escritorio, cerca de donde le quedaba el codo. Era una foto tan valiosa que no permitía que nadie la tocara. Y ahora no hay rastro de ella, como si no existiera. Como si los italianos se hubieran colado en su despacho y también la hubieran interceptado. Simónides reconstruyó un edificio demolido a partir del recuerdo. Observó las ruinas y reconoció su gloria pasada. Encontró la manera de resucitar a los muertos al rememorar dónde estaban sentados. Los ayudó a dar con el modo de volver hasta sus afligidos parientes. Los devolvió a la vida llamándolos por su nombre.

Teferi, sólo tenemos aquello que recordamos. Todo lo que es digno de vida es digno del recuerdo. No te olvides de nada. Haile Selassie está en el pasillo, contempla su despacho casi vacío y la zozobra va apoderándose de él. Debe abandonar Adís Abeba e ir a su cuartel general de Dese. Librará la guerra desde allí. El avance italiano en Adís Abeba es ya innegable y el pánico bulle en su cabeza. Su escritorio está despejado. Hay cajas de cartón apiladas junto a la puerta. No quedan libros en las estanterías. Cada cosa está guardada en el lugar que le corresponde, cuidadosamente consignada y embalada. Hace apenas unas horas, al amanecer, estaba en este mismo estudio, metiendo sus últimas pertenencias en alguna de estas cajas, después, tras pisar un rayo de sol que se extendía por el suelo como si fuera una alfombra, había subido a descansar al piso de arriba. Ahora es incapaz de recordar lo que contiene cada caja. No recuerda haber guardado la foto. Cierra los ojos y aparece la imagen solitaria de un hombre rodeado de escombros. A su espalda, mujeres y hombres, encogidos por el dolor, señalan fragmentos de cuerpos sepultados bajo el polvo y la piedra, y sollozan.

Simónides, susurra. Simónides. Haile Selassie se palpa la separación del pecho unida por el esternón. Ahí, en ese punto que ninguna mano humana puede alcanzar, siente cómo se desvanece, cada vez más emborronado por

sus enemigos. Es una desaparición que comienza así: con olvidos y cajas.

Una tos discreta tras él. Haile Selassie se vuelve y se topa con su asistente, lleva el pelo alborotado, los rizos que empiezan a apelmazársele. Va descalzo, lleva dos días sin cambiarse de traje, el nudo de la corbata está suelto y descuidado. Sujeta una pila de archivos contra el pecho como si fuera un escudo, tiene el rostro demacrado y unas ojeras oscuras surcan sus ojos. A su espalda, del otro lado del vestíbulo, la luz incide sobre el gramófono que un criado guarda primorosamente.

Los coches y los camiones están casi llenos, Su Majestad. Lo acabo de confirmar con el chófer. No queda mucho espacio.

¿Los emisarios?, pregunta Haile Selassie.

El joven asiente. Estamos localizando a Kidane, sabrá que intentan tenderle una emboscada. Contactaremos con él antes que ellos. Y el asistente se da la vuelta para contemplar al criado que embala el gramófono.

El emperador espera. Sabe lo que el asistente quiere decir; el joven ha encontrado el modo más educado de repetirse y no resistirá a la tentación de intentarlo una vez más.

Sobre la estrecha mesita junto al criado, Haile Selassie repara en la caja de agujas nuevas que mandó traer de Yibuti. También hay un montón de vinilos de setenta y ocho revoluciones por minuto, regalos de algunos dignatarios: Wolfgang Amadeus Mozart y Edvard Grieg, el estadounidense Duke Ellington, el grupo alemán Comedian Harmonists, una extraña grabación japonesa. Discos que ha escuchado una vez, tal vez dos, la frecuencia ha aumentado a medida que la guerra se hacía más inevitable y la sombra de la derrota acechaba más cerca. Ha acariciado la esperanza de que esas melodías extranjeras le ayudaran a sofocar la vulgaridad machacona de «Faccetta Nera» y de todas esas odiosas canciones italianas que lo despellejan vivo.

Asegúrate de que lo cargan, ordena el emperador. Si falta sitio, saca alguna bolsa del coche y métela en el camión.

El emperador percibe la frustración de su asistente. No parece comprender la razón por la que el gramófono deba acompañarlos. Existimos en un momento más allá de la razón, quisiera decirle el emperador. Nos encontramos de pleno en el terreno de lo irracional.

El asistente inspecciona el despacho y el resto de la casa con una mirada atenta. Me aseguraré de que todas las puertas queden bien cerradas.

Más allá de los valles agrestes de la capital, de los ríos y la sequedad de

la sabana, Kidane avanza rumbo a la emboscada. Haile Selassie casi puede oír los gritos que no tardarán en resonar por los montes. Ha enviado a los emisarios más rápidos de todo el país para que se apresuren hacia el norte y encuentren a Kidane y a sus hombres. Ha distribuido sus tambores por toda la ciudad para que anuncien el nuevo peligro con sus ritmos urgentes, para que resuenen tan alto que los pájaros abarroten el cielo y lo tiñan de gris: los italianos no tardarán en invadir Adís Abeba, llegarán, le prenderán fuego a la ciudad y la reclamarán como propia. Sus mensajeros han pasado por encima de los escombros de los hogares bombardeados para dar la voz de alarma: Jan Hoy, nuestro emperador, Haile Selassie por la gracia divina, nuestro astro guía comandará a sus hombres contra los demonios, y llama a todos los soldados del norte a aunar fuerzas y unirse a él, Dios guiará el camino. ¡En pie, soldados!

El emperador es capaz de trazar el itinerario de Kidane en la cabeza. Ahora piensa en todas las aldeas por las que pasará. Conoce todos los ríos que tendrá que vadear. Puede vislumbrar kilómetros y kilómetros de terreno escarpado. Conoce a las dos amantes que llorarán cuando reciban la noticia de la muerte de Kidane. Sabe qué enemigos respirarán de alivio. Ha aprendido a atesorar una multitud de detalles en el palacio de su memoria. Ha dividido a sus hombres en habitaciones separadas, ha otorgado a sus esposas la cama; a sus hijos, las ventanas; a las amantes, las alfombras. Ha dejado que todos los detalles nítidos reclamen un sitio dentro de ese cuarto hasta poder verlo todo en su lugar, fijo e inamovible, a la espera de la luz de una vela para dar un paso al frente y ser recordados. Así lo ha hecho desde que era Ras Teferi, por medio de un ritual que de tan mecanizado es ya automático, más rápido que el pensamiento consciente.

Desde el piso de arriba llega una vocecilla. El emperador oye la llamada del segundo más pequeño, Mekonnen: *Abbaba*. *Abbaba*. ¿Estás ahí?

Aquí estoy, *lijé*, piensa. Pero hay un cuartel general en Dese y una batalla en Mai Ceu que debe organizar y una serie de oficiales a los que tiene que contactar. No hay tiempo para ser el padre de este niño. Oye a Menen, su esposa, que llama al muchacho. Alza la vista, desea con toda su alma ver fugazmente a su querido hijo, el tocayo de su padre, protagonista de un retrato hoy extraviado.

Entonces llega otra voz, un recuerdo que descansaba en un rincón de su mente. Zenebwork lo llama cuando era una niña: *Abbaba*. *Abbaba*. No te vayas. El emperador vuelve la cabeza para que los criados no vean su

conmoción. No puede dejarla aquí, vaya a donde vaya. No se trata de un arreglo que nazca de él, ni de ella. Es el equilibrio predestinado entre su mundo y el otro. Entre los vivos y los muertos.

Estoy listo, Su Majestad. Su asistente se abraza a los informes que ha plegado cuidadosamente. Podemos sentarnos en el salón de juntas, si lo desea.

El asistente sigue hablando, pero el emperador no le presta atención. Se ha transportado a la época en que iba a la escuela, piensa en sus maestros y en su empeño por que recordara hasta el menor de los detalles. Ahora dispone de una memoria excepcional para todas las minucias de esos intricados sistemas que implican los informes. Lo que no logra memorizar es a su enemigo. No puede construir una imagen mental de ese hombre a quien su pueblo se empeña en llamar Mussoloni. No consigue verlo con claridad. Los ojos le fallan en el esfuerzo, de modo que no sabe qué otra cosa hacer sino escuchar. Durante los meses que transcurrieron tras las órdenes de invasión de Benito, el emperador se ha limitado a comprar música del pueblo italiano, ha enviado a sus criados en tren a Yibuti, a Sudán, a Somalia, a Yemen y a Eritrea para conseguir discos de setenta y ocho revoluciones por minuto y llevárselos. Ahora tiene tres cajas llenas que esperan para viajar con él, cuidadosamente catalogadas.

Los discos, dice Haile Selassie.

El asistente levanta la cabeza. Deja caer los hombros. A su espalda, el criado que guardaba el gramófono en el estuche se detiene. La criada que barre bajo las cortinas levanta la escoba del suelo. Es como si también, tras él, el parloteo de sus hijos se hubiese interrumpido y sólo quedara Zenebwork, desafiante y asustada.

¿Su Majestad?

A partir de esta misma noche, antes de irnos, empezaremos a escuchar la música de estos italianos. ¿Cuál sugieres? Tenemos tiempo para uno, dice el emperador.

Una respuesta rotunda y rápida: *Aida*, la ópera de Giuseppe Verdi.

Por la ventana abierta le parece ver a Zenebwork salir del rosal. Está agachada en la esquina izquierda, temblorosa. *Aida*, repite. La historia en la que muere la princesa etíope. No puede impedir que se le forme un nudo en la garganta.

Cuando Kidane era niño, su padre le advirtió: Ten cuidado con el emisario a quien le tiemblen las piernas. Considera sus palabras y sopesa su mensaje. Permanece tranquilo y escucha. Nunca permitas que vea que sus noticias te afectan. Quédate erguido e inmóvil hasta que se vaya. Él estará observando tus reacciones. Por tu expresión calculará el peligro que se avecina. Buscará el temblor en tu voz que te traicione y revele tu angustia. Escuchará el mensaje que no digas en voz alta. No le permitas ver más que certeza. Que no oiga más que confianza. Muéstrate imperturbable, Kidane.

Al fin solo, vuelve a su tienda y se desploma en el catre. El mensajero, Worku, se ha ido a comunicar la advertencia sobre una próxima emboscada italiana a otro campamento cercano. El emperador ha ordenado a Kidane que se anticipe y emprenda un ataque contra Carlo Fucelli. Han bombardeado Dese, pronto Haile Selassie se trasladará a Mai Ceu y dirigirá en una batalla final a su ejército contra el italiano, más grande. Han caído muchísimos regimientos con bombas, gas mostaza y artillería pesada. El frente del norte está desintegrándose, y Kidane ha recibido la orden de unirse a esa ofensiva tras la emboscada. Sin embargo, enfrentarse a los italianos en un combate cara a cara en Mai Ceu es casi una especie de derrota.

Parece que la tienda se encoja; se hunde sobre su cabeza.

El cerco a Fucelli y después una batalla en Mai Ceu: será una sentencia de muerte para muchos de sus hombres. Kidane intenta calmarse. En el exterior flotan las suaves voces de las mujeres que traen agua y leña. Está el zumbido bajo y subrepticio de los aviones de reconocimiento en la distancia. En algún lugar del campamento, Aster prepara vendas y víveres tal como él le pidió. Hirut está con ella, cabizbaja pero por fin obediente. Kidane hurga en el macuto junto a sus pies y saca un retrato del pequeño Tesfaye, un recorte de Haile Selassie y la medalla a la valentía que entregó a su padre el emperador Menelik en la guerra. Cuando regresó a casa, rehuía el contacto de quienes combatieron con él, rechazaba invitaciones a cenas y bodas, no iba a funerales y dejó de acudir a sus reuniones mensuales *mehaber*. Son fantasmas, le había dicho una vez a Kidane. Han olvidado cómo seguir vivos.

¿Era Worku?, pregunta Aster desde fuera de la tienda, se intuye su silueta en la lona.

Distingue el faldón de su vestido a través de la puerta: no lleva la capa de su padre.

Entra sin pedir permiso y se coloca delante de él con las manos entrelazadas y la boca formando esa estrecha línea ansiosa que ha llegado a odiar con los años. ¿Qué ha pasado?, insiste ella.

Cuando empieza a decirle que no es de su incumbencia, ve que justo detrás, encogida contra la puerta de la tienda, está Hirut. Tiene las rodillas pegadas y ligeramente torcidas, y ese simple gesto infantil le recuerda a cuando hace tan sólo unos días se encontró a Hailu junto a la hoguera del campamento meciendo el Wujigra, doblado en dos por una pena tan intensa que su cuerpo entero parecía a punto de quebrarse con las lágrimas no lloradas: así le anunció la muerte de Dawit y desde entonces se ha negado a pronunciar el nombre de su hermano.

La furia vuelve a surgir en Kidane. No hay tiempo para eso. Prepáralo todo, vamos a avanzar hacia los italianos que andan cerca.

Aster arruga el entrecejo y señala a la chica. Pero ella ha visto un convoy. Vienen hacia nosotros. Con tanques, tienen camiones cargados de provisiones. Se están preparando para una gran batalla. ¿Quieres atacar a ese campamento y no a la caravana?

Espera a que responda y, cuando no lo hace, retoma con un tono conspirativo.

Nosotras podemos ayudar. Se atusa el pelo y carraspea. Ya he separado a las mujeres que quieren luchar de las que irán a la zaga. Hay unas cuantas en ambos grupos. Podemos probar las armas por vosotros, añade con delicadeza.

Él quiere darle un guantazo. Sería muy fácil golpear con ese ángulo preciso de la mano en la oreja. Tiene un huequecito en la sien que descubrió hace años. La dejará aturdida y la derribará como una masa informe. Lleva una eternidad sin hacerlo. No ha probado ese giro de muñeca para golpear a su esposa en la frente desde que murió Tesfaye. Ha sentido una especie de lealtad no verbal por su duelo, una comprensión absoluta de los caminos en los que la pérdida altera el espíritu.

Iréis detrás de nosotros y atenderéis a los heridos. Coged vendas y medicinas. Diles a tus mujeres que lucharán así. Partiremos desde aquí al anochecer.

*

Kidane agacha la mirada hasta sus pies. Siente como si se deslizara. En su

interior están todos los sentimientos familiares de la batalla: el afán y la cautela, el miedo y la ilusión y, por debajo de todo, la sensación liberadora de movimiento, de aceleración, de su cuerpo como instrumento de fuerza. El polvo se le acumula en los ojos y pestañea para ver más allá de las lágrimas. Extiende las manos hacia delante y observa la forma que adoptan en la noche que cae. Son fuertes, ágiles, capaces de sujetar un fusil y blandir un puñal mientras dirige a sus hombres en combate. Este es su destino, piensa mientras oye a sus soldados desfilar tras él. A esto lo han conducido sus días. Esto es lo que le espera en Mai Ceu, una vez haya atacado al campamento italiano y cumplido las órdenes del emperador.

En Mai Ceu, contará con la luz del día, se enfrentará al enemigo y luchará hasta la muerte. Reclamará su herencia, una promesa transmitida a través de la sangre. El error de su padre fue seguir con vida, lo ve ahora con una claridad dolorosa. Encontró una manera de engañar al destino y murió fracturado, un fantasma de carne y hueso. Lo único que debe hacer él es atacar el campamento de Fucelli. Eso curtirá a sus hombres y los ayudará a avanzar hasta el gran conflicto decisivo. El corazón le late con fuerza y él se acelera al percibir el trote y los resoplidos de sus tropas, que se esfuerzan por no quedarse rezagados. Sobre ellos, una bandada de pájaros de plumaje oscuro corta en formación el cielo cerrado.

*

Aster reúne a las mujeres a su alrededor. Justo debajo del cerro, los hombres se preparan para la emboscada. Los italianos están cerca, avisa. Kidane cuenta con nosotras para que los ayudemos a seguir con fuerza y valentía. No permitáis que ningún hombre se retire, corred tras él y obligadlo a dar media vuelta con burlas y canciones. Levantadlo si cae, lleváoslo a rastras si muere. Usad la voz, usad brazos y piernas, transformad vuestro cuerpo en un arma que los italianos nunca olvidarán. No será lo mismo que combatir, les repite una y otra vez, pero os ayudará a prepararos para estar en el frente en la próxima batalla. Os preparará para ver morir a hombres sin desmayaros sólo de pensarlo.

Hirut mira fijamente a Aster y se niega a apartar la vista. Es como si el resto del mundo hubiera desaparecido y sólo estuvieran ellas dos en el monte que baja hasta el campamento italiano. No hay sitio para ningún pensamiento que no empiece en los ojos de esa mujer. Porque Hirut

recuerda que es culpa de Aster que Kidane descubriera su Wujigra. Es culpa suya que el fusil no esté ahora en su posesión. Sus celos y sus sospechas lo quisieron así, y lo único que ha hecho él ha sido seguir las órdenes mudas de una mujer furiosa. Hirut pestañea una vez y después otra, pero el encantamiento sigue sin romperse. Está asustada, se pone a tararear y agacha la cabeza. Cuando levanta el mentón, Aster asiente como si hubieran hecho un pacto secreto. Hirut se da la vuelta, canturreando para sus adentros, alza la vista y el sol resplandeciente refleja sobre una bandada de pájaros oscuros y revolotea por sus alas. Los contempla hasta que desaparecen, hasta que no queda nada salvo el cielo y, cuando vuelve a pestañear, este ha perdido el color: no hay nubes, ni rayos de sol cegadores, ni azules suaves o intensos. Lo que queda es la sombra desamparada de la ceniza.

Una gota de sol zigzaguea por el valle y se desliza por la hierba. Roza las flores amarillas agrupadas en la ladera. Se posa grácil sobre las copas de los árboles y desaparece en un cielo sin nubes. Ibrahim sigue el destello esquivo: la emboscada planeada ahora es una batalla y han llegado los etíopes. Sus *ascari* se ponen tensos. Cuando levanta la mano, se yerguen, y con ese movimiento los italianos se colocan en posición tras ellos. En el valle se hace un silencio cada vez más espeso. Ibrahim alza la vista hacia el coronel Fucelli en la colina: una silueta esbelta pegada a sus prismáticos, que se inclina sobre ellos como si fuera a lanzarse al combate. Una bandada de pájaros planea por el cielo y baja en picado hasta la extensión luminosa justo encima de su cabeza.

Llegan sonidos desde la curva del monte, suspendidos en una brisa: el rumor de los motores potentes, el crujido de las piedras bajo las cadenas de las ruedas. Los tanques se acercan. Los hombres de Ibrahim avanzan. Los ha entrenado bien. A algunos los ha alentado con elogios y a otros los ha sometido con disciplina. Los ha moldeado y les ha dado cohesión, todos y cada uno de ellos conoce al enemigo a quien se enfrentan. Saben qué sucederá si los capturan. No ha permitido que les quede ninguna duda de que es mejor morir en el campo de batalla que rendirse ante los etíopes.

Más arriba, en lo alto de un plano, el coronel Fucelli observa a través de sus prismáticos, con los pies en tierra firme, negándose el lujo de sentir miedo. Ahí está Ibrahim, de cara a la señal del escuadrón abisinio. Los *ascari* forman una fila perfecta, su precisión atestigua la instrucción interminable que les ha dado. No exhiben ni rastro de la inquietud de los primeros días. Ha desaparecido todo atisbo de ansiedad. Miran al frente, inmóviles y atentos, esperando a su jefe, y él a su vez al suyo, que aguarda a que ese proyectil de luz se manifieste con su encarnación humana.

Kidane se echa al suelo mientras Amha vuelve a barrer el valle con el reflejo luminoso. Impacta contra el cielo azul claro y sorprende a los mirlos, que con sus graznidos molestos punzan el calor constante. Kidane ya lo ha visto demostrar la técnica con Aklilu y Seifu, pero sigue sin entender cómo lo hace, cómo consigue que la luz recorra distancias inmensas con unos movimientos tan inesperados y unos ángulos imposibles. Y ahora lo ha sorprendido una vez más al insistir en que Aklilu y él encuentren la manera de esconderse cerca de los tanques italianos mientras el resto espera la señal para atacar.

Amha había argumentado: Si nos permite ir a por los tanques,

eliminaremos sus armas más potentes y las primeras líneas ganarán fuerza.

No había mostrado una actitud respetuosa, ni había recurrido a ninguna de las reverencias exageradas ni las miradas gachas de los demás cuando se dirigían a Kidane. Sólo esa insistencia urgente, acentuada por la aprobación muda pero evidente de Aklilu. Al final se acabó ablandando y confió en el instinto de Amha. En cuanto dé la señal, Amha y Aklilu se echarán al monte y se esconderán detrás de los tanques.

Amha mira a Kidane y él les indica con un gesto que se dirijan a los vehículos. Luego se pone a escuchar. Su orden de ataque retumbará por los montes con el sonido del cuerno. Un recluta reciente, un hombre enclenque con un nombre peculiar, Minim, Nada, soplará el estruendoso instrumento. Algunos protestaron por la elección. Por qué le pondría una madre a su hijo el nombre de nada, habían preguntado. Da mala suerte. Aklilu, cuéntale al *dejazmach* lo que decimos, que nos asusta ese tal Minim, ese nada, quizá sea un espía. Él fue a Kidane y se limitó a decirle: No está hecho para la guerra, pero es buen músico.

Sobre su cabeza, los mirlos vuelven a formar, pían con un canto menos agudo. Junto a él, Seifu está firme, sólo su mirada, que va de una punta a otra del valle, delata su tensión. Todos aguardan la señal, pero Kidane espera a que Amha y Aklilu tomen posición y a que las mujeres se coloquen a una distancia segura tras ellos, lejos del fuego de la artillería pero lo bastante cerca para asistir a los heridos que seguro habrá. En cuanto Aster esté lista, se lo hará saber.

El sonido le perfora la delicada base del cráneo: un golpecito, nada más. Carlo alza la vista, pero el ruido se origina a sus pies, se infla por todos sus costados para desplazarse y rondarle por la espalda jorobada, siente formarse un ímpetu arrollador y se encuentra sobre una pila de leña cara a cara con la expresión severa de su padre: ¿No eres ya un hombre, Carlo? ¿No eres demasiado mayor para llorar? Salta o te saco un tronco del montón, salta. Y a continuación el ruido está en todas partes y en ninguna, primitivo y controlado, extraño y familiar. *Lento*, *lentissimo*, *piano*, *pianissimo*, se dice a sí mismo. Sin embargo, un chispazo corta su resistencia. Le afloja la columna. El miedo es gradual, se expande a través de él como un olor, antiguos horrores que se flexionan y se estiran en la jaula endeble de su corazón. Nota un nudo en la garganta. Se le constriñe el pecho. Estira la boca para dar forma al nombre de Ibrahim. Lo pronunciará si tiene que hacerlo.

Detente un momento, se dice. Coge los prismáticos, cuélgatelos. Comprueba el mapa. *Pausa*. *Lentamente*. *Tranquillo*.

Silencio.

El cuerno se desvanece.

La tranquilidad regresa con cautela.

Aguza el oído: nada.

Pausa. Respiración. Luego: una luz. Los primeros y arduos sonidos del trompetazo feroz. El estruendo rasga el horizonte. El cielo estalla en pedazos.

Carlo casi cae por la fuerza de su brazo al levantarse y bajar. *Avanti, ragazzi!* ¡A la carga!

Con la señal de Ibrahim, los *ascari*, en pie, se inclinan hacia delante y acto seguido desaparecen corriendo, y no importa que no se mueva nada en el valle ante ellos. No importa que se abalancen temerarios hacia un campo en silencio. No importa que mientras los *soldati* avanzan raudos tras ellos por la vasta extensión de tierra, los abisinios parezcan haber desaparecido. Nada de eso significa nada porque Carlo está seguro de que pronto, esas briznas de hierba en movimiento producirán hombres adultos y todo lo que no se ve revelará su traición.

Y luego: ruido. Voraz y doloroso. Carlo se inclina hacia el grupo que se forma a su alrededor, oye a sus hombres llamarlo a gritos y acercarse a cobijarlo. Lo sujetan con firmeza, erguido y en equilibrio, sin pensar en nada más que en la obediencia total. Es lo único que han estado esperando: que él les diga qué hacer. Da un paso atrás en el llano, abrumado por su poder. Esto, piensa, esto es lo que significa. Alza el brazo, lo baja y arroja su voz al valle: ¡A la carga! Aúlla aunque no haya manera de que pueda oírsele. ¡A la carga! Los gritos de guerra estallan, los *ascari* avanzan en tropel, el aire se espesa con el polvo, la voz y el cuerno y pronto el caos deja de dar vueltas. Él lo controla. Se vuelve estimulante. Y mientras los *ascari* se precipitan campo a través, se imagina el choque que tendrá lugar como algo colosal y sinfónico, operístico y trágico. Carlo se lleva de nuevo los prismáticos a la cara y contempla el desarrollo de su batalla.

*

Mirad: un montón de chozas quemadas e Ibrahim, boquiabierto y aguerrido, guiando a sus hombres por el campo devastado. Ahí está, elevándose sobre

piedra y paja, ágil como una gacela, corriendo por un valle que aún se niega a revelar la fuente sobrenatural de los gritos de guerra y las balas. Ibrahim, hijo valeroso de Ahmed, de voz prodigiosa, veloz domador de caballos, miradlo precipitarse por la tierra quemada sin miedo, propulsado por quienes corren a su lado, que miran el rostro orgulloso de su jefe y se doblan con el viento para coger impulso. Y ¿dónde están esos hombres, esos espíritus fantasmales que descienden de los valientes hijos de Adua? ¿Quién lanza esa fina vara de madera en forma de flecha que embellece el cielo polvoriento? Contemplad con qué facilidad se clava en la garganta de un sobresaltado *ascaro*. Fijaos en Ibrahim dando la orden. Fijaos en los *ascari* obedeciendo, en la velocidad a la que se detienen, en cómo apuntan y empiezan a disparar a hombres que no ven. Acercaos a las caras atónitas. Las lanzas que trazan un arco perfecto. Arrojadas por los brazos que se elevan al cielo. El trémulo rayo de luz que se curva por el campo como el desafío burlón de un dios. Ved derribar a Fisseha, el último hijo de Samuel. Ved tropezar a Girmay, el único hijo de Mulu. Ved caer de rodillas a Habte, con el pulmón y el corazón atravesados. Oíd el viento vibrar con lanzas, con piedras arrojadas, con gritos roncos y aullidos agonizantes. Y el ejército de Kidane sigue sin ser más que una expectativa, un pensamiento cargado sin sustancia ni forma, nada más que aire.

*

Es casi demasiado tarde cuando Ibrahim se da cuenta de lo que han hecho. Ya se está precipitando hacia las lanzas cuando comprende que de alguna manera han estado retrocediendo, cuesta arriba, por la hierba, invisibles como el aire, mientras sus soldados y él avanzaban hacia la masacre. Grita, da media vuelta y se lanza al encuentro de sus hombres, que se desvían para esquivarlo. Se enfrenta cara a cara con el terror apremiante y el desconcierto. Su corazón se detiene y acto seguido le da un vuelco con lo que ve, y promete que no habrá más días así, en que lo pillen desprevenido. Levanta el brazo, señala hacia atrás y vuelve a pronunciar la única palabra lo suficientemente firme para salir de su boca: ¡Atrás, atrás! ¡Atrás! Alza el brazo y ahí está Suleiman, que se niega a frenarse, estupefacto, con los ojos clavados en la loma, boquiabierto, gritándole algo inaudible hasta que el zas de la flecha afilada rompe hueso en su veloz búsqueda de carne. Ibrahim les hace señas para que retrocedan y, esta vez, se apresuran para ponerse a

salvo, saltando encima de los cuerpos de sus caídos, de los charcos de sangre, de las lanzas hechas astillas, de vuelta al punto de partida.

Y entonces el coronel Fucelli oye los tanques. Ahí están, machacando piedras, chafando paja, rugiendo con una furia únicamente superada por su dolor en aumento. Están los cañones giratorios que se vuelven hacia el enemigo, esos cobardes que disparan escondidos y siguen arrojando lanzas. Estos tanques bombardearán y atravesarán la hierba alta, los promontorios, los peñascos que ocultan a los etíopes. Los tanques –sus tanques– aplastarán cráneos y triturarán cuerpos abatidos. Serán despiadados e inhumanos en su ataque. No habrá una pizca de miedo a lanzas ni balas, un asomo de indecisión en ese mecánico empuje hacia delante. Entonces otro *ascaro* cae justo enfrente de Ibrahim cuando sus hombres despejan el campo para las máquinas. Carlo enfoca de cerca el rostro atónito del herido, la sangre le brota en el pecho. ¿Es la flor de la juventud? ¿Es eso lo que quieren decir? Vuelve a levantar el brazo para dirigir a los tanques. Y aun así. Con todo. A pesar de. Las balas no cesan. Las lanzas no vacilan. El zas zas zas es un ritmo constante, orquestal, y Carlo está en Abisinia, pero también tropezando con una pila de leña, escondiéndose debajo de la cama, y todo lo que lo ha perseguido en esos terrores aciagos permanece invisible a simple vista.

Kidane observa el tanque que se acerca y repite lo que aprendió hace una vida sobre la máquina: la escotilla, la torreta, la boca, el cañón, el guardabarros, el blindaje lateral, la tracción, la cadena. Bajo sus pies, la tierra tiembla como si se preparara para la última violación. La hierba cimbrea y se quiebra con las espesas corrientes de humo y calor. El azote del viento levanta una nube de tierra y piedrecitas que se le mete en los ojos y en la garganta. Han hecho lo que han podido mientras estaban escondidos. Han aprovechado el terreno al máximo. Sus hombres han superado sus propias expectativas, han conseguido lo imposible, y han combatido teniendo muy pocas probabilidades. Han hecho todo eso, pero ya no pueden más. Lo que les espera ahora va más allá de sus fuerzas. Deprisa, emite destellos con el espejo para dar la señal de retirada, y a través de la hierba, recorriendo la tierra devastada, oye cómo Seifu grita la orden y los hombres empiezan a arrastrarse cuesta arriba.

Carlo siente el fuego familiar de sus pesadillas de infancia, el azufre lanzado desde las manos oscuras de los demonios. Este ruido, la columna de polvo de las rocas al partirse, el temblor de las raíces de los árboles que

asoman desde las entrañas de la tierra: todo eso lo ha conocido en sus miedos más profundos. Se pega más a los prismáticos, pestañea para hacer desaparecer el velo húmedo de sus ojos y se recuerda a sí mismo: Sin embargo, aquí estoy. Y vuelve, superada la marcha por este valle, a ese punto en aquella cima cercana al fuerte, donde este país se extendía glorioso ante él, con sus valles exuberantes resplandecientes al sol. Piensa en la casualidad, en el favor divino y en el destino. Debería haberlo sabido en aquel momento, pero ahora está seguro de ello: su momento de grandeza ha comenzado y lo ha hecho así, con un espectáculo que confirma la auténtica naturaleza funesta de este mundo.

Y luego: una sola forma humana, pequeña como un niño, a rastras, con el vientre sobre las piedras mientras todo el ruido de la guerra se eleva desde la tierra caliente y reverbera como el calor del desierto. Y luego hay otro abisinio reptando por el suelo que, en un abrir y cerrar de ojos, surge como una aparición. Dos personas que salen de la nada, siluetas gemelas que saltan de una imaginación en las sombras y avanzan hacia sus tanques a medida que el valle se hunde bajo los gritos de guerra con Ibrahim y los *ascari* en retirada. Pero este es el milagro del hombre, piensa Carlo mientras se palpa la cicatriz del pecho. Esto es imposible y, aun así, es el milagro del hombre: soportar los golpes, resurgir de ellos impasible y sin lágrimas. El hombre es así y, sin embargo, sucede lo siguiente: dos individuos trepan a sus tanques como si se tratara de simples montañas de hierro. Y mirad cómo alza el brazo el que parece un muchacho, con la espada en ristre, y le grita por la escotilla al conductor en el interior. Ved cómo aporrea la compuerta, su furia es implacable, una nota metálica que resuena por el valle de pronto vacío de sonido. Es una voz que no necesita de lenguaje para expresarse, y ahora Carlo cae de rodillas, con el brazo alzado, pero no hay *crescendo*, no hay nada salvo esa voz que fractura el cielo y dónde están las balas, dónde están mis *ascari*, dónde está mi Ibrahim, adónde han ido, porque es como si todo hubiera desaparecido y enmudecido para ser testigo de cómo se abre la escotilla con un chirrido, muy obediente, y el rostro que emerge a la luz del día y la espada que se blande airosa, tan espléndida, tan perfectamente inclinada que la cabeza no puede más que seguir.

Mirad: espesas cintas rojas de sangre. Fijaos: el sol viscoso curvándose contra la panza del cielo y, aun así, con todo, a pesar de, no hay nada que hacer salvo contemplar mientras el siguiente abisinio se limita a acercarse al

guardabarros, se inclina hacia la ventanita y dispara al interior, y luego saltan al suelo y no hay nada, no hay nada de qué informar, señor, mis hombres se han esforzado al máximo pero es que nos han rodeado.

Luego, desde algún lugar, las delicadas voces de las mujeres.

Carlo vuelve a ponerse en pie, trastabillante, y mira de nuevo por los prismáticos. Enfoca, enfoca y enfoca porque: esos tanques, unas bestias majestuosas derribadas; porque: son acero, goma y munición y el hombre es un milagro pero no hay cabida para mujeres ni canciones. Esto es la pura imposibilidad, piensa mientras otea el campo humeante y advierte cómo florecen unos vestidos blancos, con faldas ondeando al viento. Bajan el cerro como si la gravedad no tuviera consecuencias, como si las piedras afiladas y los pies delicados no importaran, como si una silueta humana pudiera ser propulsada a unos ángulos improbables y conservar una elegancia tan natural. Las ve pero no lo cree. Las oye pero no logra comprender. El lugar donde está él, entre acero, goma, balas y sangre, no permite distorsiones ni fisuras. No son mujeres, decide, sino ilusiones. Son un espejismo, un reflejo en esta cima que domina el valle revuelto. Lo que es real es el temblor distante de los aviones que vienen. Lo que es probable es el ataque que lloverá desde esas impecables máquinas voladoras.

Sin embargo: las voces persisten. Carlo se yergue, deja los prismáticos, poco a poco se inclina hacia delante y siente que le fluye la conciencia por encima, fría y sin piedad, y comienza a entender que el cuerpo es más sabio de lo que se imagina. Le dice que tenga cuidado, que escuche con atención, que mire arriba, que lo escudriñe todo, porque hasta una mujer conlleva peligro y allá donde va, también hay muerte.

Y entonces Kidane surge de entre la hierba, con el corazón como una masa compacta que le presiona los pulmones, expulsando vaharadas al tiempo que Seifu se incorpora a su lado, levanta el brazo y los soldados dejan la horizontalidad y se ponen en pie. Tiembla ante la visión impresionante de la furia absoluta. Cuando da la orden, se precipitan hacia los tanques, acogen a Aklilu y a Amha y reúnen los fusiles de los caídos. Que sus hombres –dos de los suyos– hayan logrado detenerlos es un pensamiento que en este momento siente más que comprende. Que lo hayan hecho con una espada y una bala sabe que se convertirá en una canción que se grabará en la memoria eterna de una nación. Encuentra el impulso clavando la mirada en la espalda de Aklilu y se coordina con sus zancadas.

Desde arriba, como si lloviera del cielo, las mujeres empiezan a cantar.

Aklilu ríe y Kidane grita a sus hombres que vayan más deprisa, que continúen, que no se detengan hasta que hayamos ganado. Juntos, se apresuran a por los *ascari*, conscientes únicamente de sus corazones que laten, de su paso uniforme, de los gritos de batalla de las mujeres que avanzan como oleadas violentas, veloces y orgullosas, a través del velo polvoriento del aire.

Hirut ve levantar el brazo a Aster: Más alto, grita. Más alto, para que os oigan. Y es un estímulo tal de cuerpos, alientos y canciones que no piensa más que: Más alto, más alto, más alto, y mientras canta sobre valentía y enemigos, siente que las paredes del cielo desaparecen, la cacofonía se suaviza en un rumor y el valle se abre ante ella, verde y exuberante, con su belleza insoportable.

Más tarde no será capaz de decir qué sucedió primero: si oyó los ruidos de los aviones o si vio a Beniam intentando recuperarse en el suelo. Dio la sensación de que todo ocurrió en silencio, dirá, ocurrió poco a poco, y ocurrió todo a un tiempo. Fingirá que todo fue demasiado, que la memoria le otorgó el don de borrarlo. Afirmará recordar los árboles y la bandada de pájaros que seguían aferrándose al cielo. Dirá que no hubo nada que presenciar hasta que se le vino encima, hasta que esos aviones lanzaron su veneno y ellos tuvieron que huir para evitar morir asfixiados. Repetirá a quien le pregunte que sí, que estuvo allí aquel día, pero que no, que no vio gran cosa. Revoloteará por esa primera visión de Beniam pero acabará hablando del fuerte olor a paja que siguió a los aviones. Corríamos con ampollas en los pies, dirá, con la garganta que se nos cerraba por los gritos. Me dolía abrir los ojos, me movía como los ciegos.

Sin embargo: ve los primeros charcos de tierra empapada de sangre, las manchas que les devoran las plantas de los pies. Ve el borde de un brazo, unos pies hinchados, una cabeza ladeada en un ángulo extraño. Pronto estará forzada a desviar la vista del extenso paisaje ante ella y mirar al suelo para evitar caerse. Se topará con Beniam de ese modo, como si fuera un mensaje lanzado a su camino para que lo recogiera. Y con el rabillo del ojo, advertirá cómo, aquí y allí, algunas mujeres caen de rodillas mientras otras alientan al resto a seguir, porque, dirá más tarde, sabíamos que la única manera era afrontarlo, la única escapatoria era correr hacia la batalla, correr hacia los hombres, correr hacia los aviones sin pensar.

Hirut ve la forma oscura de Beniam y oye los gemidos, pero piensa: una maraña de ropa, trapos sucios, manchas de tinta, pegotes de barro, y no

piensa nada más porque ¿cómo podría haber frente a ella un chico que se inclina hacia un lado mientras intenta ponerse en pie en vano con unas piernas que le cuelgan de cualquier manera del hueso de la cadera? ¿Qué clase de lógica permite que un muchacho se desmorone delante de ella agitando unas manos huesudas en un intento de encontrar el equilibrio? Se enrabia. Sucumbe a la furia porque sus esfuerzos no tienen ningún sentido. Quiere gritarle que es un gesto inútil y que debería encontrar otra manera de apartarse de su camino. Entonces ve la sangre que forma un charquito a su alrededor, espesa como una manta para echarse encima, e Hirut piensa en Dawit y piensa en Hailu y sabe que hay quien debe hacer lo que otros no pueden. De modo que se agacha y lo atrapa cuando él se desploma, y ambos ruedan por la hierba, entrelazando una extremidad con otra ensangrentada. Y cuando esos ojos oscuros se cruzan con los suyos y esa boca se abre, ella se acerca al rostro joven que se desencaja, con una sucesión de temblores en el corazón, y contempla la mirada que se apaga para preguntarle: ¿Qué eres?

Porque no hay ninguna palabra que describa lo que tiembla entre sus brazos mientras malgasta aliento para decir: Beniam, soy Beniam. No hay ninguna palabra que describa la sangre que parece filtrársele en su propia piel. No hay manera de comprender qué es lo que se consume, sin nombre y casi sin forma, en sus brazos. Y luego ya no hay aire, sólo una exhalación cálida que salpica, se ahoga y luego ella no puede respirar y ya no hay canciones ni gritos, sino otro sonido que no logra oír más allá de la congoja de las súplicas del muchacho para que lo salve. Es imposible, piensa, quemarse de esta manera sin fuego, ahogarse de esta manera a plena luz del día. Imposible estar respirando y ahogarse, estar vivo y morir. No recordará los gritos de auxilio, no recordará la mano que la agarraba. Se forzará a no recordar, se obligará a retroceder y a borrar el momento en el que alguien llamado Hirut se levantó, abandonó a un chico moribundo que se llamaba Beniam y huyó.

*

Mirlos. Luego el desgarro y la herida del parto, del aborto, de las primeras noches, de un cuerpo hecho trizas. Las mujeres se sujetan los vientres, se agachan por el suelo, miran al cielo asombradas. Mirlos, piensan. Se levanta polvo de la masacre valle abajo. Hirut observa a través del aire denso pero

sólo es un avión. Sólo dos. Tres. Muy bajos. Luego cuatro. Cinco. Luego son pájaros en formación, vuelan tan cerca de la cabeza de Aster que puede ver el rostro sonriente en el interior, con la boca abierta y exultante.

Y Aster mira abajo, al valle, en busca de Kidane pero el aire está cargado del humo de las armas, bulle de calor, se impregna de un líquido que escuece, que le envuelve el cuello y les prende fuego a los ojos. Los pies se le pegan a la hierba, se derriten en el suelo, el hueso se quema y se afloja libre de carne. Cae de rodillas y se mira las manos, las ampollas que se le forman, y aún encuentra la manera de respirar y gritar el nombre de su esposo y Ettore dice: Padre, ese hombre es frágil. Que la madera y el metal pueden atravesar con facilidad una garganta joven. Que hoy Ícaro cayó, una y otra vez, y nosotros los que quedamos atrás en la torre sólo podemos andar a tientas y apuntar a la nada. No hay nada que ver, eso intento decir, padre. No veo el sol. Me engaña la vista, los hombres son invisibles y un coro de mujeres vengativas canta mientras nos ordenan que nos pongamos en pie. Pero lo que nos dicen no tiene ningún sentido, padre: que nos pongamos las máscaras de gas, que demos media vuelta y huyamos.

Observa a los abisinios subir colina arriba con gritos que se expanden como globos tras ellos, con el rugido de hojalata y el zumbido de los aviones pisándoles los talones. Luego vienen los disparos de esas naves que vuelan bajo, que matan a quienes ya están muriéndose, a quienes han caído de rodillas por el veneno, a quienes han tenido la suerte de sobrevivir a la batalla inicial, a quienes se levantan como Lázaro. El teniente grita su nombre. Mario lo llama para que los siga. Fofi chilla que lo matarán. Los *ascari* lo rozan al pasar, asombrados tras sus máscaras. Incluso Ibrahim trata de cogerle del brazo y arrastrarlo. Pero Ettore se queda, apenas unos minutos aunque es toda una vida, es una eternidad. Es suficiente para ver qué significa ser soldado. Pero no era una guerra, padre, es eso también lo que intento decir. Eso fue una masacre.

*

Ellos dirán que no sucedió. Que sus aviones no volaron por encima del batallón de Kidane y lanzaron gas mostaza a los combatientes, a los ríos y a la tierra. Negarán los niños muertos, las mujeres calcinadas, las aguas envenenadas, los hombres ahogados. Pero ¿usted vio el gas?, le preguntarán los reporteros a Ettore. ¿Acaso lo vio caer desde los aviones? Entonces,

¿cómo sabe que ocurrió? Y cuando él señale su propia máscara, ellos negarán con la cabeza, apuntarán al cielo y dirán: Eso son dos cosas distintas, amigo. Nosotros hemos venido a informar de lo que usted vio.

Coro

Contemplad al emperador en la sosegada cúspide del desaliento. Contempladlo inclinarse hacia la voz que escala el cielo como un ave extraña y desesperada. Está la afligida curva de su espalda, el ángulo bajo que forma su pesada cabeza con la corona. En la triste boca que la edad tensará con una firmeza inquebrantable llega el primer adelanto de un rictus fruncido. Esa idea paralizante: han masacrado al batallón de Kidane, tantísimas vidas valientes perdidas. Nos encontramos en la estancia cuando vuelve a colocar la aguja en el disco de *Aida* que gira y la guía de nuevo al comienzo de la ópera. Observamos cuando vuelve a posar sus manos, finas y elegantes, sobre el pecho a modo de súplica silenciosa. Escuchad mientras el aria colma el vacío de la estancia tenebrosa, mientras una muchacha susurra su amor por un guerrero que tiene prisionero a su padre y ha masacrado a su pueblo con su espada. Oíd el coro de esclavos, la tierra firme que le ofrecen a esa traidora, el refugio que brindan a sus secretos blasfemos. Este emperador, que envejece antes de tiempo, escucha las canciones, vuelve a sacudir la cabeza y musita: Oh, Aida, tú que, como una insensata, creías en las lealtades divididas, qué nuevas formas encontrarás de mantener a tu pueblo esclavizado. ¿Es posible que no conozcas los deberes de quien nace con sangre real?

El sacerdote es un joven pelirrojo de Milán con nariz de boxeador y cicatrices en las manos. Tiene la espalda ancha, las piernas cortas y la mirada fija de un acosador de colegio: unos ojos penetrantes que zigzaguean a lo largo de la fila de soldados que esperan para confesarse y ser bendecidos. Es perspicaz e inquisitivo, escudriña los rostros con el ceño fruncido y la severidad recae en sus facciones marcadas. Sólo ha pasado un día desde la batalla y su llegada ha reducido la inquietud de los hombres de la noche anterior, cuando lo único que fueron capaces de hacer fue reunirse alrededor de la hoguera e intentar contar chistes con poca gracia y cantar.

Sólo Fofi fue lo suficientemente valiente para articular lo que algunos sentían: ¿Por qué no nos permitieron luchar? Yo estaba preparado. Hizo el gesto de levantar el fusil y apuntar.

El cura reza sobre un *soldato* que se ha tapado el rostro con las manos y sacude los hombros mientras solloza. En la cara del sacerdote hay una expresión beatífica. Sus rasgos toscos transmiten serenidad. Sus labios se mueven, un asomo de sonrisa tira de las comisuras. Ettore siente que se le acumula el sudor en la nuca, que presiona a través de las capas de polvo y mugre y le empapa el cuello de la camisa. Oye a su padre: ¿Y has permitido que te empujaran a esto? ¿Acaso no te he enseñado yo a cuestionar a los que pretenden ocultar sus actos brutales tras un dios invisible? El mundo fue construido por el hombre, hijo mío, estamos hechos a nuestra cruda semejanza, no hay providencia, no hay destino, no hay voluntad divina, sólo esto: conocimiento. Ettore se encuentra meneando la cabeza involuntariamente y, con el rabillo del ojo, ve con alivio que unos pocos *soldati* se reúnen sin formar y charlan relajados. Se acerca a ellos, consciente de las miradas a sus espaldas.

El correo llega poco después de que el sacerdote termine y una multitud se concentra rápidamente alrededor de la camioneta. Los hombres se empujan para ponerse al principio de la cola, gritan su nombre para atraer la atención del cartero, agitan la mano en el aire como si fueran a coger la carta que les lance en su dirección. Ettore espera al margen del corro, intentando no preocuparse por si hoy será otro día sin noticias de su padre. Su silencio se ha prolongado en las tres cartas que ha enviado su madre. Le ha traído recuerdos de cuando lo disgustaba, de cuando no respondía bien a una pregunta, de cuando no hacía lo que se esperaba, de cuando veía a Leo dirigirse con calma a su despacho y cerrar, en silencio, mientras él suplicaba que lo dejara entrar para disculparse, con la puerta cerniéndose

como un muro infranqueable entre los dos.

¿Qué edad tenía cuando su madre irrumpió en el despacho y empezó a gritarle a su marido? ¿Es que no sabes qué es el arrepentimiento? ¿No recuerdas nada del remordimiento? Lo que se filtraba de sus miradas formaba parte de una historia de la que lo habían excluido hacía tiempo. Su padre se había levantado del escritorio, se le había acercado y se había arrodillado, con una mirada excepcionalmente tierna. Sin mediar palabra, lo había estrechado y había acariciado la nuca de su cabecita con una mano temblorosa.

Te quiero, hijo mío, había dicho.

¡Navarra! ¡Navarra! ¡Date prisa, toma! El cartero lanza un sobre hacia él mientras su apellido, Navarra, Navarra, ondea entre el grupo.

Ettore coge la carta y se aleja deprisa, ansioso por encontrar un lugar para leerla en la intimidad.

Fofi sale a empujones de entre la multitud y se dirige a él. Agita la carta en el aire, exultante. ¡De Sandra! La besa y se la pega a la mejilla. Vamos allí. Señala hacia un grupito unos pasos más allá, los soldados están sentados en el suelo leyendo su correo y se turnan para mirar a hurtadillas por encima del hombro de los demás.

Ve tú, le dice. Allí está Mario, señala, que está separado del grupo y sostiene una carta con expresión compungida. Mejor que vayas a ver qué le pasa, añade Ettore, y se retira a su tienda, con un temblor en las manos.

La carta que lee es una nota sencilla y afectuosa de su madre en la que dice todo lo habitual: Estamos bien. Estamos orgullosos de ti. Nino te envía saludos, etcétera. La información ha sido filtrada, despojada de todo peligro, escrita y vuelta a escribir para pasar el control de la censura. Lo que Ettore no sabrá hasta mucho después, cuando sea demasiado tarde para hacer nada excepto pasar el duelo, es que Leo, también, redacta textos que no envía. Los escribe con frenesí y sin descanso durante varios días seguidos, continuamente. Se sienta en su despacho, abre todos los cajones cerrados y los vacía de su contenido secreto. Mientras Gabriella prepara la cena, él reconstruye su antigua vida, recorre con los dedos las costuras de un pasado que ha intentado mantener intacto y benévolo. Expone las fisuras con tal de explicarle a un hijo perplejo cuál ha sido el motivo por el que no ha podido comunicarse.

Eso es lo que Gabriella intenta decirle a Ettore cuando menciona el mapa que tienen colgado en la cocina. Eso quiere decir cuando escribe: Tu

padre te echa de menos. Quiere decir que Leo no puede hacer como ella. No puede escribir esas formalidades que la oficina de correos afirma que levantan la moral. En cambio escribe todo lo que no pudo contarle nunca a su hijo mientras vivían bajo el mismo techo. Le habla del hombre que fue antes de que él naciera, antes de casarse con Gabriella, antes de que aprendiera a controlar su lengua y a reprimir su acento. Vuelca el alma en esas páginas, su caligrafía forma bucles en los momentos expansivos y se encoge durante los recuerdos que preferiría dar por muertos. Cuando termina, se planta delante de Gabriella con una pila de cartas entre sus manos temblorosas y dice: Estoy listo. A continuación las introducen en una caja que guardan para el regreso de Ettore.

*

Las plañideras se ponen sus vestidos del revés y se restriegan tierra por la cara. Se tiran de los pelos y sueltan alaridos al ocaso del sol. Caminan en círculos lentos alrededor de los cuerpos de los muertos, golpeándose el pecho mientras gritan sus nombres, su letanía es un lento canto fúnebre que amenaza con hacerlos tropezar y tirarlos al suelo. Cuando pasan al lado de las siluetas cubiertas con mantas, Hirut se fuerza a escuchar, temiendo el nombre que surgirá de sus gargantas y sacará a la luz a Beniam, que la señalará con un dedo acusador. Trabajarán hasta haberlos llorado a todos. Repetirán sus nombres, recitarán bendiciones y maldecirán al enemigo que los abatió. Caminarán tantas veces alrededor de los cadáveres que un sutil sendero florecerá en la hierba. Y cuando terminen, esos hombres aún vivos y capaces de moverse, darán sepultura a los cuerpos. Los dejarán en tumbas tan mal marcadas que será como si se hubieran esfumado. Descansarán en aldeas abandonadas y cerca de iglesias destruidas, un nuevo conjunto de habitantes perdidos que deambularán sobre terreno envenenado.

Hirut baja la mirada a la cesta de remedios que lleva en la mano. Hay innumerables maneras de poner a los vivos al servicio de los moribundos y los muertos, de correr un velo sobre la fragilidad de cada esfuerzo. Es fácil protegernos, piensa mientras observa a las mujeres que continúan rezando, de un hecho que siempre ha sido así: que los muertos son más fuertes. Que no conocen barreras físicas. Residen en los rincones de todos los recuerdos y resurgen, una y otra vez, para enfrentarse a todo nuestro empeño por dejarlos atrás y descansar. ¿Cómo si no se explican los tirones en los

tobillos, las manos que se le agarran y siguen insistiendo en que se agache y lo mire a los ojos?

A su espalda oye que Aster pide más vendas, el dolor y el malestar son evidentes en su voz. Están los murmullos de las mujeres que preparan comida con escasos víveres. Se imagina que oye los pasos firmes de Aklilu y Seifu mientras supervisan el control de la zona. Hirut arquea la espalda, dolorida, y se fija en el cielo, por si oye un rumor alarmante, por si oye la voz de un chico repetir su nombre una y otra vez. Hay filas de hombres y mujeres heridos que esperan a que vuelva con las medicinas. Hay vendas que colocar, heridas que curar y plantas que buscar y guardar. No ha habido descanso desde que huyeron de los aviones la víspera.

Se ha estado moviendo a un paso que la marea, apenas ha probado bocado, su cuerpo amenaza con desfallecer en los momentos de quietud. Ha aplicado hojas trituradas y miel a casi todo tipo de heridas y ha esperado en silencio a que funcionaran. Ha puesto compresas de cúrcuma y ceniza en llagas abiertas y ha sujetado manos trémulas hasta que el dolor ha disminuido. Se ha encontrado corriendo entre caídos, sin distinguir las quemaduras de las llagas, rodeada de súplicas que se fusionan hasta que cualquier incremento de tiempo, por ínfimo que sea, la hace estallar con su propia impotencia.

Ha trabajado con una minuciosidad que han confundido con devoción, repitiendo el mismo ritual en cada paciente. Ha permitido que las miradas de aprobación se transformen en susurros de agradecimiento, y cuando se han convertido en elogios formulados por las otras mujeres, Hirut se ha limitado a asentir y a continuar con sus tareas, esperando que esa fuera la penitencia adecuada, temiendo que ninguna herida pueda ser tan poderosa como para borrar de su mente el joven rostro de Beniam.

Interludio

Cada día desde que se fue de Dese y llegó a Mai Ceu, el emperador Haile Selassie ha abandonado su Biblia y sus oraciones para escuchar *Aida*. Ha cogido cada canción, la ha puesto tres veces y ha vuelto a empezar, dando vueltas a la manivela hasta que le dolían el brazo y las lumbares de estar inclinado sobre la boca de la bocina. Cada mañana se ha levantado en esta cueva que es su cuartel temporal para escuchar las voces metálicas y extraordinarias y descifrar las pistas que se hinchan como globos tras las notas exaltadas. Que ningún egipcio auténtico suene así es otro pequeño detalle que el emperador ha tenido que pasar por alto con tal de descubrir qué es lo que Aida ha logrado mantener oculto.

Ahora Haile Selassie baja la aguja hasta el disco de setenta y ocho revoluciones por minuto y espera a que entren las notas de apertura. No es lo mejor que puede hacer mientras su ejército se prepara para la ofensiva en Mai Ceu. Hay mensajes que transmitir y tropas a las que pasar revista antes del alba. Hay suministros de artillería y morteros que distribuir. Debe reunir a la reserva, dirigirse a las montañas y ordenarles que aguarden hasta que sus hombres necesiten refuerzos. Debe donar más dinero a la gente de esta región, debe convencer a todo aquel que no esté seguro de que él es el auténtico rey. Mira el calendario y después baja la vista a los informes. Aún hay mucho por hacer. Sin embargo, aquí está, inclinándose para escuchar los primeros sonidos orquestales de *Aida*.

Se saltará las oraciones de la tarde para escucharla antes de que lleguen sus consejeros y quieran discutir los planes del día siguiente. Ya que hasta esta mañana, cuando le han llegado los partes confirmados de la intoxicación y la masacre de las tropas de Kidane, no ha logrado aceptar la verdadera traición de Aida: la princesa etíope no conocía los deberes de un corazón dividido. No llegaba a entender la carga intrínseca de la sangre real. Es una traición imperdonable. Su inocencia atormentada detiene a Haile Selassie: es como si ella hubiera olvidado la ira y la venganza, como si no conociera otra emoción más que la devoción infantil y mezquina por un hombre que esclaviza y mata a su propio pueblo.

Y cuando llega la noticia de las trágicas pérdidas sufridas por Kidane cerca de Debark, Haile Selassie piensa en la Ofensiva de Navidad y los ataques estratégicos de Ayalew e Imru a las fuerzas de Criniti en el paso de Dembeguina. Se acuerda de las unidades de Kassa, Seyoum y Mulugeta que hicieron retroceder a los italianos hasta Aksum. Considera la humillación que dejó al enemigo moralmente destrozado. Piensa en Desta reuniendo a sus tropas para continuar resistiendo el avance enemigo en el frente del sur. Y allí, frente al vinilo, el emperador nota cómo crece su determinación: no se esperan una ofensiva, por tanto es lo que hará. Los han acostumbrado a mentiras a las que han puesto música, de modo que los atacará con los gritos de batalla de su ejército. Se imaginan este país lleno de Aidas y reyes desesperados dispuestos a abandonar a su pueblo en manos del enemigo. Y él les demostrará que esta es una nación llena de soldados y líderes que combaten en lugar de retirarse, que morirán con las botas puestas antes que rendirse para salvar sus vidas.

Con un arrebato de júbilo tal que se estremece, Haile Selassie levanta la aguja y retira el vinilo del plato giratorio. Aparta el gramófono, lo sujeta con ambas manos y lo contempla: el lustroso disco negro, los surcos iguales y nítidos, la etiqueta descolorida donde pone *Aida* y luego *Teatro alla Scala* en grandes letras mayúsculas. Entonces lo lanza. Impacta suavemente contra la pared de la cueva y no se rompe. Se asombra de la fuerza obstinada, y lentamente recupera el ánimo. Se alisa el uniforme con la mano, recoge el disco y lo guarda en su funda. Lo coloca junto a la Biblia y la abre por el versículo de Isaías que ha leído a diario desde el comienzo de esta guerra: *Ay de la tierra de zumbido de alas, que está más allá de los ríos de Etiopía.* Acto seguido inclina la cabeza para rezar, clamar venganza y la furia poderosa de mil ejércitos.

*

Llama a sus sacerdotes. Levanta la cabeza de las oraciones lo imprescindible para responder preguntas, dar órdenes y actualizar mapas e informes. Echa a sus consejeros y desoye sus peticiones urgentes, Su Majestad, ataque ahora, es el único momento. Escribe cartas a su esposa y envía mensajes a sus hijos. Descarta las pruebas de fortificaciones italianas. Confirma estrategias y selecciona a sus comandantes para las columnas de ataque. Ordena los preparativos para un banquete que conmemore la fiesta

de Saint Giorgis. Siente el poder sagrado de lo divino. Se va a dormir de noche experimentando una fe profunda y sólida. Sueña con el rey David, y la cabeza de Goliat, y esa sola piedra que lanzó con la honda.

La víspera de Saint Giorgis por la noche, Haile Selassie se levanta de su escritorio. Se pone los zapatos. Se alisa el cuello de la camisa y se ajusta el cinturón. Le da cuerda al gramófono, sube el volumen y permanece atento. Escucha a Aida: *O patria mia*, *O patria mia*. Oye los gritos guturales de un millón de soldados guiados por su padre, Amonasro, que irrumpen en el palacio para llevarla de vuelta a su hogar. Oye el viento que azota las palmeras y la rendición de una garganta que no puede más. Oye a cien hombres armados acometer contra un ruido ensordecedor. Oye los nombres de sus amadas ciudades: Adua. Aksum. Mekele. Gondar. Harar. Dese. Adís Abeba. Forman fila como soldados obedientes y apuntan hacia él mientras gritan su nombre. Haile Selassie cierra los ojos.

Ora basta. *Ora basta*. El emperador se pone en jarras y separa los pies. Se repite las palabras de Mussolini, primero en italiano, después en francés, en inglés y en amárico. *Ora basta*. Basta. *Yibeqal*. Ya está. Es suficiente. El significado no cambia. Haile Selassie escucha: Un auténtico líder no es una piedra que permanece inmóvil en una marea cambiante. Un rey de verdad no se esconde en sí mismo como una bestia en la noche. Esta no será una guerra entre dos fuerzas inamovibles. Esta será una competición entre la fuerza divina y la avaricia despiadada.

Ad atti di guerra risponderemo con atti di guerra! ¡A los actos de guerra responderemos con actos de guerra! *Yetorin dirgitoch betornet dirgitoch inmelissalen!*

En la tenue luz de las velas que parpadea en la cueva, el emperador mira su sombra. Gira frente a esa silueta ondulante y saca la mandíbula. Baja el mentón. Cruza los brazos en el pecho y mueve la cabeza de lado a lado. Frunce el entrecejo y cambia el peso de un pie a otro. Es movimiento constante. Es energía que se despliega. Es agresión con forma humana. Practica a oscuras lo que debe ser pronunciado a la luz del día: Ahora empieza. Lo dice una y otra vez, con los brazos cruzados, sin cruzar; con los pies separados, juntos; con el pecho hinchado, con la espalda recta; tensando la mandíbula. Ahora empieza.

Hay juramentos que mantienen unido este mundo, promesas ineludibles e inquebrantables. Está el vínculo entre un gobernante y su pueblo, entre el pueblo y la tierra, entre la tierra y el sol, entre el sol y el campesino. Está ese acuerdo tácito que lleva el río hasta el árbol, el árbol a su cielo, el cielo al ave que alza el vuelo con rumbo a nuevas tierras y nuevos reyes. Y sin embargo ese pájaro: sortea las nubes de humo mientras desde lo alto de un cerro un niño contempla los estragos causados por el hombre. Porque todo está al descubierto: las ciudades reducidas a cenizas y las montañas en llamas, las casas en ruinas y las iglesias arrasadas, los campos calcinados, los ríos revueltos, la tierra envenenada y los árboles caídos, las bombas que estallaron y los hombres asfixiados, los cuerpos fragmentados, y esas columnas uniformadas que avanzan por entre los valles, numerosas e innumerables, con fusiles humeantes, bayonetas en ristre y voces entusiastas: *Giovinezza, Avanti, O patria mia*. Entre la agitación y los escombros, el emperador carga una vez y otra y vuelve a cargar, y sus soldados se levantan, caen y vuelven a ponerse en pie, y las lluvias tóxicas siguen regando una tierra en ebullición y dado que hay juramentos, promesas y acuerdos a los que no se puede faltar, los hombres de Haile Selassie siguen luchando a medida que transcurren las horas y un sol empapado en sangre se guarece despacio en el refugio del horizonte y, pese a todo, el emperador y su ejército continúan un conflicto que desafía a la muerte, hasta que por fin llega la orden: Retirada. Retirada.

En el bochorno del sol de la tarde, Worku corre. Los pies se mueven como si fueran alas, el corazón es un dolor hinchado que le crece dentro del pecho. En alguna parte bajo la mancha azul del cielo, la tierra palpita con el eco rítmico de una locomotora que aleja al emperador de su pueblo. ¿Qué será lo primero que cuente Worku? ¿Hablará de los soldados llorosos que forman fila ante su emperador, tiesos como el filo de un cuchillo? ¿O de los solemnes nietos reales que arrastran sus maletitas y esperan obedientes las órdenes de la niñera? Quizá lo primero que mencione sean los pasos del emperador, medidos y lentos, quizá describirá el modo en que recortaron la distancia que separaba el automóvil real del tren, hablará de cómo rechinó la arena bajo sus pesados zapatos. El emperador se ha marchado. Jan Hoy se ha ido. Teferi Mekonnen se ha montado en un tren para salir de su país. Quizá sea eso lo que diga en primer lugar, respirando con pulmones ardientes, hablando por encima de los susurros de unos ángeles alicaídos: Nuestro más ilustre guerrero ha abandonado a su pueblo tras la derrota de Mai Ceu y la masacre devastadora del lago Ashenge. Se ha ido. Nos ha abandonado.

Libro segundo

RESISTENCIA

Hirut y Aklilu son dos siluetas esbeltas recortadas en la luz gris que charlan con la familiaridad de los viejos amigos. Kidane distingue el deje cantarín de la voz de Hirut que se filtra en la noche y la réplica suave de Aklilu. Sacuden las hojas y la tierra de las mantas, que recolocan con delicadeza sobre los heridos. Vuelven a enrollar un *shamma* y lo ahuecan a modo de cojín para una mujer. Echan un ojo al vendaje de otra. Pasan revista a toda la fila sin interrumpir la charla. No hay tensión en su cadencia, ni nerviosismo en sus gestos, ni rastro del miedo que Hirut exhibe cuando él está cerca. Y aunque ha asumido que Aklilu mantenía una actitud honesta y agradable con él, ahora comprende que el hombre lo ha tratado siempre con cierta reserva, respetuosa pero distante, que entre ellos nunca ha existido verdadera cercanía.

Antes de que Kidane se viera abocado a las lealtades de la guerra, sus amigos y él se querían como hermanos. Esos hombres lo entendían sin necesidad de explicaciones. Eran compañeros de infancia conscientes de lo que significaba verse atrapado entre las obligaciones y las expectativas, y que asumían su papel replegándose cada vez más en sus círculos familiares y aprovechando el privilegio, pues todo ascendía a un precio tan elevado como invisible. Aklilu e Hirut no pueden ni hacerse una idea. Son gente corriente, meros campesinos. No poseen nada preciado salvo lo que tienen delante de sus narices: comida, agua y supervivencia básica, y por eso no pueden imaginarse que los observa desde detrás del árbol donde, hace un instante, Worku le ha entregado el mensaje: *El discurso del emperador en la Sociedad de las Naciones no ha frenado a los italianos. La Sociedad ha incumplido sus promesas. Nos han abandonado para que continuemos esta guerra por nuestra cuenta. Mussolini ha declarado la victoria, pero no ha habido capitulación formal y Etiopía no se rendirá. No esperéis a Gran Bretaña ni a Francia, no esperéis a la Sociedad. Etiopía sigue siendo nuestra, Kidane. Luchad.*

Siente un pinchazo en el pecho. Le cuesta mantenerse recto. Todo él querría acurrucarse en la grieta inmensa que ha abierto esta nueva devastación: el emperador ha abandonado a su pueblo; se ha marchado a Inglaterra y los ha dejado que combatan o se rindan a su suerte. Y le ordena mantener un campamento fijo en las montañas de Debark. Su deber es ayudar a proteger este territorio mientras el emperador consigue armas, apoyo extranjero y da con un modo de desbancar a los italianos. Impedir que Carlo Fucelli se afiance en esa zona que ya afirman tener bajo control.

Lucha y persevera. Ten fe y prepárate para la batalla.

Esa es la orden que ha dejado Haile Selassie y esto es lo que encierra: la asunción de una obediencia y una lealtad a todo trance. Kidane observa a Hirut, que sonríe por algo que ha dicho Aklilu. Todavía se encuentra en esa curva temprana en el camino de convertirse en mujer. Aún está intacta, aún es maleable, apenas un poco mayor de lo que era Aster cuando se casó con ella. Por primera vez, ve la orden del emperador como lo que realmente es: el mandato de un hombre que tiene un hijo a otro que no lo tiene. Las instrucciones apresuradas de un hombre con un lugar donde ir a otro que lo ha dejado todo atrás. Una serie de directrices dictadas en las salas enormes y resonantes de algún edificio europeo por un hombre que sigue reivindicando sus privilegios y que dirige a otro que ni siquiera tiene descendencia. Y Kidane comprende que así es como comienza la desaparición: con una orden de avanzar hacia el peligro para después continuar hacia el olvido.

Coro

Volved. Abrid la puerta del dormitorio y enviad a la joven Aster al piso de abajo. Levantad al novio y sacadlo de la cama. Frotad la sábana para limpiar la sangre de la novia. Estiradla y alisad las arrugas. Recoged ese collar y devolvédselo a la muchacha que baja rauda hacia su madre. Arreglad lo que se ha roto en su interior, cosedlo para cerrarlo de nuevo. Engalanad al novio con su traje de bodas. Que no se haga la luz. Que sólo penetren las sombras en este reino creado por el hombre. Miradlo a solas en la habitación. Miradlo descargado de la atenta mirada paterna. Miradlo sustraerse al influjo de los mayores y de todos aquellos que aleccionan a los muchachos contra los peligros de la fragilidad. Ahí está Kidane, liberándose de esas ataduras invisibles. Ahí está, regalándose la libertad de temblar. Todos los consejos han desaparecido y él ya no es ese novio instruido para rasgar carne, para derramar sangre y arrancarle aullidos primitivos de la garganta de una niña.

Observad a este hombre en el instante preciso antes de tomar a su esposa. Observadlo enfrentarse a los primeros brotes de una emoción por explotar. Dejad que los minutos se alarguen. Retirad las expectativas de un padre. Anulad las advertencias de erguirse y ser fuerte. Eliminad el derecho de nacimiento, el privilegio de la nobleza, el peso de los ancestros y de la sangre. Borrad el nombre de su padre, el del padre de su abuelo, y el de la ristra de varones que los precedieron. Dejadlo plantarse en el centro de esa habitación vacía con su túnica y sus pantalones de bodas, con su capa esplendorosa y su anillo de oro, y después, borrad también su nombre. Reducid a este hombre a la nada y ved qué emerge por voluntad propia, sin el estigma del miedo o del deber.

*

Cuando Hirut y Aklilu regresan a la hoguera, se detienen, sorprendidos por la escena de euforia que se despliega ante sus ojos. Los hombres y las mujeres han formado un gran corro y bailan cerca del campamento de ellas,

en una celebración espontánea después de que Kidane haya anunciado que lucharán contra los italianos desde allí. No se desplazarán a otro territorio. Combatirán en terreno conocido. Las mujeres brincan, sus siluetas se recortan en el claro de luna, iluminadas por la hoguera centelleante. Hirut se lleva una mano al pecho, abrumada por ese placer inesperado, y el dolor de cabeza se esfuma. Aklilu le sonríe y la arrastra hacia el corro. Se coloca frente a ella, pone los brazos en jarras y asiente cuando del *masinqo* de Minim empieza a brotar una dulce melodía que va cogiendo ritmo. Se inclina hacia ella y, por un instante, Hirut se queda sin aliento, cautivada por su agilidad y su sonrisa radiante. El joven sacude los hombros, el primer movimiento de un experto bailarín *eskesta*, y le dice con la mirada que lo siga. Hirut da un paso al frente, acerca su pecho al de él, y se suelta, deja que los hombros se muevan libres, que se agiten como si no existiera el peso de los huesos y de la sangre. Bailan, saltan cada vez más alto y sus cuerpos vibran, alentados por la oleada de gritos y ovaciones. Minim inclina la cabeza ante Hirut y canta al gran guerrero Aklilu y a la mujer que conquistó su corazón, y de cómo avanzaron juntos para luchar por la madre Etiopía.

Un arranque de aullidos se eleva con la voz del cantante, que se quiebra por la emoción, con un timbre agudo y dulce. Hirut pestañea para contener las lágrimas y distinguir a las personas que se han congregado a su alrededor y los animan a continuar. La felicidad era esto, piensa, esto significaba ser libre. Mientras bailan, ella marca el ritmo y él la velocidad, e Hirut siente que se le humedecen los ojos, y le da igual que las lágrimas le resbalen por la mejilla cuando empieza a cantar y él lo advierte, le sonríe con dulzura y se le arrima aún más. Brinca, su corazón palpita errático, sus piernas se mantienen firmes y fuertes. Sólo una vez busca a Aster, sin encontrarla, y entonces se pierde dentro del grupo, bailando, animando y cantando bajo el espeso rayo de luz que se filtra entre los árboles. Aquí es donde se ha instalado toda la luz del mundo, piensa. Aquí estaba mientras ella bregaba sumida en las tinieblas.

Aklilu echa la cabeza hacia atrás y ríe, apunta con el mentón hacia Seifu, para invitarlo al centro, salta tan alto ante él que los demás se detienen, boquiabiertos, y empiezan a gritar. Hirut retrocede un paso para hacerle hueco a Seifu, y juntos observan a Aklilu. Se eleva, menea los hombros con la velocidad pasmosa de los mejores bailarines, es un cuerpo que desafía su propia construcción. Seifu jalea, entusiasmado con el

espectáculo deslumbrante, y la alegría le cambia el semblante y revela su hermosa sonrisa. Agita el arma y levanta los brazos y Tariku, su hijo, acude como una flecha junto a su padre. Marta, la madre de Tariku, se les acerca y se pone a bailar. Son reflejos unos de los otros, el hijo una versión más joven de los padres. Seifu corta el aire con el cuchillo y Tariku lo imita inclinando el filo para reflejar la luz de la luna. La muchedumbre brama, los *azmari* entonan una nueva estrofa que habla de dos leones gemelos que recorren los pastos en busca de italianos. Hirut entrelaza las manos a la altura del pecho y deja que brote la risa. Vuelve a entregarse a la danza, atraída hacia el centro de la música y el movimiento, y el corazón le late desbocado. Todos se abandonan al baile, encuentran la manera de combinar las habilidades asombrosas de un cuerpo en un ritmo fluido e ininterrumpido.

Coro

VOZ I:

Pero sentirás una presencia al acecho incluso cuando te acuestes al final del día. Por eso te envolverás en la manta y te agarrarás las manos con fuerza mientras intentas conciliar el sueño. Rezarás mil oraciones y las contarás, una por una. Harás como que no lo oyes cuando se acerque. Cerrarás los ojos y apretarás los labios cuando se acuclille. Te agarrotarás cuando te coja del hombro y te levante de un tirón. No responderás a tu nombre. En cambio, levantarás la vista y dirás: Por favor. No soy una esclava. Soy la hija de Getey. Soy la hija de Fasil. Y, dado que no crees que lo haya oído la primera vez, volverás a decir: Por favor. Y lo repetirás hasta que la palabra se convierta en una muralla que levantas alrededor de ti misma mientras te sacan de la cama y te arrastran a la noche más negra de tu vida.

VOZ II:

Sé cómo lo hará. Sé qué palabras dirá. Sé por qué Hirut cerrará los ojos cuando se asome a ese sumidero aterrador. Ella se imaginará que es capaz de olvidar lo que no ve, que todo desaparece cuando la luz del día atraviesa la noche. Hirut. Sé que oirá su nombre pero no responderá. Ella también se agachará y buscará amparo en sus propios brazos y maldecirá los poderes que la entregaron a este destino. Apretará la espalda contra un muro y seguirá oyendo la voz que le aporrea el pecho. Él le pedirá que pronuncie su nombre. Él, un hijo predilecto de Etiopía. Ella, apenas más que un espacio para que él lo llene. Él le ordenará que lo abrace y finja emociones que no siente. Él olvidará que lo que está creando arderá para siempre: un odio tan puro como el agua, flexible y veloz, suficientemente pequeño como para caber en los resquicios más estrechos de una vida menguante.

VOZ III:

Oh, hija bendita, tú que giras en círculos lentos. Tú que extiendes los brazos, elevas el rostro y sigues el vaivén vertiginoso de la Tierra. ¿Cuánto tiempo aguantarás el ritmo de este ímpetu? ¿Cuánto tiempo tardarás en ver que no hay otro lugar al que ir? No hay otra escapatoria que la que emprendas tú misma. No atiendas a las otras voces: Que así sea, te susurrarán. ¿Quién eres tú para resistirte?, preguntarán. Él es nuestro líder. Déjanos dormir. Deja a Aster en esta noche maldita. Deja que tropiece en los senderos estrechos de su creación, que maldiga el nombre de su marido. Hija, tú que te crees indefensa y sola en tu congoja, levántate en el campo y lucha. Deja de implorar piedad.

Coro

Conviértete en la soldado que naciste para ser. En pie, Hirut.

Kidane está perfilado en la misma luz severa que baña el sendero pedregoso que discurre entre ambos.

Alarga el brazo en la dirección de Hirut y hace una seña con la cabeza. Ese es el movimiento que inicia el robo. Es el gesto que sella la noche. La mano que se extiende hacia delante también viola un orden natural. Por eso ella se sobrecoge: acaba de atisbar qué acecha en el preludio de la oscuridad.

Hirut, ven. Kidane se convierte en una figura amenazante, una pesadilla brumosa que se materializa.

Hirut cierra los ojos y se abraza las rodillas. Se agarra fuerte y espera, es un cuerpo tembloroso que finge dormir mientras oye que un hombre la llama.

Hirut. Él se ha situado en un nivel entre el silencio y el susurro, ha elegido un tono que reduce la distancia que los separa.

Hirut mira la boca del bosque. Quedan horas por delante en esta noche, muchos caminos sin iluminar que sólo abocan a una oscuridad aún mayor.

Vámonos, pequeña.

Algo la inclina a obedecer como si hubiese nacido únicamente para servir.

No podré contar esta guerra, añade. Voy a morir. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Un silencio largo y elocuente se extiende entre ellos, un terreno vasto que se abre y en el que ella se hunde, incapaz de refrenar el ímpetu que la arrastra hacia abajo.

No lo entiendes, pero ya lo verás, pequeña. Levántate.

Cuando vuelve a pronunciar su nombre, este le llega como un aliento pastoso y tibio en la mejilla. Como una obscenidad nueva que le repta por la piel. Cuando le busca los brazos, ella se asoma al pozo oscuro de sus ojos. Tarda un minuto, o dos, o tres, en darse cuenta de que se encuentran cara a cara en una intimidad que la repele, pero: un cuerpo capaz de morir en la guerra es también capaz de herir; y cuanto conoce del cuerpo son sus lugares delicados, esas zonas incapaces de protegerse por completo; y de las muchas cosas que Dawit le ha enseñado, esta es la lección más importante que saca en claro: que también los hombres pueden sangrar de muchos modos. Así que cuando Hirut embiste a Kidane de un cabezazo, sólo está probando una teoría, temerosa e insegura de lo que hace.

Wujigra, murmura.

Y cuando él pestañea, sorprendido, pero no se mueve, arremete otra vez con la potencia de la piedra que sale disparada de la honda. Golpea el cráneo de Kidane con tanta fuerza, con semejante celeridad y precisión, que en sus oídos estalla el dolor del impacto amortiguado. El choque le envía unos fogonazos detrás de los ojos que la ciegan momentáneamente, y se tambalea aturdida mientras él se aferra a ella para estabilizarse. Entonces, con una heroicidad nueva pero aún asustada, Hirut se recompone, lo aparta de un empujón y echa a correr.

Que no hubiera sonido es un detalle que sólo recordará a posteriori. En lo que sí repara es en que la noche la envuelve como si fuera un escudo. Ella corre cada vez más rápido, el pecho se le llena de aire y la oscuridad también se aparta a un lado para permitirle marchar sin trabas. Hirut distingue una lucecilla en el horizonte, escondida entre los árboles, y piensa: hoguera, esperanza, refugio. Piensa: seguridad. Cree que lo conseguirá porque ha dejado la servidumbre atrás y ha hecho de sí misma un arma, es una bala liberada en busca de su sangriento descanso. Pero él la atrapa por las piernas y la tira al suelo. Y la tumba de espaldas y se le coloca encima e, incluso en ese momento, Hirut no alcanza a comprender lo que está ocurriendo. No entiende por qué no continúa avanzando hacia el refugio. Cuando Kidane crece y empuja con la entrepierna el espacio que dejan sus muslos mientras ella se revuelve. Hirut no deja de rebuscar esa luz entre los montes.

Y antes de que alcance a comprender lo que pasa, Kidane le agarra las manos, se las sujeta por encima de la cabeza y le promete: Para, no te muevas, no voy a hacerte daño.

Forman un bulto en movimiento envuelto en una luz mortecina, algo grotesco y familiar a un tiempo, repugnante por la angustia aturdida de una niña.

Para matar a una cabra hay que dejarla inconsciente, le dijo una vez la cocinera. Le pones la mano en el morro y golpeas justo entre los ojos. Sujétala por el pescuezo y oblígala a arrodillarse, no le quedará más remedio que obedecer.

Hirut patalea, empuja y muerde hasta que consigue ponerse de pie. Está tan pendiente de encontrar a su madre y a la cocinera que no nota las manos que la arrojan de espaldas al suelo. Piensa, en cambio, que ese vuelo repentino es una ascensión milagrosa. Se imagina la separación entre sus pies y la tierra como la prueba de un miedo más cerval. Y mientras se alza

en el aire, sostenida por la mano de un hombre sin piedad, piensa en los hombres que se convierten en hienas, en ángeles disfrazados de hombres, en Kidus Giorgis y en su espada aniquiladora de dragones, y en el caballo del santo que se encabrita para vencer al mal. Incluso cuando el suelo se precipita para estrellarse con su espalda y el rostro de Kidane planea sobre el suyo, Hirut no deja de imaginarse el vuelo. Pronto, tendrá que reconocer lo que está pasando, pero, por el momento, su cabeza le concede una pequeña tregua: la devuelve a la cueva donde se encuentra Dawit, con la pierna curada, sin vendajes, respirando con normalidad. Le extiende su Wujigra y le indica con gestos que lo recupere. En un rincón, Beniam extiende las manos para ofrecerle un abrazo cálido. Oh, valiente soldado, la alientan más allá del zumbido de sus oídos, más allá del mullido silencio bendito: Sal ahí y dispara, haznos estar orgullosos.

Aster grita a la noche, una voz cortada por el odio y la agonía.

Hirut regresa a su ser: la carne tersa, los huesos esbeltos, las grietas delicadas y, de pronto, no es más que una niña que se pelea contra el olvido. Pronuncia el nombre de su madre, Getey, Getey, mientras él empieza a restregarse contra su cuerpo.

Yo intenté ayudar a Getey, murmura Kidane. Si pudo casarse con Fasil fue gracias a mí. Yo le conseguí la choza donde vivíais. No permitiré que nadie la coja. Será tuya cuando volvamos. Deja de forcejear, por favor.

Acuérdate de esto el día de tu muerte. Recuérdalo y sabrás por qué te maté, dice Hirut.

Si Hirut es capaz de expresarse con semejante crudeza es porque una parte de ella aún permanece intacta. Si habla tan alto como para que la oiga todo el campamento es porque aún no la han roto a la fuerza. Porque aún está completa, aún confía en los milagros y eso no deja espacio para seguir el recorrido de las manos de él. Se adormece bajo la presión de la pelvis mientras maldice el aire que él respira. Se vuelve sorda a sus jadeos entrecortados. No oye cómo Aster lanza el nombre de su esposo con un abandono total y absoluto. Como tampoco puede imaginar que Aklilu está en el llano que hay encima de ellos, tieso de furia. Sí siente, en cambio, la pausa de Kidane y, durante ese instante fugaz, cree en el poder de su odio.

Entonces Kidane le separa las piernas con las rodillas y ella ve cómo su propio espíritu sale de su cuerpo mancillado y se aleja.

*

Un mirlo se abre paso entre los pliegues de la oscuridad y alza el vuelo hacia el sol. La cadencia suave de las voces de las mujeres resuena desde lo alto del cerro. El aroma del *injera* fresco flota sobre su cabeza y, en la tierra apelmazada a sus pies, un ratón se aleja correteando de la silueta agarrotada tendida sobre su camino. Hirut pestañea, sin saber del todo dónde está ni cómo ha llegado hasta allí. Un soplo ligero le cubre la cara de polvo cuando se incorpora e intenta mover las piernas. Son de plomo, unos objetos extraños clavados al suelo. Prueba otra vez, sin éxito, y vuelve a intentarlo. Mira hacia el suelo. No hay nada que le impida ponerse de pie e irse. No existe razón por la que no pueda levantarse.

Deja que te ayude. Aklilu aparece por un lateral, sostiene una manta y su Wujigra. He ido a buscártelo. Deposita los objetos a su lado y se pone de rodillas, sus ojos desbordan preocupación.

Ella vuelve la cabeza. Estoy bien.

He dejado algo de comida en ese árbol de ahí. La mira a los ojos sin incomodidad y sin juicio. No pienso irme hasta que no te hayas levantado.

Hirut ha de morderse el labio. Moverse implicará enturbiar su tranquilidad y arrojarla a la vergüenza. Ceder a la vergüenza implicará lágrimas y, si empieza a llorar, no podrá parar.

Estoy bien, repite.

Él menea la cabeza. Te ayudo a levantarte. Nos marchamos de aquí después de comer. Y mira, por fin tienes tu fusil. Aklilu la mira. No hay otra opción. Aster está esperándote. Tienes que ser fuerte.

¿Te ha enviado ella?

No me ha enviado nadie. Le sostiene la mirada. Quería estar aquí cuando te despertaras.

La bruma matutina se arrastra a ras del horizonte. Una racha de aire frío emerge de las montañas y desciende por la ladera hasta encontrarse con los árboles cimbreantes. Lo que ha cambiado es lo que está aquí, esta muchacha que no puede flexionar las piernas y moverlas. Detrás de Aklilu, un pájaro gris salta y picotea por el suelo.

No puedo moverme, confiesa por fin, asustada. Lo ha dado todo por sentado, piensa. Hubo un momento en que sencillamente bastaba con querer entrar en un cuarto, subir un monte o cruzar un río para conseguirlo. Hubo un tiempo en que creyó ser dueña de sí misma.

Aklilu la envuelve en la manta y le pasa los brazos bajo las axilas.

Hirut siente que la ponen derecha. Se tambalea sobre unas piernas

endebles, entrecierra los ojos al cielo del amanecer y se traga las lágrimas que se le anudan en el centro del pecho. Aklilu le entrega el fusil, ella lo coge y recorre las líneas familiares grabadas por su padre.

¿Puedes caminar?

Hirut asiente, torpe y aturdida por la pérdida reciente.

Él le enrolla el borde de la manta alrededor de la muñeca y la acompaña hasta el árbol, donde espera una *agelgil* repleta de comida.

Hirut lo sigue arrastrando de los pies, mirándole la mano, agradecida por el tejido que le protege la piel del contacto humano. Todavía no puede pensar en ese gesto. Sólo es consciente de la compasión. No se pregunta por qué Aklilu sabe volverle la espalda y dejarla a su aire mientras le prepara un bocado de *injera*. Ni cómo puede ser que espere a que se trague sus sollozos para darse la vuelta. Él le acerca la comida a la boca como en un *gursha*, como si estuvieran en una celebración y su servicio fuera un acto de afecto y no de piedad. Ella engulle por instinto, guiada por las instrucciones de Aklilu que le dice que mastique bien, que no piense más en ello, que necesita estar fuerte, que tiene que ser valiente, que él la ayudará, que cuidará de ella, y que coma, un trocito más, termínate este y ya está. Le da la comida como si fuera un anfitrión que le insiste a su invitada para que coma un poco más porque su presencia le honra, y porque la quiere.

Kidane lee el mensaje de Ferres: Carlo Fucelli va a construir una cárcel en el desfiladero de Debark, pero no para encerrar prisioneros y mantenerlos con vida, sino para emular los mortíferos campos de prisioneros de guerra que supervisó en Libia, acércate más a él, no dejes que empiece, destruye todo lo que haga, la verdadera guerra acaba de comenzar. Kidane intenta centrarse pero tiene las manos y las muñecas llenas de mordiscos. Le escuece el cuello de todos los arañazos que le suben hasta el pequeño moratón en el centro de la frente. Mientras se guarda la nota en el bolsillo sólo puede pensar en que no debería haber sucedido así. Se frota los ojos, cansado, y retira rápidamente las manos. Tiene el aroma de ella impregnado en la piel y le llega a la nariz cada vez que se mueve. Le asalta. No ha podido comer sin ese reflujo acre en la boca. Esa mañana, cada bocado de *dabo* apesta a madera vieja y a mantequilla rancia, a miedo y a juventud.

Aklilu espera en silencio fuera de su tienda para recibir las instrucciones del día. El resto de sus hombres está recogiendo sus pertenencias y cargando el avituallamiento en los burros. Trajinan sin su algazara habitual. No ha venido nadie del campo de las mujeres a distribuir el resto de las raciones diarias. Aster no ha hecho su entrada cotidiana para preguntar por las novedades y los planes. Un manto tupido cubre su campamento y el malestar se añade como una capa más al calor abrasador.

¿Vuelvo más tarde, *dejazmach*?

Pese a la educación, en la voz de Aklilu resuena cierta tirantez. Kidane lo conoce lo bastante bien como para saber que esta mañana todavía no se ha bebido el café ni se ha tomado su porción de pan. Esperará a que los víveres estén ordenados y sus hombres hayan desayunado antes de permitirse probar bocado.

Quédate aquí. Kidane ha de hablar de tal forma que no le sangre la herida de la comisura de los labios. Necesito dos hombres para vigilar. Tráemelos. Explica a las tropas que nos instalaremos un poco más arriba, la marcha no será tan larga. Diles a los guardias que aseguren el sendero.

Seifu ya ha enviado a Tariku a explorar, responde Aklilu. Se le da bien la vigilancia.

Tráeme a Tariku y a alguien más. Es una orden. Vuelve a leer el mensaje de Ferres.

Nadie ha descubierto que Ferres es una mujer de una belleza deslumbrante llamada Fifi que se hacía llamar Faven. Ni siquiera los mejores espías del emperador han conseguido averiguar dónde se ubica. Sus

mensajes llegan de casi todos los rincones del país, en manos de mensajeros organizados por su hermano, Biruk, un tejedor ciego que viaja de *mercato* en *mercato* vendiendo su mercancía. Según los rumores, ni el propio Biruk ha llegado a oír la voz del escurridizo Ferres. Sostienen que el tejedor simplemente pone los mensajes por escrito y que ejecuta con precisión cada carácter del alfabeto *fidäl* con una caligrafía apretada y pulcra. Insinúan que Ferres es un italiano, un oficial de sangre aristocrática que siente una empatía profunda por Etiopía. No se imaginan que Ferres es una mujer que presta servicios especiales a los italianos más ricos a cambio de un precio desorbitado. Nadie sabrá nunca que, en otra época, antes de ser Ferres, Fifi también consoló y dio pequeñas alegrías a Kidane en la intimidad.

Kidane se sacude el bajo de la túnica y de los pantalones. Está cubierto de polvo y tiene el pelo revuelto, apelmazado alrededor de la cabeza. Le escuecen los ojos, que seguramente están inyectados en sangre. Nada de esto le pasará desapercibido a la mirada sagaz de Aklilu.

¿Y Worku? Necesita comer, *dejazmach*.

Cualquier otro día, Aklilu habría obedecido sin rechistar. Esa mañana, no puede dejar de hacer preguntas.

¡He dicho que le dierais de comer! Se le quiebra la voz y cruza los brazos por encima del pecho para calmarse, agradecido por el cobijo de su tienda. Vuelve a mirarse las cicatrices de las manos. Al acabar, la había soltado y se había sentado a su lado, preparado para reconfortarla, pero la muchacha no había llorado, se había levantado sin pronunciar palabra y se había perdido en la noche estirándose el bajo del vestido. Se había esfumado sin darle oportunidad de explicarle que no quería ser cruel. Kidane se seca la cara y se pone derecho. Se recompone y se prepara para salir y encontrarse con sus hombres.

Seifu y Tariku están cortados por el mismo patrón.

Tariku asiente con avidez. Puedo encargarme, *dejazmach* Kidane. He sido vigía durante meses. A veces salgo a inspeccionar por mi cuenta. Esboza una sonrisa tímida que dirige a su padre. No siempre se lo cuento, añade.

Seifu abraza a su hijo, irradia un orgullo tan puro que Kidane sonríe. Otro día, podría haber tenido envidia, pero hoy siente un pequeño rayo de esperanza.

No irás solo. Señala con un gesto al hombre más mayor que está al margen, cuyos ojos chispeantes centellean con una intensidad concentrada.

No ha dejado de otear las colinas desde que se han acercado a la tienda de Kidane.

Van hacia el precipicio, dice Seifu.

Tariku asiente. Ayer vi unos cuantos camiones con madera y también obreros armados.

Allí no hay nada, repone Kidane casi para sus adentros. Y, en el acto, se da cuenta de que Ferres estaba en lo cierto: allí es donde levantarán la nueva cárcel. Necesitamos saber exactamente dónde empiezan a construir. No os acerquéis a los soldados, vigilad a los obreros, encontrad dónde guardan la munición y las armas. Tened cuidado.

No te olvides de que podrían estar observándote, advierte Seifu. La preocupación en su rostro es clara.

Tariku aprieta la mano de su padre. Ya lo he hecho antes, *abbaba*, lo tranquiliza, retirándose el pelo de los ojos. Luce los rizos crecidos de los *arbegnoch*, y el largo resulta difícil de controlar. El efecto en Tariku recuerda a una esbelta flor de cabello moreno e hirsuto, como el de su padre. Cuando entorna los ojos, la determinación pura y dura de la juventud le confiere un aire más aterrador.

Seifu apoya la mano en la cabeza de su hijo. Te he dicho que te lo recojas. Te lo trenzaré.

Tariku se zafa. A mí me gusta así, como los guerreros.

Es peligroso, apunta Kidane. Lo avistarán desde lejos. Está bien en el campo de batalla, pero no en esta misión. Que te lo trence tu padre.

Tariku mira entre Kidane y su padre, afectado por un momento. Seifu le da una palmada cariñosa en la espalda y lo rodea con el brazo. Cuando padre e hijo, reconfortados por la presencia del otro, lo miran, Kidane ve todo lo que nunca podrá tener.

*

Hirut se coloca al final de la cola, entre el avituallamiento, los burros y la retaguardia. Nota cómo se vuelven las cabezas cuando toma posición. Se concentra en la cabecera, al frente, donde Aster y Nardos caminan tan cerca que podrían ir agarradas del brazo. Ninguna mujer ha hecho amago de hablarle desde que Kidane fue a por ella. La han dejado recoger sola sus pertenencias, guardar las vendas y los polvos, y encontrarse su sitio en la marcha. Se coloca junto a las demás sirvientas, entre los arcones, los

animales y las calabazas con el agua, entre las cosas que la gente necesita para sobrevivir. Está, se dice, en el lugar que le corresponde.

La mujer de delante se da la vuelta. Es una extraña a la que no había visto nunca, una de las nuevas reclutas sacadas de alguna aldea cercana. ¿Sabes qué? He oído que Aster ni siquiera ha ido a su tienda esta mañana. Nada, ni una palabra. Los labios de la mujer dibujan una sonrisa antes de recuperar la seriedad. Ahora sólo tienes que esperar que no se aburra.

Hirut guarda silencio, perpleja.

En cualquier caso, continúa la mujer, mejor él que un pobre hombre.

Hirut aligera el paso hasta encontrarse un hueco entre dos mujeres, que la miran sin comprender y continúan. Se agarra más fuerte a su cesta y se ajusta el Wujigra a la espalda. Instintivamente, busca a Aklilu, y avanza unas posiciones más. Nuevos murmullos y miradas jalonan su camino. Hirut baja la vista a los pies, pone cuidado en no pisar a los de delante. Durante varios minutos, todo recupera la normalidad monótona de una marcha. Pero entonces Aster se gira sobre sus talones y la fila se detiene en seco. Las mujeres se apartan a medida que se abre paso a zancadas hacia ella. Lleva la vieja túnica y los pantalones de montar de Kidane, la capa ondea bajo sus hombros menudos.

Ya basta, grita. Ya os he oído chismorrear a todas. Ha sido culpa suya. Señala a Hirut. Ha sido su culpa.

Hirut está sola en medio de un corro creciente de susurros y risitas. Hasta que se encuentran cara a cara. Unas sombras oscuras surcan los ojos de Aster. Una vena se le hincha en la mitad de la frente. Ella tampoco ha dormido.

Es mi marido. ¿Lo entiendes? Lo conozco mejor que nadie. Se ahueca la túnica, se alisa las arrugas y estira los pliegues. Es uno de los signos de agitación que Hirut ha aprendido a identificar. Es lo que hace cuando intenta tranquilizarse.

En el silencio entre ellas cae el gorjeo de unos pájaros curiosos, el graznido de un cuervo lejano, el rebuzno cansado de un burro.

O sea que ahora que tienes tu fusil roto te crees que puedes hacer cualquier cosa. Aster la agarra por el hombro y la zarandea con fuerza, su voz, de tan suave, resulta más aterradora. Ya he visto con qué ojos lo miras.

Detrás de Aster, más mujeres se han detenido a curiosear. Nardos se ha acercado, escucha con los brazos caídos a los costados. Hirut retrocede y la cesta se le escurre con languidez. El fusil le resbala por el brazo. Unos

espesos haces de luz se derraman por las copas de los árboles, brillan como una gasa por encima de Aster, hacen más profundas las arrugas de su boca.

Lo mataré, contesta Hirut sin subir la voz. Aunque su tono es firme, las palabras la desinflan. Habla a contracorriente.

El problema es que te crees la única, replica Aster impávida. No sabes hasta qué punto eres común. Se pasa el dorso de la mano por los ojos. Si mueves un dedo para hacer daño a mi marido, te mataré con mis propias manos.

Vuelve la espalda a Hirut y se lleva a Nardos. La marcha se reanuda.

Cuatro guardias conducen al superviviente etíope hasta él, cuatro hombres fornidos que contienen a duras penas a un cautivo astuto y rebelde que parece pensar que logrará escapar mientras que su compatriota ha caído ejecutado en el acto. Carlo bebe otro sorbo de café mientras observa a los guardias subir el repecho que separa el campamento de este llano más amplio. Ha ordenado a sus hombres presentarse junto al árbol de raíces gruesas que hay al borde del sendero que sus tropas pronto convertirán en carretera. Es una explanada en la cumbre de la montaña de la que se han adueñado. Al fondo del terreno, dos peñascos se alzan imponentes sobre un precipicio vertiginoso. A lo lejos reluce una masa de tierra suelta que sus hombres han peinado de piedras para la nueva prisión.

Carlo se cuelga los prismáticos al cuello y se sube las gafas de sol a la cabeza con una oleada de orgullo. Se palpa los botones de la camisa y se sacude el polvo de las botas. Lleva la mano a la pistola. Si algo ha aprendido en Etiopía es que capturar a un abisinio nunca es capturar a un abisinio: donde hay uno, hay dos, siempre. Donde hay dos, hay una multitud. Que él no vea nada en esas colinas no demuestra que no estén ahí.

Que alguien avise a Navarra de que esté aquí a las tres, ordena Carlo. Que le digan que el coronel lo necesita otra vez. Sonríe al pensar en su *soldato*, ese joven veneciano tan formalito que ha llegado a su ejército con una cámara. Gesticula para indicar a los guardias que avancen. Por ahí, dice. Y avisad a Ibrahim, suelta por encima del hombro.

El etíope tira de las cuerdas. Es más joven de lo que Carlo se esperaba aunque lo suficientemente mayor para ser peligroso. Las trenzas y la túnica blanca le otorgan cierta elegancia: un aire de estatua griega de la antigüedad. Mármol negro esculpido por manos expertas. La paliza ha sido dura, pero no hay huesos rotos ni cortes que Carlo pueda ver. Tan sólo el ojo hinchado y la mandíbula amoratada permiten adivinar cómo ha debido de ser el encuentro con sus hombres. Sonríe cuando Ibrahim aparece con el resto de los *ascari* y una cuerda. Sus *soldati* forman rápidamente. Navarra se apresura a la carrera para colocarse tras él, lleva la cámara colgando del cuello. Carlo respira hondo. Y así es como empieza.

Ibrahim saluda. El camión de abastecimiento llegará pronto, señor. Su invitada también está de camino.

El prisionero los mira, ha dejado de forcejear. Sus ojos chispeantes van de la soga al rostro de Carlo, de Fucelli al árbol y por último a Ibrahim. Traga saliva y deja caer la cabeza. Se queda tan quieto que los guardias se

arriman, le agarran los brazos más fuerte, de pronto, más alerta.

Estoy listo, coronel Fucelli. Ettore Navarra se acerca al árbol con paso ligero, ya lleva la cámara en bandolera y un carrete nuevo en la mano. Se detiene en seco, impactado por la cuerda en la mano de Ibrahim.

Carlo se toma su tiempo: el prisionero tiene un rostro llamativo, pómulos prominentes y ojos penetrantes. Lo mira con la expresión impredecible y furibunda de un boxeador acorralado, de un luchador preparado para encajar el golpe final. Carlo se le acerca y se pone las gafas de sol. Lo observa, deleitándose en la incomodidad y la confusión del joven; el prisionero se esperaba ruido y violencia, no sabe qué hacer con este escrutinio cercano y silencioso.

Navarra. Ha estado usted aprendiendo amárico con los *ascari*, practique un poco, pregúntele cómo se llama. Recuerde lo que le dije, si no puede hablar con ellos, no puede gobernarlos.

Ettore Navarra tiene el aspecto de un hombre recién despertado. Respira hondo, observa al prisionero, y lanza en amárico primero y en italiano después: ¿Cómo te llamas? *Simih man new? Come ti chiami?*

Anbessa, contesta el joven sin vacilar.

Anbessa, repite Ibrahim. Significa «león». Debe de formar parte de un grupo de resistencia, unos rebeldes que se hacen llamar Leones Negros.

Carlo se vuelve hacia el prisionero. En el lateral de la cabeza tiene un tajo profundo. Y, con todo, piensa que esta exhibición de hombría funcionará. Es una lástima, le comenta a Ibrahim, algunos serían buenos *ascari*, ¿no le parece?

El prisionero se vuelve hacia Ibrahim, escupe al suelo y suelta una palabra que Carlo interpreta como «traidor». Tal vez signifique «esclavo». Es una cantinela habitual entre los etíopes cada vez que ven a los *ascari.*

Bueno, manos a la obra, *fascisti*. Roma dice que la guerra ha terminado, pero nosotros sabemos más que ellos. Por eso hacemos las cosas a mi manera, con mis reglas. Les enseñaré a ganar esta guerra, a ganarla de verdad. Le quita la cuerda a Ibrahim y la deja sobre su mano extendida. Finge sopesarla, para revelar el miedo creciente del prisionero, y a continuación la lanza por encima de una rama robusta y la contempla girar y caer sobre el montón de cuerda suplementaria del suelo. Es lo suficientemente larga y gruesa como para aguantar a un hombre, lo suficientemente maleable como para hacer un nudo bien prieto y ceñirse a un cuello esbelto. Carlo sonríe, Ettore aprovecha para sacar una foto y se

aparta. Los *soldati* y los *ascari* esperan, tensos y silenciosos. La cuerda pendulea frente a ellos como un espectador más, curioso y larguirucho.

Cuando Navarra termina, Carlo adopta otra vez su expresión adusta. Lo que estáis viendo es una emboscada frustrada. Eso significa que en alguna parte no lejos de aquí hay una unidad entera, añade. Si lo dejamos escapar, estamos abriendo los brazos al caos. Es un parche. Navarra, ¿cuánto entiende de ese idioma suyo? ¿Se acerca a los nativos y habla con ellos cuando les saca fotos?

Lo intento, señor, pero no es fácil.

El etíope es famoso por su reserva, ¿lo sabía?

Tienden a la timidez, en cierto modo.

La sangre gotea de la herida de la cabeza del prisionero, le empapa el hombro de la camisa, en una mancha que se extiende hasta parecer una insignia. Está temblando pero intenta que no se note. Navarra sigue observándolo, el etíope le devuelve la mirada y Carlo repara en que sangra porque le han cortado parte de una oreja. Una sensación cálida le sube por el estómago.

Carlo asiente mirando a Ibrahim. Empecemos.

Ibrahim y los guardias arrastran al prisionero hasta la soga. Las prendas blancas del abisinio contrastan con el uniforme de sus hombres. Las heridas y el pelo trenzado serán un detalle sutil que captará la atención hacia el salvajismo de esa gente. Navarra optará por un *tableau vivant*, acentuado por las magulladuras y la sangre, colmado de una promesa de lo que está por venir. Carlo desenfunda la pistola y la sostiene en la mano.

El joven prisionero deja escapar un suspiro audible.

¿Sabe cómo se controla a esta gente, Navarra? La ropa da una pista importante, *soldato*. No les importa morir, eso ya lo hemos visto en el campo de batalla. Ellos mismos se convierten en blancos, se creen que acabaremos por tirar la toalla.

El cautivo echa la cabeza hacia atrás y profiere un grito prolongado, su voz resuena y se amplifica. Descarga todo su peso contra los guardias que lo retienen y los desequilibra. Les tira de los brazos a medida que tropiezan, entonces, despega los pies del suelo y el conjunto es una maraña de hueso y músculo, de desesperación y caos, de miedo y obediencia. Avanzan a trompicones hacia Carlo.

Carlo retrocede de un salto, incómodo, y apunta al frente. Encañona el pecho del prisionero, ya tiene el dedo preparado en el gatillo, la boca abierta

para dar órdenes de disparar, el sudor le resbala por la nuca.

Colonello! Ibrahim niega con la cabeza.

Carlo respira hondo y retrocede despacio, sin dejar de empuñar la pistola con fuerza. Todo ha sucedido muy rápido, un reflejo motivado por aquel ataque en Bengasi que le dejó la cicatriz de un cuchillo en el pecho. Carlo sabe que ese pavor no lo abandonará jamás. Sonríe para aliviar la tensión. Siempre sabe lo que hay que hacer, le dice, agradecido por su temple. Fue la mente rauda de Ibrahim, su lealtad férrea, la que lo salvó en Bengasi del peligro de aquellos intrusos. Carlo no lo olvidará nunca.

Ibrahim desliza la soga alrededor del cuello del prisionero. El etíope aprieta los labios, levanta la barbilla y empieza a hiperventilar por la nariz. Expande y contrae el pecho muy deprisa. En sus ojos titila una luz desesperada y una oleada de pánico lo engulle mientras Ibrahim hace un nudo, con gestos rápidos y certeros.

Un haz de luz suave y cálida se filtra por entre las hojas y cae sobre los hombros del prisionero. Es más joven de lo que aparentaba a primera vista. Un muchacho que aún estaba poniendo a prueba su valentía.

Un grito estalla entre los *ascari*: *Una spia abissina!* ¡Un espía abisinio! Chillan como si fuera un juramento. *Un abissino!* ¡Un abisinio! ¡Nos va a matar!

Ettore se protege del estruendo y la ira. Se las ha arreglado para parapetarse tras una fachada de tranquilidad. Cada vez le cuesta más mantenerla. En la claridad despejada de nubes, el espanto crudo del prisionero atrae a los *soldati*, que se acercan al espectáculo. Está Mario, que se abre paso a empujones entre la multitud para colocarse en primera fila. Fofi le pisa los talones, hipnotizado, con las mejillas encendidas. Giulio avanza con cautela, apretando la mandíbula.

El coronel Fucelli se seca el rostro con un pañuelo que se guarda en el bolsillo. Navarra, proceda.

Como si le hubieran hecho una señal en el momento justo, el prisionero profiere un grito con un timbre sorprendentemente grave que retumba entre los montes. Ettore se estremece, convencido de haber oído la inconfundible palabra que significa «padre» en amárico: *Abbaba*.

La foto, insiste Fucelli. Estos muchachos no esperarán mucho tiempo. Tuerce la boca en una sonrisa sardónica y se cruza de brazos, satisfecho.

Ettore dispara, consciente de que el prisionero no mira a cámara. Clava una mirada de desdén en la masa móvil de hombres uniformados que piden

su muerte.

Sin previo aviso, Fucelli alza el puño en el aire. *Ragazzi*, cuarenta años después de Adua, ¡los hijos de los valerosos han vuelto! Eleva la voz. Si estáis aquí, *soldati*, *italiani, bravi fascisti*, ¡si estáis aquí es por momentos como este!

Los ojos de Fucelli refulgen de orgullo. Esto ha de quedar para la posteridad, le dice a Ettore. Espera a que lo fotografíe otra vez antes de volver a enfundarse la pistola. Fucelli coge la cuerda. Ibrahim, ¿el taburete? Carlo se coloca el cigarrillo en la comisura de los labios mientras Ettore toma otra fotografía.

El prisionero enseña los dientes y musita unas palabras cargadas de odio.

Traduzca, Navarra, ordena Fucelli. Veamos lo bueno que es.

Ha dicho que piensa matarlo. Ettore se sorprende de que las palabras se hayan ubicado en su cabeza. Fue lo primero que aprendió en amárico: «Soldado. Mato».

Un gesto inútil, musita Carlo. Las últimas palabras de un paleto valeroso a punto de morir, y las malgasta en mí. Basta de fotos, sigamos.

*

Padre: Cuando un cuerpo se alza motu proprio. Cuando se alarga hacia el cielo y reclina la cabeza para captar el sol. Cuando el viento lo ayuda en su ascenso y los dioses del Olimpo se agachan para encauzar ese vuelo rebelde. Cuando nosotros los fuertes caemos prisioneros de las glorias de la resurrección. Cuando ni el frío, el calor, ni el hedor humano son capaces de desviar nuestra mirada. Cuando unas aves de alas negras portan un nombre y lo posan en este árbol cargado. Cuando un cuerpo recuerda su gracia eterna y se mueve contra corrientes invisibles. Cuando se desprende de su caparazón apaleado y nos devuelve la mirada sin perder la furia y el orgullo. Es un milagro, padre.

Ahora están aquí en el bar que Fucelli les ha reservado, un *tej bet* pequeñito en el centro de Debark que no es más que una habitación con un tejado de uralita. Con unas sillas y una mesa grande que cojea sobre un suelo sucio cubierto de hierbaluisa y alfombras raídas. Es el final de un largo día. El prisionero aún está colgado del árbol. La cámara de Ettore, al cuello. Dos carretes expuestos le asoman del bolsillo de la pernera. Hay pruebas abundantes de que está allí, a las afueras de Gondar, en este *tej bet* lejos de su casa, y aun así no es capaz de borrar la imagen de su padre entrando en el bar con un montón de fotografías en la mano en busca de respuestas.

Ettore se rasca la cabeza. Se ha tomado varias cervezas y la camarera trae más, pero sólo oye la voz de su padre. El bar abarrotado rebosa de la energía autoritaria y del deje de Leo Navarra, el que usa en casa, donde puede hablar sin cortapisas, cuando todas las palabras que salen de su boca son exactamente las que tiene pensadas:

Pero, hijo mío, ¿me has contestado a la pregunta? ¿Sabes qué verías si estuvieras sentado en un bar oscuro sin ventanas en medio de una ciudad africana y una chica se te acercara con una botella de cerveza? ¿Qué verías, Ettore, si te dieras la vuelta en tu asiento para observar a Mario y a los demás llamando a la camarera que va hacia ellos con su vestido tradicional y la mirada gacha? El cuerpo, ¿está en sombra o iluminado? Recuerda, hijo, no estás en casa. No hay poesía en este lugar. No hay miradas honorables entre estas paredes. Hijo, tú que estás aquí en este bar a reventar de soldados que penetran a esa chica con la mirada mientras hay un joven ahorcado, ¿qué tienes que decir? Yo digo que el ojo retendrá mejor la imagen de un cuerpo iluminado que la de un objeto en sombra. Yo digo, padre, que el ojo tiene el poder de guardar lo que ve, el ojo es avaricioso, siempre buscará y devorará la silueta iluminada visible gracias a la luz depredadora.

Fofi pregunta: ¿Lo viste? ¿Viste cómo sonreía hasta cuando le apuntaba con la pistola desde el suelo?

Pregunta: ¿Viste cómo intentó hacerse el duro y se quedó mirándome incluso cuando le apretaron la cuerda?

Pregunta: Ettore, ¿me hiciste una foto junto a sus pies? ¿Podemos llamarte «Foto»?

Todos se ríen a carcajadas, Mario el que más, y Ettore asiente, ríe, levanta la cámara apuntando a Fofi y dice: Voy a disparar ahora, y es gracioso, padre, es una broma, de modo que nos reímos y pasamos la noche

alrededor de la mesa contando chistes y haciendo muecas para no oír los gritos recientes que venían de los aldeanos, con sus voces que se extendían como un murmullo desde el horizonte hasta los confines de la tierra. Porque esto es la guerra, padre. ¿Es la guerra?, pregunta Fofi mientras Mario lo invita a otra cerveza. Esto ni siquiera es la guerra, comenta Giulio, pero él no ríe y Ettore pide otra, y contemplan a la camarera haciendo equilibrios con la bandeja de bebidas mientras esquiva manos y cuando llega a la mesa mira a cámara y dice: No foto, y Fofi vuelve a reírse y señala a Ettore y dice: No Foto, y todos dan un trago a sus cervezas mientras Giulio no deja de levantarse para ir a la puerta a mirar fuera, y ese día estaba contento, padre, era feliz.

*

Cuando se encuentren años después en Alejandría, Ettore le contará al famoso periodista egipcio Khairallah Ali que al final de la larga y sangrienta guerra cada paso que se alejaban de Debark suponía un alivio. Se quedará observando el cuaderno entre los dos en un café abarrotado cerca del puerto, dirá que no con la cabeza y se echará a temblar al pensar en aquel joven prisionero colgado de una cuerda. Khairallah se inclinará hacia él y dirá: Pero, amigo, no me has contado gran cosa, cogerá el bolígrafo y aguardará. Ettore volverá a empezar y repetirá lo que ha dicho durante años: El prisionero etíope era aterrador y no nos quedó otra. Estaba decidido a matarnos aunque nosotros no queríamos hacer daño a nadie. Aquel episodio podría haber salido mal, pero no fue así. Era una cuestión que iba más allá del prisionero, de nuestra unidad o de Fucelli. Teníamos que sofocar una rebelión que se desplazaba desde Gojjam hacia Gondar. Habría terminado en emboscada. Khairallah no escribe nada de lo que dice, de modo que Ettore se interrumpirá y a continuación añadirá con calma: El prisionero era espeluznante, qué ojos tenía. Khairallah lo observará un momento y preguntará: ¿Es cierto lo que dicen de Fucelli? ¿Que te hizo fotografiar al etíope mientras le disparaba para asegurarse de que estaba muerto? Y Khairallah clavará la punta del bolígrafo en el papel y dibujará círculos lentamente mientras mira hacia abajo y pregunta: ¿O acaso es cierto lo que he oído, que fuiste tú quien dio el tiro de gracia?

Foto

Él es un cuerpo suspendido en el cruel juego de luz. Una figura deformada por sombras obedientes. Cuelga bajo un rayo de sol agonizante, sujetado por un árbol que se curva por su peso. Mirad su cabeza y el nacimiento de su pelo rizado, la oreja cortada que parece una hendidura en una mandíbula estrecha. Lo evidente: un cuello que se dobla de manera espantosa, la columna distendida, el hijo de una madre clavado a un oportuno cielo vespertino. Detrás de él, el valle esquiva los ojos ávidos de los hombres uniformados. ¿Y qué son ellos, al fin y al cabo, sino hijos de otras madres, y él la prueba gloriosa de sus ambiciones mecanizadas? Qué vemos: un chico empujado a la adultez, un cuerpo elevándose frenado por la ley de la gravedad. Observad cómo se estira contra la cuerda aterradora, fijaos en las piernas que patalean contra lo que empuja hacia abajo: contemplad la silueta rebelde girando bajo el sol ardiente. Y ahí, miradlo a él, también, el que toma la fotografía, en el margen del encuadre, el ladrón de este momento, ahí está, casi fuera de la escena, visible en la sombra que se alarga hacia los pies suspendidos, la silueta oscura de un hombre firmemente enfocado, la cámara que apunta hacia esa difamación.

Ettore mira al cuerpo colgado mientras los demás siguen con la juerga hasta la mañana siguiente en el brasero, esta vez en presencia del coronel Fucelli. Apunta la lente a la cabeza y el pecho del cuerpo, esperando atrapar el leve umbral entre lo que vive desafiante y lo que espera para morir. La cara hinchada del prisionero está flácida. El cuello tira en un ángulo forzado. La sangre de las puñaladas recientes en el pecho se le ha secado. Sus pies desnudos se separan y se mueven ligeramente sobre el tramo de tierra infinita. Con el viento, parece que dé vueltas, que intente subir al cielo en espiral. No hay nada fiero en él, y aun así, cuando Ettore se arrodilla para tomar otra fotografía, su corazón late tan fuerte que no oye lo que Fucelli grita por encima de las melodías de las guitarras y las armónicas que se solapan.

Cada vez se oye más cerca un retumbo. Un camión. La música del campamento cesa.

Ettore se levanta, se para a escuchar, se apresura a volver al campamento y se encuentra a los hombres atentos a la subida de la camioneta Fiat por el camino ceñido a la falda de la montaña. Se mueve a un ritmo pausado, casi perezoso, cual extraña intrusión que atraviesa el caos dominante. Fucelli aparta a empujones a los espectadores para ponerse delante. Vuelve la vista, con los ojos brillantes, y se le dibuja una sonrisa en la cara. Está colorado, casi reluce. Saluda al Fiat a medida que se acerca. Hay dos personas delante. El *camionista* le devuelve el saludo desde el asiento del conductor, con el brazo que sale de la ventanilla bajada quemado por el sol.

El conductor aparca cerca de los *soldati*. Hay una nativa en el asiento de al lado. Observa el árbol a lo lejos, al prisionero ahorcado. Su incomodidad es evidente incluso a través del reflejo de la ventana.

Fifi, llegas tarde, dice Fucelli. Va a abrirle la puerta.

Todos los hombres se adelantan hacia ella mientras desliza una pierna larga hacia el suelo y después la otra. Se apoya elegantemente en el brazo de él al bajar del vehículo con sus zapatos de tacón de cuero negro. Lo besa tres veces en las mejillas como es la costumbre nativa, pero no se inclina en una reverencia como Ettore ha visto hacer a otros civiles etíopes. Sus facciones equilibradas, acentuadas cuidadosamente con el kohl y el pintalabios rojo, parecen evaluarlo, un juicio privado que termina con una inclinación de cabeza y una leve sonrisa. A continuación hace un barrido con la mirada que va más allá del coronel y los espectadores para volver a

posarse en el cadáver. Es inteligente y despierta. Incluso desde el punto donde está Ettore, su belleza deslumbrante es evidente.

Has perdido peso, Carlo. Su voz llega sin esfuerzo, melodiosa. Hubo una emboscada en Azezo, todo se ha retrasado.

Fucelli sonríe. Ya me alimentarás tú, me harás engordar, ¿verdad? Le coge la mano, se la pone en el brazo y cierra la puerta tras ella. Se detiene delante de la camioneta, para que los hombres miren.

Lleva un vestido de corte favorecedor que le estrecha la cintura y le envuelve delicadamente las caderas para coger un poco de vuelo en las piernas. Estiloso y elegante, de una mujer que está segura de su belleza pero que no siente ninguna necesidad de enseñar más de lo que quiere. Es de un rojo vivo intenso sin llegar a ser vulgar. Y caro, puede que hasta se lo hayan hecho a medida. En el escote en pico luce una de esas grandes cruces de oro que llevan los nativos y que todo soldado italiano sabe que nunca podrá permitirse.

Surge una voz de algún lugar del grupo. *Madonna*. Hasta ahora, han estado admirándola en silencio.

Fucelli la pasea por el campo, galán y orgulloso. La conduce a su tienda, lejos del árbol, y ella sigue sus zancadas con facilidad. Luce una manicura impecable y le agarra el brazo de un modo posesivo y despreocupado. El sol matutino le calienta el rostro y le roza los pómulos altos y el mentón afilado. Tiene unos ojos grandes y tan luminosos que parecen estar al borde de las lágrimas. Con ese vestido rojo y esa mirada parece demasiado viva para estar aquí, es un exceso. Es la mujer más hermosa que ha visto Ettore.

Soldato, una foto, le pide con un gesto Fucelli, que sonríe de oreja a oreja.

La pareja está de espaldas casi delante del árbol cuando Fucelli lo llama, pero no parece haberse dado cuenta. Ettore tendrá que buscar el ángulo adecuado para evitar que salgan los pies colgando por encima de sus cabezas.

Fifi se apoya seductora sobre el hombro de Fucelli, curvando la boca sin enseñar los dientes. El coronel permanece rígido, con el brazo doblado como si fuera un alféizar donde ella apoya su mano delgada. Ettore ajusta la luz de la cámara y enfoca pero, incluso en ese momento, sabe que ella brilla demasiado para una simple fotografía. Es más apropiada para un óleo en un lienzo enorme.

A la de tres, dice Ettore. Cuenta en voz alta y cuando se prepara para disparar, Fucelli sustituye su sonrisa por una mirada severa. Cuando Ettore termina, alza la vista de la cámara y ve que Fifi hace un mohín. Está seria, puede que hasta enfadada.

¿Qué pasa?, le pregunta. ¿Quién es ese? Mira a Ibrahim y a los otros *ascari* y otra vez a Fucelli. Después se da la vuelta para observar al prisionero. Se lleva la mano al corazón y después a la frente.

Fucelli ladea la cabeza. ¿Has venido sola?

Se sostienen la mirada unos instantes. Es un reto, piensa Ettore, una prueba que le ha puesto Fucelli, tal vez. Fifi baja la vista al vestido y se alisa la falda. Recupera la compostura con dificultad.

Mi criada está en el camión. Hace un gesto y el *camionista* se dirige a la parte de atrás para que baje la mujer.

Fifi y su criada son la noche y el día. Ella es corpulenta, con una cabecita redonda envuelta en un pañuelo. Se baja del vehículo con esfuerzo, se gira y da un respingo al ver el árbol. Cambia el peso de un lado a otro, el movimiento hace que se le bambolee la falda del vestido, la alisa y después se le forma un globo en la generosa figura. Deja caer una mochila a sus pies. Asiente pero no es capaz de apartar la vista del cadáver.

¿De dónde es? Fucelli mira a la mujer con recelo.

La encontré en el mercado no hace mucho. Fifi se acerca a ella, le entrega la mochila y la toma del brazo. Le coge el mentón para desviar su atención del árbol. Lo hace con delicadeza y afecto. Es una cocinera excelente, añade mientras la lleva hasta Fucelli. Si quieres que me quede contigo, no puedo comer tu pasta día sí, día también.

El italiano de Fifi es perfecto, refinado, apenas se nota su acento africano. Lo habla con una fluidez asombrosa. La criada observa a Fucelli pero no puede evitar que se le vayan los ojos al árbol de nuevo.

Dile que lo mire cuanto quiera, comenta tranquilo. Por si tiene alguna idea, cuéntale lo que les hago a los espías.

No es más que una campesina, una antigua esclava, aclara Fifi.

Los entrenan a todos, da igual lo que sean, replica él. Campesina, esclava, granjera, noble o zorra. Sonríe con crueldad. He pedido que te montaran una tienda. No estará contigo, ella tendrá otra.

Después se dirigen juntos a la tienda del coronel, con la criada varios pasos por detrás, que se vuelve cada cierto tiempo para ojear al cadáver y luego a los *ascari*.

Se levanta una brisa y las nubes de polvo se arremolinan alrededor de los pies de Ettore. El frío se instala en el aire. Sólo será cuestión de horas que la oscuridad empiece a filtrarse y los etíopes tengan una oportunidad de vengarse.

El prisionero permanece colgado toda la tarde y, a medida que se va poniendo el sol en el horizonte, empieza a soplar un vendaval y se oye un lamento que reverbera por los montes. Ettore tantea su navaja y coloca otro carrete en la cámara. Fucelli le ha pedido que fotografíe la luz cambiante en el árbol y le ha garantizado su seguridad. Hay guardias adicionales apostados en la carretera colina abajo. Otros centinelas más vigilan por si hay algún indicio de emboscada. Aparte de los ocho del árbol, hay cuatro más de refuerzo a unos pasos de distancia. Son siluetas que se oscurecen en un paisaje desbordado por los colores de una luz mortecina. Ettore se apoya contra un tronco que ha arrastrado de la hoguera y cruza las piernas. Nota la hoja de papel en blanco doblada con cuidado en el bolsillo, preparada para escribir una carta a sus padres en cuanto no quede luz para tomar más fotos. Intentará preguntar por lo que ocurre en casa mientras esquiva la posible censura. No comprueban todas las cartas, pero sí bastantes. Debe encontrar la manera de averiguar si es cierto que se han distribuido pasquines por el país en los que se pregunta si los judíos son italianos de verdad, si a los tenderos judíos de Trípoli se les obliga a trabajar en sábado o a someterse a que los azoten. ¿Es cierto, quiere preguntar, que incluso después de que mamá donara su alianza al Estado por el bien de Italia y del imperio, le dicen que no es suficiente? Y, *mamma*, escribirá, ¿qué significa eso si nunca hemos sido practicantes, si papá y yo no creemos en nada, sólo en las evidencias que tenemos delante? ¿Qué somos si no italianos?

Trabaja hasta que la luz se lo permite. Utiliza el árbol como telón de fondo. Lo pone en primer plano. Se mueve para acentuar el cuerpo que ha cedido, después lo desenfoca detrás de un casco con inscripciones grabadas que ha colocado sobre una piedra como accesorio. Se acerca tanto al cadáver que sólo las manos rígidas quedan enfocadas. Luego encuadra el cuerpo de tal manera que los pies callosos dominen la imagen. A medida que trabaja, pasa de la incomodidad a la reticencia hasta llegar a cierta confianza sosegada: son de las mejores fotografías que ha hecho. Está seguro de ello y, por un instante, esa certeza le basta para olvidarse de los guardias que no le quitan ojo, desconcertados por su máxima atención. Más tarde, una luna resplandeciente lo ayudará a completar otra serie de fotos.

El coronel Fucelli lo saca de su ensimismamiento subiendo la colina mientras enciende un cigarrillo. Da una calada profunda y expulsa el aire en una larga voluta de humo. Lo saluda al acercarse.

¿Ha visto esto? Se saca del bolsillo un telegrama doblado. ¿Están

intentando separar a los italianos de los nativos hasta en las ciudades principales? ¿Se acabó el vivir con nuestras mujeres en las montañas? Entonces, ¿no puedo cohabitar con ninguna nativa o me meterán en la cárcel? Se ríe. Que lo intenten. Fucelli lo mira y asiente cuando Ettore se apresura a ponerse en pie.

He oído algo al respecto, señor, contesta Ettore. Se limpia el polvo del uniforme. Ese fue el rumor que llegó de Asmara y que confirmaron los camioneros. Que en Massawa estaban atracando barcos llenos de prostitutas. Y otra cosa: mientras descansaban antes de seguir con la travesía, los conductores discutían sobre la expulsión de todos los judíos extranjeros de Italia. Uno de ellos incluso agitaba un recorte de periódico ante los soldados que se habían congregado. Los funcionarios correspondientes, decía el artículo, deben registrar el origen étnico y la religión de todos los refugiados políticos que lleguen desde Alemania y otras partes de Europa. *Un ebreo, una spia*, había gritado el conductor.

Las noticias que llegan desde Italia tampoco son buenas, añade Ettore y se interrumpe.

Fucelli mira el telegrama. En cuanto un país construye un imperio, afirma, debe decidir quién es quién. Lo mira fijamente tanto rato que se hace incómodo. No tomó la comunión cuando vino el cura.

No, señor.

No va a misa, no reza antes de las comidas. Fucelli sonríe al ver la sorpresa de Ettore. Yo me fijo, *soldato*, sobre todo en quienes son importantes para la misión. ¿Sus padres son judíos?

Ettore lo mira atónito. No soy creyente. Ni mis padres. Somos judíos, sí, pero italianos.

Todos creemos en algo, *soldato*. Y a mí me da igual lo que decida Roma en Italia, pero aquí hemos venido a ganar una guerra y yo sé cómo hacerlo. Empiezan con los nativos y luego vendrán a por nosotros, los otros italianos. El coronel tira la ceniza del cigarrillo. Tendrá que andarse con cien ojos. Tenemos que mantenernos unidos.

Los centinelas montan guardia cerca del árbol, son formas esbeltas que caminan acompasadas en la noche creciente.

Tengo buenos soldados, comenta Fucelli, pero lo suyo es otra cosa. Hace un gesto con el brazo que parece ensayado. Los romanos nos dejaron sus textos, sus cuadros y sus estatuas. Nosotros dejaremos nuestras fotografías y nuestras películas. Le coloca una mano sobre el hombro y

aprieta. Mira al árbol y después a los guardias que andan cerca. Vuelva a su tienda, Navarra. No hace falta que haga nada más aquí. Tengo que hablar con los guardias, usted descanse.

*

Pasos. Chasquido de ramas. No hay más sonido. Carlo se hunde más en la hierba, permanece oculto entre tinieblas y arbustos. Mira por los prismáticos mientras tres etíopes contemplan el cuerpo colgado del árbol. Son hombres fuertes y delgados iluminados por la luna nublada que envuelve el resto de la zona y lo protege a él. Los guardias se han ido a hacer un descanso, como les ha ordenado. Los centinelas adicionales que tenía apostados libran esta noche. No hay indicios de que nadie más esté al corriente de esta intrusión. Sólo el coronel Fucelli se atreve a estar a solas en ese trozo de tierra donde el número de enemigos es superior. Carlo se pega más al suelo y separa sus pensamientos de los campos de batalla libios, de los jinetes de Bengasi y los gritos de los guerreros sanusís que estremecían a todos los oficiales desde Cirenaica a Fezán pasando por Tripolitania.

Uno de los etíopes sujeta los pies del cadáver mientras otro subido a hombros del tercero corta la cuerda. La navaja hace un tajo limpio en el aire, la larga cuchilla plateada centellea por un instante bajo la luz de la luna. El cuerpo cae rígido en los brazos del hombre de la navaja. Un gruñido audible punza el silencio mientras sostiene precariamente el cuerpo, lo agarra como si sujetara a un niño mientras el que está abajo se tambalea por el peso añadido y recupera el equilibrio con la ayuda de su compañero. Trabajan con eficiencia, sin ruido, hasta que el cuerpo está en el suelo, aún con el cuello doblado de ese modo espantoso. Se arrodillan a su alrededor y dos de ellos inclinan la cabeza. El otro pasa las manos por el rostro del muerto, le besa el cuello y reposa la cabeza en su pecho inmóvil para oír sus latidos. Acuna al prisionero, lo mece hasta que un quejido de angustia acaba transformándose en el sonido de un sollozo adulto.

Gracias, Carlo. Necesitaban enterrarlo, dice Fifi, sentada en un taburete junto a su catre. Se abraza las rodillas y esconde la cabeza en el hueco que se forma entre sus brazos.

Es lo primero que le ha dicho desde que le dio la espalda delante del árbol cuando llegó y fue a su tienda, desobedeciendo el antiguo acuerdo entre ambos por el cual ella no entraría en su espacio de trabajo sin él. Se mece de un lado a otro y con la rodilla le da un golpecito en la pierna cada vez que se mueve. Carlo se aparta y la mira mal. Va vestida con su ropa tradicional. Lleva el pelo trenzado a la manera de las nativas. Se ha quitado el pintalabios y el lápiz kohl. Él ve la campesina que era: Faven de Gondar, la belleza cautivadora de las montañas del norte. La joven que huyó a Asmara para reinventarse en *shermuta*, en *wishima*, en puta: Fifi, la prostituta deslumbrantemente hermosa amada por algunos de los oficiales italianos más inteligentes y valientes que ha conocido Italia.

Carlo se desata las botas, lo invade el agotamiento como una gran ola pesada. Suspira aliviado al flexionar los pies y, cuando percibe un movimiento con el rabillo del ojo, alza la vista. La sirvienta de ella: encorvada bajo una manta fuera de la tienda, el contorno de su silueta es una inquietante presencia fantasmal.

Dile que se vaya a su tienda, ordena él. ¿Y por qué no habla?

Aquí no estoy a salvo, acaba reconociendo Fifi. Que colgarais a ese… a ese prisionero quiere decir que hay etíopes esperando tenderte una emboscada. Ya sabes qué me harían a mí si me atraparan. Se coge la cabeza con las manos como para escudarse de un golpe. Estás infringiendo la ley al tenerme contigo. Una nativa con un italiano… No puedo quedarme, Carlo.

Los hombres cantan fuera mientras él se saca la camisa del pantalón, y la criada sigue sentada como un armatoste tapado con una manta, atenta a cada palabra.

Tendrás tu escolta, dice él bajando la voz. Te daré un cuerpo de seguridad. Además, Roma queda muy lejos de aquí. Se quita los calcetines y empieza a desabrocharse la camisa. La dobla con cuidado, alisando las mangas y el cuello. Les da la vuelta a los calcetines y les sacude el polvo, después los pone del derecho y los deja sobre la camisa. Se quita la camiseta, la alisa y también la dobla. Le reconforta esta rutina nocturna, aunque su ropa esté mugrienta. No es seguro bañarse ni lavarse en el río, y sus hombres están atrapados en el campamento hasta que él se haya asegurado de que ha despejado la zona.

Tú no conoces a estos *arbegnoch*, advierte Fifi.

Sí que los conozco, sí. Y son rebeldes en territorio italiano, no patriotas. Se queda mirándola, erguido en la punta de su catre, con las manos sobre las piernas, vestido únicamente con los pantalones.

Ella se pone en pie poco a poco, se fija en su escritorio, en la pila desordenada de papeles, en el montón de balas, en sus prismáticos.

Están montándome la oficina, explica. Me mudaré pronto.

Permitirles que entierren el cuerpo no va a impedir un ataque. Sólo lo retrasa, advierte Fifi. Está seria, tiene mala cara y los ojos rojos e hinchados.

Él se reclina sobre los brazos. Dile a esa que se largue de aquí, y mírame cuando te hablo.

Ella se da la vuelta con pesadez y reticencia. Se dirige a la mujer con la voz más cariñosa que le ha oído nunca.

La señora responde con una pregunta, con un tono carente de emoción que insinúa su desaprobación.

Fifi sonríe y asiente, acto seguido dice «sí» en amárico con esa inflexión etíope tan típica que se parece más a una inhalación profunda de aire que a una palabra.

La cocinera se levanta con esfuerzo y se va. Fifi se coloca frente a él, la fatiga le frunce la expresión, cierra las manos en un puño a los costados.

Tú tienes a tus guardaespaldas, yo la tengo a ella.

Incluso sin maquillar, su belleza es radiante, pero precisamente detrás de esos ojos tan bonitos están los pensamientos que oculta con cuidado. Él se los imagina a cientos, miles de partes volátiles de información que podrían ayudarlo a descubrir cómo piensan los nativos.

No creo que ella te sirviera de mucho. Carlo echa la cabeza hacia atrás y se ríe. ¿Cómo se llamaba? Además, aquí no pasa nada sin que yo lo sepa. Puedo protegerte. Vuelve a tumbarse con la cabeza sobre los brazos. Una luz débil titila a través de la lona, una estrella perdida, piensa, o el alcance prolongado de la luna, pero no es la señal de ataque del enemigo.

Pide que la llamen simplemente «la cocinera», contesta Fifi. Se pasa una mano por el rostro y la deja reposar en la mejilla mientras mira afuera. Es un gesto que él ha visto muchas veces en las nativas, esa pausa momentánea antes del suspiro de preocupación.

No entiendo.

Il cuoco, dice Fifi. La cocinera. Ya, es raro. Dice que la robaron de niña y la llevaron a trabajar con una familia. Se negó a decirles su nombre. De

modo que es «la cocinera».

Tú eres Faven y ahora eres Fifi. Todas las camareras de Eritrea y Etiopía se llaman Mimi. ¿Qué os pasa aquí con los nombres?

No puedo quedarme después de lo que has hecho, Carlo. Ella se pone entre sus piernas, con una sonrisa lenta y ensayada que le borra la preocupación de la mirada. Aparta las botas de una patada y hunde el rostro en su hombro. Atacarán, estoy segura.

Te quedarás, dice él abrazándola por la cintura. Esconde la cabeza en su vientre. Yo te protegeré, me encargaré de todos los preparativos para que tengas un guardaespaldas que elegirás tú misma.

Y esa ley inútil dice que si nos pillan, soy yo quien va a la cárcel, no tú. Sólo los hombres italianos. Se ríe. Estás a salvo. Pediré que te escolten diez *ascari*.

Ella suelta una risita. *Ascari?* ¿Quién? ¿Tu fiel Ibrahim?

Él levanta la vista. Hará lo que yo le diga.

Ella vuelve a acercarle el rostro y él nota su aliento a canela, el té que le gusta. Me voy, repite. Se concentra en un punto cerca de sus pies, vuelve a tener el mismo rictus que cuando entró él. Tiene una mano en el cabello, con la que deshace distraídamente los extremos de las trenzas. El silencio se extiende, empieza a tirar de ellos, acercándolo más a ella. No puedo quedarme aquí.

Puede que sea el modo con el que se encorva al sentarse junto a él en la cama. O cómo lleva las trenzas despeinadas. Quizá sea la manera que tiene de cruzar los brazos y colocar una mano sobre cada hombro como si tuviera frío y miedo al mismo tiempo. O puede que sea la extraña luna refulgente que se cuela por la lona y revela todos los detalles a la noche. Carlo no es capaz de explicar qué lo lleva a rodearla con un brazo y pegarla contra sí. No es propenso a esos actos de ternura, pero lo hace sin pensar, guiado simplemente por el gesto. No sabe qué diría si ella le pidiera que le explicara esa cálida sensación que le surge del pecho cuando ella le coloca la cabeza en el hombro y mueve la cara para que sus mejillas queden pegadas, y el calor se desplaza a su rostro y se le instala en el centro de la cabeza, y desaparecen todos los recuerdos previos a esta noche.

Ella se levanta despacio, se separa de él, se quita el vestido por la cabeza y lo deja caer. Lo hace en silencio, como si hubieran llegado a un acuerdo. Como si él supiera exactamente qué hacer cuando una mujer que acaba de desobedecerle se desviste y permanece tan inmóvil como un árbol

elegante enraizado en aguas calmadas. Carlo recoge el vestido y lo aprieta con fuerza contra el pecho. Aspira sus fragancias, el almizcle terroso, el toque de perfume dulce y se desarma. Sólo entonces la mira.

Incluso casi un año después, cuando la conoció en un club de oficiales en Asmara y decidió que aceptaría cualquier precio por su tiempo, sigue impresionándolo, con esa piel en la que juguetean el brillo del marrón y el oro. Quiere bajar la vista como si no fuera nada especial, como si estuviese enfadado, como si no estuviera aquí desnuda, con su cuerpo esbelto sin más pelo que el de la cabeza. Debería ser astuto y rechazarla hasta que ella diga que se quedará. Él sabe qué se propone, pero hace semanas, meses, que no mira a otra mujer. Ha evitado los burdeles de nativas y ha rehuido a las nuevas prostitutas italianas que han enviado desde Roma. Ha rechazado a las espléndidas e impecables etíopes, eritreas, somalís, sudanesas y egipcias en los clubs de oficiales entre Massawa y Adís Abeba. Ha esperado a Fifi porque no hay nadie como ella, nadie que se comporte no como si estuviera prestando un servicio, sino como si concediera un favor. No hay nadie que se pase la noche hablándole con un italiano que compite con el suyo. No hay nadie que se atreva a discutir los detalles exactos del pago como si se tratara de un esfuerzo diplomático. Y aun así, más allá del rostro, las curvas y los suaves músculos, también hay eso: el intelecto refinado que enmascara mucho más de lo que revela.

Ella le habla en su lengua, le dice algo de ese modo suave que parece una canción. Él intenta concentrarse en las palabras que está empezando a aprender en amárico. Sólo distingue una: «hogar», *beyt*.

Te has ido a otra parte, le dice ella, riendo. Le dibuja círculos minúsculos en la nuca con la yema de un dedo, baja por el cuello y sube para masajearle ese punto sensible de la base del cráneo.

Es una sensación inmediata e intensa: siente cómo resbala la tensión, sale como un torbellino de su cabeza y lo abstrae de todo pensamiento excepto el de la mujer que tiene delante. Se desliza hasta el suelo, se arrodilla y recorre la larga curva de la cintura de ella. Llega hasta los hoyuelos que tiene al final de la espalda y luego le rodea las nalgas. Poco a poco, le desliza una mano entre las piernas y le introduce un dedo. Cede a la ilusión de tener a esa mujer en el centro de su mano, bajo su control. Alza la vista. Ella tiene la cabeza hacia atrás, salen suaves gemidos de su garganta.

Uno de mis hombres siempre te protegerá, le asegura. Te necesito aquí.

Él cierra los ojos y se la imagina guiándolo hacia Adís Abeba,

señalando el horizonte, advirtiéndole de los indicios de una próxima emboscada. Se la imagina debajo de él, revelando códigos y secretos de ese modo que convierte sus palabras en indescifrables para todos excepto para él. Se imagina subiendo escaleras en Roma, en Venecia, en Brescia, en Calabria, aclamado por multitudes llenas de adoración. Se imagina el flash de las cámaras, los micrófonos, su retrato en los noticiarios. Mientras ella lo empuja hacia dentro, la cabeza le da vueltas y lo lleva al delirio. Pronto caerá en un estado de euforia estupefacta, únicamente consciente del sonido de su voz pronunciando su nombre, abierto a todo, hasta a la emboscada.

Vuelve en sí y aclara sus pensamientos. Te quedarás conmigo, le dice.

Se pone de pie bruscamente y la presiona hacia abajo por los hombros, con más violencia de la necesaria.

Ella cae de rodillas ante él con un jadeo de sorpresa. La agarra del pelo y le acerca la cabeza al vientre, luego más abajo; nota sus labios, el calor. Y a medida que se introduce en su boca, Carlo empieza a sentir ese torrente, esa corriente familiar de voluntad y fuerza que le pertenece. Incapaz de frenarse, sucumbe al placer, inundado por el asombro, la adoración y el éxtasis de todo hasta que se derrumba contra ella, tropiezan y caen sobre la cama juntos.

Hirut está atendiendo a uno de los heridos cuando en el campamento se hace el silencio. Se vuelve. Seifu, Aklilu y Hailu aparecen tambaleándose por el monte con esa carga atroz. Marta camina al lado de Seifu y pega la mano de Tariku en su vientre. Están todos abrumados por el dolor y el cansancio. Cuando Kidane y Aster corren hacia ellos e insisten para relevar de la tarea a los padres, Hirut deja la cesta, dispuesta a ayudar, e intenta sacar fuerzas de flaqueza. Ha estado trabajando sin descanso para cuidar de los heridos en ausencia de Hailu. Se ha pasado dos noches en vela limpiando, colocando vendas y mezclando pólvora. Ha sido testigo del último aliento de quienes estaban demasiado asustados para soltarle la mano. Ha sujetado a quienes no podían soportar la agonía de su padecimiento. Todo eso la ha despojado de sentimientos, la ha hundido más en un pozo de fatiga que la debilita. Sin embargo, nada la ha preparado para una madre inconsolable que se lleva al vientre la mano muerta de su hijo.

A lo lejos, se oye una bomba contra el horizonte, irrumpiendo en la noche amenazadora. Cuando el grupo pasa junto a ella con Tariku en dirección a la cueva de Seifu y Marta, Hirut vuelve a la herida que está curando. Debe terminar antes de unirse a ellos. Intenta sacudirse el mareo que la invade. Mientras aplica una venda nueva, traga aire para mantener a raya el hambre que la consume. El agotamiento la aturde, pero trabaja mecánicamente, insensible. Cuando termina, llega dando tumbos hasta los que lloran al difunto y rodea a Marta con el brazo. Se la devuelve a Seifu antes de murmurar una breve oración por Tariku y arrastrarse hasta su cama, donde cae desplomada y se queda dormida para luego volver a trabajar.

*

Hirut se despierta sobresaltada con un toque en el brazo, después una mano en la espalda.

Luego su voz: Pequeña, ven.

Kidane tira de ella hasta que no le queda más remedio que levantarse. Va a coger el Wujigra, pero él lo aparta de un golpe. Le tapa la boca con la mano y le susurra al oído: No voy a hacerte daño. No hagas ruido, Hirut. No digas nada, calla. Cállate.

Ese es el motivo por el que se adentra en el bosque a trompicones en silencio y con las manos vacías. Él acelera con ella a remolque, va de un

sitio a otro, empujándola cada vez que ella intenta zafarse. Hirut no ve nada en medio de la oscura confusión, entre los arbustos, con las hojas que le abofetean el rostro. Él no se detiene hasta llegar a un montón de hojas. Le da la vuelta y cuando la tiene enfrente, la atrae con un abrazo.

Pequeña, estás temblando. ¿Por qué estás tan asustada?

No atina a decir nada. Las palabras no tienen peso, no hay lengua lo bastante fuerte que la salve. No puede hacer nada.

No voy a hacerte daño.

La agarra de los hombros, ella cada vez se tensa más hasta que se ve obligada a flexionar las piernas, sentarse en el suelo y mirarlo.

Tranquila. Su voz se expande como un globo en el pozo terrorífico. Tranquila, no llores más. No pasa nada. Se arrodilla delante de ella y le coge las manos. No te hago daño, ¿lo ves? Le besa las muñecas, luego la empuja hacia atrás hasta que queda tumbada en el suelo y se coloca encima.

Le levanta el vestido, por encima de las rodillas. La respiración de él se acelera. Un búho da media vuelta y se aparta. Y luego no hay sonido capaz de convencerla de que no ha muerto. Por eso observa los rasgos de él cada vez más tensos y abre la boca: porque no puede hacer otra cosa, no queda nada que hacer. Hasta se le escapa el lenguaje, la ha abandonado. No tiene cuerpo, ni corazón, ni lengua, ni respiración. Sólo un fuego que bulle en su interior, que tiembla como un puño en tensión, que le empuja por salir de la garganta, que le sube a la cabeza y se estira hasta que no hay pasado. No hay futuro. No hay tiempo que no sea este. Por eso Hirut le coge el rostro entre las manos, para sujetar algo que no es suyo. Para llevar algo en su dirección. Por eso le presiona la cara con las manos y le clava las uñas en la cabeza.

Él se detiene y dice: Di mi nombre, dime mi nombre. Dilo.

Pero Hirut, sin palabras, intenta ahogarse en una ola de indiferencia. Lo hace porque él no le deja otra opción, ni oportunidad, ni esperanza, ni escapatoria, y porque nunca tendrá las palabras adecuadas para encontrar la salida de este momento. Y como en realidad no hay nada, nada que decir, Hirut abre la boca. Al principio es como si se burlara de sí misma, de su vacío, pero luego se abre más por sí sola y surge una burbuja del fondo de la garganta hasta los labios. Y bosteza. Es absurdo y voluptuoso a la vez. Un susto y un alivio. Es un puño desenroscándose y expandiéndose en su interior, una larga respiración proclamada y moldeada por el odio.

Él jadea como si hubiera dado un traspié. Como si se acabara de

fracturar y se partiera en dos. Como si esa boca abierta y esa burbuja de aire hubiesen empezado a destruirlo. Hirut ve su sorpresa, ve el recorrido que traza hasta sus ojos. Está tan pasmado que se queda boquiabierto, se le corta la respiración y lo único que puede hacer es volver a jadear. Hirut pestañea y entorna los ojos, perpleja. Frunce los labios, se prepara, los separa lentamente y lo contempla dar un respingo como de asco. Ella cierra la boca y la vuelve a abrir: es una pistola cargada lo que agita ante él.

Para, dice él, el desconcierto se apodera de su rostro. Cierra los ojos pero es demasiado tarde. Ya está flácido.

Ella relaja la mandíbula y vuelve a abrir la boca. Él se encoge y se echa atrás pero no encuentra la manera de acercarse. Está atrapado entre la compulsión que lo une a ella y la vergüenza momentánea de la sorpresa.

Ella respira hondo y flexiona el cuello hacia atrás, asombrada de la obediencia de su cuerpo, de la absoluta servidumbre a cualquier instrucción que le da.

Basta, dice él, aunque es una orden débil, sin convicción.

Envalentonada, Hirut intenta sacárselo de encima pero es un peso denso y obstinado. Él se pega a ella, recupera la seguridad, y vuelve a empezar. Ella lo observa: la mirada nerviosa, la boca floja, la incertidumbre que se apodera de las facciones marcadas de su rostro. Está paralizada. Aterrada. Se siente indefensa. Furiosa. Todas esas cosas que están encontrando una manera de canalizarse y convertirse en una burbuja que empieza a hincharse. Respira hondo otra vez y es tan fácil, esta vez, dejar que el bostezo salga rodando, redondo y robusto. Le abre la mandíbula de par en par. La empuja a cerrar los ojos. Florece, como una dulce tregua en medio del horror.

Él se afana machaconamente por entrar en ella, pero es demasiado tarde. No puede escapar de la indiferencia absoluta grabada en su rostro e Hirut se niega a mirar a otro lado. Porque ahora lo ve claro: las fisuras de su severidad, el suelo que se viene abajo y cede para revelar su punto débil. Ha estado presente todo el tiempo, esperando que ella lo descubriera: todo lo que él ha querido de ella es una lucha, otra batalla que ganar.

Kidane se pone en pie de un salto. Le da una patada y maldice mientras se sube los pantalones. Te arrepentirás de haber nacido.

Hirut se incorpora y espera que las piernas dejen de temblarle, que cesen las arcadas, que se le sequen las lágrimas y regrese el lenguaje. Se suplica a sí misma ponerse de pie ante él y declararse soldado, encontrar las

palabras para desplazarse hasta tierra firme. Sin embargo, está paralizada, indefensa, muda y hermética mientras él se recompone, se limpia la cara, vuelve a insultarla y se va hecho una furia. Ella se queda entre la suciedad de su cuerpo, asustada e indignada con su empecinamiento por sobrevivir. Al final logra levantarse y encuentra el camino de vuelta, trastabilla y deambula errática presa del pánico. No hay escapatoria. No queda más que afrontar la batalla. No queda más que ser soldado, coger su Wujigra inútil, apuntarlo al enemigo y esperar la clemencia de su propia muerte.

Tendrán que hacer con Tariku lo mismo que con el resto de cadáveres: enterrarlo sin ceremonia, a oscuras, en un territorio indefinido. Las iglesias se han convertido en blancos fáciles para los aviones. Bombardean cementerios a propósito. No habrá tumba ni entierro en tierra sagrada. Habrá que proceder como con tantas otras cosas en esta guerra: con rapidez y eficiencia.

Se han rendido, informa Kidane, señalando a la última aldea que les niega la posibilidad de enterrar a Tariku. Coge por la espalda a Seifu mientras este sujeta la mano de su esposa. Están sentados alrededor de la hoguera y observan cómo Aklilu lanza unas ramas más. Kidane continúa: Han decidido que es mejor esconderse y vivir como cobardes. Guiña un ojo a Hirut al decirlo. No me lo puedo creer. Deja caer la cabeza entre sus manos. ¿Dónde lo enterraremos?

Detrás de ellos, apoyado sobre una roca, Minim toca una melodía fúnebre en el *krar*. El músico tranquilo debía liderar la procesión hasta el lugar del sepulcro y encabezó el regreso al campamento sin permitir que la música fallara en ningún momento.

Están asustados, dice en voz baja Aklilu. Tienen miedo a las represalias. Están cansados de enterrar a familiares o verlos desaparecer porque los italianos los acusan de escondernos a nosotros o de darnos comida. No están a salvo y no tienen armas, y ellos les pagan para ponerlos en nuestra contra. Necesitan que los protejamos y encima les pedimos ayuda.

Aklilu agacha los ojos, evitando la mirada de Kidane. Por un instante, Hirut cree que le dirá algo a ella, pero termina por lanzar las dos ramas que le quedan al fuego y se sienta a su lado. Kidane los mira y arruga la frente. Ella siente la preocupación de Aklilu, la firmeza implícita al negarse a alejarse de ella aunque su lugar siempre haya estado más cerca de Kidane. Por encima de sus cabezas, a la deriva con la brisa, se oye el tañido del *krar* de Minim. Pulsa las cuerdas tan delicadamente que el sonido les llega como un susurro dolorido.

¿Qué me acabas de decir? La voz de Kidane es aterradoramente suave. ¿Que no los protegemos como deberíamos? ¿Eso es lo que me estás diciendo?

Matemos a ese tal Fucelli y acabemos con esto, dice Seifu mientras se seca los ojos con una mano y sigue agarrando la de Marta con la otra. ¿A qué esperamos?

Marta se arrima a él, con el rostro desencajado. La atrae hacia sí con el

brazo y, por un momento, están tan unidos por la pérdida que a Hirut le parecen un solo cuerpo agrandado con el dolor.

Kidane se pone en pie y se cierne sobre Aklilu.

En la distancia, se acerca otra serie de aviones, el ruido se hace cada vez más fuerte hasta que desaparece.

Por eso al principio Hirut no presta atención a Kidane. Pero luego él separa los brazos, inclina la cabeza y se convierte en una silueta que se vuelca hacia un vacío oscuro, que emprende el vuelo con un vendaval en contra. Ella se pega más a Aklilu y nota que él se apoya en ella, en equilibrio.

Contéstame a esto: ¿Soy libre yo? Se gira en un círculo y se detiene, mirándolos a todos. ¿Por qué no me lo dices, valiente Aklilu? ¿Soy libre?

Las miradas recaen una vez más sobre Aklilu. Kidane se golpea el pecho con los nudillos y vuelve a hacer la pregunta. Aunque aún mira hacia arriba, ella nota la insinuación de sus ojos, la acusación que también le arroja a ella.

¿Qué me convierte en un esclavo para los *ferenjoch*? Kidane se golpea el pecho. ¿Cómo es que soy su criado en mi propio país? ¿Qué te hace pensar que rendirse es un acto aceptable? ¡Somos etíopes! Avanza a zancadas hasta Aklilu.

Él no se mueve y, más que enfurecer a Kidane, asusta a Hirut.

El emperador se ha ido, *dejazmach* Kidane, le dice con calma Aklilu. Para ellos, ha terminado. No pueden luchar sin su líder.

¿Qué es lo que ha terminado? ¿Qué ha terminado cuando un hombre ni siquiera puede enterrar a su hijo como debería? ¿Cuando una madre debe abandonar a su hijo sin la bendición correspondiente?

Aster contiene el aliento.

Kidane se agacha y clava un dedo en el pecho de Aklilu. Le escupe las palabras a la cara: ¿Qué se ha acabado?

Kidane está rabioso. Se prepara para descargar toda su ira; quiere desatar la cólera que habría dirigido a Hirut de no haberse sentido humillado. Está a punto de estallar, siente una repulsión profundamente arraigada que debe dejar marca en el blanco más cercano.

Dejazmach, están hartos de morir y matar. Aklilu habla con una insistencia testaruda y cuanto más se le acerca Kidane, más rígido se pone. Está sentado con la espalda tan recta que casi se le arquea hacia atrás. Lo hicieron cuando creían en la lucha, sigue en voz baja. Pero no creen en

usted. Ni en nadie más. Mira al horizonte cubierto de niebla, más allá del grupo. Creen en el emperador. Nunca hemos librado una guerra sin nuestro líder.

Detrás de Kidane, Minim mece el *krar* contra su pecho y escucha hipnotizado a Aklilu. Lleva un *shamma* andrajoso que se ciñe a su cuerpo delgado. Ha dejado de tocar y en la calma decreciente, el aullido de un lobo solitario pasa al lado del grupo angustiado, pendiente del próximo movimiento de Kidane. Aklilu los ha dejado descolocados.

El emperador no está. Kidane aparta una rama de una patada y luego la coge. La rompe y la retuerce en su mano. Una suave luz gris queda suspendida en sus rasgos y envuelve su mirada de concentración. Pero yo sí. Nosotros estamos aquí.

Pero no somos suficientes, replica Aklilu.

Kidane se vuelve a Minim y dirige su mirada hacia los cerros distantes, hacia un punto desintegrado en la larga línea del horizonte. El viento despeja las nubes y por un instante una luna nítida los rodea a todos con un crudo rayo de luz.

Bueno, debes saberlo, ¿no?, dice Kidane de espaldas a Aklilu. Habrás leído esto, estoy seguro.

Saca un periódico viejo de su macuto. Lo despliega y aplana con cuidado la cara arrugada del emperador. Se lo muestra a Aklilu, e Hirut enseguida reconoce la foto. Ha visto a Kidane contemplando esa misma imagen en su despacho. Es el periódico que tenía en su mesa junto a los mapas, abierto por esa página para revelar a un Haile Selassie de rostro solemne que observaba todo lo que ocurriera entre esas cuatro paredes.

Aklilu se acerca más la foto para ver mejor la cara. *Dejazmach,* ya sabe que no sé leer, se limita a decir. Soy un luchador, nací para eso.

Hirut se inclina para echar otro vistazo. En manos de Aklilu, la cabeza del emperador parece pequeña y frágil, las arrugas del papel le deforman la nariz y la boca. Ha visto la imagen tantas veces mientras limpiaba la casa que siente que sería capaz de dibujar todas las líneas y ángulos de la cara de Haile Selassie. Es un desconocido pero le es familiar, como un pariente perdido que vuelve a casa.

Minim se pone a tocar en medio del tenso silencio. El *krar* se introduce poco a poco y marca el ritmo al tiempo que Marta susurra el nombre de su hijo. Las notas se elevan con su voz y se desploman cuando baja la cabeza para apoyarla en el hombro de Seifu. Hirut observa a Minim fascinada. Este

hombre silencioso que prácticamente no habla, de quien parece que su instrumento sea su única compañía, ha desviado la atención de la discusión incipiente. Se lo queda mirando, hipnotizada por la melodía, por las variaciones que hace, las notas escalan y caen hasta formar un gemido grave. No había reparado en él hasta ahora. Simplemente era Minim, el hombre de voz suave con el nombre raro que significa «nada».

Observa esa nariz larga y fina y esa elegancia huesuda que le da un aire frágil y digno al mismo tiempo. Bajo la mata de pelo que le cae por la frente y alrededor de las orejas, su rostro es estrecho, tiene los pómulos amplios y el mentón afilado. Es una persona que conoce. Conocida y desconocida. Mira rápidamente la imagen del diario y otra vez a Minim.

Se parece a él, le susurra a Aklilu. A Jan Hoy.

¿A quién? Aklilu mira a su alrededor.

Se parece a él, a Jan Hoy, al emperador, repite señalando a Minim. Luego se detiene cuando Kidane se da media vuelta airadamente en su dirección.

¿Qué dice? Aster se acerca, curiosa.

Kidane le arrebata el periódico y se lo lleva a la cara. Lo extiende y vuelve a entornar los ojos. Lo dobla de tal forma que sólo se vea el rostro del emperador. Se acerca al árbol de unas zancadas y se agacha para examinar a Minim.

El músico se levanta deprisa y se aferra a su *krar*. Con un dedo nervioso rasguea el instrumento y de sus cuerdas salen unos tonos discordantes como un animal herido.

Kidane alisa el recorte de periódico y lo sostiene junto a la cara del músico. Su mirada va de la foto a Minim y de Minim a la foto.

¿Qué?, pregunta Aster mientras se levanta. ¿Qué pasa?

Kidane se acerca a un músico asustado, paralizado. Mírame, le ordena.

Aklilu escruta a Minim. No lo entiendo, dice al final. Él, también, se pone en pie.

Reúnete conmigo en mi cueva, ordena Kidane. Tráelo.

*

Kidane habla con un tono tan suave como el que usó para decirle a Hirut que necesitaba su Wujigra: Minim, te pareces al emperador, ¿te lo han dicho alguna vez? En la cueva Kidane se planta ante el hombre

escuchimizado.

Cuando Minim cae en cuclillas, a Hirut le embarga la pena, corre hacia él y se siente culpable por las palabras que lo han puesto en esta situación. Le toca el brazo.

Tranquilo.

Minim mete el dedo en un agujero de su camisa harapienta. La llama de una vela estampa su silueta contra el muro que tiene detrás. Cuando Kidane da un paso adelante para hacerlo levantar, su sombra oscura se transforma en una silueta amenazante que se funde con la de Minim.

Está asustado, *dejazmach*, dice Aklilu en voz baja.

¿Crees que voy a hacerle daño?, la voz de Kidane es sorprendentemente alta en un espacio tan reducido.

Pero ¿y qué hacemos con eso?, pregunta Seifu. ¿Qué tiene esto que ver con Fucelli?

Kidane aparta a Hirut de un empujón y rodea a Minim con el brazo. Se dirige al granjero con tono tranquilizador. Mi padre y mi abuelo me contaban historias de reyes en la sombra. Hasta la emperatriz Zewditu tenía su propia reina en la sombra cuando lideró a sus ejércitos. Nuestros líderes no podían estar en dos sitios a la vez, de modo que tenían sus dobles.

¿Él?, pregunta Aster. Pero si es un simple campesino.

Minim menea la cabeza. Por favor, *dejazmach*, ¿puedo irme?

Kidane se le acerca más. Nos ayudarás a ganar esta guerra. Se contarán historias sobre ti que se repetirán a lo largo de las generaciones. El rostro de Kidane se enciende con el entusiasmo y la excitación. Se yergue más, la furia de antes ha desaparecido.

Pero ¿qué sabe él? Ni siquiera es soldado, protesta Aster. ¿Y no permitirás que luchen las mujeres? Se ríe con amargura.

Kidane hace un gesto con la cabeza a Seifu. Necesitaremos ropa, armas, cualquier cosa que encontremos. Aster, tú conocerás a alguien que pueda tener algo de Jan Hoy. Consigue prendas.

Dios mío, haz lo que te dé la gana, se resigna Aster. Pero se acerca más a Minim y le pasa la mano por la espalda, recorre la distancia entre el hombro y la cintura, luego se arrodilla y va de la cintura hasta el tobillo. Es rápida y meticulosa, imita los movimientos de un sastre. En la boda de Zenebwork, el emperador era más o menos de mi estatura, puede que un poco más bajo. Asiente. Son más o menos iguales.

Aklilu observa a Hirut. Necesitará un guardia. Una persona de

confianza. Alguien que pueda lograr que los aldeanos nos ayuden, sobre todo las mujeres. *Weizero* Aster, a partir de ahora Hirut podría quedarse con él. No podemos prescindir de más hombres en estos momentos. Mira a Hirut y luego a Aster. Ella tendrá que mudarse a su zona. Está un poco más lejos del resto, pero yo estaré cerca.

¿Una chica? Luego Aster asiente lentamente. Por supuesto. Acto seguido entorna los ojos y mira a Kidane. Se quedará con él. Después vuelve a Minim y al periódico. No me lo creo, dice en voz baja. No me lo puedo creer.

Todavía no ha amanecido cuando un muchacho despierta a Hirut y a Minim para llevarlos por una senda estrecha hasta la cueva en la que Kidane ha dicho que deben permanecer. A Hirut le cuesta seguir el ritmo. Tiene la sensación de que las extremidades se le descoyuntan, de que pierde el equilibrio. Desde la primera vez que Kidane fue a por ella no se siente dueña de su cuerpo. Ha dejado de pertenecerle y, en ocasiones, se pregunta de dónde saca las fuerzas que la empujan desde que sale el sol hasta que se pone. Intenta acelerar el paso, avergonzada cada vez que Minim se detiene para que lo alcance.

En el interior de la cueva, Aklilu, Aster y Kidane contemplan la ropa que yace a sus pies. Una velita alumbra con luz débil. En el resplandor tenue, Hirut intuye un parasol de terciopelo rojo con bordados dorados, de tonos vivos, como si los rozase la luz del sol. Encima de una piedra, doblado en un cuadrado impecable, hay un uniforme militar de color caqui junto a un par de zapatos de cuero y un sombrero negro de fieltro. Kidane sostiene una capa negra y una camisa de un blanco inmaculado, primorosamente planchada. Incluso en la penumbra de la cueva, la prenda es tan blanca que Hirut no puede mirarla sin pestañear. El cuello y los puños acaban en puntas triangulares, afiladas como cuchillos.

Nos lo ha dado un consejero de la zona del emperador. Son cosas que se dejó en Dese, se pensaría que iba a volver, apunta Aklilu. Coge el uniforme militar y empieza a desdoblarlo. Se lo entrega a Minim.

Minim se acuclilla y reniega en silencio, sin dejar de mirar la capa que se columpia en el brazo de Kidane como mecida por un aire fantasmagórico.

No puede sentarse así, suelta Aster. Como un pueblerino. ¿Qué clase de emperador se comporta así en público? Levantadlo. Señala a Minim. ¿Y no sabe hablar?

Tenemos que hacerlo antes de que se despierte todo el mundo, dice Kidane. La niña lo paseará por Debark cuando estemos listos. Si funciona, seguiremos hacia Dabat y continuaremos a partir de allí. Obvia los comentarios de Aster y se vuelve hacia Aklilu con las mandíbulas apretadas y una mirada escrutadora, en busca de algo que hace que el joven se ponga derecho. Y asegúrate de que la niña no lo echa todo a perder, le advierte.

Aklilu despliega la chaqueta del uniforme y se la coloca contra el pecho. Le queda estrecha de hombros, parece para una complexión más delgada, más de niño. La suelta, coge los pantalones, calibra el largo, y se los entrega

a Kidane. Le quedarán bien. Es increíble, es un regalo. Y fue idea tuya, Hirut.

El joven asiente y la mira con tal intensidad que Hirut agacha la cabeza.

Prepáralo. Querías ser una soldado, pues de esto se trata. Kidane le lanza los pantalones a Aster y sale de la cueva, seguido de Aklilu.

Aster contempla a Minim. Vístelo, le ordena a Hirut. Yo esperaré fuera.

Hirut, vacilante, mira hacia la entrada de la cueva y ve una bandada de mirlos que surca un cielo plomizo, cubierto por vaporosas nubes matutinas. Acaricia el tejido suave y ligero de los pantalones, los pespuntes rectos, cosidos por manos expertas. Contrasta con sus uñas mugrientas y las cicatrices de sus manos, con los rasguños que ni recuerda haberse hecho. La capa está en el suelo encima de un saco de arpillera y, sobre ella, la reluciente camisa con su hilera de botones. Le da miedo tocar, le da miedo dejar una mancha que revelará tanto su impostura como la de Minim. Cuando le extiende el pantalón, una parte de ella espera que el emperador irrumpa y la envíe a la cárcel por traición.

Minim abraza los pantalones contra el pecho con expresión nerviosa. Palpa la tela caqui, maravillado por su finura.

Esto no es para mí, dice al fin. Reniega y la mira, avergonzado. Yo no puedo ponerme esto.

Fuera, Hirut ve que la niebla se escabulle por el horizonte y se alza dejando al descubierto la hierba empapada de rocío. Dibujos imprecisos de cactus erguidos y arbustos de flores blancas salpican los pastos. En un cerro cercano, un asno rebuzna y un niño llama a sus cabras a pleno pulmón. Comienza el día y, por un momento, es como si nada hubiera cambiado.

Sí que es para ti. Hirut da un paso atrás. Nadie más lo puede hacer. Lo siento, añade, fue idea mía, no pensaba que…

Pero es que no puedo. Aceptaré la paliza, lo que sea. Yo no puedo hacerlo. Se da un golpe en el pecho. Sé quién soy. Soy Minim.

Tenemos que obedecer órdenes. Hirut respira hondo y se estira. Somos soldados.

Sé lo que pasó, le suelta. Te llevó cerca de donde duermo. Lo sé todo.

A Hirut le da un vuelco el corazón.

Somos soldados, repite ella. Le tiembla la boca.

Yo no soy más que un músico. Mi madre me llamó «Nada», Minim, ¿y sabes por qué? Porque tenía un hermano que murió, y después de él, ¿qué quedó? Sólo soy un músico, nada más. De pronto, Minim se interrumpe,

esforzándose por recuperar la compostura. Le señala la cicatriz del cuello. ¿Te lo hizo él?, pregunta con dulzura.

Hirut baja la mirada. Tienes que vestirte. Tienes que hacerlo o, de lo contrario, volveré. Se para y lo mira a los ojos, a la ternura y a la piedad.

Finalmente, Minim asiente y empieza a cambiarse.

*

Minim está a lomos del caballo de Kidane, inmóvil, con el parasol rojo cerrado, apoyado sobre una recargada montura. Entre el uniforme, esa capa negra como la medianoche y esos zapatos que de tan relucientes parecen mojados, está impresionante. Es una réplica de la fotografía descolorida, el emperador Haile Selassie se les aparece con el cabello crecido, una barba desaliñada y unos hombros hundidos en un pecho cóncavo. Una imagen desgastada por la batalla que ha cobrado vida, arrugada y un tanto desvaída, pero sostenida por un esqueleto robusto, protegida a sendos lados por dos soldados llamadas Aster e Hirut, un ejemplo para todas las mujeres de Etiopía.

Estarás bien, susurra Hirut, sin desviar la mirada del frente, donde Aklilu y Kidane, enfrascados en una conversación, señalan de Minim al valle a sus pies.

Dile que se ponga derecho. Recuérdale quién es ahora, ordena Aster.

Minim se remueve en la silla y suspira. Tiembla tanto que las medallas de la chaqueta tintinean.

Lo único que tienes que hacer es estar sentado en ese caballo, lo anima Hirut, conteniéndose para no darle una palmadita en el brazo. Todos estaremos a la sombra de tu luz, añade, retomando las palabras de Aster: Estar en presencia de nuestro emperador es estar ante el sol. Has de respetar su poder para concederte la vida y quemarte con ella. Siéntate bien, Minim.

*

Adua, el caballo de Kidane, galopa de Debark a Dabat, de Dabat a Gondar, de Gondar a Azezo, y a Woreta y hasta Gojjam, como un rayo blanco que fulmina un paisaje bombardeado y desolado. Así es como empieza el rumor: un mensaje secreto de Kidane a los sacerdotes que anuncia el caballo como presagio de la llegada inminente del emperador. Desde los

pórticos arrasados de las iglesias, la noticia se extiende entre *mercato* y *mercato*, de choza en choza, hasta adquirir la fortaleza de la verdad: el emperador va a venir. El emperador nunca nos abandonó. Pronto aparecerá ante nosotros para confirmar que la victoria está cerca. Cada mañana, los aldeanos se asoman a sus puertas y otean el horizonte en busca de un caballo blanco. Los pastores y los labradores señalan destellos de sol y jirones de niebla como pruebas de la ayuda divina. La muchedumbre se reúne en los pozos repartidos por las montañas y cuchichea expectante, a la espera de la aparición del emperador.

*

Hirut pasa la mano por las crines de *Adua*, trenzadas con unas cintas de terciopelo rojo rematadas con cuentas de ámbar. Con cada cabeceo del animal, las gemas reflejan la luz de la mañana y proyectan una brillante constelación sobre su uniforme nuevo. Hirut se mira y vuelve a maravillarse con lo que ve. Va vestida como un Kebur Zebegna, un miembro del ejército de élite del emperador. Las prendas que Aster le entregó con inusitada amabilidad están entalladas a su medida. Lleva un fusil a la espalda, limpio y reluciente, que Aklilu recuperó de un italiano. Una cartuchera ceñida a la cintura. Está lista para incorporarse al desfile que ha de presentar a Minim a los lugareños congregados en el valle de Chennek, entre las montañas de Simen, anunciado desde hace dos días por los mensajeros y los redobles de *negarit* que han dejado el cielo vibrando con los ritmos cadenciosos de unas manos frenéticas.

Se toca el pecho, el corazón bombea con fuerza bajo la chaqueta caqui. Se ha pasado los últimos días temblando de miedo, incapaz de pegar ojo, tan preocupada por su papel que ha desfilado toda la noche mientras Aster dormía. Ha ensayado los andares zanquilargos de la guardia del emperador hasta acabar con los pies doloridos. Ha balanceado enérgicamente los brazos con cada paso. Ha aprendido a volver la cabeza con giros resueltos, en una dirección y después en la otra, y ha repetido el movimiento sin cesar ante una Aster severa e implacable, hasta que la mujer ha asentido con aire satisfecho. Desde que empezó esta misión, Aster no se ha despegado de ella, tan decidida a enseñarle el protocolo y los modales correctos que hasta Aklilu y Seifu se acercaban por las noches para mirar, fascinados por la profusión de detalles que la chica debe asimilar.

¿Y todo esto por un hombre? ¿Acaso no es humano como nosotros?, susurró Aklilu en una ocasión antes de que Aster lo acallara con la mirada.

Un clamor perfora el silencio de la mañana. *Adua* tira de las riendas, rebufa, intenta liberarse del sostén firme de Hirut, que espera a que lleguen Aklilu y Seifu, a que los tambores y los cantantes tomen posiciones, a que arranque el desfile hacia la cima para acompañar al emperador mientras le sostiene la sombrilla roja y lo protege de un sol que no le hace sombra ni a él mismo.

*

Conque era posible, se dice Kidane para sus adentros al contemplar, asombrado, a Minim, erguido e imponente a lomos de *Adua*. Debe recordarse a sí mismo que no es el emperador. Kidane se postra ante él con expresión seria y alza la cabeza al cielo. Cierra los ojos, cegado por el resplandor del sol matutino. Por un momento, cree ver el perfil del rostro de su difunto hijo flotando a su alrededor, en una nube que se esfuma con la brisa temprana. Quiere retenerlo y decirle: Tesfaye, hijo mío, no sabía que era posible. No sabía que podíamos transitar ese pasadizo angosto que separa a los vivos de los muertos. No entendía que podíamos conseguir que un hombre apareciera donde antes sólo había un vacío. Tesfaye, *lijé*, podemos arreglar la brecha entre lo mortal y lo divino y encontrar un modo de colmarla.

En el promontorio donde Aklilu, Seifu y Aster aguardan pacientemente tras él, Kidane quiere coger entre sus manos esa carita infantil y suplicar perdón: No lo sabía, susurra. Kidane agarra el fusil y lo alza hacia el frente. Saluda al rey de reyes. Pronuncia todos los nombres del emperador y siente que la tierra tiembla a sus pies cuando los aldeanos se mueven valle abajo para ver mejor. Le dice rápidamente al fantasma de su hijo: Durante todo este tiempo creí que te había perdido, que era imposible rehacerte con otra forma. Durante todo este tiempo he pensado que ya no quedaba esperanza. Después, Kidane se vuelve para abrir los brazos en cruz en lo alto del monte, para reunir a su pueblo y estrecharlo entre sus brazos.

Aquí está, nuestro sol, nuestro emperador.

Kidane contempla los pastos cuando los aldeanos se arrodillan. Aparece el emperador montado en su caballo blanco, acompañado de su escolta femenina. Kidane se fija en el uniforme de Hirut, en su porte orgulloso y su

desafío fiero, y ve su propia redención.

*

Hirut no abarca con la mirada toda la muchedumbre. La gente está repartida por las colinas circundantes, apostada en las laderas, esparcida por otros llanos. El bisbiseo de sus oraciones sube y baja como la marea, un murmullo creciente que se tensa con la expectación puntuado por los gritos. A su lado están Aklilu y Seifu, solemnes, de uniforme, con la cartuchera en bandolera. Kidane luce tocado, capa y una expresión feroz en el rostro. Junto a él, Aster hace gestos de aprobación ante el espectáculo, también va vestida de uniforme y lleva una pistola enfundada a la cintura. Todos rodean a Minim, como sus guardaespaldas que son, y cuando Kidane se echa a un lado para abrir paso al emperador, la multitud profiere un grito ahogado de admiración.

El valle se sume en el silencio.

Pretenden hacernos creer que nuestro emperador nos ha abandonado, proclama Kidane. Que han matado a todos nuestros soldados.

La luz de la mañana baña sus facciones de forma uniforme y desvela la intensidad altiva de sus ojos.

Quieren que perdamos la esperanza y les entreguemos nuestra tierra. Quieren creer que vosotros, los que quedáis, ancianos y mujeres sanas, sois incapaces de enfrentaros a su ejército con nuestra ayuda. Kidane se vuelve y, con una brazada generosa, parece atraer a Hirut hacia sí. Mirad quién está aquí para luchar con vosotros. Fijaos en sus guardias, en estas mujeres que son también guerreras, soldados, hijas de nuestra emperatriz Taitu, que en su día comandó a cuarenta mujeres contra ellos, la primera vez que esos *ferenjoch* nos invadieron hace cuarenta años. ¿Os habéis olvidado de vuestra líder, hijas de Etiopía?

Hirut sujeta el caballo y mira de reojo a Minim. Está incómodo, abochornado, cabizbajo. La cabeza, le dice ella, cabeza alta.

Minim respira hondo, alarga la espalda, cierra los ojos. Alza la barbilla y carraspea y, cuando los abre de nuevo, Hirut está frente al emperador y debe agachar la cabeza y darse la vuelta para rehuir su mirada regia.

Hirut. La voz de Kidane retumba por el valle. Demuéstrales quién vela por el emperador. Que vean que una mujer puede mandar y luchar como cualquiera.

Hirut da un paso al frente, evitando cruzarse con la mirada de Kidane. Contempla la falda del valle y dice tímida: Soy una soldado, hija bendita de Etiopía, guardia orgullosa del rey de reyes. Blande el fusil por encima de la cabeza.

No es el horror sino la euforia lo que agita los árboles aquel día. No es una lluvia venenosa sino una admiración mayúscula la que desata los gritos del pueblo del emperador. Mientras él alza la mano para bendecir a sus queridos súbditos, estos exclaman sus muchos nombres: Jan Hoy, Negus Nagast, Abbatachin, Haile Selassie, Ras Teferi Mekonnen. Moldean los sonidos con la cadencia de una oración de júbilo mientras Minim los observa encarnado en el rey de reyes. Hirut da un paso atrás, se coloca a su altura, aturdida y muda, y siente cómo le crece el pecho, henchido por ese despliegue de lealtad y pasión.

Fue, contará más adelante, como si también me amaran a mí.

Carlo se llena la copa de vino y vuelve a sentarse en el catre, mientras un dolor sordo le remonta la columna hasta instalársele en la cabeza. El camastro está cubierto de planos nuevos que muestran las carreteras de construcción reciente y las que aún están en obras. A su lado, sobre la caja, está el horario del ferrocarril, y, encima de todo, a la espera de su atención inmediata, el alarmante telegrama que le pide indagar acerca de los rumores sobre el retorno de Haile Selassie a Etiopía, a esos mismos montes en los que tiene su campamento.

¿Quieres que te lleve un café? La voz de Fifi le llega del otro lado del sendero que separa sus tiendas.

Desde su posición, tiene una buena perspectiva de ella y su criada tomando café. Puede ver el montón de maderos que pronto se convertirán en su despacho, un espacio donde podrá trabajar sin molestias.

Declina la oferta y se echa hacia atrás, por si acaso pudiera verlo. Estoy bien, contesta, y continúa observándolas.

Forman una pareja improbable: Fifi, con su personalidad vibrante y su belleza arrebatadora, y esa mujer huraña vestida con un sayo de algodón y un trapo en la cabeza. Su rostro tiene esa pátina lisa y brillante de la piel oscura expuesta largo tiempo al sol, sus arrugas son casi invisibles. Como con tantos otros nativos, resulta difícil atribuirle una edad, tan sólo sus ojos, recelosos y cansados, delatan los años.

Baja la vista al telegrama. Roma está pendiente de esas habladurías sobre el regreso del emperador. Haile Selassie ha sido retratado recientemente en su residencia inglesa de Bath. Los rumores no pueden ser ciertos. Lo que sí es verdad, y requiere de su atención, es la serie de ataques contra varias obras en las inmediaciones de Azezo. Han vuelto a reventar las vías del ferrocarril que va a Adís Abeba hasta la altura de Aksum. Y todo sin avistar rebeldes en ninguna de esas zonas. Este es un país lleno de fantasmas y Roma le está pidiendo que libre una guerra contra ellos aunque se obstine en insistir públicamente en que la guerra ha terminado.

Carlo se seca el sudor de la nuca. Tiene el pelo enmarañado. Siente el escozor de la barba incipiente. Hace dos días que las mujeres de la aldea no traen las calabazas de agua como de costumbre, pero él no ha dado permiso a sus hombres para bañarse en el río y arriesgarse a un asalto. Los hedores cada vez más intensos están empezando a impregnar el campamento. Saca el telegrama y constata que lleva otro pegado, en el que se informa a todos los miembros de las fuerzas armadas de que su líder supremo, Benito

Mussolini, quiere una lista de todos los oficiales con apellido judío. Carlo lo guarda debajo de la almohada, fastidiado. Aquí en África existen dos clases de personas, los nativos y los italianos. Cualquier otra distinción no sirve más que para entorpecer y, sin embargo, esos burócratas se empeñan en complicarlo todo con una directriz que sólo sembrará la discordia entre sus tropas.

*

Ettore se dirige al extremo del campamento y atraviesa la sección de los *ascari*, ajeno a las miradas curiosas, las risas y los silencios repentinos en las charlas. Sigue andando hasta que se da cuenta de que se encamina a ese lugar muerto donde un día colgó el prisionero. Rodea el árbol, se sienta junto al borde de la explanada y saluda con la mano a los obreros que levantan los cimientos de la cárcel no muy lejos de allí. En la grieta entre dos peñascos que dominan sobre un barranco profundo hay unos rollos enormes de alambre de espino. Hay tablones de madera y balas de paja que esperan para convertirse en paredes. Ettore se apoya contra una roca para recuperarse. El coronel Fucelli acaba de comunicarle la orden por la que debe dar parte a Italia de los nombres de todos los oficiales judíos. Aún no han empezado con los de su nivel, pero lo harán, se lo aseguro, le había dicho Fucelli. Para mí, es usted italiano. No se preocupe de lo que oiga por ahí, confíe en mí. Confíe en mi amor por este ejército y por todos los soldados que me siguen.

Saca la cámara y constata que le queda una foto, así que enfoca al valle primero, a los montes después. Al girar, sorprende a la criada de Fifi, que ha venido a sentarse junto al árbol, de cuya rama de arriba sigue colgando la mortífera soga. La mujer se acuclilla, con las piernas flexionadas bajo el vestido, como si no las notara, y se pone a recoger hierbajos y flores y a oler los tallos. Busca algo, inspecciona las raíces de lo que levanta, en su mundo. La luz le cae como una sábana lisa y grisácea de bordes difuminados por la neblina, así que Ettore realiza los ajustes con cuidado, la encuadra contra el árbol, obvia la cuerda y enfoca la hierba a su alrededor y el pedregoso terreno de fondo. Apunta lo suficientemente alto para abarcar el vasto cielo. Entonces pulsa el disparador y la ve levantar la cabeza, sorprendida por ese ruido apenas audible. Él espera que se ponga de pie y lo mire y, cuando no lo hace, suelta un suspiro de alivio y continúa

observándola. Sigue arrancando montones de tierra y hierbas que examina metódicamente, en busca de algo que le hace arrugar la frente.

*

Tan sólo finge no verlo. Ella, que sabe lo que significa ser un cero a la izquierda, es muy consciente de la presión de una mirada, de la mano viscosa de la observación. El que esté sentada detrás del árbol no es fruto de la casualidad. Está ese trozo de cuerda que sigue colgando y columpiándose en la niebla. Es consciente de su antiguo peso, del lastre que un día cargó: un nombre hoy convertido en recuerdo. Ha de sentarse porque se hunde despacio en esa rabia que se sabe inútil. Tariku, susurra. Hijo de Seifu y de Marta, vive por siempre en el recuerdo. Pero al mismo tiempo rebusca raíces y escarba en la tierra mientras repite esos nombres, pues también conoce las necesidades del hombre y del deseo; sabe cuántos abrazos y cuántas visitas nocturnas puede soportar una mujer antes de que ese cuerpo porte un peso nuevo. Tiene en mente las proporciones y la probabilidad, los ciclos mensuales y la inevitabilidad. Comprende las veleidades de la suerte. Sabe a ciencia cierta que quitarle a un día no añade nada al siguiente. Que lo que esconde la mano izquierda no lo revela la diestra necesariamente. Que la sangre puede conspirar para dar vida y para llevársela, para asesinar y para curar, para confirmar cada mes el lugar de una mujer en el mundo, y para negárselo. Y así recolecta para Fifi, para poner fin a lo que crece en su interior y equilibrar la balanza.

Las dos ancianas van vestidas de negro. Llevan la cabeza cubierta por un pañuelo y se adentran en el campamento con andares lentos y pesados, encorvadas por los años y sostenidas por sus bastones.

Fucelli, tenemos que ver a ese tal Fucelli, anuncia una de ellas con voz trémula, al tiempo que sus acuosos ojos grises examinan el campamento, el terreno, los *ascari* que se aproximan. Hemos tenido una visión que implica a un chico muerto. ¿Dónde está?

Ettore se interrumpe de camino a la cantina para recoger las raciones semanales. Forman una estampa peculiar, cuya extrañeza se acrecienta por su petición de ver al coronel. Parecen gemelas, de rasgos modelados por idénticas arrugas que estiran unas mejillas descarnadas y los mismos ojos vidriosos.

Hemos soñado con Fucelli y un chico muerto. Tiene que hacer lo que le digamos para evitar las maldiciones, insiste la anciana. Tose y señala a uno de los varios *ascari* que están acercándose, con una mezcla de curiosidad y miedo.

Emama, saluda un *ascaro* alto que se inclina ante ella. Nuestro jefe está de camino, esperen. Aparta al resto de hombres con un movimiento de la mano, e incluso los *soldati* que se aproximan a contemplar el espectáculo se abren para dejar espacio. ¿Por qué han venido? ¿Son brujas? *Tenquay newot?*

Las mujeres se hallan ahora en el centro de un corro que se estrecha, los hombres se apiñan a su alrededor, reconcomidos por la fascinación y el temor.

Sabemos que se llama Tariku, el chico muerto, explica la mujer. Mira a su compañera, que asiente despacio. Tariku, que también se hace llamar *Anbessa*.

Ibrahim se acerca, nervioso. Tariku, repite. ¿Han dicho Tariku?

El nombre es una onda que se expande entre la muchedumbre.

Un destello vibra en los ojos de Ibrahim. Ettore se coloca tras él y se suelta la cámara en el centro del pecho. Percibe la confusión del *ascaro*, algo se tambalea bajo esa tensión *in crescendo*, algo urgente y afilado que lo hace estremecerse y volver la cabeza, suspicaz.

Ibrahim agita la mano en la dirección por donde han llegado. Váyanse por donde han venido, no creemos en esas cosas.

Aquí murió un chico que no descansa. No fue correcto, dice la anciana. Asiente mirando a su amiga, que corrobora con una inclinación de cabeza y

clava los mismos ojos claros en Ibrahim.

Hijo de Ahmed, sabes que tenemos razón. La segunda mujer alarga la mano hacia la mejilla de Ibrahim pero este retrocede, visiblemente asustado.

¿Quién se lo ha dicho? Ibrahim mira a sus *ascari*. ¿Quién les ha dicho el nombre de mi padre? Se aparta. ¿Quién ha sido?

Hemos venido para ver a Fucelli, repite la primera anciana. Vuestro jefe *ferenj* se llevó a Tariku y el chico debe descansar en paz.

Varios *ascari* se carcajean y traducen para los demás. Los murmullos se alzan como un torrente continuo alrededor de Ettore y, enseguida, más italianos se abren paso a codazos, algunos incluso rompen el círculo para colocarse detrás de Ibrahim y ver mejor. Uno lo agarra por la espalda, el *ascaro* se da la vuelta y fulmina con la mirada al soldado sonriente, amenazador y bravucón.

Monte arriba, Kidane observa la escena con los prismáticos. Está escondido con Aklilu, viendo cómo los italianos se amontonan en torno a las mujeres a las que han vestido de negro para distraer al campamento. Las ancianas disponen de toda la información que la gente de la aldea ha podido proporcionarles: que Fucelli se pasa las mañanas solo en su tienda, y que su *ascaro* de confianza es el hijo de un hombre de Keren llamado Ahmed, un buen hombre padre de un hijo honesto. Hirut y Aster no deben perderlas de vista, y las esperan a algunos metros del campamento. Pueden acudir a socorrerlas en caso de que surja algún problema. Irrumpirán en el corro creciente y sacarán a las mujeres, fingiendo alivio al encontrar a dos tías ancianas y seniles que se habían perdido en el mercado.

Sin embargo, no habían contado con Ibrahim. Su concentración es tan intensa que enseguida será capaz de discernir cada mentira. No tendrá más que seguir los pensamientos sueltos en la cabeza de las mujeres para ojear más allá de ellas, hacia las colinas, hacia Seifu y los demás.

¿De qué va esto? El grito de Ibrahim es tan estentóreo que reverbera. Largo de aquí. Echa a las mujeres a codazos. ¡Fuera!

El encantamiento se rompe en cuanto las mujeres se dan media vuelta y salen corriendo. Entonces la tierra se preña de ruido. El viento se levanta. E Ibrahim escucha, desconcertado.

¿De qué va esto? Se lleva las manos a la cabeza. Echa a andar hacia la tienda de Fucelli, hacia la voz penetrante que desgarra el caos: ¡Ibrahim! ¡Ibrahim!

*

Siempre lo había tenido muy presente: la fiera es más fuerte en silencio, mordisquea primero su propio gaznate, y todo el que busque su presencia en el sonido traicionero acabará destruido por lo que aguarda mudo en los rincones visibles. La criatura no nace del tumulto, sino del silencio que ceba la carne que recubre sus huesos para después enviarla a matar. Durante años, Carlo ha aguzado las orejas para oír la amenaza de sus peores miedos y se ha obligado a escuchar. No ha perdido de vista ninguna de sus pesadillas. Se ha entrenado para esperar lo inesperado. Ha diseccionado todas sus certezas y les ha dado la vuelta. Ha forzado a sus fantasmas a endurecerse como el hueso y dar forma al enemigo. Así es como se ha mantenido con vida. Ha transitado por la luz y se ha hundido en la sombra con tanto estupor como peligro.

Así que cuando un *ascaro* irrumpe en su tienda sin pedir permiso, lo primero que Carlo piensa es: este hombre merece un castigo. Pero entonces el *ascaro* no se detiene y no se produce disculpa ninguna. Lo único que se produce es la entrada de ese cuerpo con un ímpetu impío, que lo embiste tan fuerte que lo deja tumbado y anonadado. Se le pasan por la cabeza todas las maneras en que podría hacérselo pagar, pero el destello plateado del filo de un cuchillo reluce en la tienda umbría y Carlo oye su nombre mascullado en la boca del intruso. Está despojado de todo respeto, tan exento de deferencia y disciplina que sabe que se halla ante un enemigo abisinio. El coronel mira al hombre aterrador. Es pura oscuridad lo que puja en su interior. Venganza desenterrada de las profundidades, entreverada de músculo y ruido. El tiempo se detiene y se acelera. La memoria rebobina.

Un cuchillo afilado le rasga la piel fina del cuello y se hunde en la carne, haciendo manar la sangre que le calienta el cuello de la camisa.

De acuerdo, dice. Es un sinsentido. Una frase infantil. Una combinación de palabras que ha usado siempre para llenar el vacío entre el terror y el reconocimiento: De acuerdo, *papa*. *Mamma*, está bien. De acuerdo, señor.

Carlo está sujeto de espaldas por unos brazos y unas piernas fuertes y está esa cuchilla, que busca algo que no parece encontrar en la piel irritada de su cuello ensangrentado. Aunque puede abrir la boca, las palabras lo han abandonado, todas a excepción de su nombre:

Carlo. Es un susurro, vano y fútil, y de acuerdo, señor, de acuerdo.

Una mano callosa le tapa la boca y la pestilencia y el sudor sustituyen al

aire. Lo que estaba fuera se ha infiltrado dentro. Lo que era humano se ha tornado animal. Él, que un día condujo a las tropas a la victoria, se halla ahora frente a mil noches negras envueltas en tendones y piel. Es una negrura que amortaja todo pensamiento. Que dobla el tiempo y espesa el aire hasta que le resulta imposible mover la cabeza. Imposible hacer nada aparte de escuchar su propio nombre pronunciado por esa boca rígida como un hueso astillado al que han sorbido el tuétano.

Fucelli, repite el intruso. Lo mira, casi aburrido. Ojos fríos como la piedra, rielantes como un río, veteados de rojo, asesinos.

Fucelli.

Carlo cierra los ojos. Los abre. Otra persona se adentra en la tienda, vestida de blanco, apenas más grande que un niño. Unas manos brutas le separan las piernas al tiempo que otras le abren los brazos y se los aprietan contra el suelo. ¿Cuántas manos? ¿Cuántos hombres? Imagina espectros y espíritus, pesadillas amorfas y sueños interminables. Pero estos son hombres, llenos de carne, de sangre y de hueso, atizados por el odio. Son salvajes criados en medio de todo lo que el mundo ha rechazado siempre.

Tiene el cinturón suelto, los pantalones desabotonados, los calzones bajados de un tirón. Intenta zafarse y el cuchillo se inserta en su muslo, tan rápido que siente frío al salir la punta. El metal, curioso, se arrastra hasta la mitad de su vientre y tienta la carne blanda por encima del vello. Se desliza por la hendidura del pubis. Le acaricia la curva divisoria de las nalgas y después se dirige sin prisa hacia el ano. Se queda helado, ya es un rehén que tiembla por anticipado. En un lugar de su cabeza donde no habitan palabras, en ese espacio estrictamente reservado a los horrores mudos más especiales, Carlo comprende que una mano ajena se encamina hacia la base del pene, que se lo agarra y lo estira mientras otro brazo se coloca bajo su barbilla y le echa la cabeza hacia atrás para que no pueda ver lo que está a punto de suceder, para que no pueda prepararse para ese corte brutal. Porque no cabe duda de que va a suceder.

Forcejea contra el brazo, baja la barbilla con tanta fuerza que empieza a ahogarse. Recuerdos de un telón negro. Lágrimas. Por favor. Por favor. *Aiutami*. Ayúdame. Suplica y no le importa. Cada palabra carece de sentido. Cada gesto es fútil. Cada recuerdo se rebaja ante esta enfermedad pantagruélica y febril que lo devora por dentro, que se labra un camino a mordiscos para salirle por todos los poros. Que se ha meado en la mano que dibujaba círculos con el cuchillo alrededor de su pene, que los intestinos se

le han contraído y en el aire flota su hedor, que está pudriéndose por dentro, que tiembla, suplica y gimotea su propio nombre, que su lamento rebota contra la mano sudorosa y vuelve a bajarle por la garganta, que está obligado a tragarse sus súplicas: Carlo optará por olvidar todo esto. Dirá que le ocurrió a otro hombre que no podría calificarse de tal.

Entonces el abisinio se aparta de su pecho y ese terror paralizante se detiene momentáneamente, pues ¿qué hombre se atrevería a dar un paso más?

Tariku, dice el hombre.

El pánico es como una pestaña que se le ha metido en el ojo, un incordio que le advierte que, a menos que haga algo, se quedará como está: manos sujetas y piernas abiertas, pantalones por las rodillas, impregnado en su propia suciedad y prisionero de un cuchillo a punto de acometer su meticulosa labor. Contemplad al hombre, vedlo encogerse y temblar, tan indefenso como una niña en manos de un agresor.

Un peso abrumador y atávico se le hunde en la cabeza. Huele la sangre. Huele su vergüenza. Puede olisquear la carnicería inminente que hará de él trofeo y víctima, espectáculo y símbolo, algo que dejará de ser un hombre con vida. Y ahora siente ese puño tenaz que se estrella contra su cabeza una y otra vez. Mirad: mirlos. Mirad: luz mortecina. Si quiere, puede acabar con esto. Puede abandonarse y dejar que terminen, que cumplan sus deseos. Pero ¿puedo volver? Articula las palabras contra una mano hedionda y espera la respuesta a través del torrente de su cabeza.

En alguna parte: Fifi pronuncia su nombre. Pero no hay Carlo, así que no hay nombre, no hay nada que lo mantenga unido a esa oscuridad fracturada. Ella es una aparición; él, mera metáfora, la cáscara rota de un hombre moribundo. Caen piedras de los árboles. Del suelo germinan frutos. Qué fácil es vagar por el valle del cielo. La derecha se convierte en izquierda. Lo alto cae en picado sobre el suelo. Lo que hace a un hombre puede deshacerlo. Una pistola dispara. Un dolor firme en todo el cuerpo. Unos pies plomizos pasan corriendo por su cabeza. Un toque en la frente. Cerrará los ojos y se dormirá.

Carlo. Ella habla en ese idioma aterrador.

Oye decir: ¿Faven?

Oye decir: Por favor, Seifu.

Y entonces abre la boca, estupefacto por la libertad, y enfoca la mirada a un mundo moteado, bañado en lágrimas y en sangre. Se las arregla para

seguir el sendero del horror y comprobar su estado: sigue intacto.

Deja que ella vuelva a decirlo: Carlo. Deja que lo incorpore y lo acune contra su pecho. Deja que le levante los pantalones y esconda su fragilidad, y que le presione el cuello con un paño. Ella lo hace todo salvo ahuyentar su humillación y, en la agonía de su desintegración, sucede: el terror se libera y emerge descontrolado, desquiciado. Cuando se desata en su interior exigiendo nuevo territorio, él se arranca a gritar un nombre: ¡Ibrahim! ¡Ibrahim!

Lo dejé con vida. Es todo lo que dice Seifu cuando está agotado frente a Kidane. Lo dejé ir. Su rostro es un torbellino de emociones que a Hirut le infunde demasiado miedo para atreverse a descifrar.

Hirut se ovilla contra la pared más apartada, junto a Minim, incapaz de quitarles los ojos de encima. Aklilu y sus hombres están desperdigados por el monte, preparándose para las represalias, ayudando a los aldeanos a trasladarse a las montañas de alrededor. Las mujeres, los mayores y los niños han dejado atrás sus hogares y han echado a andar, cargados de agua y cestos de comida, con paso ligero para evitar los bombardeos y los ataques aéreos.

Kidane vuelve a negar con la cabeza, incrédulo. Habíamos matado a todos su guardaespaldas. Nos habíamos deshecho de algunos de la otra *banda*, no había nadie para detenerte. Has tenido la oportunidad que implorabas. Ahora mismo Aklilu y los demás están poniendo su vida en peligro por ti. Incluso ese par de viejas actuó conforme a lo previsto. Es la tercera vez que repite los detalles de la emboscada y el fracaso de Seifu.

Si llego a matarlo ya nos habrían atacado, repone.

Kidane coge un látigo previamente enrollado que aguarda a sus pies. Lo extiende despacio y lo chasca para probar la trayectoria. El restallido es cruel, un siseo serpentino. Marta se echa de rodillas al suelo. Aster se agacha y la acoge en su pecho, negando en silencio.

No me importa, *dejazmach*, hágalo. ¿Qué hay peor que perder a un hijo? Seifu se quita la camisa y la tira al suelo. Su pecho es una composición de cicatrices que cuelgan como galones de los músculos fofos de un hombro al otro. A la altura del corazón, una piel anormalmente lisa del tamaño de un puño: una quemadura.

Hágalo, repite Seifu. No es el primer rico que intenta ponerme en mi sitio.

Aster se seca la frente con el borde del chal, se cubre nariz y boca hasta que los ojos son lo único que queda a la vista. Déjalo, Kidu, susurra. Mira a Hirut de reojo.

Hirut se cruza con su mirada y no puede evitar llevarse la mano a la cicatriz que ningún uniforme podrá borrar. Aster se estremece y se da media vuelta.

No he terminado con Fucelli, añade Seifu. Ahora es inútil para el ejército. Está demasiado humillado para contar lo sucedido. Ese hombre se lo hizo encima como un crío, era todo súplicas. Ya no sirve para nada. Está

incapacitado para la guerra.

Kidane retrocede, enfadado, y arrea el látigo, que rasga el aire de soslayo y hiende la espalda de Seifu.

Seifu inhala profundamente y se tambalea. La correa regresa a Kidane trazando un arco, salpicando gotas de sangre a su paso.

Aster se agarra el vientre con las manos. Basta, es uno de nuestros mejores combatientes.

Kidane la mira, tira el látigo y restriega las manos por la tierra. Como vuelvas a desobedecerme, dice, con voz quebrada, acabaré en ti lo que tú empezaste con ese italiano. Lo juro sobre la tumba de Tesfaye.

Aklilu aparece en la entrada de la cueva, limpiando la cuchilla. Hemos encontrado a otros pocos merodeando, hemos cogido unos cuantos uniformes, nos vendrán bien más adelante. El cuello de su uniforme italiano está manchado de sangre. Así, vestido con la ropa del enemigo, su aspecto es discordante, extraño. Repara en el látigo y la sangre que resbala por la espalda de Seifu y mira a Kidane sin una sombra de su respeto habitual.

Hirut agacha la cabeza para rehuir la interrogación en sus ojos.

Seifu se levanta y se pone la camisa. La sangre le empapa el uniforme *ascaro* y se extiende, se ramifica como un árbol deforme.

Nos has puesto a todos en peligro, dice Kidane. Frunce la boca para controlar el temblor de la mandíbula. El sudor le gotea por la frente.

Seifu se lleva la mano al corazón. No me asusta morir en esta guerra. Castigarme es una pérdida de tiempo. No basta con matar a todos esos perros *ferenjoch*. Algunos necesitan morir lentamente.

Kidane observa el látigo y se agarrota paulatinamente, aparta a Aklilu de un ademán brusco y se marcha.

*

Han pasado tres días y Carlo sigue sin autorizar la entrada en su tienda. Desde el ataque no ha hablado más que para echar a Fifi una vez logró sobreponerse. Ella lo había mirado con cautela, el corazón le latía desbocado, el odio de la mirada de Seifu era aún una herida lacerante. Había, en la palidez de la piel de Carlo y el vacío oscuro de sus ojos, la huella de una desaparición, una finísima fractura en la imperturbabilidad de su mirada. Ella había intentado acercarse para sondearlo, para ver cuánto había captado de sus ruegos a Seifu, pero él la había evitado y se había

puesto frente a la radio: el acto de un hombre que ya está en la soledad de sus propios pensamientos. En alguien que había estado tan cerca de la muerte, ella se esperaba lágrimas, cierta expresión de angustia. En cambio, el chasquido seco de las interferencias había trepado al silencio y los había envuelto a ambos mientras Carlo se arrancaba la ropa manchada hasta quedarse desnudo. Un miedo informe había succionado el aire viciado de la tienda.

Dile a tu criada que venga a limpiar todo esto, había dicho, poniéndose un uniforme limpio y acercándole el sucio de una patada. Más vale que cuando vuelva parezca que aquí no ha pasado nada. Después la miró, repugnado.

Fifi siguió mirándolo mientras se iba, flanqueado por sus nuevos guardaespaldas, y, por primera vez, le inspiró verdadero miedo.

Tómate un café, Fifi. Es la cocinera, que sostiene el uniforme limpio de Carlo. Las manchas han desaparecido por fin, dice, oliéndolo. Tu vestido está secándose. He tenido que dejarlo todo a remojo un buen rato.

Fifi observa su vestido azul claro de *chiffon*. En la claridad de la mañana, el ribete dorado de la falda resulta estridente, vulgar. Se ciñe el *shamma* y se envuelve las piernas con él. Si está medio seco, me lo pondré. Es mejor que esto.

¿Llevas eso con los *ferenjoch*?

Fifi sonríe. No me preguntas mucho por mi trabajo. Asiente. Les gusta.

La cocinera se encoge de hombros. No es asunto mío. Pero saben que eres abesha, entonces ¿por qué vestirte como una *ferenj*? ¿No están pagando por una mujer local?

Fifi le lanza una mirada rápida. Pagan más cuando imito a sus mujeres.

Por eso aprendiste italiano.

No fue por ellos. Fifi coge el uniforme de Carlo y se lo coloca en el regazo. ¿A qué vienen estas preguntas ahora?

¿Quién ha sido? La cocinera dirige la vista hacia el monte.

Fifi procura mantener un semblante inexpresivo. No lo sé. En estos tiempos que corren hay un montón de grupos montando tropas propias, estas montañas están plagadas.

Para ellos eres una traidora. Esos *arbegnoch* también te matarían, si pudieran. La cocinera habla sin tapujos, sin juicios.

Y entonces tú, que trabajas para mí, ¿no eres otra traidora?

La mujer niega, mirándola con atención. Para los italianos no soy nadie,

y para ellos tampoco.

Ibrahim se acerca, con la mano en la funda de la pistola. Sus movimientos son lentos, carentes del rigor habitual. Tiene manchas de sangre resecas en la pechera del uniforme, por lo general inmaculado.

La cocinera menea la cabeza. ¿No han acabado de construirle el despacho?

¿Por qué no hablas con él?, pregunta Fifi. Quizá tú consigas sacarlo de ahí.

Ibrahim asiente mirando a la cocinera. Se supone que va a instalarse ahí. Si sale, estaré con el sacerdote y con el imam para los entierros. Se interrumpe, baja la vista al suelo, con un gesto de incredulidad. Esta noche los etíopes se las han arreglado para lanzar varios ataques por los parajes. No sé de dónde salen, añade, sorprendido.

Será otro grupo distinto, comenta Fifi, si no, ¿por qué habrían dejado solo a Carlo?

Fueron las mujeres. Ibrahim sigue dirigiéndose a la cocinera. Pensé que eran de la aldea. En su voz traslucen claramente el desconcierto y el pesar. No podemos encontrarlas, los poblados están vacíos.

Tú sigue haciendo como si no estuviera, deja caer Fifi con suavidad. Como si fuéramos tan diferentes.

Ibrahim se detiene en seco, en un momento su rostro se crispa y todo rastro de lamento cede al rencor. Dile que tengo que hablar con él, le pide a la cocinera, y se aleja a zancadas.

Fifi suelta una risa corta, amarga. Unas nubes claras sobrevuelan sus cabezas y, por un instante, surge una brisa fresca que levanta polvo. La cocinera estira las piernas, abatida y cansada; la vitalidad que suele asomar en sus ojos inteligentes es ahora cautela. Observa todo lo que la rodea, se vuelve al menor sonido.

¿Tú crees que es cierto?, pregunta Fifi al cabo de un rato. ¿Que estaremos a salvo si creemos en Dios?

Han asesinado a frailes y monjas, ¿verdad? La cocinera se sacude el polvo del vestido. ¿Y qué hace Dios al respecto? Echa una ojeada hacia el lateral y escruta el cielo con ojos entrecerrados. Temo por nosotras cuando regresen a por él, porque lo harán.

¿De dónde eres? Nunca me lo has dicho. Fifi se guarda de mantener la vista fija al frente, apartada de su sirvienta.

La cocinera espanta una mosca. Contempla los montes, atenta y

recelosa. El pueblo ya no existe, responde al fin. No queda nada.

¿Estabas allí cuando sucedió?

La dureza se cierne sobre el rostro de la mujer. Asiente. Y luego me llevaron a Yifag y me vendieron.

Fifi intenta tocarle el brazo, pero la cocinera se aparta y se ajusta el pañuelo a la cabeza. Unos minúsculos rizos canos le asoman alrededor de las orejas, pero cuando los oculta bajo la tela, parece que los años no pasan por ella.

Deberías andarte con ojo, añade en voz baja.

A lo lejos, el cortejo fúnebre desciende la colina, encabezado por un imam y un sacerdote, seguidos de Ibrahim y algunos *ascari*. Cuatro mujeres vestidas de negro avanzan tras ellos a cada lado. Son plañideras profesionales, vuelven al cielo caras expresivas, se golpean el pecho con el puño.

Se pondrá cada vez peor. Será más cruel con todo el mundo, especialmente contigo. Quítate de en medio, marchémonos.

Fifi se frota la frente y se enjuga los ojos. No puedo marcharme. Posa la mano sobre el brazo de la cocinera y la deja al ver que la mujer no se resiste. Ve tú, vete y busca un lugar seguro.

La cocinera niega. ¿Adónde se puede ir en este país? ¿Qué lugar queda para mí?

Ettore espera fuera de la tienda del coronel Fucelli, cámara en mano, como le han pedido. Carraspea y examina a los seis guardaespaldas nuevos que lo miran de arriba abajo. Son soldados de aspecto imponente, todos italianos, vestidos con el uniforme de los Camisas Negras. Son hombres a los que no había visto nunca hasta que llegaron tres días atrás y se apostaron sin hacer ruido junto a la tienda de Fucelli. Los rumores sugieren que son mercenarios de Asmara, de Massawa, que en realidad son antiguos Camisas Negras demasiado crueles incluso para el brazo más sanguinario del ejército. Tienen la mezquindad y las mandíbulas prominentes de los villanos del cine, uno luce una larga cicatriz que le recorre el lateral del cuello y otro un tatuaje de una pierna de mujer que le asoma de la manga.

Navarra, ¿piensa quedarse ahí como un pasmarote? La voz de Fucelli, cortante y bronca, atraviesa la lona.

Ettore pasa al interior, consciente del movimiento casi imperceptible de los centinelas, pendientes de su entrada. El olor que lo recibe le hace retroceder: agrio como la leche cortada. Suspendido, espeso como otro cuerpo, en la tienda bochornosa. Fucelli está sentado en el catre con la espalda recta, revuelve una pila de papeles. Lleva la camisa desabotonada y una mancha de sudor se le extiende por el cuello sobado. El vendaje que le rodea el cuello tiene manchas de yodo y una rosada línea de sangre. La luz mortecina tiñe el espacio de un amarillo pálido.

El coronel mira a Ettore y asiente. Tampoco es que no me lo esperara. Quizá fuera inevitable. Fucelli acerca el taburete que hay a su lado. Siéntese, Navarra, tenemos cosas que hablar. Tiene los ojos inyectados en sangre, hinchados. Me gustaría enseñarle una cosa.

Fucelli extrae una fotografía de un montón de papeles. Un intenso aroma a colonia impregna el aire cuando el hombre le extiende la foto. Tómese su tiempo. Una capa de sudor reluce encima del labio del coronel.

Es un primer plano de un anciano nativo, arrugado, de ojos vidriosos y rodeados de surcos profundos. En una mejilla, una nube redonda de lunares minúsculos. En la otra, una marca de nacimiento como la uña de un pulgar, una luna oscura suspendida en las cavidades descarnadas de su rostro delgado.

Llega un punto, comenta Fucelli, en que uno se da cuenta de que no intenta matar a nadie. No intenta defender una tierra, ni un fuerte, ni nada por lo que lo hagan salir a pelear. Sencillamente intenta sobrevivir, hasta que se acabe. Porque lo hará.

Fucelli señala la fotografía. Son prototípicos, absolutamente todos. Fáciles de categorizar. El aliento del coronel huele a café y a tabaco.

Ettore asiente. Sí, señor.

¿Está estudiando su idioma y no lo sabe? Fucelli atrapa la foto. Vamos, mírelo bien. Un tigray típico. ¿No ve la nariz? ¿Los ojos? Se la arroja sobre el regazo. Fíjese en esta de aquí, prosigue, y saca otra imagen del mismo fajo de documentos. Un afar, reconocibles por el peinado. Extrae otra más. Y esta, continúa, agitándola delante de Ettore, esta es magnífica, ¿no le parece? Fucelli habla atropelladamente, sacando foto tras foto y desechándolas en el suelo, sin preocuparse de que Ettore pueda verlas.

Al cabo de un rato, el coronel se detiene y contempla el desorden a sus pies. Esparce las fotos de una patada y se pone de pie. Lo llaman Foto, ¿me equivoco? Muy agudo. Pero dígame qué es lo que se nos está escapando. Fucelli se saca un cigarrillo suelto del bolsillo y se lo lleva a la boca. Se mueven como ratas, son difíciles de atrapar. Esta es la única manera de tenerlos quietos. Una fotografía. ¿Lo entiende? Gesticula hacia el retrato del anciano.

Sí, señor. Ettore baja la vista y observa al hombre, aún en su regazo, en busca de características distintivas.

Fucelli recoge una foto del suelo. Una mujer joven mira enfadada a la cámara.

Fíjese en esta. Roma sigue presumiendo de nueva colonia, pero apenas podemos mantener Adís Abeba intacta. Todo lo demás sigue siendo zona de guerra y esta gente parece dispuesta a seguir luchando a pesar de que su emperador se haya marchado. Pero no me cabe duda de que también le habrán llegado los rumores.

Ettore se aparta, aunque el coronel no se le ha acercado.

Fucelli exhala una larga bocanada y contempla el humo desplegarse y evaporarse ante él. Los refuerzos están de camino, dice despacio. Construiremos la cárcel un poco más lejos, más arriba, y lo haremos bien. Sufriremos más ataques, pero estamos preparados. No tardaremos en tener prisioneros y usted es el fotógrafo, no yo. ¿Me he explicado bien o tengo que hacerle un dibujo?

Creo que lo entiendo, señor.

Vaya a ver a mi convoy en cuanto llegue. Empezaremos a documentar esta nueva prisión desde el inicio. Dejaremos constancia de todo. Se acordarán de lo que hicimos para levantar este imperio. Puede retirarse.

Sí, señor. Ettore se pone de pie y saluda.

Preséntese al pie del cerro mañana a primera hora. Sólo hay una carretera que va de aquí a Aksum, no tiene pérdida.

*

Para el viejo Jembere, el *soldato* encaramado a lo alto de la colina que apunta hacia la carretera de abajo con su cámara no es más que otra estampa peculiar en un país donde impera la confusión. El *soldato*, sofocado por el esfuerzo, llegó justo después del amanecer, zigzagueando por el estrecho sendero donde él, Jembere Kefyalew, esperaba un día más para frustrar al enemigo. Jembere tuvo que apartar la bicicleta de la pista para que el *ferenj* pudiera pasar, y le ofendió la falta de respuesta a su saludo, aderezado con toda la parafernalia que corresponde a un militar victorioso. ¿Qué sabrá ese lo que cuesta ganar una guerra?, piensa ahora el anciano mientras ve al *soldato* echarse hacia delante y enfocar una carretera vacía. Si mira, no verá más que a un anciano con una bicicleta hecha trizas. El *ferenj* es como la mayoría de los *ferenjoch:* demasiado vanidoso e ignorante para saber que él es Jembere Kefyalew, leal servidor del difunto emperador Menelik, soldado de confianza de la difunta emperatriz Taitu, guerrero orgulloso dispuesto a cumplir su promesa vital y no permitir jamás que Etiopía caiga en manos extranjeras.

Cada día desde la invasión de Mussoloni, Jembere se ha puesto sus mejores galas y ha salido a detener el avance *ferenj*. Aguarda los convoyes en la oscuridad y contempla cómo el sol se derrama por el valle. Trepa al cerro más alto para poder atisbar cuándo se acercan los italianos y calibrar la distancia. Muchas mañanas, la espera ha sido en vano, pero sabe que eso también forma parte del curso de la guerra. Algunos días, los aviones se abaten en picado entre los árboles y planean sobre montes y chozas. En un principio, los tomó por dragones y se echó al suelo de rodillas para rezar y alejar al diablo. Pero incluso entonces, Jembere Kefyalew, leal servidor del difunto emperador Menelik, soldado de confianza de la difunta emperatriz Taitu, guerrero orgulloso de Etiopía, no faltó a su promesa de mantener su país a salvo. Se plantó bien tieso mientras los aviones trazaban lentos círculos alrededor de su tierra. Se negó a inmutarse. No movió un solo músculo mientras se dirigían como rayos hacia él, rebosante de alegría, ajeno a ellos. Ni siquiera agachó la cabeza para evitar un ala traicionera que

cayó en picado. Se limitó a cargar el arma y apuntar, y después los dejó alejarse traqueteando, amedrentados por su diligente fortaleza.

Hoy vendrán los convoyes, ya tiene claro el patrón: primero los aviones, después los camiones, luego los *soldati* con sus pesadas botas de cuero que pisotean esta calzada que un día formó parte de la tierra que había de pertenecer a su hijo. Se siguen unos a otros como en una danza torpe y él, una vez más, estará preparado.

*

El convoy se ha parado. Las columnas de soldados a pie se han detenido. Cuesta distinguir algo en esa nube de polvo, pero ese viejo con un traje andrajoso y una bicicleta oxidada es fácil de ver. Está frente a la hilera de camiones en punto muerto que se despliega ante él como una plancha metálica que recubre la tierra. Un espectáculo silencioso en el valle. Ettore alarga el cuello para ver mejor. Los *camionisti* se asoman enfadados a las ventanillas. Algunos empiezan a tocar la bocina.

¡Venga, muévete! ¡Quita de ahí! *Vai via!* ¡Jembere, aparta del medio de una maldita vez!

Empieza a apretar un calor constante, asfixiante entre el humo, el polvo y el ruido.

Ettore mira alrededor, nervioso, en busca de indicios de otro asalto, pero no percibe movimiento ni sonido en las colinas circundantes. Las frondosas manchas de verdor más próximas están tranquilas. Los árboles se alzan apacibles y pintorescos. Sólo un ave solitaria se eleva sobre el paisaje ondulado, como una cometa grácil que surca los rayos tempranos del sol. Todo está tranquilo excepto por la escena desconcertante que se desarrolla ahí abajo.

El aspecto del viejo es de lo más estrafalario. Va vestido con un frac y unos pantalones de paño descoloridos de un sucio tono grisáceo. Lleva una camisa bien tallada de cuellos altos que un día ciñeron impolutos su cuello esbelto. Le faltan todos los botones salvo uno. La camisa ha amarilleado con el tiempo y donde habría ido una pajarita hoy cuelga una fina cinta negra. Un cordel le sujeta los pantalones a la cintura para que le queden a la altura perfecta, justo entre los tobillos y sus pies descalzos. Es una aparición de una era olvidada, un adorable fantasma al borde de la desaparición. Justo delante de él, un hombre de complexión robusta se apea de su camión, lleva

unos pantalones cortos y una camiseta cedida, las botas desabrochadas y los calcetines arrebujados en los tobillos. Otros tantos descienden de las traseras de más camiones, las columnas se disgregan en grupitos de hombres que se acercan al frente para curiosear. Se forma un gran corro alrededor del hombre.

Ettore levanta la cámara para sacar una foto y se detiene en seco. No es el viejo lo que atrae su mirada. Son las mujeres al margen, que están viéndolo todo. Vestidas de blanco, rígidas cual centinelas, colocadas en una fila impecable que domina el alboroto. Su llegada sigilosa a la colina casi parece un regalo, esa oportunidad de capturar lo que Fucelli intentaba explicarle en su tienda. Ettore dispara y ve al conductor que ha bajado primero de su vehículo volverse hacia él y saludarlo.

Le hace gestos a Ettore. ¡Ven a conocer a mi viejo amigo Jembere! Sonríe y se saca un pañuelo del bolsillo para enjugarse la frente.

Ettore baja el cerro hasta la carretera y se acerca.

He conocido a casi todos los periodistas de la zona, le dice el camionero. Tiene unos ojos bondadosos, una boca afable. Venga, saca la foto si quieres, antes de que lo quite de en medio.

El viejo es uno de esos nativos que oculta su edad tras unas arrugas diminutas y unos ojos chispeantes. Su tez tiene la suavidad del papel, unos finos pliegues que recubren huesos delicados. Ettore da un paso atrás y enfoca. El viejo entrecierra los ojos y lo mira. Cuadra los hombros y junta los pies. La mano que agarra el manillar de su vieja bici herrumbrosa se tensa. Es impermeable a la amenaza acuciante que lo rodea.

Jembere, *amico mio*, ¡no me lo asustes! El conductor suelta una risilla.

El sol es una sábana de luz amorosa que cae por los hombros del nativo y deja centelleantes toques de plata en su enmarañado cabello cano. Ettore asiente mientras corre el carrete. Jembere no responde, no parpadea. Ettore se le acerca un paso, intentando imitar uno de los retratos de Fucelli, y ve la rabia que refulge bajo esa expresión adusta. Nada en él transmite debilidad ni una plácida vejez. Podría ocurrir cualquier cosa. El nativo podría cargar. Y un pensamiento: ¿Y si este viejo no es más que una distracción puesta por los etíopes?

Se vuelve hacia el camionero. ¿No tienes miedo de un ataque?

El camionero suelta una carcajada. Si su fusil ni siquiera funciona. Vuelve a sacarse el pañuelo y a secarse el rostro. Se dirige al anciano. Jembere, *ibakot*, le dice, y continúa titubeando en el idioma nativo. Lo

rodea con el brazo. Una vez tuve que sacarlo de la carretera. Ligero como un chiquillo. Le da una palmadita en el pecho. Venga, *amico mio*. Hay ternura en su voz. Son como niños, no lo olvides. Coge la bicicleta de Jembere y la deja al borde de la calzada.

Ettore los contempla inmóvil, entonces levanta la vista y ve a las mujeres que echan a andar y se pierden por la otra cara del cerro, tan sigilosas como llegaron.

Jembere dirige una última mirada a los soldados y a los camiones y sale de la carretera para recuperar su bicicleta. La cola de su chaqueta aletea al viento, su espalda está erguida.

El coronel Fucelli le pide a Ettore que lo acompañe por una cuesta que lleva a las peñas que dominan el precipicio en la zona donde están construyendo la cárcel nueva. Da un paso con precaución y se coloca en el centro del hueco que hay en forma de uve, mira hacia abajo y luego se da la vuelta. Detrás apenas queda espacio para otro paso. No hay más que un trozo de tierra del ancho del pie de un niño, a continuación la caída en picado.

Van a tender una emboscada a los camiones. Su intención es derribar lo que construimos. Hacer desaparecer lo que levantamos. Roma quiere que los amenace como si se tratara de simples bandidos, pero ellos combatirán como los hijos oscuros de Apolo. Memnón contaba con la protección de Zeus, ¿por qué no lo entienden en Roma? Se quita las gafas de sol.

Unas nubes se reúnen en lo alto a medida que el frío cae en las montañas. Los mirlos se estremecen y emiten graznidos desde las copas planas de los árboles acarrascados.

Ettore procura no quedarse mirando a Fucelli. En su uniforme se revela un contorno poco natural. La chaqueta se le abulta ligeramente en la cintura. Han estado circulando rumores: que ahora lleva dos cinturones, que la emboscada lo ha vuelto tan paranoico que ya no duerme por las noches. Algunos *ascari* han empezado a cuchichear y afirman que está movilizando a un batallón secreto, a bandidos mercenarios que aterroricen a etíopes e italianos por igual. Han empezado a decir que su querida está entrenada para matar con veneno que imita el sabor de la cerveza y el vino. Que su cocinera sabe cómo mezclarlo con la comida. Que juntas esperan las órdenes de Fucelli para probarlo en las raciones de los soldados, seleccionando a aquellos que él crea que tienen más probabilidad de traicionarlo.

Navarra, venga a echar un vistazo. Fucelli coloca una mano en una de las rocas. Estira el otro brazo para intentar alcanzar el otro lado. ¿Puede sacarme una fotografía así?

La luz de atrás es lánguida y uniforme, descolorida por las nubes y la altura.

Es bastante espectacular, observa Ettore. Retrocede unos pasos. El coronel Fucelli es una silueta mínima eclipsada por un paisaje imponente. La uve que se abre revela las ondulantes cordilleras, con el horizonte que desaparece entre nubes violentas. La parte superior se expande hasta que el espacio entre esas rocas acechantes permite que el cielo entre a raudales. Justo encima, dos pájaros surcan majestuosos el viento.

A ver, *soldato*, échele un buen vistazo, le pide el coronel después de unas cuantas tomas. Ettore se pone a su lado, consciente de la brisa que le abofetea la cara, de la fuerza amenazadora que podría empujarlo hacia abajo si se diera la vuelta en el ángulo preciso. En el borde hay una cualidad magnética, una fuerza succionadora que emana del desfiladero. Apoya las manos en una roca para paliar la sensación de caer hacia delante. Se atreve a mirar: el paisaje no tiene fin, se extiende mucho más allá de lo que ve, con varios picos puntiagudos. El hecho de que sea imposible vislumbrar la longitud de la caída es una idea que le hace temblar las piernas. Vuelve a sudar, incluso a pesar del frío.

Navarra, ¿cuánto cree que tarda el etíope medio en llegar abajo?

Sólo sobresalen piedras afiladas en el recorrido hasta el fondo del profundo precipicio. No hay senderos fáciles.

Son buenos escalando, señor. Son rápidos y saben cómo moverse por el terreno, pero aun así, creo que tardarían bastante.

Fucelli lo rodea con un brazo y se lo acerca, clavándole los dedos con fuerza. Piense, Navarra. Si los empujáramos, ¿cuánto tiempo? ¿Cuántos hombres podríamos cargarnos en un día? Esa es la cuestión. Su padre debió de enseñarle a hacer el cálculo, estoy seguro. Por cierto, ¿aún conserva el trabajo? Ya sabe cómo están las cosas en casa. Es tremendo.

¿Perdón? Desde Italia han llegado voces de que han aumentado las restricciones que se aplican a los judíos, de que habrá una purga futura de profesores judíos en las universidades, de que se establecerá una oficina gubernamental que gestione el «problema judío» del país, sin embargo, sus padres no le han dicho nada. No ha recibido ninguna carta.

El viento alisa el pelo de Fucelli y se lo echa hacia atrás, confiriéndole un aspecto pulcro que transforma sus ojos recelosos en una mirada de odio. Se limpia las manos en la camisa y se las mete en los bolsillos. ¿Cree que podría fotografiarlos a media caída?

*

Leo Navarra a su hijo, Ettore Navarra, el día que parte a la guerra:

El rey Minos dijo: Dédalo, mi fiel servidor, construye un laberinto del que sea imposible escapar. Oh, tú que resuelves acertijos magistralmente, erígelo de tal manera que pueda capturarse y retener aquello que sea humano y animal a la vez. Gran Dédalo, tú que tienes una mente trepidante,

métete en ese laberinto sinuoso. No permitas que nadie vea la solución a la escapatoria. Mantén el secreto oculto a todo el mundo, incluso a ese chico que se sienta a tu lado y observa, deseoso de desplegar un par de alas y echarse a volar hacia el sol.

Y dime, Ettore, cuando Dédalo construyó el laberinto, ¿cómo podría haber llegado a imaginar que él mismo sería encarcelado? Lo que erijamos, hijo mío, nos seguirá hasta el final. Construye cosas buenas en África. Construye aquello que quieras llevar siempre contigo aquí: y su padre le da unos golpecitos en el pecho uniformado mientras suena el bocinazo del *Cleopatra,* las multitudes claman y se despiden de los soldados que parten. ¿De verdad crie a un hijo para que fuera soldado?, pregunta Leo Navarra mientras da un abrazo rápido a Ettore y se da la vuelta.

*

¿Cuántos años han pasado desde ese día? Ettore desvía la vista de la cárcel y pega la espalda contra el árbol que crece como un soldado solitario en el extremo opuesto del llano. Atrás, en un sendero, un grupo de aldeanos observa en mudo desconcierto las actividades de los obreros. Intenta concentrarse en escribir una carta a sus padres e ignorar la presión que ejerce la cámara sobre su pierna, el recordatorio constante de todas las fotografías que no ha tomado hoy, las fotografías que el coronel Fucelli espera de él. Papá, están construyendo una cárcel que no recluirá a prisioneros. Arrojarán al cielo a hombres sin alas. Pondrán a prueba las leyes de la gravedad y del terror y me exigirán que fotografíe el ascenso y la caída. Crearemos a Ícaro y lo lanzaremos al sol.

Ettore hace una pausa para observar las maniobras de dos obreros con una tabla de madera al subir el último tramo de la cuesta. Han despejado un espacio para los cimientos, hay una pila de piedras y rollos de alambre para construir un muro fortificado junto a la parte de tierra alisada artificiosamente.

Cada noche debería presentarle un rollo de película a Fucelli para que lo envíe a revelar a Asmara. Sin embargo, hoy, el cuarto día de esa tarea, es también el cumpleaños de su padre y ha esperado noticias de su familia cada vez con más ansiedad. No ha llegado nada.

Un silbido brusco le llega por encima de la cabeza y alza la vista. Uno de los conductores de los camiones señala hacia la cresta donde había

algunos etíopes. Gesticula como un poseso. Ya no hay nadie. Ettore se pone de pie y coge la cámara, guarda el cuaderno en la mochila y corre hacia el *camionista.* Se han relajado demasiado, hasta los guardias que envía Fucelli a controlar la obra se han estado resguardando en cualquier rincón a la sombra, aburridos de la monotonía después de tantos días.

Se han ido, así, sin más, dice el conductor haciendo un chasquido con los dedos y limpiándose la cara con el extremo de la camiseta sucia. Mira preocupado alrededor. ¿Deberíamos irnos? Se pone la gorra, luego se la quita y se la mete en el bolsillo trasero. ¿Te has enterado de lo que ha pasado en Adís Abeba?

No se ha hablado de otra cosa: las implacables represalias por el intento de asesinato del virrey Rodolfo Graziani. Es como si los sospechosos se hubieran esfumado. Han detenido a miles de personas. Los incendios se propagan en la capital e incluso en pueblos del macizo, algunos duran hasta tres días. Civiles y *soldati* por igual tienen carta blanca para hacer lo que quieran con cualquier etíope que se encuentren en la calle. Jan Meda y otros campos de las proximidades de Adís Abeba se están llenando de fosas comunes. Por los ríos flotan cuerpos quemados. Las cárceles están desbordadas y se han enviado solicitudes a todas las bases militares del país para acelerar la ejecución de la pena de muerte de algunos presos. Camiones llenos de prisioneros: hombres, mujeres y niños cruzan las montañas en dirección a los campos de concentración de Danane y otros emplazamientos que no constan en los mapas.

En las bases militares abundan el miedo y la paranoia. Las crudas represalias de Graziani han abochornado a Roma. Los detalles de las masacres se exageran en los periódicos, entre susurros en las hogueras y en los bares de África Oriental y Libia. Y, ahora, el último rumor: los guerrilleros cobran fuerza. Aumentan en número debido a esos actos vengativos. Los campesinos afirman haber visto a su emperador. Lo han visto en las montañas del norte, reuniendo más tropas.

Ettore niega con la cabeza, en un intento por tranquilizar al conductor. Al coronel Fucelli eso no le preocupaba, le asegura. Y normalmente tiene muy en cuenta todas las posibilidades.

Eso es cierto: Fucelli, al enterarse de las leves lesiones de Graziani y de su respuesta despiadada, simplemente se había reído. ¿Y si hubiera estado en mi lugar cuando me atacaron esos salvajes?, le había preguntado a Ettore. Ese hombre es un cobarde, siempre lo ha sido. Y esto es como matar

a una mosca de un cañonazo.

Es este lugar, continúa el conductor, meneando la cabeza. Es este lugar, me muero por volver a casa. Es que han desaparecido, repite. Luego se interrumpe, vuelve a decir que no con la cabeza como desconcertado por un enigma, y se dirige hacia un grupo de obreros que los observa desde el claro, en busca de señales de alarma.

Interludio

El emperador enciende una cerilla y alza la vista hacia el cielo nublado sobre su nuevo hogar en Bath, Inglaterra. Cierra la mano alrededor de la llama. Intenta retenerla mientras el calor se le acerca a la palma y unas punzadas le recorren la columna. Se pone a murmurar un canto para contener la abrumadora agonía. Pero luego: no puede evitarlo y retira la mano, derrotado. Menea la cabeza, en agradecimiento a este momento privado. ¿Qué significa quemar por completo a un ser humano? Esa es la pregunta que lo ha despertado repentinamente a estas horas previas al alba de un nuevo día. ¿Qué significa oír los gritos de una casa engullida por las llamas y tener un fusil para disparar a cualquiera que escape de ella? Y, ¿es verdaderamente posible que esos italianos estén arrojando niños a esas mismas casas y chozas que arden? ¿Qué clase de dios crea a hombres como esos? ¿Qué milagro puede detener ese mal y devolver a esos extranjeros a sus malditas casas?

Su residencia en Bath es grande, está construida con piedra y madera y rezuma olor a óxido y a flores marchitas. Tiene muchas habitaciones con paredes revestidas con paneles y una escalera que conduce hasta su familia durmiente. En el extenso césped de la parte delantera, donde mira hacia las colinas que se parecen al paisaje que se despliega en Harar, aún le cuesta convencerse de que está aquí, en Inglaterra, y tan lejos de su hogar.

Su ciudad arde. Su país está desmoronándose. Tanto civiles como militares italianos están perpetrando una carnicería con su pueblo. Cree oler el humo incluso desde la distancia. Oye los camiones que arrastran con cuerdas a cuerpos con vida hasta la muerte.

Justo detrás, sobre el alféizar de la ventana, en su pequeño diccionario de inglés, revolotean las palabras que ha intentado encontrar para expresar mejor este horror: paralizante, aterrador, humillante, escandaloso, desconcertante. Matar: quitar la vida, asesinar. Apariciones espectrales han transitado a su alrededor desde la noche anterior, haciéndole señas para que vuelva a Etiopía: Haile Selassie, Jan Hoy, Teferi, estamos esperando. ¿Adónde ha ido? Teferi, Haile Selassie, regrese a casa.

Los montes que le devuelven la mirada en Bath no tienen compasión. El hogar está en todas partes. Y cada mañana en este país ha sido como la primera, una espiral incesante hacia el abatimiento, la luz del sol ha sido una tímida pulverización detrás de las nubes perseverantes. Se despierta en una cama grande en un extremo del abismo que lo separa de su esposa. Se levanta, con cuidado de no despertarla, y mira el cuarto vacío. Lee la Biblia y reza, después se viste y se pone un *shamma* sobre los hombros para aliviar el frío persistente. Se enfrenta al día sabiendo con qué se encontrará: el mismo clima gélido, la misma luz apagada, las mismas pesadas gotas de lluvia que le caen encima como un dedo acusador.

Sus combatientes se han adentrado más en las montañas. Carlo Fucelli está construyendo una extraña cárcel en Debark, su campamento cuenta con una artillería y unos refuerzos excesivos. Kidane ha montado base cerca de allí. Sus hombres seguirán luchando con el mismo fervor de siempre, pero necesitan armas, necesitan su ayuda. Se preguntan dónde está, Majestad, Haile Selassie, Teferi, ¿dónde está?

Está aquí: encorvado ante el altavoz mientras la radio de Londres anuncia las masacres en Adís Abeba. También está aquí: agazapado entre columnas de humo y gritos, preparándose para cargar contra el enemigo que avanza. Está aquí, también, en su ciudad que arde lentamente, encontrando su camino entre las casas destruidas y las fosas comunes que van dejando esos sanguinarios a su paso. En Bath, en su casa que lleva el nombre de Fairfield, al emperador Haile Selassie no le cuesta imaginarse las chozas y los edificios arrasados por el fuego, los árboles astillados por las bombas, los campos de *teff* y sorgo envenenados y calcinados por los gases. Sin embargo, no puede imaginarse lo que los italianos hacen a los seres humanos, a su pueblo, a los niños de una generación nacida para levantar el país. La emperatriz, sus hijos y sus consejeros se reunirán enseguida alrededor de esta misma radio y se inclinarán para escuchar las noticias como si sus cuerpos pudieran empaparse de cada detalle que llega con un sonido sibilante. Aunque él, el emperador, Jan Hoy, Haile Selassie, Teferi Mekonnen, lo único que quiere es levantarse, irse a otra habitación a cruzar un océano, entrar en su puerto y acercarse sigilosamente por el macizo para decir a su pueblo que ha regresado para luchar. Sin embargo, está aquí, donde no hay sol, donde todo aquello que respira sobrevive en la sombra.

El entrenamiento de Minim se intensifica: Kidane lo obliga a ponerse de pie y a sentarse, a caminar y a girar. Le coloca los brazos en los costados, las manos delante y le une los índices y los pulgares formando un sutil triángulo. Aster observa de cerca y hace ajustes, inclinándose ante Minim y esperando su señal para levantar la cabeza. Juntos, la pareja le sujeta el mentón, le coloca bien los hombros e interrumpe sus miradas a Hirut, que está atrás. Controlan sus sonrisas, le enseñan cómo debe comportarse con los súbditos jóvenes y con los soldados heridos, le recuerdan una y otra vez cómo responder a soldados, campesinos y nobleza.

Eres nuestro padre, le dicen Kidane y Aster. El país está lleno de hijos tuyos. Tú eres el sol y nosotros caminamos bajo la luz de tu gracia. No lo olvides, no te conviertas en menos de lo que eres. ¿Acaso no oyes lo que está ocurriendo en tu país? Tú debes ser todas nuestras esperanzas.

Minim comienza a andar más recto, a dar pasos más calculados e iguales. Se yergue, levanta la barbilla y aprende a pestañear como si siempre hubiera estado bajo un sol cegador. Ahora se levanta por las mañanas y espera solemnemente a que Hirut le sirva el café. Vuelve la cabeza cuando se acerca y se limita a hacer un gesto para comunicar su aprobación. Empiezan a moverse juntos, una atada a las órdenes mudas del otro, una sigue mientras el otro insinúa la dirección que deben tomar. Cuando Kidane y Aster vuelven a sus respectivas rutinas, Hirut y Minim no necesitan palabras para entenderse, no hace falta ningún sonido para saber qué pide quien dirige a quien lo protege.

Cuando Worku y los otros emisarios cruzan el país con partes sobre más represalias y cuerpos abandonados hasta la putrefacción en las horcas italianas, Hirut y los hombres y mujeres suben montaña arriba para entrenar de noche. Blanden sus puñales mientras van a la carrera y señalan el cuello del enemigo. Hirut sopesa su fusil mientras galopa en el caballo de Kidane. Apunta la lanza mientras *Adua* acelera campo a través y cuando Aklilu se apresura para detenerla, ella da una patada tan cerca de su mandíbula que él suelta una exclamación de sorpresa. Siguen noche tras noche hasta que Hirut ve que su miedo ha perdido fuerza. La rutina alivia el terror. Se acostumbra tanto a los ejercicios con los puñales que se encuentra practicándolos a la luz del día: mientras recoge leña y transporta agua, mientras sirve café y lleva la comida al emperador. Su cuerpo se amolda a sus requisitos, su mente se adapta a las nuevas lealtades y sucede de manera casi natural, hasta que no cuesta nada imaginarse una silueta que tropieza y

cae. Es una persona nueva e inmaculada, libre de sangre y temor. Está completa. Piensa en el rostro de Kidane iluminado por un rayo de luz en la oscuridad. Se lo imagina encarcelado por cien sombras cambiantes y ella la reina de ese dominio tenebroso. Sopesa el puñal con pericia mientras él suplica que lo libere. Se lo desliza por el cuello trazando un arco y, cuando él se levanta, debido a un milagro, a la mala puntería, a la falta de fuerza, Hirut ya no flaquea, sino que lo repite una y otra vez, esmerándose por conseguir la venganza perfecta.

Libro tercero

REGRESOS

Foto

La cárcel: un edificio que parece una caja de madera encogida rodeada de una alambrada: una ventanita, prácticamente sin aire, sin la misericordia de la luz. Allí, entre dos rocas gigantescas, más allá de un breve sendero que conduce hacia el olvido, Fucelli señala una forma oscura en el cielo, con la boca y los ojos bien abiertos, con ese rostro pálido deformado en una mueca de crueldad jubilosa. Por encima de su cabeza, un pájaro sorprendido sale como una flecha hacia arriba, hacia el sol. Los *soldati* y los *ascari*, siluetas amenazantes esculpidas en la sombra, se inclinan hacia la forma de prisionero que cae en picado grávido por la desesperación. Dos camionetas encuadran la escena como puestos de guardia, con los parabrisas y los neumáticos salpicados de barro, con la lona bajada que revela a dos hombres más, atados con cuerdas y aterrorizados, esperando el vuelo.

Foto

Un chico joven, de hombros huesudos y cabeza grande, tiritando a pleno sol. Labios agrietados, boca abierta, ojos desolados en un rostro demacrado y famélico. Un dedo fino alzado al cielo, un gesto de paciencia, de tiempo, de compasión, de esperanza.

Foto

Una mujer encorvada sobre un bastón, una pierna paralizada le cuelga por debajo del vestido largo. Una hilera de trenzas que se dispersan en espesos y oscuros rizos. Unos tatuajes le adornan el cuello y la mandíbula. Cardenales cerca de los ojos; en la boca, un hilo de sangre reseca que le llega hasta la oreja. Está a media frase, con la lengua contra los dientes, curvada sobre una palabra perdida para siempre.

Foto

Un hombre joven, enfurecido y orgulloso, con el pelo despeinado volando libre al viento. Pómulos afilados, mentón fino, ojos entornados sin miedo a lanzar una mirada de odio al fotógrafo. Apunta con el dedo: una acusación, una condena eterna.

Foto

Dos. Una mujer joven abraza contra su pecho a un hombre mayor. Unos rasgos delicados desencajados por el miedo, hinchados por los puños. Una boca que cae a un lado por un golpe del que ha brotado la sangre y se ha coagulado en un mechón de pelo. Un vestido manchado. El hombre mayor: la versión masculina de ella, el rostro oscurecido por el sol, los rasgos rígidos, estupefactos, un corte delgado que le baja por la nuca, la sangre gotea sobre la camiseta que hace mucho dejó de estar limpia.

Un álbum de los muertos

Gemelos, atados espalda contra espalda. Un hombre joven captado en pleno movimiento, su expresión se ve borrosa excepto la boca abierta. Un chico, desgarbado y de espalda ancha, con las manos entrelazadas en un gesto de súplica. Una mujer mayor, desafiante, inmóvil, con el mentón alzado y la mirada encendida. Un hombre, con el rostro desfigurado por los golpes, rasgos fragmentados e hinchados. Una pareja: la esposa se agarra al marido, con el rostro escondido en su hombro, la camisa rasgada de él expone un corte largo y furioso. Dos hombres jóvenes, con una espesa mata rizada que les llega al cuello, cogidos de la mano, cara a cara, sólo tienen ojos el uno para el otro. Un hombre joven, rígido como un soldado, el nacimiento de los rizos oscuros encuadra un rostro apuesto y colérico. Un hombre joven, estudioso, con monóculos, tiembla y sacude la cabeza en una nebulosa de rasgos difuminados. Un hombre joven, con las manos atadas a la espalda, los hombros se le avanzan en un gesto doloroso, el cuello esbelto hacia delante, la boca fruncida para escupir. Una chica. Una mujer joven. Una monja. Dos mendigos con la boca abierta. Tres jóvenes diáconos, con la mirada fija. Una chica. Otra. Un hombre joven, su hermano, su padre, caras idénticas reconfiguradas por los golpes, igual de hinchadas. Una chica que se retuerce del miedo, la coronilla, la expresión desencajada por la angustia y la confusión. Una chica, una mujer, un hombre joven, un anciano, un hombre y su esposa, una familia de tres, un hombre mayor desafiante, un hermano y una hermana que se niegan a soltarse, una mujer con la espalda doblada, un chico alto, ágil. Un hombre ciego, con la mirada opaca. Gemelos, otra vez, atados espalda contra espalda.

Firma: *Ettore Navarra*, *soldato e fotografo*

Firma: *Colonello Carlo Fucelli, Ricordi d'Africa*

A Ettore no le cuesta más que salir de la fila y alejarse de la camioneta del correo para imaginarse de vuelta en casa en la mesa de la cocina con su padre, ambos inclinados sobre una hoja en blanco mientras su madre cocina, la mano de su padre envuelve la suya, ambos agarran un lápiz al que acaban de sacarle punta y a él le late fuerte el corazón, temeroso de cometer un error. Déjame ver tu caligrafía, *figliolo*, querido hijo, déjame ver cómo escribes el abecedario. El padre de Ettore le coge la mano y la guía por la página, coloca cada letra entre los marcadores, las líneas finas y rectas, las curvas se hinchan como globos. Ettore, imagínate la forma de una palabra como si imitara la de un pensamiento. Deja que tu mano fluya, como el agua en un río. No te rindas. Aprenderás a seguir el ritmo con tu pensamiento, perseguirás tus ideas con una caligrafía clara y siempre firme.

Ettore se queda mirando el sobre. Todos los años de espera se agolpan. Le tiemblan las rodillas. Suda a pesar de la brisa fresca. Aunque no deja de limpiarse los ojos hasta que le duelen, no logra enfocar la vista. Vuelve a mirarse la mano, tiene la palma abierta: esta es la primera carta que ha recibido de su padre desde que embarcó en el *Cleopatra* y se fue a la guerra. Todos los mensajes anteriores estaban filtrados por su madre: Tu padre te echa de menos, tu padre ha comprado un mapa de Etiopía, tu padre dice que te quiere, tu padre pregunta si los informes sobre la reanudación de los ataques son ciertos, cada noche dice tu nombre antes de irse a dormir.

Ettore se apresura hacia la cantina y se desploma contra la pared del edificio, el ralentí de la camioneta del correo es un ruido irritante en su cabeza, el humo de la gasolina lo marea. Echa un vistazo a su alrededor pero nadie presta atención. Todos los demás se acercan al cartero y a su saco de lona, del que extrae montones de sobres mientras va gritando nombres. Ettore se encorva sobre la carta: el nombre de su madre está en la esquina superior izquierda pero se trata de la mano de su padre. Nadie más hace unas letras como si estuvieran en una carrera por llegar al otro extremo del papel. La velocidad de escritura de Leo Navarra siempre ha sido la maravillosa confirmación de su asombrosa inteligencia. Y ahí está su nombre, bien claro, justo en el centro del sobre, *PARA: mi hijo Ettore Navarra*. No está el sello del censor, esta carta ha logrado esquivarlos.

Palpa los extremos del sobre y recorre las marcas sólidas y firmes que componen su nombre. Lo abre con cuidado, rasgándolo por el lado más largo. Luego despliega la carta, procurando no alisar las dobleces firmes, y comienza a leer:

Querido hijo mío, hay algo que debes tener en cuenta mientras leas esto: siempre he sido consciente de quién soy. Conozco perfectamente los costes de mis decisiones y comprendo quién ha sufrido las consecuencias. Espero que algún día podamos sentarnos y tenga el valor de explicártelo todo. Por ahora, te escribo por fin para decirte lo siguiente: fui otro antes de que tú me conocieras. Tuve otra familia antes que tú, otro hijo y otra esposa. Tú eres mi segundo hijo, el primogénito de tu madre. No te he hablado nunca de mi vida anterior porque he aprendido a creer que lo que existe es lo que importa. Lo visible es lo que cuenta.

Pero tú, hijo mío, ni siquiera sabes cuál es mi verdadero nombre. Mi primera esposa, Anya, habría querido que te lo dijera. Mi segunda mujer, tu madre, Gabriella, comprende mi prudencia. Sabe lo mucho que puede contener una palabra.

Lo que puedo decirte es esto: una noche en Odesa, bajo una luz tan tenue que tú podrías haber fotografiado las sombras de los fantasmas, terminó mi antigua vida. Después de perder a mi primer hijo, no sabía quién era. ¿Cómo se llama a un padre sin hijo? Si hubiera encontrado el nombre lo habría cambiado por el de Leo. Cuando tenía más o menos tu edad, me fui de mi ciudad natal, en Ucrania, y me mudé a Odesa por amor. Después me vi forzado a darle la espalda a causa de todo lo que la ciudad destruyó. Salí de Odesa siendo judío y entré en Venecia, ateo. Cuando me escapé, lo que intenté hacer fue alejarme tanto como pude por tierra, a pie. Solo. Obligué a mi cuerpo a soportar todo el dolor y la necesidad que fuera capaz de aguantar. Fue mi intento de penitencia. Busqué mi propio perdón por seguir con vida. Habrás oído a tu madre susurrar sobre los pogromos de 1905. ¿Es importante que te dé detalles? ¿Qué puedo decirte al respecto excepto que van a volver y que no he logrado protegerte?

Hay personas que están hechas para estar en la distancia, Ettore mío. Yo soy uno de ellos y me temo que tú también. Buscamos límites. Si tenemos suerte, nos toparemos con personas lo suficientemente generosas para acogernos en su seno. Tu madre lo ha hecho conmigo. Cada noche me deja que le coja la mano en la oscuridad. Me sujeta hasta que me duermo. Ella se queda despierta hasta que yo estoy seguro de que no hay humo que se cuele en casa. ¿Hay mayor gesto de amor que ese? ¿Hay mayor acto egoísta que el que le impongo cada día?

Esto ya te lo he dicho: todo cuerpo visible está rodeado de luz y sombra. Siempre nos movemos por este mundo atraídos entre las dos. Sé que tú no lo me has comprendido nunca. Mis instrucciones te han parecido duras e

implacables, llenas de preguntas, irreductibles. Pero tú has vivido sin miedo, de modo que siempre te has sentido con derecho a juzgar. Yo me lo he tomado como prueba de que he hecho algo bien. Tu padre creó una familia y una vida nuevas sin agachar la cabeza. Crio a un hijo para imaginarse un futuro mejor. Eso ha sido suficiente.

Ettore, sé testigo de lo que está sucediendo. Que tu vida sea un acto de desafío. Regístralo todo. Hazlo de manera implacable, con esa tozudez y precisión que son tan características de tu padre. Por eso te regalé tu primera cámara. No permitas que esa gente olvide en qué se han convertido. No dejes que den la espalda a sus reflejos…

… ¿Por qué te cuento esto? Estas no son las palabras de un padre que está a punto de morir. ¿Qué entiendes de lo que te he dicho?

Querido hijo mío, tu madre está en la cocina mientras yo estoy en mi estudio.

Ella, también, está escribiéndote una carta que pondrá en una caja que guardamos para ti. Escribimos por separado porque ahora tú te has convertido en el portador de nuestros secretos. Tu madre y yo sabemos mucho el uno del otro. Ya no podemos guardar conocimientos nuevos. No podemos aguantar otra verdad. Ella no podría soportar mirarme si creyera que tengo otra capa más que no ha visto. Te digo esto porque no volverás a vernos. Tan seguro como la luz que arde en mi despacho, no veré a mi segundo hijo, hermano de un fantasma, hijo de un fantasma. No regreses, Ettore. No importa lo que oigas, no repitas la historia de tu padre en el lugar que llegó a llamar hogar. Quédate en Abisinia. Encuentra al hombre en quien te convertirás. Esta no será mi última carta, pero será la más sincera. Siempre te he querido. Tu padre,

LEO

*

Le duele el pecho. La cabeza le da vueltas. Se sacude incontrolablemente, es un ritmo desagradable y despiadado a un tiempo. Ettore observa la firma de su padre, las letras son abruptas y recortadas, apresuradas e inclinadas. Vuelve al comienzo de la carta: Querido hijo mío. Querido hijo mío. Se apoya en la pared de la cantina, pega la cabeza contra la superficie firme. Intenta recorrer la lógica de los pensamientos de su padre, las implicaciones tras sus preguntas: *¿Qué entiendes de lo que te he dicho? ¿Es importante*

que te dé detalles? ¿Cómo se llama a un padre sin hijo? Ettore vuelve a la carta, se fuerza a leerla, se fuerza a que el peso recaiga en cada recuerdo que tiene de su padre, en sus instrucciones implacables y su desaprobación interminable, hasta que su propia vida se hunde bajo todos los hechos y suposiciones que había dado por sentados. Porque no puede escapar de ese detalle inexorable: no es el hijo que su padre quería y puede que no lo llegue a ser nunca.

*

Y por eso se queda en la cantina y espera las camionetas de prisioneros que llegan cada día. Quiere estar entre los que se rendirán y acto seguido darán vueltas como ceniza hacia el olvido. Los fotografiará cuando de repente sean conscientes de sus límites. Se buscará a sí mismo en sus siluetas retorcidas agitándose y quebrándose en la caída. Ettore se detiene al pie del camino que sube al precipicio, esperando que la camioneta llegue arriba. El vehículo se ha parado. Está perezoso, el motor se queja. El conductor saca la cabeza por la ventanilla y gesticula, después vuelve a meterla lentamente. Es entonces cuando Ettore se fija en la criada de Fifi. Está bloqueando el paso y hace gestos con una cesta en la mano mientras avanza. Se mueve sin prisa, con seguridad, y saluda al conductor. Mete una mano por la ventana abierta, luego se va atrás y apoya en el parachoques la *agelgil* redonda y chata que llevan los nativos.

Saca unas hojas y las distribuye deprisa entre los prisioneros. Echa un vistazo hacia atrás por encima del hombro y al reparar en Ettore, se pone de lado para que no vea cómo mete el brazo de nuevo en la cesta y acto seguido en la parte de atrás de la camioneta. Se mueve tan deprisa que cuesta ver qué hace exactamente. Se detiene y vuelve a mirar a su alrededor, luego se da la vuelta y habla con urgencia. Escucha algo que le dicen los prisioneros. Asiente. Luego se va agarrando la cesta contra el pecho. No mira a Ettore. Es fácil dar por hecho que ha rezado por ellos y ha escuchado sus confesiones. Sin embargo, hoy, Ettore sabe que no es eso, sino otra brecha en el orden natural de las cosas.

*

La cocinera pasa a cada uno de los prisioneros un montoncito de polvo

envuelto en hojas de *khat*. Preparaos para estar en contacto permanente con la muerte. Vais a morir, pero no les entreguéis vuestro miedo. No supliquéis.

Los prisioneros están atados de pies y manos, pero se acercan a ella tanto como pueden y la observan aterrorizados con el valle iluminado por el sol que se expande a sus espaldas. Día sí día no, llegan cinco por lo menos. Entre las dos y las tres de la tarde. Los suben hasta la cárcel cerca del precipicio a las tres y media. Los fotografían delante a las cuatro en punto. Proceden a atarlos de nuevo y les sueltan la ropa que pueda engancharse. Esperan en la prisión recién construida hasta que los empujan por el barranco entre las cinco y las cinco y media, proporcionándole la mejor luz al *soldato* Navarra. Todo sincronizado por los relojes que a los *ferenjoch* les encanta obedecer. Ella ha empezado a intentar preparar a los que llegan en cada camioneta, con la esperanza de transformar su ingenua esperanza en firme convicción.

Tomáoslo ahora mismo, les dice a los recién llegados. Masticadlo bien y tragáoslo para convertiros en ángeles y aprender a volar. Se niega a hablar entre susurros aunque sabe que Navarra está mirando; Fifi ha sobornado al conductor y a los otros guardias.

Lo que ve en la parte de atrás de la camioneta: hombres y mujeres, niños y niñas, todos desorientados, todos asustados, no están preparados para saltar al vacío en cuanto los arrojen.

No hay escapatoria, insiste la cocinera, pero podéis llegar al otro lado. Tomaos esto, es una mezcla de *astefaris* para que no penséis. Les da otra bolsita más, mordiéndose el labio para cortar el temblor.

Moriré por Etiopía, afirma uno de los jóvenes.

Yo no he hecho nada malo, ¿por qué estoy aquí?, pregunta una chica.

Dígale a mi madre que me ha visto, suplican todos.

La cocinera niega con la cabeza y alarga una mano para ponerla sobre la pierna de quien tiene más cerca, un anciano con una camiseta vieja que se estremece. Vais a morir innecesariamente, *abbaba*. No vais a morir por ninguna causa porque sois inocentes, y ellos no recordarán vuestro nombre.

Mira al resto. Pero decidme quiénes sois. Decidme vuestro nombre despacio, repetidlo tres veces, y me encargaré de que se os dé a conocer. Os convertiré en un recuerdo digno de la caída. Decidme cómo os llamáis. Decid vuestro nombre mientras os fotografíen. Decidlo mientras saltéis al vacío y aprendáis a volar. No permitáis que olviden a quienes han matado.

Luego se escabulle y lleva los nombres a Fifi, que los transcribirá en un libro que le ha cogido a Carlo Fucelli y, juntas, lo enterrarán en el suelo de la tienda de Fifi, pondrán encima el catre y, cuando la guerra termine, lo sacarán y dirán los nombres, uno por uno.

*

Ettore espera a que desaparezca la cocinera y avanza a zancadas hasta la parte trasera de la camioneta. Da un golpe con los nudillos en el parachoques para llamar la atención del *camionista*. Voy a echar un vistazo.

Mete la cabeza en la zona de carga cubierta con una lona y da un respingo con la oscuridad repentina, abrumado unos instantes por el hedor a sudor y madera, a tierra y sangre seca. Ettore aparta la vista: nunca había mirado directamente a los prisioneros. Los ha visto a través de la lente y con el único propósito de encontrar la luz perfecta: su valor se medía con el equilibrio entre las sombras y la nitidez. Ha encontrado la manera de no oír sus súplicas y maldiciones cuando giran, con el equilibrio de un bailarín, al borde del precipicio para esa última foto, la imagen final que muy probablemente sea la única que les han hecho en toda la vida. Cada fotografía se ha convertido en un juramento que se ha faltado a sí mismo, una brecha en las defensas que levantó para dar la espalda a lo que es realmente: un archivista de obscenidades, un coleccionista del terror, un testigo de todo aquello que rompe la piel, que perfora la determinación y que deja muertos a los seres humanos.

Al examinar la camioneta con la carta de su padre ardiéndole en el bolsillo de la camisa y en su corazón, Ettore ve eso que ha de entregarse, ese envoltorio forzado a reconocer su propia existencia precaria. Le embarga una oleada de compasión por los prisioneros que le devuelven la mirada desconcertados y desesperados. Quiere alargar la mano, coger la del anciano que tiene más cerca y encontrar la manera de explicarle que él no quiere hacerles daño. El cuerpo está contenido por sus extremidades, quiere recordarle al señor. Todos somos finitos por naturaleza. Lo que le pasará hoy a usted es lo que nos pasará a todos al final. Se romperá y caerá, pero luego ya no le deberá nada más a este mundo.

Mi propia ruptura, añadiría si pudiera hacerse entender, ha sido una caída lenta y progresiva hasta el fondo. Ha sido un descenso interminable que empezó con estas palabras: Tome una fotografía, *soldato*.

Sin embargo, Ettore se queda callado y se limpia la ceja, el calor es más asfixiante que nunca. Deja que se le ajuste la vista: no son distintos a todos los demás, hombres y mujeres de edades variadas y un niño que se aferra a la mano de su padre. Un foco duro de luz recae sobre la camisa del muchacho: está llena de manchas de hierba, como si se hubiera caído corriendo, como si hubiera tropezado con algo y hubiera rodado a toda velocidad antes de que su padre pudiera atraparlo. Todos están masticando algo, mueven las bocas en una lenta sincronía, triturando bien antes de tragar.

¿Qué es eso?, pregunta. Le sorprende la dureza de su voz, la manera tan fácil que tiene de convertirse en el *soldato* que quiere Fucelli. Lo natural que ha sido virar a la crueldad. El poco esfuerzo que ha supuesto venirse abajo con los titulares que declaran a todos los judíos enemigos y espías. Lo fácil que ha sido leer esos pasquines en defensa de la prohibición de que los judíos tengan negocios e incluso se dediquen a la fotografía, para luego desatar su ira impotente sobre estos prisioneros que temblaban delante de él. Lo sencillo que ha sido para el coronel Fucelli insinuar que él no pertenece a este lugar. Que puede que no sea italiano. Que la obediencia es su única esperanza.

El padre del niño se señala la boca y se encoge de hombros, entrecierra los ojos y la mirada empieza a ponérsele vidriosa. Es medicina, le dice.

Una de las mujeres deja caer la cabeza y sonríe.

El chico señala a Ettore y grita «*Viva l'Italia!*». Se le empiezan a sacudir los hombros de reprimir la risa y los demás se suman.

Se trata de un sonido que detiene a Ettore. Da un paso atrás, estupefacto por esa indecencia, esa vulgar ligereza. Los prisioneros esperan que responda y lo miran con burla y desprecio, esas criaturas patéticas que aún no son conscientes de su destino. ¿Cuál es el milagro del hombre aparte de esta sombría determinación ante el terror? Sería sencillo darse la vuelta y volverse a su tienda hasta la hora de subir la cuesta y tomarles las fotografías. Sería sencillo fingir que hoy era un día como cualquier otro. Sin embargo, Ettore contempla sus expresiones plácidas, recorre con la vista sus rasgos aletargados, su ropa sucia, su pelo despeinado, y lo que ve es la confirmación de algo que le dijo su padre hace tiempo: El único camino es ir hacia delante, hijo mío. Es la única escapatoria verdadera.

Foto

Un niño con una camisa manchada apoya la mejilla sobre una peña como si fuera el pecho de su padre. Mira a cámara, inocente y curioso, con los labios como si estuviera a punto de dar un bocado, de lanzar un torrente de palabras, un grito de socorro o una carcajada. Se tambalea con una mano sobre la superficie dura de la piedra, tiene un dedo apuntando hacia arriba, es un gesto de acusación y una petición de paciencia. Tiene los taloncitos apoyados en el borde del precipicio, sus dedos anchos se aferran desesperadamente a la tierra. Lo que se expande ante él es majestuoso e imponente: un paisaje vasto de altas montañas y rocas despiadadas, un barranco abierto que desciende y del que no se ve el fondo, es vertiginoso incluso en ese vistazo congelado. Su rostro: un conjunto de rasgos borrosos y tiernos; sacude la cabeza más rápido que la velocidad de obturación, va de la izquierda a la derecha y de nuevo a la izquierda en una mezcla de desafío y terror.

Lo que no se puede capturar: que repite su nombre hasta la caída libre final, Zerihun, Zerihun, Zerihun, y que el eco de su voz es el lamento fúnebre de la tierra: el territorio templando su crueldad.

*

Pronuncian sus nombres y exigen saber el suyo. Se arrastran hasta el borde y luego se desploman con carcajadas sin sentido. La luz fluctúa entre sus siluetas indolentes: cuerpos inestables que se hunden en una neblina. Ettore se acerca, se arquea, ordena a los *ascari* que los hagan estar quietos, pero es imposible conseguir una toma fija. El último empujón es desesperado. Es un alegato a la normalidad, una vuelta al control y al dominio. Los prisioneros se inclinan hacia el abismo de puntillas con huesos flojos, aliviados y desgarbados, y lo único que Ettore puede fotografiar son siluetas extrañas que se comban en el vacío, que gritan sus nombres a un abismo que multiplica sus voces, un coro repetitivo y ensordecedor. Se derraman por el precipicio como si se deslizaran por debajo del agua, como si se ahogaran y

subieran a la superficie a por aire, dan vueltas entre un sueño extasiado y una pesadilla paralizante: formas fantasmales de palabras impronunciables; marcas oscuras contra el cielo.

Años después, en ese café del puerto de Alejandría, Ettore le explicará a Khairallah Ali que en realidad en la carta que recibió no se revelaba nada de la vida de su padre. Cuando le pregunte por Leonardo Navarra, se forzará a reconocer que sigue sin saber suficiente de él. Mi padre siempre fue un desconocido para mí, le dirá. Lo conocí a través de sus preguntas, no de sus respuestas. Ettore también confesará, después de una pausa tensa, que a veces también se pregunta si hubo más cartas que no llegaron nunca, otros mensajes de su padre que se perdieron por el camino. Mi padre era un hombre de pocas palabras y muchos significados, añadirá también. Pero estoy seguro de que hubo más correspondencia donde me habría contado más cosas. Él no habría hecho tan pocas preguntas.

Ettore tiene razón en parte: efectivamente Leo Navarra escribió a su hijo todo sobre sí mismo en numerosas cartas. De hecho, para él fue una sorpresa romper su silencio y exponerle todos los aspectos de su existencia. Se escribió para llegar a ser. Tanto el pasado que había decidido abandonar sin mencionarlo como el que dio por muerto y enterrado. Leo escribía frenéticamente. Y en los momentos en los que quería escapar y volver a dejarlo todo atrás, seguía escribiendo. Cuando terminó porque no podía decir nada más sin repetirse, metió todas las cartas en una caja. Gabriella y él la guardaron y esperaron el regreso de Ettore. Esa es la caja que Khairallah Ali le entrega en Alejandría mucho tiempo después de la guerra. Se la había dado un amigo de Venecia con instrucciones de encontrar al periodista egipcio que quizá conociera al famoso fotógrafo italiano cuyos padres fueron capturados por los alemanes y a quienes enviaron primero a Risiera di San Sabba y después a Auschwitz. Esa es la caja que Ettore abre y donde busca repetidamente las otras cartas.

Sin embargo, la noche cuando Leo tuvo por seguro que realmente empezaba a oler humo en su país de adopción que era Italia, se levantó de la cama, se metió en el cuarto de Ettore y sacó todas las cartas de la caja. Se fue a la cocina y cogió las tijeras de un cajón. Aguardó hasta que fue capaz de controlar sus temblores. A continuación puso cada hoja entre las afiladas cuchillas plateadas y empezó a cortar. Destruyó hasta la última carta, concienzuda y minuciosamente, y después barrió el suelo. Dedicó horas a ello, consciente de que Gabriella estaba junto a la puerta con su camisón, desolada. A la mañana siguiente, se sentó a escribir otra carta. Era mucho más sencilla, más concisa, más propia del hombre que era en ese momento. Después metió en el buzón el sobre dirigido a su hijo y se fue a dormir

hasta la hora de la cena.

Por eso cuando Ettore ve la carta de su padre en Etiopía, una parte de él se da cuenta de que ve a un hombre roto. Ve la prueba en la caligrafía pequeña y perfectamente uniforme: Leo Navarra ha intentado despojar su letra de sus florituras habituales y eliminar cualquier sentimiento que pueda revelar demasiado de sí mismo. Ha intentado borrarse de nuevo de su pasado y dejar sólo lo estrictamente necesario dentro de las líneas. En realidad, también ha dejado un reto final para su hijo. Se ha escondido entre las palabras, se ha metido en cada espacio y en cada margen, y ha escrito de tal manera que aún es capaz de suplicar que lo encuentre, que lo rescate y que lo sujete –por una vez– al tenue resplandor de la luz.

Breve historia de Leonardo Navarra

No es que supiera todo lo que no podía decir. Ni que distinguiera con claridad meridiana los hechos deducibles de los detalles que únicamente pueden cobrar forma por medio del sonido. Leo Navarra, nacido Lev Naiman el 19 de abril de un año corriente e indeterminado, ni siquiera estaba seguro de que aquello que callaba mereciera el honor de tal tratamiento. Como tampoco sabía a ciencia cierta que la vocalización le hiciera favor alguno a aquello que elegía pronunciar. En su fuero interno siempre había sido muy consciente de la distancia infinita que separa esos dos polos de expresión. Había asistido a demasiadas omisiones desacertadas y alusiones desatinadas en las conversaciones paternales. Cuando era un niño, las palabras de sus padres, tanto las contenidas en gestos mudos como las que salían de bocas vociferantes, quedaban suspendidas en la periferia de su campo visual, a la espera de que tropezara con ellas.

El día en que Leo, nacido Lev Naiman de dos padres exhaustos en una casa de madera destartalada, aprendió a hablar, su madre afirmó que no se estrenó con los sonidos habituales en las lenguas nuevas que practican un idioma. Una y otra vez la mujer refirió a sus amistades que aquel día radiante, su hijo, asombrosamente despierto para su edad, se volvió sobre su cadera izquierda, la miró a la cara y le espetó: Todos debemos sufrir nuestras consecuencias.

Cuando Maksim, el agotado padre de Lev, llegó a casa una noche para encontrarse a su hijo repitiendo esas mismas palabras, se sentó a la mesa, apoyó la cabeza entre las manos y musitó: Ha nacido en Izium, que un día fue Iziumchik y antes fue otra cosa perdida para su generación. No ve que el suelo con otro nombre es el mismo suelo. Se figura que una palabra puede alterar una forma. Pero has de enseñarle, amor mío, que será la tierra la que cargue con nuestro sufrimiento cuando muramos. La tierra sigue siendo la misma, independientemente de cómo nos llamemos. Y lo que Maksim quería decir, comprenderá Lev con el tiempo, era que: sólo la tierra recordará quiénes fuimos, la tierra es lo único suficientemente fuerte para soportar la losa de la memoria. No basta con cambiar de nombre para

convertirse en desconocido, uno debe ir allí donde la tierra ha sido siempre una extraña para aquellos que comparten su sangre.

Lev Naiman; también llamado: Leonid Novski; también llamado: Leonardo Navarra, esposo de la adorable Anya (21 de marzo de 1881-19 de octubre de 1905), padre del pequeño Boris (25 de noviembre de 1902-19 de octubre de 1905), que pasó su último día de vida dormitando en el abrazo aterrado de su madre, mientras su padre regresaba a casa trastabillante, llamándolos por las calles en llamas de Odesa, y subía a la carrera las escaleras llenas de humo hasta que de su boca no podía salir ni aire ni palabras. Leo, padre de Ettore, marido de Gabriella, italiano orgulloso, ateo eterno, creyente acérrimo en los hechos y los detalles, y partidario convencido de que todo lo que se ve ha de ser necesariamente verdad, escribió una carta a su único hijo con vida e incluyó en la página una vida medio oculta. Lo hizo persuadido con la seguridad de un fanático de que el texto acabaría descifrado y descubierto. Sin embargo, aquel no resultó ser el caso, tal y como Khairallah Ali comprendió sentado en un café de Alejandría con Ettore.

El acto en sí es insignificante, un detalle nimio, como un padre que sienta a su hijo en lo alto de un montón de leña y retira uno de los troncos de la base. No hay sensiblería en la orden de Carlo Fucelli a Ibrahim: Consígame esa carta que Navarra no deja de leer desde hace dos semanas largas. Tráigamela enseguida, que pueda echarle un vistazo antes de que se percate siquiera de su desaparición. Eso es lo que hacen los hombres a los que tienen bajo su mando: empujan, aprietan y esperan para ver lo que tarda el niño en ceder. Lo hacen porque pueden. Porque con eso consiguen que ese muchacho distraído sea más maleable y asombrosamente obediente. Las fotografías de los prisioneros no han sido tan regulares como debían. Ettore Navarra está sacando menos que antes. Según los *ascari*, se pasa el tiempo apoyado tras el árbol de raíces gruesas que está un poco apartado del precipicio mientras los despeñan.

Ibrahim le entrega la misiva a medianoche, se la coloca en la mano y aguarda a que termine de leerla. Carlo no le pregunta cómo se ha colado en la sección italiana sin levantar sospechas. Confía en su destreza, su ciego acatamiento de cada orden. Lo hace esperar mientras vuelve a leerla una y otra vez y el efecto sigue siendo el mismo: las frases son claras, pero la emoción se le escapa en cada punto, cada nuevo pensamiento se desintegra para cuando llega a la coma siguiente. No hay nada a lo que pueda aferrarse para analizar. Es una carta en la que el significado aflora a la superficie bajo una luz tenue y desaparece, es el mensaje íntimo de un padre a un hijo, de un padre a sí mismo.

Carlo Fucelli se sienta frente a su escritorio y deja el documento a un lado. Coge el telegrama urgente que anuncia la llegada de un equipo del noticiario del Luce a la misma hora en que, según los mensajes que han interceptado, Kidane tenderá una emboscada a su campamento por orden de Haile Selassie. Los etíopes atacarán mañana, debe permitir que la cámara lo grabe todo. El coronel se frota los ojos, mientras medita sobre los próximos pasos, sin dar crédito a su buena suerte. Finalmente, cuando Ibrahim carraspea con tos discreta, le devuelve la correspondencia de Navarra. Al volver a mirar hacia el telegrama, se encuentra extrañamente desprovisto de lenguaje, fatigado, cuando despide con un gesto a su *ascaro* y lo oye darse la vuelta y salir, como un leve zumbido en la noche.

Al día siguiente, Carlo sale a zancadas de su oficina para recibir al equipo del Luce. Por orden de Roma, tiene que darles acceso completo a todos sus hombres, permitirles filmar el enfrentamiento y velar por su

seguridad. Italia no debería seguir luchando contra estos rebeldes. Esta guerra ya ha sido declarada una victoria para Il Duce. A estas alturas, el frente del norte debería estar subyugado. Que las cámaras vean la fortaleza italiana. Carlo comprueba que lleva abrochados todos los botones de la chaqueta, se ajusta el casco, se limpia las gafas de sol y se coloca un cigarrillo entre los labios. No debe pasar por alto ningún detalle, desde su apariencia hasta su interpretación: debe representar el papel que ha deseado toda su vida, esa esencia del liderazgo que tanto ha trabajado para exhibir en Etiopía. Debe ser el adalid heroico, el enemigo implacable, el comandante aguerrido al mando de un ejército invencible.

Sin embargo, algo en la carta de Leo Navarra le ha removido la memoria. Como si se la hubiera escrito a él, al hijo-fantasma que perdió, un hombre que hoy resurge de las llamas y las cenizas para enfrentarse a sus adversarios. Leo Navarra le ha presentado algo nuevo: un afecto paternal sin un asomo de burla ni de decepción.

Hoy, antes de la batalla, este detalle se le antoja arrebatadoramente potente, quizá incluso fatal: hay cosas que siempre ha ignorado de los hombres adultos, de aquellos que cuidan de los niños que se convierten en hombres. Este desconocimiento es como una enfermedad silenciosa descubierta demasiado tarde, una herida infecciosa que lo ha corroído en lo más hondo cuando creía que no era más que un rasguño. Su padre era un hombre difícil, víctima de su carácter competitivo, pero Carlo Fucelli había dado por sentado que así era la mayoría de padres. Ver esa reserva dolorosa en los recordatorios de Leo Navarra a su hijo ha sido ver un amor y una adoración demasiado vastos para caber en meras palabras. Ha sido ver lo que le ha faltado durante toda su vida.

Por eso Carlo insiste en que el equipo de grabación realice tomas largas de él frente a su cárcel, uniformado, orgulloso y bravo. Esto va por los hombres como su difunto padre, que confundían el miedo con la cobardía, las lágrimas con la debilidad, y que achacaban a la blandura de corazón el odio silencioso que un hijo aprendía a alimentar hasta que llegaba el momento de marcharse de casa y embarcarse hacia Tripolitania. Va por ellos, *ragazzi*, quisiera decir Carlo al equipo de grabación, por todos aquellos que ponen en duda las leyendas que escribiremos tal día como hoy, por todos los que se niegan a creer que un hombre corriente es digno de merecer el recuerdo de un héroe. Hoy va por todos los que no piensan que sea posible levantarse desde el colapso absoluto y seguir caminando con los

dos pies.

Enfoque de cerca, le dice Carlo Fucelli al cámara mientras sus hombres montan las barricadas. Grabe hacia arriba, despacio. Quiero tomas de la prisión y un barrido hacia la derecha para que salga el precipicio. Grabe desde la perspectiva de los rebeldes. Y unos fotogramas del paisaje antes del ataque. Los abisinios están de camino y vamos a defender nuestro país como no lo habrán visto en su vida. Voy a darles una batalla propia del Imperio romano, del gran conflicto de Troya. No pienso enviar los tanques ni los cañones para que los machaquen antes de acercarse. No pienso traer a los aviones para que los rocíen con gas mostaza mientras se visten para el combate. Lo haremos igual que nuestros padres, que consiguieron la victoria para Italia sin más armas que unos fusiles con bayoneta y sus propias manos. Enfoquen de cerca y graben planos largos. Prepárense para un esplendoroso despliegue de valentía. ¡Miren! Observen al enemigo ahora, en el polvo que se levanta en el horizonte. Vean su fortaleza, pero no se equivoquen: vendrán igual que Memnón vino a por Aquiles. Y, como él, morirán.

Así empieza la emboscada: con el lento ascenso de la sombra de un monarca desde la cumbre elevada de una montaña. Con la imagen borrosa del emperador captada entre el traqueteo y los crujidos de una cámara, reflejada en el destello de una lente para rebotar entre niebla y lomas. Mientras el ejército de Kidane, tanto los nuevos reclutas como los combatientes avezados, se prepara para disgregarse en grupos que rodearán a los italianos, el rey en la sombra y su escolta femenina aparecen en lo alto de esa cresta y miran hacia abajo. Los soldados alzan la vista y guardan silencio, turbados por la presencia del emperador Haile Selassie, enmudecidos por la imagen de la guardia que da un paso al frente, resplandeciente con su uniforme.

Susurros: Ha vuelto. Aquí está. Jan Hoy liberará a su pueblo. Luchará con nosotros, liquidará al enemigo y reclamará su trono. ¡Está aquí!

No temen el estruendo creciente que recorre el valle desde el campamento italiano. Los ruidos no importan. En cambio, dirigen la mirada hacia Hirut, su nueva imagen de la Madre Etiopía, la representante de todas las que han sobrevivido a la guerra para empuñar las armas y combatir o para aventurarse al campo de batalla y cargar a los heridos. Las tropas se postran a sus pies. Hunden la frente en la tierra. Maldicen los rumores que sostienen que el emperador ha huido a territorio extranjero. Dan las gracias al Todopoderoso por que su líder haya regresado para guiarlos en la batalla. Y se comprometen a luchar hasta la victoria o la muerte.

Hirut mira de reojo a Minim, que se retira despacio, hacia el otro lado del cerro, que se aleja de la línea que abrirá el ataque. La tropa se ha dispersado, ha tomado posiciones y nadie se ha percatado de que el emperador se ha esfumado. Resulta casi imposible distinguir su delicada silueta entre la nube de polvo que se despliega a su espalda como una capa. Hirut se estremece al verlo marchar y repara en Aster, a unos pasos de él, que hace lo mismo. Es casi demasiado para soportar: los nervios y el terror, la llamada y el peligro, el honor y el deber. Se vuelve hacia Aklilu, a su vera, su mirada firme la tranquiliza. El joven responde a su gesto de asentimiento con una sonrisa y, juntos, contemplan a los combatientes en el valle. Entonces ella se fija en Kidane. Estrecha la mano de Seifu, se inclina ante Amha, mira a Aklilu y después a Aster. Casi todas las mujeres que combatirán con ellos llevan vestidos. Hirut cree poder descifrar lo que Kidane está diciéndole a Seifu y después, por señas, a Aster, y lo que ella, a su vez, comunica a las mujeres que esperan sus órdenes, lo que ya les han

advertido los mensajeros: Los italianos están preparados. Esto no será una emboscada, sino una auténtica batalla.

Prepárate, le susurra Aklilu. Tú sígueme y no te alejes. Le aprieta el brazo, el contacto le infunde valor y detiene su temblor. Ahora tienes un fusil nuevo, el Wujigra funciona, y te has entrenado.

Cuando Kidane dé la señal, ellos cargarán contra los italianos mientras otro grupo, encabezado por Amha y Hailu, se desviará por la colina e irá al campamento de los obreros a pinchar neumáticos, robar herramientas y armas y cortar las líneas de comunicaciones. Prenderán fuego a las tiendas y matarán a los que se encuentren por el camino. Incendiarán esa prisión abominable y tirarán el alambre de espino por el precipicio.

Hirut se prepara. El valle se expande. Empieza el zumbido en los oídos. Está sudando. Deben atravesar el valle a la carrera y trepar la siguiente loma para iniciar el asalto. Han de cruzar una amplia explanada en la que cualquier cosa puede pasar, en la que todo es posible.

Tranquila, calma. La voz de Aklilu es un soplo de aire fresco. Sé fuerte, soldado aguerrida, estoy a tu lado.

Y entonces: el destello, una estrella caída, un rayo que cabrillea en el agua.

Kidane se da media vuelta y se inclina hacia el enemigo, se abalanza colina abajo, con gracilidad, sin esfuerzo. Sus pies son como alas, sus largos rizos restallan al viento como una corona oscura y mortífera. La tropa vira y sigue su rumbo, se echa para adelante y carga tras él al unísono, el valle a sus pies ya tiembla por adelantado.

Con un empujoncito de Aklilu, Hirut se ve arrojada al centro de la polvareda, donde hay más cuerpos que la arrollan por el costado, por detrás, que la rodean en su paso hacia el enemigo. Siente como si corriera sola, una figura solitaria que intenta no perder el equilibrio sobre rocas resbaladizas. Entonces tropieza en la hierba y, de pronto, está atrapada en su propia inercia. Se tambalea y se recompone. La zarandean hacia un lado, hacia delante y hacia atrás y sigue sin ver a Aklilu. Alarga la mano mientras baja la colina como un rayo, pero no hay rastro de él.

Espera, dice con un hilo de voz. Espérame.

No alcanza a ver nada más que el suelo bajo sus pies y esas piernas que la llevan hacia delante. Sabe que está corriendo, sabe que no grita, pero no alcanza a comprender cómo lo consigue estando paralizada en su interior. Intenta llamar a Aklilu, alzar la voz y pinchar el silencio, pinchar este

aturdimiento extraño, este ímpetu desbocado, pero el sonido no pasa de un suave zumbido que resuena en su cabeza, le desciende por la columna y le corta la respiración al tiempo que todo en este mundo se despliega a cámara lenta. Dispara, se dice para sus adentros. Dispara al enemigo. Pero esa extraña cacofonía interna la ciega y la ensordece, el mundo no es más que un contorno difuso que palpita entre nubes de polvo.

Hirut corre hacia el ruido. Huye de él. Se abalanza hacia la humareda y revolotea para esquivarla. Oye su nombre, acto seguido no oye nada. Llega a la línea de fuego y se desvía de un bandazo. Huele la sangre derramada y el aroma empalagoso de las flores nuevas. Gira como una peonza en medio del caos, impelida por el instinto, guiada por algo ajeno a ella. Me levanté dentro mí, *emama*, se oye decir, me levanté y corrí hacia el enemigo como un soldado y vi que allí no había nadie, vi que ya los había matado a todos sin pegar un tiro. Entonces Hirut es un torbellino, propulsado por la cólera y el miedo, es una silueta singular que se da de bruces con un cerro ahora vacío, que se aparta de la acción, que se aleja de su ejército, que avanza por su cuenta hacia una batalla distinta.

*

Está a un tris de chocarse con él, tan embalada llega que tiene que aletear para frenarse. Le vienen a la cabeza una ramita nudosa y un montón de boñigas duras puestas a secar al sol. El *ferenj* de rostro redondo vuelve la cabeza de una sacudida para mirarla, tan perplejo por su aparición repentina que no le da tiempo a ponerse de pie y subirse los pantalones. Su fusil yace a sus pies como una camisa tirada, tiene unas cuantas hojas arrebujadas en la mano. Está de puntillas, en un delicado equilibrio sobre un hedor que flota a su alrededor, tan intenso que Hirut se cubre la boca.

Ella retrocede con pasitos cortos, con el fusil a la espalda, mientras él la mira boquiabierto, incapaz de nada más que continuar la excreción que ya ha comenzado, indefenso en plena función corporal.

Ya me voy, musita ella, pero es incapaz de apartar los ojos. Nunca había entendido a los *ferenjoch* como seres reales. Esos extranjeros son misteriosas bestias de matar, vacíos de buena voluntad y de compasión, desalmados sin sangre en las venas, máquinas.

El hombre deja caer las hojas y agarra el fusil, con gestos lentos y torpes. Grita y su boca, rosada y suave, se abre, sus amígdalas tintinean con

el pánico de sus palabras.

Lo ha hecho cantidad de veces en sueños: se ha descolgado el fusil del hombro, ha apuntado y ha disparado a Kidane. Le ha incrustado una bala en el pecho y acto seguido se ha agachado para asegurarse de que estaba muerto. Lo ha matado muchas veces, día tras día, noche tras noche, mientras caminaba, mientras dormía, mientras comía y mientras se ocupaba de los heridos. Se ha preparado para la fuerza rotunda de la descarga. Ha tallado una línea en el cañón por un nuevo enemigo abatido. Lo ha ensayado tantas veces durante los entrenamientos con Aklilu, dormida y en sueños, que su cuerpo sabe exactamente qué hacer. Se imagina a Kidane y aprieta el gatillo.

Pam, dice al tiempo que estalla la bala que gira libre. Pam.

Y se aparta para evitar la convulsión de las piernas, la salpicadura de la sangre que se acumula en las hojas, la nueva pestilencia de la orina, el uniforme y las botas sucios. Pam. Y recoge el fusil, se lo echa a la espalda y corre.

Hirut se abalanza hacia la marabunta, hacia los gemidos de dolor. Acelera hasta que pierde la referencia y sólo puede seguir a ese cuerpo obediente que baja disparado la colina, que busca con toda su alma una resolución final. Cuanto más se acerca a la polvareda, más alto resuena el traqueteo de los fusiles a su espalda. Rebotan contra su columna, entrechocándose, produciendo un clamor que retumba por los cerros.

¡Hirut! Por aquí, por aquí. ¡Ten cuidado!

En el umbral de la cacofonía, Aklilu le dice con aspavientos que se aparte a un lado, lleva la pechera de la camisa rayada de manchas de sangre. Agita los brazos, se pasa una manga sucia por la frente para apartar el pelo que le cae sobre los ojos, empapado de la sangre que le brota de una herida abierta cerca de la oreja. Hay pánico en su mirada, aunque acorazado tras una gélida expresión de crueldad, y ambas emociones estallan cuando grita su nombre a pleno pulmón. Se aleja del revoltijo de cuerpos: uniformados y vestidos de blanco, con cascos y sin ellos, y, por un momento, Hirut cree que Aklilu le abre los brazos, la llama para estrecharla con fuerza y evitarle el dolor. Entonces repara en Aster en medio del tumulto, sepultada bajo la tierra y la sangre, y su mano aletea de arriba abajo, de arriba abajo, y la cuchilla relumbra con una rapidez aterradora.

¡Ayúdame! Aster es furia y es miedo entretejidos en un único cuerpo, un nudo de rabia inclinado sobre un hombre roto y renqueante.

Aklilu sigue haciéndole gestos para que salga de la contienda, Aster le hace señas para que avance. Hirut siente la llamada de la seguridad, sin embargo, uno de los fusiles se escurre de su espalda, aterriza en el pliegue del codo y ella, que no posee nada que sea verdaderamente suyo, comprende que es el único camino. Mira a Aster y asiente, le lanza el fusil que le sobra y carga contra la multitud de cuerpos, gritando con los ojos cerrados.

Tropieza con un par de piernas, aterriza con los codos y se raspa la barbilla con una bota sucia. Un codo se hinca en su mandíbula y sacude la cabeza hacia atrás, cegada por el impacto. Extiende la mano, intenta ubicarse, imaginar dónde ha caído. Es imposible distinguir cuerpos enteros. Hay piernas y brazos, torsos y rodillas. Trata de ponerse de pie pero Aster la embiste por la espalda con todas sus fuerzas mientras forcejea para quitarle un arma a un *ascaro*. Aster chilla e insulta al soldado, levanta un muro con el sonido, e Hirut siente que la empujan contra el suelo y la aplastan, y sabe que morirá así: aprisionada en una maraña de piernas. Levanta el fusil, intenta zafarse, pero no puede respirar y empieza a jadear, es una sensación asfixiante y familiar: verse atrapada en una noche oscura bajo el peso de Kidane. Sucumbe al pánico. Se le encoge el pecho y la emprende a codazos, a empujones y a patadas hasta que una mano toma la suya para sacarla de ahí, sigue tirando y ella se deja arrastrar porque ¿qué saben las chicas como ella de rebelión? ¿Qué saben las chicas como ella de resistencia? ¿Qué saben las chicas como ella más allá de vivir, obedecer y callar hasta que les llegue el momento de morir? Y, así, no se sorprende del todo cuando al fin alza la vista ante un Kidane con el uniforme empapado en sudor. Se la acerca al pecho, asiéndola del brazo de ese modo familiar. Hirut se aparta con brusquedad, percibe su confusión.

Y cuando él la agarra otra vez del brazo, señala hacia donde no hay cuerpos en lucha y pregunta: ¿Y qué pasa si estás embarazada? Tienes que ir con cuidado. Hirut siente que en su interior florece un terror fresco y virgen y se imagina completamente destructible y digna de la muerte a un tiempo.

No hay otro lenguaje salvo:

Pam. Recoge el fusil a sus pies, se golpea el pecho y hace ademán de apretar el gatillo. Pam. Mátame. Se seca las lágrimas de la mejilla y lo dice: Dispárame. Pam.

Y ya nota el alivio que se abre paso. Ese nudo tenaz formado en su

interior tanto tiempo atrás está empezando a deshacerse. La sensación es tan dulce que no puede evitar una sonrisa, entonces rompe a reír, se aleja dando vueltas, lo contempla regresar a la refriega. Pam, pam, por favor, dispárame. Está lo suficientemente cerca para verle las mejillas encendidas, las manos plagadas de cicatrices, el cuello sudoroso, los rizos negros apelmazados en la frente. No sabe dónde ha ido a parar Aster. No puede pensar. Ella está allí, donde debería estar, en el centro del mundo, girando libre, por fin.

*

Parapetado tras la barricada, encañonando a una loma vacía al fondo del estrecho terreno que se extiende ante él, Ettore ve un abisinio que avanza en su dirección como alma que lleva el diablo. Sobresaltado, mira a los demás *soldati*, que esperan para cargar contra el valle de abajo. Fucelli ha ido enviándolos por tandas, ha alargado la batalla para el cámara, ha prolongado el ataque y dispersado a los batallones por el campo, ha diseminado los puntos de contacto. El coronel estaba avisado de que llegarían refuerzos etíopes por detrás de la batalla central, y Ettore se percata ahora de que les van a proporcionar un telón de fondo de lo más cinematográfico para las escaramuzas varias que salpicarán el valle.

Ettore se coloca frente su arma, dirige la mira al rebelde. Calibra esa figura solitaria y desconcertante que avanza hacia ellos como un rayo, piensa en su imposibilidad. Debe de ser un actor enviado por Fucelli para la cámara, un recordatorio simbólico de la fortaleza italiana.

Mario presiona el fusil, las venas de los brazos se le hinchan por el esfuerzo de mantener el arma derecha. Entonces, levanta la cabeza despacio. Dios mío, susurra, Dios mío.

Un grupo de abisinios a lomos de caballos de coloridas monturas en lo alto del cerro de enfrente. Bajan la ladera al galope, como un rayo de luz y color: una decena de guerreros con el pelo alborotado, cuyos alaridos resuenan como un coro griego desafinado. A lo lejos, ese personaje improbable, con el pecho expuesto a los *soldati*, brincando entre las piedras y la hierba, incomprensible. Bello, incluso.

Y luego, otros diez jinetes más bajando la colina al galope, a punto de engullir a ese rebelde esbelto, y dejando al soldado solitario que se aparte de en medio como pueda.

¿Esto es de verdad?, pregunta Mario. ¿O es para la cámara? En el rostro que vuelve hacia Ettore antes de girarse de nuevo hay estupor y miedo.

El *zas* de la lanza: y un *soldato* hacia el fondo de la línea, detrás de la barricada, aúlla de dolor. Los soldados se echan para adelante, en tensión, y esperan a que Fucelli dicte órdenes de disparar. Apuntan a la colina, al soldado que se mueve dando bandazos entre los jinetes, turbado y turbador.

Pero los abisinios siguen apareciendo desde el otro lado del valle, ahora unos cuantos a pie, y siguen cargando contra ellos y sin embargo: sigue sin llegar la orden de Fucelli, no hay orden de disparar, no hay orden de hacer nada aparte de esperar a esos hombres, un centenar de rayos encarnados en humanos.

¡No disparen! El mandato viene de la línea. Que se acerquen más.

Fofi intercambia de hombro el fusil, del izquierdo al derecho, del derecho al izquierdo, con la cabeza gacha. Giulio resopla por los dientes, produce un siseo que se desliza por su fila como una corriente serpentina. Los *soldati* se inclinan hacia la polvareda cada vez más alta y el *crescendo* de los cascos. Se sobrecogen con el grito de guerra etíope, que se alza despacio, se hincha en el eco que les taladra los oídos. Ettore se balancea, de puntillas. Tiene los músculos tensos. La boca seca. En su cabeza rompen olas de ruido y pestañea para despejar la vista: pero lo que está viendo es real.

¡No disparen!

¿Qué es eso? Ettore levanta los ojos tan rápido que el casco se le cae hacia atrás. ¿Quién es esa?

El soldado solitario es una niña de facciones delicadas vestida de uniforme: una abisinia que levita sobre la hierba, que sortea sin esfuerzo a los jinetes, cautivadora y surrealista.

Fofi suelta el fusil, se lleva las manos al casco y se le dibujan unas gruesas arrugas sobre la frente. *Santa Maria*, está loca.

El cielo se ha abierto sobre esa singular visión y un claro de luz presagia su caída. Tras ella, los jinetes se han retirado. Se han colocado en línea recta, espléndidos con sus ropas blancas, con los fusiles y las lanzas en ristre contemplando a la muchacha.

Los *soldati* contienen el aliento mientras la niña talla un silencio incómodo en el valle. Del otro lado del cerro, en el valle siguiente, llega el fragor lejano de la lucha, de los gritos y los disparos, pero en este lugar donde la tierra se extiende plana y tapizada de verde entre dos picos

recortados, no hay nada salvo esa figura aislada que ralentiza la marcha hasta que camina, apabullada. Hasta que se queda a unos metros de ellos, justo enfrente de Ettore, golpeándose el pecho y diciendo: Pam.

Otro golpe en el pecho. Hay en sus movimientos un abandono temerario, una volubilidad que incita a pensar que saltará la barricada y le irá directa a la yugular.

Vete, dice Ettore, a falta de otra idea. Vete. *Vatene*. Corre antes de que te atrapen. Mueve la mano como si ahuyentara a un perro callejero, como si fuera un pensamiento que intentara olvidar. Repite el gesto y niega con la cabeza, perdido.

*

Ella está ahí como un regalo divino, como un sendero bañado por el sol que se abre justo a sus pies, que ruega a Carlo Fucelli dar ese paso hacia la gracia verdadera y eterna. Desde su posición, por encima de sus hombres, el coronel sonríe y llama con la mano al cámara, estratégicamente colocado para tener una panorámica del valle y de las barricadas. Se lo dije, le grita orgulloso. Ya le dije que le enseñaríamos algo nuevo. Entonces da la orden: Cogedla y traédmela.

Coro

Cantad, hijas, a una mujer y a miles de ellas, a las hordas que corrieron como el viento para liberar un país de venenosas bestias. Cantad, criaturas, a los que vinieron antes, a los que labraron la senda por la que camináis hacia soles más cálidos. Cantad, hombres, a la valerosa Aster y a la furiosa Hirut y a su luz cegadora en una tierra ensombrecida.

Cantad a los que ya no están,
Cantad a los gigantes que permanecen entre vosotros,
Cantad a los que están por nacer.
Cantad.

Hirut va dando tumbos por el páramo, gira más y más rápido y se aleja de todo lo que conoció hasta ser una extraña para sí misma, hasta ser una figura desconocida que deambula por una tierra calcinada e infinita, entre los restos carbonizados de una lejana vida pasada. Sólo se detiene cuando una cuerda le golpea el puente de la nariz y se le escurre hasta la clavícula. Hirut mira la soga, confundida, mientras empieza a ceñírsele. Antes de que pueda darse la vuelta, unas botas recias le propinan una patada por detrás. Se desploma, con una caída torpe, fea. Tiene encima a un italiano pálido y sudoroso, que llena el espacio entre el lugar donde se encuentra en ese momento y los cerros donde debería estar. El hombre tiene el rostro delgado, una barba de tres días y unos ojillos pequeños como puntos. Una venilla estallada le tiñe un ojo de rojo. Suelta una carcajada al mirarla. Tras él se elevan otras voces, guturales y masculinas.

Hirut se hace un ovillo. Pega la barbilla al cuello, aprieta las piernas y cierra los ojos. Si lucha, la matarán. Si se queda así, la matarán. Los italianos hacen cosas horribles a las niñas, pero nadie la ha avisado del interludio que transcurre entre el descubrimiento y la muerte, entre el reconocimiento y el asalto, de ese lapso en el que todo es posible y en el que las flaquezas del cuerpo quedan expuestas a una luz despiadada.

Otro hombre se inclina sobre ella, tiene una palidez mortecina, ojos azules y ojeras. La mitad inferior de su rostro se eleva con una lenta sonrisa. La agarra del brazo con la mano envuelta en un pañuelo y la levanta de un tirón. Arriba, *teneshi*, le dice en amárico. Su tono es pausado, pero engañoso. Se contiene a duras penas, está a punto de explotar.

Hirut consigue ponerse de pie, está asustada y busca su fusil por el suelo, pero no lo ve por ninguna parte. Observa a los hombres que se han congregado a su alrededor, sonrientes y ávidos, crueles y curiosos. Se encorva, agacha la cabeza y cierra los ojos. Nada es nuevo. Lo que domina frente a ella siempre ha estado ahí: el valle majestuoso, las colinas verdes y los rasos pedregosos, las flores blancas pisoteadas que se muere de ganas de llevarse a la boca y engullir.

Bella soldata. Su voz es delicada, tiene un timbre extraño. Le desliza un dedo por el lateral del rostro y le mueve la barbilla hacia un lado. Le levanta un párpado, obligándola a mirarlo.

Soy Carlo Fucelli. ¿Te suena mi nombre?, pregunta en amárico. Luego vocea: ¡Ibrahim!

Hirut vuelve la cabeza para ocultar el sobresalto que le produce su

nombre. Es el oficial que mató a Tariku y al que Seifu dejó con vida. Fucelli, el carnicero de Bengasi. El hombre que lanza etíopes por las montañas.

Un *ascaro* alto se acerca y saluda. Fucelli le dice unas palabras e Ibrahim asiente, no sin antes mirarla de soslayo y volver a centrarse en el italiano.

Tenemos a tu amiga, declara Ibrahim. ¿Dónde está el campamento de Kidane?

Hirut lo mira, horrorizada, y niega con un gesto. La respuesta es suficiente para Fucelli. El coronel asiente mirando a Ibrahim, el *ascaro* la coge del brazo y se la lleva a rastras, a través del grupo de italianos que se apiñan a su alrededor, que le toquetean el pelo, la espalda, el brazo, el talle, todas esas partes que pertenecen a una prisionera y no a una soldado. La lleva entre las filas de tiendas donde los *ferenjoch* se ponen de pie a medida que se acerca. Advierte con qué ojos la miran y asienten en silencio mientras le van a la zaga. La procesión crece, de italiano en italiano, hasta que forman una cola larga que serpentea con rumbo hacia otra serie de tiendas donde los *ascari* contemplan con gesto divertido antes de incorporarse a la fila que se extiende a su alrededor como una segunda cuerda, que la empuja por un cerro escarpado mientras siente la mano de Ibrahim que la agarra más fuerte del brazo mientras, a su espalda, en un amárico castigador se filtra la palabra atroz que designa aquello en que se ha convertido en cuestión de horas, algo que es menos que una prisionera, menos que Hirut, algo despojado de contexto, carente de lenguaje, de nación, de familia o de amor, algo que pertenece a un lugar a medio camino, ni humano del todo ni completamente animal, algo que no es más que carne plegada que puede abrirse a la fuerza para usarla y disponer de ella a voluntad.

*

Mira la alambrada que rodea el pequeño edificio cuadrangular como una cicatriz siniestra. A través de la puerta con el candado contempla el precipicio vertiginoso que hay un poco más allá. Allí, atrapada en la imponente suspensión de ese agujero en forma de uve, siente un balanceo, la cabeza le da vueltas a pesar de tener los pies bien plantados en el suelo.

Fucelli chasca los dedos, los soldados que la rodean se apartan a un lado

y lo que aparece escapa a toda lógica: Aster. Aunque la han despojado de sí misma, le han quitado el uniforme y la han dejado tan desnuda que está irreconocible. No es nada. No es nadie. Le han soltado las amarras, le han deshecho los nudos, y no pertenece a ninguna familia, a ningún nombre, a ningún linaje. Vacía de sangre noble, se revuelca por el suelo, rodeada de hombres que visten uniformes y botas de cuero con las que pisotean la hierba muerta con una cadencia firme.

Hirut se cubre el rostro pero, al grito de Fucelli, Ibrahim le baja las manos con brusquedad.

Prisionera, *prigionera*, dice Fucelli señalando a Aster. Apunta el dedo hacia Hirut y repite: *Prigionera*.

Un *soldato* se abre paso entre la multitud y se pone a bailar toscamente al lado de Aster. Imita el *eskesta*, en una versión espantosa y cruel, y unos omóplatos raquíticos asoman a través de su camisa sudada. Los hombres silban y jalean. El *soldato* frunce sus finos labios, ávido, con esas facciones blancuzcas y estrechas en las que trasluce un hambre voraz. Aster se da media vuelta, se mece de la punta de los pies a los talones, y se aparta bruscamente cuando otro soldado irrumpe en el corro de un salto y la agarra por la cintura. Sus movimientos son babosos y desagradables. Le manosea el pecho y la obliga a levantar la cabeza. Aster tiene los ojos cerrados por la hinchazón, la boca le cae flácida hacia el mentón y la curva grácil de la clavícula está jalonada de intensos cardenales lívidos. El soldado le coge la mano y saluda con ella a Hirut, y la carcajada se derrama por encima de sus cabezas, retoza entre las lomas y se multiplica con el eco.

¡Aster! Hirut embiste en su dirección, hacia ese mar de hombres que brama ante el abismo, y la cuerda que lleva al cuello se estira bruscamente y se tensa bajo su barbilla, la asfixia, no puede respirar, no puede emitir sonidos. Tose, suelta un grito ahogado buscando aire. Dejadme, solloza. Dejadme ir con ella.

Porque: en este mundo existen suertes reservadas a quienes han aguantado toda la vida libres de marcas. Existen reglas no escritas para las personas nacidas para llevar historias ricas y sangre noble. Maneras en las que el mundo debe moverse para mantenerlo todo intacto, y las chicas con cicatrices deben reconocer su lugar entre aquellos que dejan esas cicatrices. Hirut se inclina hacia delante, incapaz de articular palabra entre el susto, la repulsión y un sentimiento más hondo que la desgarra por dentro como una esquirla de cristal. Porque, si esto puede ocurrirle a Aster, esposa de

Kidane, hija amada de Etiopía, entonces, ¿qué le cabe esperar a ella?

Aster: Hirut expulsa la palabra como un nombre vinculado a un secreto. Estoy aquí, quiere decir. Estoy aquí y estamos vivas, quiere añadir, pero ya no está segura de lo que significa vivir. No está segura de que aquello no sea otra forma de morir.

Hirut alarga los brazos pero Ibrahim le pega un tirón tan fuerte a la cuerda que quema.

Deja de moverte, masculla entre dientes. Estate quieta o se pondrá de malas.

Hirut agacha la cabeza como puede. Justo detrás de Aster hay un civil con una cámara de aspecto extraño que observa a través de una lente. A su espalda, un grupo de *ascari* contempla en silencio. Más allá, en la pendiente, están sus tiendas. Hirut busca indicios de Kidane o de Aklilu, busca ese destello que anunciará su llegada, pero no hay nada.

Coro

Intentamos colocarnos frente a Aster. Intentamos hablar para que nos oiga: Hija de Etiopía, soldado bendita, acepta la mano que te tendemos y aprende a vivir. Pero es todavía una niña, sigue siendo esa novia tan joven a la que han dejado sola en el dormitorio de su nuevo marido y pega la espalda contra la pared. Y cuando le dicen: Vamos, Aster, baila para nosotros, ¿qué puede hacer Aster sino bailar? La vemos. Vemos a esa mujer convertida en esa joven novia que sale de su vestido de bodas. La vemos intentando mantener la compostura, pese al rostro apaleado, con los puños en alto, temblando de furia. Mirad cómo extiende esas manos atadas en la penumbra, cómo echa la cabeza atrás y grita el nombre de Kidane. Mirad cómo se contempla a sí misma, confundida al ver en lo que se ha convertido. Escuchadla maldecir lo que la ha traído hasta aquí, maldecir nombres olvidados tiempo atrás. Asomarse al gran salón cavernoso donde su padre prepara otro brindis nupcial y maldecirlo también a él. Allí ve a su madre y al resto de mujeres replegadas, que aprietan los brazos contra el vientre con suavidad, y oye sus susurros cual juramentos blasfemos:

Ya se acostumbrará igual que nosotras nos acostumbramos.

Ya aprenderá a amarlo igual que nosotras tuvimos que aprender.

Ya aprenderá la obediencia como modo de supervivencia.

Ve a la cocinera que levanta los ojos de la bandeja de comida que acaba de dejar sobre la mesa. Ve a la cocinera que se da la vuelta, niega con la cabeza y dice: El único camino es afrontarlo. La única escapatoria es la que emprendas tú misma. Y la novia, otrora soldado, se vuelve hacia la escalera, sube los peldaños, entra en la habitación de su esposo, se tiende sobre la cama, abre las piernas y se dice a sí misma que sabrá qué hacer, que no hay nada que hacer, y se abandona a la desaparición hasta que en ese lecho manchado de sangre sólo queda una niña que se reconstruye a partir de la cólera.

Interludio

Haile Selassie vuelve a mirar la fotografía, la acerca a la luz. Debería estar preparando el equipaje para la excursión a Brighton con su familia y en cambio ahí está, ante una imposibilidad que escapa a cualquier lenguaje conocido. Deja la camisa que estaba metiendo en su pequeña bolsa de viaje. Está todo, pero es incapaz de creerlo: un cuerpo atado con cuerdas al sol, un ser mortal que lucha por emprender un vuelo angelical, condenado por unos tendones y unos músculos terrenales, traicionado por los huesos y la carne, amarrado por una maroma y un viento feroz. Lo que se arrastra hacia arriba y se apodera de él es una nueva crueldad, una segunda piel que lo aprisiona en una putrefacción espesa y pestilente. Haile Selassie deja la bolsa en el suelo, sale de la habitación, atraviesa el pasillo y baja las escaleras, sin saber adónde va.

Al llegar abajo, dobla hacia el salón principal, cruza el salón de las mañanas y sale al jardín. Cae una llovizna ligera que se le antoja como el llanto del cielo. Inhala, se llena los pulmones de aire húmedo, y mira hacia arriba. Hay hombres que tienden al vuelo, piensa. Algunos hombres son ángeles que anhelan la expansión de los cielos. Arden en deseos de liberarse de las ataduras gravitacionales de la Tierra. ¿Acaso no era eso lo que Ícaro quería con toda su alma? ¿Acaso su padre, el gran Dédalo, no le construyó unas alas para alentarlo a adoptar su verdadera forma? ¿No fue la soberbia la causa de su caída, y no esa antinatural querencia del vuelo? Sin embargo es inútil fingir: sus hombres están cayendo del cielo. Los están empujando, los están despeñando y están haciéndolos añicos.

Y también está ese pequeño detalle alarmante del último mensaje de ese tal Ferres, la repetición de una misiva que recibió dos semanas atrás y desdeñó por intranscendente, ese engorroso rumor que deberá abordar en la reunión de hoy: los prisioneros afirman haber visto al emperador preparándose para la gran emboscada. Gritan todos sus nombres además del suyo propio al caer. La gente de las aldeas se resiste a creer que Haile Selassie ha abandonado a su pueblo para marcharse al extranjero. Lo hemos visto, afirman con insistencia. Lo hemos visto con nuestros propios ojos y

nuestros enemigos morirán. El frescor húmedo le cala el jersey, le pega la camisa al pecho y, por un instante, Haile Selassie siente el frío como una mano que le oprime el esternón, que intenta abrirlo en dos.

Cuando llega al despacho, sus consejeros ya han preparado un rollo de noticiario de esa máquina propagandística que es el Luce. Han colocado su sillón frente a la pantalla y tras él, sus sillas en semicírculo. Todos se ponen en pie cuando entra y lo reciben con una reverencia mecánica, claramente turbados. Su Majestad, saludan, y detecta en sus voces la ligera inflexión de la incertidumbre, como si estuvieran preguntando si es realmente él. Se sienta, asiente con un gesto, alguien apaga las luces y se encuentra mirando un cuadrado blanco deslumbrante mientras empieza la película. Deja que sus ojos se empañen con las imágenes familiares del paisaje agreste y del Nilo, de sus soldados empuñando esos fusiles viejos, de los buques y las columnas de infantería de los italianos, de las iglesias iluminadas a plena luz del sol. Entonces. Es como si contemplara un río que crece despacio, y su reflejo se quebrara y emergiera, distorsionado primero, familiar después.

¿Qué es eso?, pregunta, pero habla en la cavidad del pecho y en esta habitación sofocante no se oye nada aparte del traqueteo de la película que proyecta su propia imagen en la pared. El emperador se inclina hacia delante. Ahí está. Ve un rostro con la misma forma que el suyo, una frente tan alta como la suya, su barba. Es su uniforme, su capa. Se está viendo a sí mismo en lo alto de un cerro en el que nunca ha estado, levantando la mano tal y como le enseñaron que había de hacer para dirigirse a los súbditos. Es una toma lejana, pero es claramente él. Pero ¿qué es eso?, repite.

Entonces sus guardaespaldas dan un paso al frente, a la derecha de su doble, y la cámara se acerca, la imagen es granulosa, inestable, como si la tierra se saliera de su eje. El emperador pestañea y se frota los ojos. No puede ser: ¿Una mujer? ¿Nos está protegiendo una mujer? Entonces el rollo se acaba y se funde en negro. Pónganlo otra vez desde el principio.

El emperador está clavado en su butaca, tiene miedo de moverse, miedo de volver a mirar a esa luz quebrada que deambula por sus paredes. Y sin embargo ahí está, esas partes de él que se han mostrado bajo la apariencia de un gemelo distorsionado. Y empieza a preguntarse qué es real, y si, de hecho, no será verdad que en realidad está en Etiopía, y si el impostor del que los italianos se burlan no es el que ahora mismo está sentado en esta butaca, en una habitación que imita a otra rebosante de autenticidad en Etiopía. Y tras las paredes falsas de este despacho y estas cortinas falsas, el

emperador se pregunta también si el sol de ahí afuera no será una réplica, si no habrán falseado el mundo, si todas las verdades se habrán dado la vuelta. Incluso en este despacho que es suyo de verdad, lo siente: ya está empezando a desaparecer, a quedar relegado a un segundo plano, apartado por unos hombres que fingen ser sus aliados.

Haile Selassie rebusca en el bolsillo y saca la llave de su despacho de Adís. La aprieta dentro del puño y se siente reconfortado por su firmeza, por esos bordes moldeados que se le hunden en la carne. Por la noche, deja el manojo en la mesilla junto al libro de los salmos y al diccionario de inglés. Tiene algunas prendas de ropa en los baúles. Hay maletines repletos de copias de documentos. Está preparado para una partida inmediata, pero nada de lo que haga puede borrar lo que ha hecho y convertirlo en otra cosa. Evadirse. Volar. Huir. Despegar de la tierra firme y dejarse llevar por el viento.

Haile Selassie ha de luchar contra el abismo de soledad que se abre en su interior. Se levanta y las luces del despacho se encienden, se acerca a la ventana para echar un vistazo y confirmar que está donde está. Pega la mano contra el cristal empañado. La retira. En la delicada forma de la palma dibuja una cruz. En tiempos se decía que el emperador de Etiopía era como el sol para su pueblo. Sin embargo, piensa el emperador, estos días le han demostrado que vivimos y morimos en las sombras. No hacemos nada sino mantener bajo control todo lo que subyace bajo la sombra y la niebla. Todo lo demás es una ilusión, una apariencia falsificada, un gemelo espectral que se arrastra detrás de nosotros, ávido de nuestro aliento.

No está segura del tiempo que llevan en esta cárcel de un único cuarto. Ha perdido la noción de lo que dura un minuto, de cómo se filtra en las horas y se funde en la noche. Está tan oscuro y hace tanto frío que los ojos se le han debilitado a una velocidad pasmosa. Le cuesta distinguir la sombra encorvada de Aster. Cuesta saber si está respirando, o si ambas siguen siquiera vivas. Hirut parpadea despacio, espera a que sus ojos se adapten. Aster está envuelta en la mugrienta camisola abesha que les tiraron a cada una, acurrucada al filo del tenue rayo de sol que se cuela por el minúsculo ventanuco que queda encima de sus cabezas. Está de cuclillas, es una silueta doblada sepultada por la luz en retirada.

Aster, soy yo. Hirut sabe que es mejor no tocarla. Se sienta junto a la puerta. También estoy aquí. A mí también me han cogido. Nos han quitado el uniforme. Se cruza de piernas y se apoya sobre los brazos. La presión es reconfortante. Tiene miedo de derrumbarse y desaparecer, de que la cojan y la dejen detrás a un tiempo: un cuerpo que pasa de mano en mano mientras va muriendo por dentro.

¿Aster?

Pero Aster no se mueve, ni siquiera cuando el rayo de luz recorre poco a poco su espalda en su camino hacia el exterior.

*

Hirut sigue despierta cuando sale el sol. Fuera, el cambio de guardia, los vigilantes intercambian saludos íntimos y amistosos entre murmullos. Uno de ellos repiquetea con los dedos sobre la chapa ondulada que hace de puerta. Es ahí donde Fucelli ordenó a ese *soldato* llamado Navarra que la fotografiara. La puerta está ligada a dos postes de metal y asegurada con un candado. El perímetro está rodeado por una valla de madera, los cuatro travesaños están envueltos en un bucle doble de alambre de espino. No hay modo de escapar de allí. Ya lo ha intentado. Ha excavado el suelo de tierra de la prisión para toparse con unos cimientos de hormigón. Se ha levantado y ha recorrido esta habitación enana, en busca de tablillas sueltas, de fisuras en la estructura, de secretos, y, sin embargo: nada.

Apoya la cabeza contra la pared. Se ha pasado la noche allí sentada, sin moverse, por miedo a que Aster despertara mientras ella durmiera. La mujer sigue hecha un ovillo, su respiración es tan silenciosa que Hirut se ha acercado varias veces para comprobar que continuaba con vida.

Uno de los guardias silba y golpea la puerta. Hay comida. Café. Con esto tendréis para las dos. Habla un amárico fluido, natural.

Hirut lo deja irse por donde ha venido. Quiere morirse de hambre, desvanecerse, hundirse en la tierra y esfumarse de este lugar. Se frota los ojos. No recuerda cuándo durmió por última vez y está algo mareada. Le duele el estómago y tiene la garganta reseca.

Kidane, murmura Aster. Kidane. Gimotea y patalea, atrapada en un sueño impetuoso. La tenue luz del alba empieza a filtrarse en el habitáculo, aún envuelto por la noche. Le aplica una neblina suave sobre la figura temblorosa.

Aster, susurra Hirut. Estás aquí, conmigo.

Le coge de las manos. Sabe por qué lugares vaga la mente en la oscuridad. Sabe lo fácil que es entrar en barrena cuando se pasa demasiado tiempo en esos rincones. Recorre con los dedos las arrugas de la cicatriz de su propio cuello, siente la piel rugosa que se le hunde en la clavícula. Hasta hace unos días ignoraba la existencia de diferentes tipos de desnudez. Hasta que no vio a Aster, no comprendió que existe otro tipo de exposición, una que es indecente y ofensiva. Que algunos cuerpos no están hechos para doblegarse y que eso los vuelve más débiles que fuertes, los incapacita para soportar lo que las personas como ella pueden experimentar durante toda su vida, guardárselo y olvidar.

Aster levanta la cabeza. El pánico le anuda la voz. ¿Kidane? Se incorpora despacio. Yo iré delante. Toquetea a su alrededor, a tientas en la penumbra. Tú, idiota, ¿dónde está mi fusil?

Estamos en la cárcel. Nos han cogido, no sé dónde están los demás. La mandíbula le tiembla, las lágrimas le asoman a los ojos: volver a pronunciar las palabras solidifica su certeza.

Aster apoya la espalda contra la pared y echa un vistazo, después se mira a sí misma y suelta un grito ahogado. Cruza los brazos a la altura del pecho, se estira del vestido. El collar, ¿no me lo puso? Acto seguido, pega la oreja a la pared. Nos están escuchando, ¿verdad? Por favor, llévame a casa.

Estamos en una cárcel italiana.

Aster se lleva al rostro dos manos temblorosas. El vestido se le resbala hasta el suelo. Se toca los hombros desnudos, la cara amoratada y se palpa el interior de los muslos. Lo que hicieron. ¿Sucedió? Se aprieta más fuerte contra la pared. ¿Era yo? ¿Eso me pasó a mí?

Bate el aire a manotazos y deja caer las manos sobre su regazo. Se las queda mirando, pestañea para ahuyentar el desconcierto. ¿Dónde está mi esposo?

Vuelve hacia el techo rudimentario un rostro que es un lienzo rajado iluminado por el sol temprano. Se persigna, respira hondo, vuelve a persignarse y la última exhalación la deja sin fuerzas. Se acurruca en el suelo. ¿Dónde está mi Kidane?

Hirut aparta la vista. Vístete. Hay comida fuera, dice al tiempo que se pone de pie. Pediré unas mantas. Se arremanga la falda de la túnica, que debió de pertenecer a alguien más alto. El cuello le queda muy holgado y ha de echárselo hacia atrás para esconder la cicatriz.

No pueden tenernos aquí. ¿Por qué estamos aquí? Aster se vuelve contra la pared y empieza a sollozar.

Hirut está en la puerta, con las manos a los lados. Teme que al abrirla entre el sol a raudales. No quiere ver lo que tiene enfrente, reflejando algo que ha sido siempre. Con sumo cuidado, gira el pomo y sale, los ojos le escuecen y le lloran por la luz repentina. Se tambalea, mareada y desorientada, hasta que un centinela le señala la bandeja de comida que está justo al lado de la valla: unos mendrugos de pan duro y dos tazas de café frío. Los otros dos guardias están detrás de él, encañonándola con sus fusiles.

Hirut mira detrás del trío: hay más guardias que van de acá para allá por el sendero que conduce al campamento, más abajo en la ladera. Y a unos pasos de allí, esos dos peñascos que se abren hacia el cielo como manos suplicantes.

*

Dentro de la tienda de la cocinera: un temblor extraordinario y vocal. Fifi la observa a través de la apertura de la portezuela. La mujer da vueltas por el diminuto espacio, se golpea la pierna con su fiel cucharón, sus murmullos se despliegan y se filtran a través de la lona como una pregunta prolongada, agitada. Fifi vuelve a dar un toquecito, esperando que la cocinera se percate de su presencia y la deje pasar, intrigada por qué le habrá dado a esta mujer que acostumbra a ser tan puntual con sus rutinas diarias que el retraso en una sola comida es motivo de alarma.

Hoy, la cocinera no le ha llevado el café. No le ha preparado *injera*, ni

pan, ni la ha invitado a sentarse a almorzar con ella antes de empezar el día. No ha salido de su tienda desde la cena de anoche, encorvada en silencio sobre la bandeja en la tienda de Fifi, sin apenas hablar, constantemente pendiente de los ruidos que venían de la cárcel y de las prisioneras recién llegadas.

La víspera por la noche, Fifi se había atrevido a preguntarle: ¿Conoces a las mujeres que han capturado?

La cocinera había clavado la vista en la comida. Después, tras un largo silencio, respondió: No dejes que les haga daño. Le temblaba la boca. Será cruel, pero tú puedes impedirlo.

¿Quiénes son?

La mujer negó con la cabeza. Sé qué clase de cosas hace, dijo. Sé qué clase de hombre es. Basta, añadió. Ya basta.

Déjame pasar, dice Fifi ahora, llamando a la lona.

La cocinera le da permiso con un gesto. Están cara a cara en el espacio reducido de la tienda, vacilantes, sin saber qué hacer.

¿Qué le han hecho a la mayor? ¿Por qué estaba desnuda? La cocinera baja la vista al cucharón que tiene en la mano y, como si se hubiera dado cuenta de la fuerza con que lo está agarrando, lo posa con delicadeza encima del catre. Se sacude las manos en las piernas, con un gesto rápido, vigoroso, enojado. Vi cómo la llevaban a rastras a la cárcel, añade. ¿Qué pasó?

Fifi niega con la cabeza y se sienta en el camastro. Ya lo sabes. No hace falta que te lo cuente, ¿verdad? Y no he visto a Carlo desde que llegaron. No quiere hablar conmigo. Sé que les ha quitado el uniforme y les ha dado camisolas abesha para que se vistan. No sé más.

Hace calor en la tienda y los aromas de la cúrcuma y la canela impregnan el espacio. La cocinera mira al suelo, cerca de los pies de Fifi, y saca una cesta pequeña de debajo del catre. Dales esto. Dáselo a la niña, sabrá qué hacer con ello.

Fifi vuelve a negar. No puedo acercarme, repone con dulzura. Las conoces. Espera a que la cocinera conteste, a que lo desmienta o lo confirme, en cambio, se limita a alargar la espalda y a esperar a que siga hablando. Yo no puedo hacer nada, añade Fifi. Si intento hablar con Carlo empeorará las cosas.

Siempre se puede hacer algo. La cocinera está sudando, los ojos le brillan de desesperación y miedo. Tú haces muchas cosas, agrega, con un

sarcasmo tangible.

Fifi se cruza de brazos y se acerca a la mujer. Es lo bastante alta como para obligarla a levantar la cabeza. No me das ningún miedo. No me das miedo y no me avergüenzo. Crees que lo que haces es indigno de ti. Yo sé cuál es mi sitio.

La cocinera retrocede y se mira las manos. No quería decir eso. Me refiero a que tú puedes hacer lo que quieras. Eres guapa.

Y la mirada que le lanza está cargada de esos celos maliciosos que quieren tanto ratificar como negar su existencia, y ahora le toca a Fifi retroceder, prepararse para la envidia que sabe que vendrá, el resentimiento que acaba por diluir la confianza y la camaradería. Porque ya le ha pasado muchas veces, desde que era niña, y se maldice en silencio por haber pensado que la cocinera sería diferente.

La cocinera continúa: Tú eres libre y eres la única que puede hablarle así. Hará como que no escucha, pero escuchará.

Fifi vuelve a negar y deja caer los brazos. Se alisa el vestido y se dirige a la portezuela. Se detiene en el umbral. Te equivocas con mi poder sobre ese hombre.

Te quiere, dice la cocinera en voz baja.

Fifi se ríe. Entonces no sabes lo que es el amor.

E, inmediatamente, se arrepiente, se arrepiente del dolor agudo que esas palabras infligen en la cocinera, del destello iracundo y rencoroso que se instala en la plenitud de su cara redonda.

Sin pronunciar palabra, la cocinera se agacha para volver a colocar en su sitio la cesta que ha sacado de debajo de la cama. Cuando se incorpora, su rostro es una máscara. Haz algo.

Fifi se sirve el café y deja la *djebena* en el suelo junto a sus pies. No le hace falta mirar a Carlo para saber que vuelve a llevar dos cinturones. Se pasea lentamente por la pequeña construcción que ahora es su despacho, camina de forma extraña debido al puñal minúsculo que lleva sujeto al tobillo. Se le marcan unas profundas ojeras, unas líneas rojas recorren la curva de sus espesas pestañas.

¿Cuándo fue la última vez que comiste?, le pregunta. Mira alrededor. Sólo hay una ventana detrás de su escritorio y distingue a dos guardaespaldas en el exterior, tan altos que casi bloquean el sol. Cuando él se sienta, lo hace de cara a la puerta. Hay una silla apuntalada contra la pared, como si la usara para atascar la puerta desde dentro. Otra puertecita a su derecha conduce a lo que podría ser un espacio de almacenaje.

Carlo se mete una mano en el bolsillo, coge un cigarro y lo enciende. Estás tensa, le dice mientras sonríe detrás del humo. Las cortinas del despacho siguen corridas, pero una luz cálida y suave se filtra al interior desde más allá de los guardaespaldas. Le envuelve el rostro, le suaviza las líneas severas de su nueva escualidez.

Tus soldados están entusiasmados con las nuevas prisioneras. Fifi deja la taza sobre la bandeja y echa una cucharadita de azúcar al café. A veces cuesta dormir.

El ruido en el campamento ha aumentado desde que las capturaron. Los hombres arman jaleo. Sus risas se han vuelto más sonoras y discordantes, incluso sus andares se han vuelto más pronunciados, más vigorosos. El lugar se ha transformado para alojar a las presas, se han relajado las restricciones del comportamiento cotidiano.

Llevaban uniformes italianos, dice Carlo. E iban armadas. Se apoya en ella. ¿Qué clase de mujeres son esas? ¿Qué engendráis en este país?

Abre la puerta del trastero y la conduce a la segunda habitación. Dentro tiene un camastro, un estante bajo con montones de carpetas, una lámpara chata y una silla metálica. Es un espacio exiguo y sin ventana, no más grande que un armario. Hay una camiseta hecha un gurruño a los pies de la cama, un par de calcetines sucios en el suelo y un periódico doblado en el respaldo de la silla.

El coronel alisa el cubrecama sobre el catre y se sienta. Atrae a Fifi hacia sí, le coge las manos y se las lleva a la boca. Le besa las palmas. ¿Quieres saber a cuántos mataron los tuyos la semana pasada apenas a unos kilómetros de aquí?

Fifi observa la pistola que le asoma de la chaqueta. Está segura de que debajo de la almohada tiene la navaja con la que duerme. El puñal lo lleva sujeto al tobillo. Fuera hay como mínimo siete guardaespaldas. Hace días que no te veo, dice ella. Retira la mano y le acaricia la cabeza.

Él esconde el rostro en su vientre. ¿Me has echado de menos?, pregunta y la mira. ¿O es que tienes curiosidad? Entonces se reclina.

Alcanza el periódico que tiene en la silla. Lo abre con cuidado y lo pone en el regazo de ella. Entre dos historias de unas nuevas líneas telefónicas que conectan puestos militares hay un articulito intercalado: «¿Regresa Haile Selassie?». Debajo de ese titular, la breve crónica de unos aldeanos emocionados que afirman haber visto al emperador, *il Negus*. Carlo busca debajo de la cama y saca la caja metálica plana que utiliza para guardar cosas. El pasador y el candado están abiertos. Limpia la parte de abajo antes de colocarla sobre el cubrecama, entre los dos. Extrae una Biblia encuadernada en cuero, en ge'ez, ilustrada con dibujos de ángeles de ojos grandes y expresivos. A ella le cuesta un poco reconocerla: un regalo de su hermano Biruk. Carlo abre el libro. Dentro está el nombre de ella, su nombre real con la caligrafía de su hermano, seguido de su propia letra apretada. Pasa una página, luego otra, sus actos son intencionados, toda su energía acelerada se canaliza en la mano que sostiene el libro con firmeza.

Ella sabe dónde la ha tenido escondida desde que llegó. Sabe que ha estado en el fondo de su maleta con su ropa y sus perfumes europeos. Es un recordatorio personal de su vida anterior, una manera de regresar, en los días difíciles, a la que era: Faven de Gondar, la hermosa hija de un comerciante, la hermana de un artista verdadero que poco a poco se iba quedando ciego.

Sabes leer. Sabes escribir, dice él. Deja la Biblia en el suelo y aparta el periódico. Vosotros, los primitivos, continúa con labios temblorosos, os creéis muy civilizados, pero no os podéis librar de vuestras supersticiones ni de vuestras visiones histéricas. Hacéis que vuestras brujas predigan que sólo aguantaremos cinco años en este país. Se detiene para reír. Y ahora decís que habéis visto a este hombre a quien acaban de fotografiar en Inglaterra, en Brighton. Sois unos esclavos tontos, salvajes e ignorantes. Todos. Está temblando. Le da el libro y luego suelta unas risitas, se le marcan las arrugas de la boca.

Ella se incorpora. Desde que te atacaron… Se detiene. Fui yo quien te salvó. No fue ninguno de tus guardias ni de tus fieles soldados. Fui yo. De

no haber sido por mí, ese etíope te habría matado.

Conque tu gente cree que Haile Selassie participó en la emboscada de Kidane. ¿Es así? ¿Es alguien que, entre reunión y reunión, es capaz de entrar milagrosamente en el país y luego volverse a Inglaterra? El músculo diminuto que tiene cerca del ojo derecho le late. Con todos los libros que tienes en Asmara y no los has mencionado ni una sola vez. No me has hablado ni una sola vez de lo que lees. Quieres hacer ver que eres una simple furcia. Debes de pensar que soy idiota o que te quiero.

Fifi se pone rígida. ¿Qué sabrás tú de amor, Carlo? Ve cómo la mira de soslayo, incapaz de sostenerle la mirada. Recorre el contorno del cinturón superior que lleva en la cintura, se fija en cómo se sacude y se fuerza a quedarse quieto. Ella le da unos golpecitos. Si estás vivo es únicamente gracias a mí, le susurra al oído. ¿Qué mosca te ha picado?

Le desabrocha los primeros botones de la camisa. Le acaricia la cicatriz del pecho, nota el vello alrededor de la herida. Lleva una pequeña cruz copta de madera que no sabía que tenía, parecida a la suya y a la de la cocinera. Deja caer la mano.

No sabes tanto como te crees, dice él.

Fifi entrelaza las manos y aguarda. Fuera oye las voces y los silbidos, los hombres vuelven a la carga con las prisioneras. Pronto se concentrarán alrededor de la cárcel y atormentarán a las mujeres con obscenidades. Los ha oído desde su tienda y no ha podido salir debido a la vigilancia constante de un guardia. Ha sido la cocinera quien se ha acercado más a la cárcel. Se ha escondido, ha observado a los hombres y después ha vuelto para informarla, temblando con un miedo inusitado.

Él le coge el rostro, le pone las manos cálidas y húmedas en las mejillas. Acerca su frente a la suya. Pestañea despacio. Yo sé lo que hacen mis hombres. ¿Y sabes tú cómo reaccionan las prisioneras? Los contemplan impertérritas. Sois todas iguales. Inescrutables.

Carlo le desliza la mano por debajo del vestido y le acaricia el muslo. Quítatelo. Fifi se saca el vestido por la cabeza.

Él lo tira y le pone una mano sobre el pecho. Se queda quieto y la observa con atención. Qué rápido te va el corazón.

Él acerca el oído. Ella nota cómo se le acelera, late cada vez con más fuerza. El cuerpo revela todas nuestras mentiras, encuentra maneras de verlo todo: se lo dijo su hermano el día que le confesó que se había quedado ciego.

Fifi aparta la cabeza de Carlo. Sé leer, pero eso tú ya lo sabes, siempre lo has sabido. No pretendía esconder lo que tienes delante de las narices. Busques lo que busques, estás mirando en el lugar equivocado. Fui yo quien te salvó. Tus hombres te habrían dejado morir. ¿Te crees que te protegen por buena fe? ¿Crees que a Ibrahim le importas? Sí, he leído todos los libros que has visto en mis estanterías. Dante, Aristóteles, los salmos, Dumas. Me gustan todos, pero ¿con quién voy a hablar de ellos ahora que ocupas todo mi tiempo? ¿Contigo? Se ríe. ¿Con mi cocinera? Niega con la cabeza. He renunciado a muchas cosas por estar aquí.

Él la agarra de la mandíbula y le hunde el pulgar en ese hueco que queda entre el hueso y el oído. Le hace tanto daño que la cabeza le da vueltas.

Lo escondes todo, igual que tu gente, que salta detrás de los montes y la hierba y vaya Dios a saber. Que nos atacan desde cualquier dirección, vuestras brujas nos maldicen y nos lanzan conjuros. Vuestro emperador, que aparece y desaparece. Se limpia la nuca, tiene la cara encendida. Sois un pueblo de mentirosos, de mentiras y de mitos.

Fifi asiente. Así que has hecho venir a alguien a mi tienda mientras dormía, dice lentamente. ¿A quién? ¿A tu fiel Ibrahim? Se vuelve hacia él y le acerca la cara. ¿Y por qué no íbamos a leer algunos de nosotros, Carlo? ¿Por qué no? Encontrarás a etíopes en los primeros libros. Somos una cultura más antigua que la romana de la que tan orgulloso estás. Existíamos antes que vosotros, cuando erais unos simples campesinos, ni siquiera un pueblo.

Él se humedece los labios y pestañea lentamente. Podría meterte en la cárcel ahora mismo. La agarra de las muñecas y aprieta.

Carlo, le dice con dulzura, Carlo, ¿por qué discutir? Se suelta, sigue desnuda, con las manos a los costados. Está frente a él. ¿De verdad vas a incluir esto en tu próximo parte a Roma? ¿Que crees que tu puta abisinia sabe leer? ¿No has pensado que algunos de los que reciben tus partes son antiguos clientes míos? ¿Vas a decirles que el emperador atacó tu campamento y que quieres meterme en la cárcel? Hace que su risa suene quebradiza y fina. ¿Para qué? Tú eres quien se salta la ley al acostarte con una nativa. Y todos los libros de mi casa que has visto, los he leído, sí, algunos dos veces. Leo en italiano y en amárico. Leo desde que era niña y uno de vuestros bondadosos sacerdotes me regaló libros a cambio de un poco de afecto. Sois hombres que os sentís solos, todos sin excepción. No

eres distinto del resto, Carlo. Enséñame algo que no hayan hecho ellos.

Él le da la vuelta y se arrodilla, coloca la boca entre los hoyuelos que se le forman justo encima de las nalgas, con unos labios secos como una lija. Le besa la curva de la cintura y apoya los pulgares uno a cada lado de la parte baja de la espalda. Le agarra de la curva de la cintura con los dedos y se los clava en el estómago.

Antes de que ella se dé cuenta de qué le está haciendo, le hunde los pulgares en la parte blanda de la parte inferior de la espalda. Es una agonía tan cruda y penetrante que un fogonazo le sube por la espalda hasta la cabeza y se le mete en el estómago. Ella grita mientras él la rodea con un brazo por la cintura para acercarla y vuelve a empujar. El dolor la aturde y no puede respirar.

Con tantas lecturas ¿y nunca descubriste esto? Un viejo truco romano para inmovilizar al enemigo. Posa su boca en todos los puntos que ha tocado. ¿No lo aprendiste en ninguno de tus libritos eruditos ni con esos hombres que se sentían solos? Le introduce el puño.

A ella se le aflojan las piernas. Se encorva pero él la endereza, negándose a dejarla ir.

Para, dice ella. Tiene la cara hinchada, las sienes le laten con un dolor más profundo que el hueso. Es una sensación primaria.

Él la suelta y vuelve a sentarse en la cama. La atrae hacia sí. Entrelaza sus dedos con los suyos. Le besa las muñecas, le baja la cabeza y le da un beso en la mejilla. Le da un golpecito en la nariz, un gesto alegre que de repente es aterrador.

Siempre sabré más que tú, le dice, luego se tumba en la cama y la espera.

Ettore cierra la puerta sin hacer ruido al entrar y saluda al coronel Fucelli. ¿Ha preguntado por mí, señor?

En la habitación el ambiente está cargado, hay una corriente latente que pone nervioso a Ettore. Fucelli está mirando por la ventana, de espaldas a él. Tiene dos guardaespaldas firmes, uno a cada lado del escritorio. Dos más en la puerta. Ettore sabe que también hay *ascari* en cada rincón del edificio, pero eso no se explica la tensión que nota al presentarse ante el coronel.

Fucelli se da la vuelta y le indica con un gesto que se siente; una incipiente barba oscura le sombrea la mandíbula y le baja por el cuello. Tiene un lado de la cara rojo, como si se acabara de levantar. Ettore se hunde en la fría silla metálica.

El coronel le pasa una carpeta por encima de la mesa. Mire esto.

La carpeta está llena de fotografías de mujeres desnudas y semidesnudas. Italianas y turcas. Griegas y francesas. Otras de nacionalidad desconocida y a quienes han dado un aspecto árabe. Todas miran a cámara de manera sugerente. Sus nombres aparecen estampados delante: Belle, Giulietta, Divina, Nadia, Marie. Ettore contempla los pequeños retratos nítidos. Son fotos de estudio, el diván es el mismo en dos de las imágenes y la tenue iluminación les confiere una cualidad evocadora. En el anverso hay una inscripción minúscula: *carte de visite*.

De niño pensaba que todas las mujeres eran iguales, afirma el coronel Fucelli. Apoya el mentón en la mano. Lo que sabe un hombre de una mujer es señal de madurez, ¿no le parece? Imagino que su padre no le habló mucho del tema. ¿Me equivoco?, pregunta mirándolo fijamente.

No, señor, responde y nota que se ruboriza. Se sube al hombro la correa del macuto.

Fucelli le quita la carpeta. Coloca las fotografías en filas horizontales de cuatro y tres en vertical. En la mano tiene una de una mujer tendida en un diván con ropa interior vaporosa de color blanco. ¿Siguen hablando de Haile Selassie los hombres?

Así es, señor.

Continúe.

Algunos tienen miedo de que las dos prisioneras formen parte de un ejército de mujeres. Dicen que Haile Selassie incluso tiene guardaespaldas femeninas. Ettore niega con un gesto de cabeza, imitando la propia expresión de incredulidad del coronel. Las llaman amazonas, señor. Creen que han venido a seducirnos y a matarnos, a nosotros y a los *ascari*. Son

exageraciones. No hay ninguna prueba de que sea cierto. Entonces se endereza en el asiento y coloca las manos sobre las rodillas. Carraspea.

Fucelli le sostiene la mirada. La mayoría de esos hombres son analfabetos, *soldato*. Los obligan a creer en supersticiones. Tienen miedo a muchas cosas. Se interrumpe. Es interesante, sabe, luchamos contra otros hombres, pero es de ellas de quienes tenemos miedo.

Desliza otra foto hacia Ettore. Una mujer con el pecho desnudo tumbada boca arriba en un diván con las manos en la nuca. Un pañuelo sedoso le cubre discretamente el vientre y la parte inferior. ¿Le da miedo?

No, señor. Ettore sonríe, pero la tensión ha vuelto al ambiente.

Los hombres empiezan a creerse cualquier cosa de estas abisinias. Fucelli coloca las manos delante de él y se inclina. Ya conoce la historia de Pentesilea. Usted es más culto que la mayoría. Hace un gesto con la mano hacia la puerta.

Ettore se revuelve en la silla y observa el retrato. ¿La que luchó contra Aquiles? Pero la mató.

Sin embargo, ella peleó bien, ¿acaso alguno de estos hombres se cree Aquiles? El coronel se da un golpecito en la sien.

Pero, señor, luego murió Aquiles.

¿Qué ha entendido de lo que le acabo de decir?

Ettore vuelve a moverse, incómodo por el eco de las preguntas de su padre. Nuestros hombres temen a estas mujeres abisinias, responde poco a poco. Se inventan historias sobre ellas y se las creen.

El rubor se extiende por las mejillas de Fucelli. Tiene las orejas rojas. Siga.

Pensamos que son muy diferentes a nuestras mujeres porque no sabemos nada de ellas. Eso nos asusta, señor. Ettore hace una pausa, desconcertado por el entusiasmo del coronel, el obvio interés que muestra en cada palabra que dice.

Los hombres tienen que encontrar el modo de creer en otra cosa, dice Ettore poco a poco. Tienen que creerse Aquiles, el que vivió para derrotar a sus enemigos.

El coronel asiente y repite: Tienen que creerse Aquiles. El rostro está colorado, el sudor se le acumula encima del labio. Coja la cámara y póngase a trabajar, Foto. Empiece por las prisioneras, por la joven. No fotografiará a las mujeres, sino que creará a Aquiles. Vuelve a guardar las fotos dentro del sobre.

Sí, señor. Ettore se levanta para irse.

Ah, Navarra. Va a llegar el censo. Pronto. Cuando rellene el suyo, tráigamelo. ¿Entendido? La mirada del coronel es penetrante. Estoy seguro de que su padre está teniendo que hacer lo mismo ahora. Menea la cabeza y añade: Una lástima.

Ettore asiente rápidamente, demasiado, y apenas logra hacer el saludo antes de dar media vuelta y salir como un rayo, tragando bocanadas de aire.

*

Ettore se apoya en el árbol que hay a las afueras de la explanada y observa a Hirut. Mira el terreno llano que conduce hasta la cárcel e intenta comprender qué supone levantarse cada día entre nudos de alambre de espino alrededor de una valla infranqueable. Se desabrocha los botones de la camisa y se la saca de los pantalones, se muere por quitársela y liberarse del uniforme, de sus traiciones. Respira varias veces para calmarse. Pasada la cárcel está el camino que conduce al peligroso desfiladero, e intenta imaginarse ese primer instante después del salto, el momento en suspensión que precede a la caída libre. Se sacude las piernas porque las tiene agarrotadas, quiere calmar los escalofríos que le recorren el pecho y la mandíbula. Quiere gritar y preguntarle a Hirut cómo lo hace, cómo logra permanecer dentro de esa cárcel, apoyada contra la pared como si estar atrapado fuera lo más natural del mundo.

Ella ha estado mirando con apatía el horizonte, la amplia grieta entre los peñascos. No se ha movido durante las horas que él ha estado ahí. Las órdenes de Fucelli consisten en observarla y documentarla durante varios días, pero ha pasado la hora de comer y sigue sin tener nada que escribir. El sol brilla en lo alto de un cielo despiadado y es difícil aguantar quieto y concentrarse. Ya van dos veces que ha sacado la carta de su padre para releerla. Ettore se levanta y se coloca el macuto en bandolera. Se cuelga la cámara para que Hirut la vea y se prepare. Un regusto desagradable se le instala en la garganta. Ahora entiende por qué su padre se había enfadado tanto cuando se alistó en el ejército: Leo conocía el verdadero valor de un uniforme, hacía mucho que había aprendido lo poco que en realidad lo protegía. Sabía que sólo se veía lo más evidente: la sangre, el nacimiento y la patria.

Se dirige hacia ella poco a poco, esbozando una breve sonrisa. Los

guardias se aproximan cuando llega a la alambrada. Él es un imán que tira hacia el centro de su órbita. Apuntan los fusiles al pecho de Hirut y empiezan a mirar alternativamente entre la cárcel y los montes, de nuevo alerta. Es algo que sucede sin palabras, una coreografía con una precisión tan impecable que Ettore siente un respeto renovado por lo que el coronel ha conseguido con sus tropas y por todo lo que ha prometido que hará por él.

Indeminesh, le dice Ettore. Se sienta y cruza las piernas delante de Hirut. ¿Cómo estás? *Indeminesh?*

La pregunta es absurda. El *ferenj* vuelve a repetirse, dice una serie de palabras que componen una lista incomprensible, sin contexto ni introducción. Luego su voz se va apagando, incómoda y sin entonación. Hirut observa el horizonte, rígida. Desde que las capturaron ha salido cada mañana a sentarse contra el muro y buscar señales de Aklilu. Se ha forzado a no moverse, ni para secarse el sudor ni apartar una mosca. Cada día le ha dicho a Aster: Aquí no hay nada que hacer salvo ser soldado y seguir entrenando. Y aunque sólo ha levantado la cabeza un momento y ha seguido preguntando por Kidane, Hirut sabe que planear escaparse supone en primer lugar entender adónde ir.

Lo que ha aprendido: los *ascari* trabajan por parejas y se comunican exclusivamente por señas. Rotan día sí, día no y hacen turnos de seis horas. Escalonan sus descansos y nunca se van dos a la vez. No hablan con los soldados ni con los trabajadores que suben o bajan el cerro mientras construyen la carretera de abajo. Los dos que vigilan la cárcel son hombres que no tienen el menor reparo en matar, hombres que se aburren con la ausencia de violencia. Los otros cuatro encuentran la manera de mirarla a hurtadillas, a veces con curiosidad, aunque la mayoría con asco. Todos son crueles. Le dispararían si se lo ordenaran. Ella y Aster no están a salvo. La monotonía de estos días es temporal, un periodo de calma engañosa antes de que tenga lugar un nuevo horror. Debe encontrar una escapatoria.

Indeminesh? ¿Cómo estás? El *ferenj* vuelve a intentar captar su atención.

Hirut se niega a volver la cabeza, a hacer cualquier cosa que no sea permanecer atenta a una posible señal de Aklilu. Pensar en él la obliga a sentarse más recta, se lo imagina a su lado, dándole fuerzas para no flaquear. Sabe que con él estará Seifu y, en algún lugar, Kidane recorre las colinas a zancadas buscando el modo de llegar hasta Aster y liberarlas. Ahí

está Hailu y su misión de mantener con vida a todos los heridos. Ahí están Nardos y Abebech y todas esas mujeres que corrieron junto a ella cuando atacaron el cerro. Ahí están Minim y el emperador, los dos reunidos en el cuerpo de un hombre tranquilo. Están Beniam, Dawit, Tariku y todos los que yacen enterrados en tumbas sin identificación. Siente que se reúnen a su alrededor y construyen un muro que aleja el amárico bastardeado y la mirada apagada del *ferenj*. Estos italianos son máquinas envueltas en carne, vacías de emoción, sin inteligencia que los permita moverse por Etiopía sin nada que no sea astucia animal. Una vez Aster los llamó hienas, se mueven en manadas, matan con trampas, y algún día se devorarán entre ellos.

Por eso Hirut no vuelve la cabeza en la dirección del *ferenj* ni cuando este dice su nombre. No se inmuta cuando uno de los *ascari* se abalanza sobre la alambrada y amenaza con golpearla si no contesta. No cambia el ritmo de su respiración, ni se pone rígida, ni se revuelve indefensa cuando ese mismo *ascaro* abre la puerta de golpe y se inclina sobre ella para gritar su nombre hasta convertirlo en una explosión dolorosa en el oído, sino que lo mira a la cara, hinchada de una ira fútil, y se pone a esperar en calma lo que tenga que venir a continuación. Porque esto es algo que ni los *ascari*, ni Fucelli, ni ese *soldato* idiota que la observa con la boca abierta sabrán nunca: que ella es Hirut, hija de Fasil y Getey, temida guardia del rey en la sombra, y que ya no tiene miedo a lo que puedan hacerle los hombres a mujeres como ella.

*

Le da el parte de toda su interacción a Fucelli y, cuando este le dice que continúe, Ettore regresa al día siguiente, y al otro, y en el momento que vuelve a contarle lo que ocurre, el coronel asiente como si no le sorprendiera y le ordena que vuelva a insistir.

Siga hablándole, no deje de hacerlo sólo porque ella no entienda qué pretende usted. Imagínesela como una bestia por domesticar, como un perro tonto y asustado. Y luego añade: Ha llegado el censo a África, han avisado de Asmara.

Han pasado cuatro días e Hirut sigue sin responder. Aster sigue dentro de la cárcel. Él todavía lleva la cámara colgando, sin utilizarla, y los carretes que ha estado esperando el coronel Fucelli siguen sin revelar en su macuto. Sabe que los *ascari* han empezado a mofarse de él a su modo

silencioso. Nota que la rabia que sienten por Hirut se transforma en perplejidad y, con él, en frustración. Sabe que esperan que la fuerce a cumplir, que debe castigar su insolencia con una fuerza y una brutalidad mayores de lo que emplearían ellos. Sabe que los *soldati* se han enterado de las horas que ha pasado probando sus frases en amárico delante de la chica, ofreciéndoselas como objetos delicados, impaciente por llamar su atención. Ha aprendido verbos diferentes para presentarle, con la esperanza de dar el paso con alguno.

Ser. Dormir. Comer. Ponerse de pie. Levantarse. Servir. Cocinar. Limpiar.

La lista cada vez es más larga. Las burlas a sus espaldas se intensifican. Los chistes alrededor de la hoguera se vuelven más mordaces. No comprenden lo mucho que cambian las cosas cuando el ojo se acostumbra a algo. Cómo las facciones desconocidas de un rostro pueden convertirse en la vía hacia una mente inescrutable. Lo que dice la boca no tiene nada que ver con lo que pretende decir una persona. Es la cara la que habla. Que él no haya logrado ver más que a una chica obstinada y decidida es la prueba del desconocimiento de los nativos etíopes con respecto a todo lo que él considera normal y corriente. Ella no tiene puntos de referencia que se crucen con los suyos: ni mitos ni fábulas, ni ideas sobre ciencia o filosofía. Es ignorante e inculta, analfabeta y limitada. No sabe y, por tanto, no se la puede llegar a conocer. Carece de la capacidad imaginativa para plantearse una existencia más allá de sus marcos de referencia: estas montañas, su aldea, la choza donde nació. Lo que hay detrás de ese rostro y esa mente son pensamientos rudimentarios y vacuos sobre supervivencia y rutina, nada más.

*

Morir, piensa en decir al final del octavo día. Repite la palabra en amárico y después en italiano. Morir, *memot*, *morire*. Ve que a ella le tiemblan ligeramente las manos sobre el regazo. Él sigue: Yo muero. Tú mueres. Nosotros morimos. Ellos mueren. Hirut, ellos mueren. Ellos morirán. *Yimotalew*. Siente que el pecho se le encoge.

Se abre un espacio entre ambos y aunque ella sigue sin volverse en su dirección, se percata de que las palabras han liberado en su interior algo que se esfuerza por contener. Él se sienta más recto, intenta concentrarse, no

pensar en el censo: el correo llegará dentro de unos días. Levanta la cámara, se echa hacia atrás y le hace una fotografía de perfil: a los ojos húmedos con el sol resplandeciente sobre un horizonte exuberante que perderá intensidad con el blanco y negro de la película. Espera a que se mueva, a que le haga un gesto para que se aparte y la deje tranquila. Por un momento admira su disciplina, esa rigidez marcial que podría competir con la de cualquier soldado. Pestañea hasta que se le secan los ojos. Apoya más la espalda contra la pared. Se lleva las rodillas al pecho y las abraza. A continuación regresa a esa quietud terca y turbadora.

No sabe muy bien por qué saca el retrato de sus padres el día de su boda. Lo deja junto a la carta de Leo como si eso ofreciera una pista de lo otro. En la imagen, su padre, con traje negro y camisa blanca impecable, tiene un aspecto severo y sombrío. Parece que estuviera de camino a la universidad, como si ese momento en el estudio fotográfico hubiese sido una pausa temporal en un día por lo demás ajetreado. Gabriella luce un delicado vestido blanco, la blonda que lleva al cuello y en las muñecas es un adorno fino en sus huesos delgados. Con su figura menuda, el vestido tiene una caída elegante desde la cintura hasta el suelo. Está sentada en una silla, con la espalda recta, baja el mentón con modestia y mira de lado para poder ver a su nuevo marido. Leo descansa una mano en el respaldo de la silla como si fuera el apoyo que necesita. Como si llegara de un largo viaje e incluso hoy, el día de su boda, estuviera cansado. Ettore advierte por primera vez que su padre tiene más años que los cuatro que siempre afirmaron llevarse de diferencia. Ahora ve también a su madre como a una mujer joven impaciente y ligeramente sobresaltada, de algún modo enamorada, pero perpleja. Su padre permanece estoico y sumiso, y hay un agotamiento en sus ojos que le confiere un aire de poeta torturado.

Ettore repite las palabras de nuevo, en voz baja, casi para sí mismo: Morir. *Memot*.

Ella mira la fotografía, luego a él, entrelaza las manos y vuelve a contemplar la imagen. Él nota la tensión, cómo se repliega en sí misma, de modo que señala a su padre y decide confesar la mayor verdad en italiano, porque ella no llegará a entenderla nunca: Así es como recuerdo a mi padre. Así es como lo miro sin tener que responder a sus preguntas. Ettore quiere añadir en amárico: Mis padres podrían estar muertos. Quizá no. Pero la falta de vocabulario se lo impide, el condicional, esa manera de hablar que lo transforma todo en una hipótesis, en una existencia imaginada que podría

ser o no cierta. Todo es posible a la vez. Yo podría morir. Él podría estar muerto. Puede que ella haya muerto. Puede que muramos juntos.

Ella sabe que señala a su padre muerto y le pide que se compadezca de él. Repite las palabras para hacerla reaccionar, como si fuera tan sencillo. Como si morir no fuera algo corriente, como si un padre muerto fuera algo que sólo ha sufrido él en este mundo.

Se acuerda de Beniam, de Dawit, de Tariku y de todos aquellos a quienes este *ferenj* ha ayudado a matar, a dejar huérfanos y sin hijos. Piensa en su padre y en su madre, en el Wujigra y en Aster hecha un ovillo como una criatura dentro de la cárcel. Piensa en Kidane y en las maneras en que aún estaría entera si la guerra no hubiera empezado. Si estos invasores *ferenjoch* no hubieran venido. Y mientras cuenta todas las maneras en que tantas cosas han muerto, se han dividido y se han roto por culpa de italianos como él, Hirut siente que la furia crece en su interior, siente un regusto tan agrio en la boca que está segura de que él se imaginará las ganas que tiene de llegar a la alambrada, de robarle el fusil y apuntar a su corazón arrogante y apagado. *Innateina abbate motewal*, susurra. Mi madre y mi padre han muerto. Agacha la cabeza y tiene que pestañear para que no se le salten las lágrimas. Se pone rígida para calmarse. Se abraza las rodillas para empujar la rabia al interior y poder volver a quedarse inmóvil: una soldado en guardia, esperando una señal de su ejército.

Morir, dice él. Sólo que no sabe pronunciar bien «yo muero» y dice «él muere», y cuando llega a «nosotros morimos», Hirut lo oye, se vuelve y le dice despacio: Nosotros no moriremos. Y lo ve pestañear embobado, como si el sonido de su voz lo emocionara. Entonces vuelve a otear el horizonte, en busca de destellos de luz mientras él dispara su cámara: unos dientecitos de cristal le mordisquean la mejilla.

*

Esa noche Ettore sueña: Leo lleva su traje de boda y sujeta contra el pecho un impreso del censo. Intenta llegar a casa antes de que el corazón le estalle sobre el papel. En su interior siente que está encogiéndose. Su piel se afloja, pronto saldrá de sí mismo, sus huesos se mueven más rápido que él, atravesando venas, piel, ligamento y músculo para volver a dejarlo todo atrás. Debe encontrar un rincón. Colocarse entre piedras y recobrarse. Pero es demasiado lento. Es demasiado metódico. Ha olvidado la premura de la

infancia, el sueño de volar. Se esconde en un hueco entre dos edificios cerca de Santa Maria Formosa, buscando a Gabriella. Cede a los pliegues de la oscuridad y se quita el traje. Por un instante es alto, delgado y completo. Luego se quita la piel y la dobla con cuidado, forma un cuadrado perfecto en un mundo que gira sin parar. Él no es más que músculo y hueso, las venas le explotan como supernovas. De nuevo se pega el impreso al pecho. Intenta retener lo que debe ser retenido. Lee la hoja y su corazón resbala. Sale rodando y cae a sus pies. Sigue leyendo y los pulmones le explotan. Llega al final y el estómago se le revuelve. Empieza a engullirse a sí mismo. Leo pronuncia el nombre de su querida esposa y extiende la mano. Luego se va a casa, como un esqueleto andante.

Es su cumpleaños y el coronel Fucelli saluda a su reflejo en el espejo para dar comienzo a sus celebraciones privadas. Se abre la chaqueta y pasa la mano por los dos cinturones que se ha acostumbrado a llevar desde el horripilante asalto. Durante todo este tiempo ha asumido que aquel episodio mermó su hombría. Siempre ha creído que no hay auténtica defensa ni recuperación posible para un ataque que expone a un hombre a sus flaquezas más elementales. No ha sabido cómo alejarse de la humillación incapacitante que le ha cambiado la manera de pasar los días y de terminar las noches. Lo que los abisinios le pusieron de manifiesto a Carlo Fucelli, hijo de Domenico Fucelli, para que él mismo lo presenciara, iba mucho más allá de sus partes más íntimas. Le bajaron los pantalones y le arrancaron el propio espíritu, y desde entonces ha llevado a cabo sus rutinas con un aturdimiento que sólo ha desaparecido en sus actos más premeditados de poder y venganza. Sus prisioneros también le han enseñado lo siguiente: es posible limpiarse el polvo y la ceniza de los pies y seguir adelante completamente transformado. Cualquier cosa es posible. Y con eso, Carlo se quita el cinturón adicional, se abotona la chaqueta y sale de su despacho para presentarse de nuevo ante sus hombres.

Lo están esperando en la explanada que hay entre la cárcel y el desfiladero. Han hecho lo que él les ha ordenado y han llegado al amanecer, preparados para el combate. No se oye nada salvo el susurro del viento a través de la hierba alta y los árboles, y todo lo que anuncia este nuevo comienzo contiene la respiración que antecede a su llegada. Carlo nota que se le hincha el corazón. En el aniversario de su nacimiento les hará una demostración. Les enseñará cómo se puede a llegar a ser un hombre fuerte sin utilizar los puños. Y, a medida que se aproxima a la cárcel, el coronel Fucelli, hijo de Italia, conquistador de Bengasi, respira la fragancia de una nueva mañana y espera que llegue su momento. Cualquier cosa es posible, se dice a sí mismo, conmovido por la muda obediencia de sus hombres, en perfecta formación ante él. Cualquier cosa es posible porque hoy yo soy posible.

A un lado, Fifi y su criada forman un silencioso coro de dos que observan preocupadas. Él saluda a Fifi con la cabeza y ella se vuelve, angustiada, aunque sin haber podido desobedecer la orden de estar presente. En lo alto del cielo el azul florece poco a poco, el sol es un pulverizador distante sin forma fija en la expansión que ilumina. Una cinta de nubes altera la línea nítida del lejano horizonte. La niebla se aferra a las cimas

escarpadas y fluye entre los montes. Todo lo demás es hierba, roca y tierra de cultivo: un terreno abierto que espera a ser reclamado. Hay espacio suficiente para toda Italia en este país vacío y colosal, señalará a sus hombres en otra ocasión. Carlo cierra los ojos y asiente. Se lleva un cigarrillo a la boca y se desabrocha la parte inferior de la chaqueta para que desaparezcan de una vez los rumores: ya no lleva doble cinturón. No lo volverá a llevar. No necesita ninguna protección simbólica. Ha vencido sus demonios y hoy les hará hincar la rodilla.

Se presiona el pecho con la mano. Se inclina hacia sus hombres y grita claramente en italiano, luego en amárico, en árabe, en tigriña y en somalí: ¡Hay personas hechas para permanecer en la distancia y personas nacidas para caer!

Ettore Navarra mira de reojo a sus amigos, que están a su lado, y luego a Carlo, desconcertado, como el coronel sabía que ocurriría. Carlo quiere recordárselo: Nuestros padres no son quienes nos hacen ser como somos, Navarra. Nacemos con nuestras propias posibilidades. Hay personas hechas para permanecer en la distancia y personas nacidas para acarrear con las consecuencias de nuestras decisiones. Lo que el coronel quiere decirle al joven soldado es lo siguiente: Hoy puedo ser testigo de mi propio renacer y enterrar al hombre al que atacaron esos intrusos.

Sin embargo, se vuelve hacia Fifi. Ven aquí, Aida, joven doncella dominada por las leyes del amor, esclava del deseo que siente por el enemigo de su padre, *faccetta nera*. Dame la mano.

Mientras ella se acerca lentamente, él abre los brazos en un gesto de buena voluntad hacia sus hombres, preso por un momento de afecto y gratitud por la lealtad que le han mostrado y la dedicación a sus ambiciones.

Han estado picando piedra, trasladándola y dinamitando montañas para construir túneles. Han estado trabajando bajo el calor abrasador y durmiendo en el frío de la noche. No han tenido ningún respiro excepto los descansos cuando llegan nuevos prisioneros y luego caen por el precipicio. Las leyes de segregación racial les prohíben mezclarse con las nativas, pero él no los ha detenido cuando se han arriesgado a ser víctimas de una emboscada para ir al bar de la zona. En realidad, se ha compadecido de ellos y siempre ha ordenado a sus *ascari* que los protegieran cuando iban hasta allí. No ha habido nada más en que ocupar a estos hombres. De modo que cuando Carlo extiende la mano y hace un gesto para que Fifi se acerque, es muy consciente de lo que está desencadenando. Conoce la

forma de la bestia a la que despierta con un toque.

Faccetta nera, cara Aida, vieni qua. Ven conmigo, mi querido rostro negro. Ven, querida Aida. Carlo rodea a Fifi con un brazo y se la acerca. Ella está temblando, entrelaza las manos con fuerza, con el cuerpo rígido.

Para, le pide.

Carlo se inclina a su oído y se asegura de rozarle la mejilla con los dientes cuando le dice: Presta atención a cómo se hace un hombre. Luego la aparta de un empujón. *Carissima* Fifi, Faven de Gondar, ¿cuántos nombres necesita una persona? Hace un gesto a Ibrahim con la cabeza.

Este grita en árabe, y dos *ascari* se aproximan corriendo.

Carlo vuelve a sonreír y señala la cárcel donde están las dos prisioneras, calladas en silencio y ajenas a lo que ocurre. Agarra la mano de Fifi y se niega a soltarla. Vamos, Navarra. Hágalas salir para que podamos empezar.

¿Yo, señor? Ettore se vuelve temblando hacia el coronel.

Fucelli se coloca las gafas de sol. Está en jarras y sólo su boca, una línea firme en su rostro, revela la tensión en aumento entre ambos. ¿Qué ha entendido de lo que he dicho? Luego se ríe. Saque a la prisionera, Navarra, a la joven. A no ser que le dé miedo una chica.

Ettore oye estallar las risitas en la hilera. Echa un vistazo a los hombres, a la cara radiante del coronel, y la rabia le ruge en el estómago al tiempo que siente el azote de la vergüenza. Como no puede hacer nada y hay muchas cosas que desconoce y teme que nunca se las explicarán ni las descubrirá, da media vuelta en dirección a la alambrada y ordena a un *ascaro* que abra. Aguarda agitado en la puerta hasta que le abren. Entra como un rayo y busca la grieta que se ha formado en la tierra para exponer la humillación de sus debilidades.

Hirut se pone en pie de un salto, desesperada por esconderse en algún sitio. La intrusión de Navarra la ha dejado atónita. Alarga una mano hacia Aster y la llama, pero sólo ve al *soldato* agitándole el fusil en la cara mientras le pide que salga en su amárico artificioso. Cuando la arrastra al exterior, él es un cuerpo que se estremece con un cruel resentimiento.

*

Hirut pestañea y no ve nada con el sol matinal. Todo un ejército la observa con atención pero ella lo único que hace es contemplar a Fucelli y a su acompañante. Y a la cocinera. Hirut trastabilla, se marea al ver a esa mujer

cuya desaparición había aprendido a aceptar en un mundo desconcertante. Pega la espalda contra el muro de la cárcel y se desmorona. Va vestida, pero está desnuda. Es un espectáculo, pero es invisible. Es una chica a la que han partido en dos, lo que hay aquí es piel y sombra, hueso y silueta, nada más que aire cargado de humo. Y la cocinera. La cocinera. La cocinera.

Hirut la mira pero ella menea la cabeza, le tiembla la boca y no hacen falta palabras para comunicar lo que está diciendo: Haz como si no me conocieras, no me mires, debes encontrar tu propia escapatoria.

Navarra está del lado interior de la alambrada y sujeta la cámara como un escudo. En algún lugar junto a ella, Beniam le tira de los pies. Kidane la alza en el aire y la tumba de espaldas al suelo. Aster levanta el látigo y le corta los pensamientos. El tiempo se funde y la deja sin sentido en este lugar miserable donde la cocinera puede estar al otro lado y observarla sin ofrecerle ayuda. Hirut cierra los ojos y recoge el mentón. Tiende una mano imaginaria a Aklilu, deja que Beniam se aferre a sus tobillos, que su Wujigra cuelgue en bandolera, y aguarda.

Ettore ve a Hirut agazapada y aterrada contra el muro y siente que su rabia va desapareciendo para dar paso al remordimiento y la lástima. Al fin y al cabo, no es más que una nativa, no es más que una muchacha acostumbrada a la crueldad. Se trata de un cuerpo que la servidumbre y las órdenes no han conseguido fracturar. Se trata de una chica que se ha mantenido a flote por las interminables exigencias de la obediencia. Está aquí ante mí, padre, encogida como un animal moribundo, esperando que la auxilie.

Ascari!, grita Fucelli señalando a dos guardias. Que se ponga de pie. ¡Navarra, prepárese!

Sin embargo, cuando los *ascari* la fuerzan a levantar la cabeza y enderezar la espalda, Hirut se niega a que la muevan. Sigue tan replegada sobre su pecho que Ettore ve que se le marca la columna.

Ibrahim, si no se levanta, dígale que yo mismo la arrojaré por el precipicio, insiste el coronel Fucelli. Chasquea los dedos y se vuelve. Fifi, *bell'abissina*, ven. Y trae a tu esclava. Ibrahim, ya sabe cómo proceder.

Lentamente, Fifi y la criada dan un paso al frente. Ettore se da cuenta de que Hirut se altera tanto al ver a esas dos mujeres que apenas se queja cuando Ibrahim se le acerca, le tira del vestido a la altura de los hombros y se lo baja hasta la cintura. La tela se rasga. Hirut se mira, aturdida, luego

dirige la vista a las dos mujeres y el sentimiento que la invade se le hace insoportable. Ibrahim retrocede, se ha quedado de piedra cuando ella ha empezado a murmurar y luego a decir en voz alta en amárico algo tan rápido que Ettore no logra comprender.

¿Qué está diciendo?, pregunta Fucelli a Fifi, con los brazos cruzados.

Nombres. Simplemente nombres de personas, puede que de su familia. Luego se vuelve a él y le pone una mano en el brazo. Por favor, Carlo. Déjala.

Fifi lanza una mirada a Ettore, por unos instantes sus ojos se cruzan y el reflejo que él ve lo colma de una vergüenza renovada. Se aleja un paso de Hirut. No quiere mirarla más. No quiere estar de ese lado de la alambrada oyendo los murmullos de esa chica presa del pánico. Ve al coronel con su regocijo calculado, sus facciones endurecidas y su orgullo, y la alambrada se erige como una frontera entre los dos.

De entre los *soldati* y los *ascari* estallan ovaciones y aplausos: *Il Duce! Viva l'Italia! Faccetta nera!* Sus voces penden como aviones rasantes, el tumulto es una reverberación infinita que retumba por las montañas. Ettore sigue dentro con la chica, dando vueltas en su propio universo, terriblemente solo con la nativa.

Unos grupos de soldados se acercan. La querida del coronel y su criada están encorvadas, ambas de brazos cruzados en un gesto idéntico. Ambas son incapaces de mirar a la chica. Es ella quien no les quita ojo. Está concentrada en las dos, sus temblores van a más a medida que abre la boca para formar una palabra a la que no logra ponerle sonido.

El coronel se coloca junto a Ettore con una pistola en la mano. Navarra, la semana pasada durante una emboscada casi cae una unidad en Kossoye. Sabemos que los rebeldes de Kidane se esconden en estos montes. Sabemos que algunos de ellos son mujeres. Tome la fotografía, *soldato*.

La chica se balancea mirando al cielo y la cicatriz de la clavícula se eleva con su respiración agitada.

Dígale que se esté quieta, ordena el coronel. ¿Acaso no es usted italiano? Se vuelve hacia Fifi. Vosotras dos observad o será peor para ella.

Fifi se endereza, nerviosa e incómoda, y se alisa el faldón de su largo vestido. Le da un golpecito en el hombro a la criada para que se ponga recta. Se cogen de la mano con fuerza y juntas miran a Ettore con evidente repulsión.

Navarra, haga su cometido.

Esto es lo que ve Ettore cuando mira a la chica: que hay algo que muere en un cuerpo que respira. Hay una caída hacia el olvido que tiene lugar mientras seguimos impelidos a movernos. Hirut no deja de pestañear y de articular una palabra inaudible. Se mece y se agacha. Levanta un brazo poco a poco, haciendo señas a Fifi para después dejarlo caer a un costado. Se rinde.

Ragazza, ti prego, estate quieta, sube la cabeza. Ettore levanta el mentón y en su pecho surge una sensación parecida al dolor. Le tiende una mano a la chica pero ella se niega a mirarlo, y por primera vez él se pregunta si se lo merece. Al llevarse la cámara al ojo siente alivio. A través del visor ella es una silueta solitaria y pequeña, un conjunto de partes mal dispuestas hasta que él enfoca y las ordena.

Ascaro, el coronel señala a Ibrahim, que está junto a los demás *ascari* unos pasos más allá. Dígale qué les pasa a los que no obedecen. Dígale, si quiere, lo que le he enseñado a hacer.

El cielo despejado de la mañana baña a Ibrahim con una luz tenue a medida que se acerca a la valla, temible y radiante con su uniforme. Hace una pausa. Su boca titubea con respecto a su severidad habitual. Le susurra algo tan bajo que parece una exhalación.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Fucelli. En Libia no era tan difícil, ¿verdad?

La rebeldía de Hirut desaparece. Se levanta, se lleva las manos a la espalda y pone un pie contra la pared. Se queda mirando a Ettore con un desprecio absoluto. Quiere abalanzarse, piensa él, quiere convertirse en una bala dirigida hacia él y su pecho.

Saca otra foto y pasa el carrete. Prepara la cámara de nuevo. Ella no se mueve, de modo que vuelve a disparar. Luego aguarda e Ibrahim murmura algo entre dientes. Y detrás de Ettore, un muro compacto de silencio se alza desde el suelo, tan impenetrable que el sol no logra brillar, y él se encuentra al borde del precipicio contemplando una caída infinita. Como ella sigue inmóvil, toma otra fotografía, idéntica a la anterior, y después otra y otra más. A continuación se detiene, no tiene muy claro qué hacer, empieza a invadirlo una sensación de pánico.

Carlo, esto no tiene ningún sentido, dice Fifi. Se aferra a su criada, se lleva la mano de la mujer al pecho.

Cierra la boca, responde Fucelli. Tiene una mano apoyada en el cinturón y se da golpecitos en la hebilla mientras agacha la cabeza y su respiración

se vuelve irregular. Parece que se repliegue en sí mismo, un animal arrinconado dispuesto a luchar hasta la muerte, a saltar hacia delante y atacar a la chica.

Acto seguido Fifi se pone delante de él, erguida, y grita: ¡Hirut! Cuando la chica la mira, le hace el saludo de un soldado etíope.

Los *soldati* se quedan boquiabiertos. Los *ascari* se inclinan hacia delante. Fucelli pestañea varias veces. La chica levanta el mentón. Deja caer las manos a los costados. Se pone a parpadear hasta que la expresión de su mirada es oscura y fría. Se endereza y se aleja de la pared. Junta los pies. Se lleva la mano a la frente en un movimiento vigoroso y grácil. En posición de firmes, como una soldado.

El coronel Fucelli avanza a zancadas dejando atrás a Ibrahim y entra en el recinto. Aparta a Ettore de un empujón. Separa a la chica del muro, da vueltas a su alrededor hasta dibujar un círculo cada vez más pequeño y se planta frente a ella con una mirada de odio.

Hirut mira al horizonte, como si él fuera invisible, como si no importara.

Permanecen así durante tanto tiempo que Ettore se acerca y fotografía a Hirut. Se arrodilla y encuadra sus pies polvorientos y sus finos tobillos. Se incorpora y captura la curva de su cuello y la cabeza bien formada que se niega a agacharse. Encuadra su rostro y dispara una y otra vez.

No se da cuenta de que Fucelli se le acerca con las manos en un puño, pero él se está meciendo en dirección a Hirut, que permanece impasible, con la mirada puesta en Fifi y la criada como único atisbo de lo que podría ser orgullo pero también burla.

Con los empujones de Fucelli, Ettore está más cerca. Sabe que no podrá enfocar a tan poca distancia, pero saca fotos de los ojos de Hirut igualmente, sabiendo que sólo él verá cómo el odio oscila con tanta facilidad entre la vergüenza y el miedo. Hago lo que me ordenan, padre. Soy la bestia amarrada por la obediencia. Soy la criatura que se mantiene a flote a base de órdenes.

Luego le llega el turno a Aster. Mientras que Hirut estaba callada y desafiante, la mujer mayor era puro movimiento y ruido. Un cuerpo que choca contra las manos que la contienen, da vueltas de un modo tan salvaje que Ettore no logra fotografiarla. Cuando le bajan la parte superior del vestido, ella se la sube. Cuando la empujan contra la pared, ella se desliza al suelo. Cuando el coronel tira de ella para que se ponga en pie, ella le coge

las piernas para derribarlo. Grita un nombre que hace estremecer a Ibrahim y detener a los *ascari*, e incluso Fucelli dice: Ahora tengo pruebas irrefutables de que trabajan para el líder rebelde, Kidane.

Hirut se apoya agotada contra la entrada, observando a Aster con la boca temblorosa y las manos en la cara. Cuanto más se niega ella a quedarse quieta, más empieza a moverse Hirut. Abre los brazos y agita las manos. Se libera de una captura imaginaria. Es un movimiento bello reducido a sus partes más esenciales. Ettore se aleja de Aster y se aproxima a Hirut. Ajusta el obturador y oscurece las sombras. La convierte en una silueta esbelta que intenta encontrar su ritmo atrapada en una pirueta empequeñecida: elegante y triste.

Cuando llegan los impresos del censo, el coronel Fucelli se limita a entregarle el sobre a Ettore y decirle: Navarra, asegúrese de que todos los soldados italianos lo rellenan. Devuélvamelos dentro de dos días. Se lleva un dedo a los labios. Usted rellene el suyo también, por supuesto, aunque no hagamos lo mismo. Menea la cabeza para silenciar cualquier pregunta y lo despide. Puede retirarse, *soldato*.

Ettore sale del despacho sin saber por dónde empezar. Se queda en el extremo de la carretera que lleva al resto de *soldati*. Es mediodía, ha llegado el correo y la mayoría estará en sus tiendas leyendo la correspondencia, preparando las respuestas e intercambiando chismorreos de la familia, de sus relaciones, o compartiendo recuerdos de platos caseros. Hablarán como siempre han hecho, con o sin él, como figura que suele estar callada y asintiendo, riendo cuando toca, sin anécdotas que intercambiar en nombre de la amistad y la camaradería. Siempre ha estado sin estar. Receloso de las maneras en que una historia puede conducir a una pregunta que quizá no pueda responder: ¿De dónde dijiste que era tu padre? ¿Y tus abuelos?

Los hombres proceden de todas partes de Italia, de Milán y Turín, de los pueblecitos rústicos cercanos a Florencia y Siena, de los puertos y los montes escarpados que rodean Palermo y Calabria. Pese a todos esos años lejos del hogar, pese a estar destinados en un sitio donde el aburrimiento se intercala con momentos de miedo cerval y paranoia, sienten esperanza y devoción por el imperio que están creando. Algunos han estudiado, como Ettore, aunque muchos dejaron el colegio por las exigencias del trabajo en el campo o los negocios familiares. Sin embargo, nada acusa tanto las diferencias entre ellos como el idioma.

Un italiano abrupto surge de las lenguas de los milaneses. Una versión ondulante y elegante, salpicada de haches aspiradas, fluye de las bocas de los florentinos. Y de la de los sicilianos, una variedad que parece retorcerse en la boca con rebeldía antes de ser lanzada, contundente y fragmentada, cuya gracia está en el justo equilibrio entre discurso y canción. Todos los italianos tienen un acento distinto, amor mío, le había dicho Gabriella a Leo una vez, sin saber que Ettore los oía discutir desde su cuarto. Somos muchos países en uno, ¿qué hay de malo en eso?

Ettore va de tienda en tienda, contando hombres e impresos. Los distribuye por montones: saluda y los entrega en mano, los deja sobre las mantas y se va antes de las preguntas y las miradas sabedoras, de los ojos suspicaces que lo observan y parecen escrutarlo con mala intención. En la

obra, un peón a quien no conoce se encoge de hombros y le dice: Cuanto antes nos libremos de esos *antifascisti ebrei*, mejor, y le sonríe aliviado. Algunos se quedan callados. Otros estallan en carcajadas. Hay quien le quita el impreso de la mano, va a sentarse con los demás alrededor de la hoguera y eso da pie a nuevos rumores y chismorreos. Encuentra juntos a Fofi y a Mario, que lo esperan en la tienda del último. Siente la acusación en su semblante, la hostilidad en la pregunta que lanza Fofi: ¿Y qué va a hacer ahora Fucelli con su Foto? Ettore guarda silencio y sigue a lo suyo, luego sujeta el último impreso contra el pecho y se va a buscar el rincón más oscuro.

Nombre: Ettore Navarra. Lugar de nacimiento: Venecia, Italia. Fecha de nacimiento: 20 de julio de 1913. Nombre del padre: Leonardo Navarra. Nombre de la madre: Gabriella Rachele Bassi Navarra. Lugar de nacimiento del padre: Desconocido. Fecha de nacimiento del padre: Desconocida. Nombre de la abuela materna: Rachele Bassi. Nombre del abuelo materno: Mauro Bassi. Nombre de la abuela paterna: Desconocido. Nombre del abuelo paterno: Desconocido. Religión: Ninguna. ¿Dónde nació tu padre, Ettore? ¿Podrías contarle un poco sobre tu familia a la clase? Vamos a practicar cómo se pronuncian las palabras. No sé, maestro. Vete a casa a preguntárselo y mañana nos lo cuentas. *Papa*, ¿dónde naciste? Mi vida empezó cuando naciste tú, hijo mío.

*

¿Tiene los impresos?, pregunta Fucelli mientras se inclina para ajustar el botón de la radio. Mira el reloj al tiempo que un leve zumbido resuena por la habitación. Hay días en los que casi puede sintonizarse Radio Londres, dice en voz baja. Se vuelve deprisa. Pero no se lo explicaremos a Roma, ¿verdad? Sonríe y menea la cabeza. Es la única manera de saber lo que está sucediendo en realidad. Se yergue y extiende la mano. Deme. Asiente con aprobación. Ha terminado en tiempo récord.

Ettore abre el macuto y le entrega el sobre.

El coronel saca los formularios del censo. ¿Dónde está el suyo?

Ettore señala el de abajo.

Fucelli lo extrae y lo lee. Sus ojos van de un lado al otro de la página y hacen pausas periódicas. No sabe nada de su padre, comprueba mientras dobla el impreso por la mitad y lo mete en una de las carpetas que hay sobre

su escritorio. ¿A qué se debe?

No lo sé, señor. Ettore niega con la cabeza. No lo sé. ¿Qué les pasará a mis padres? Se le quiebra la voz sólo de pensarlo.

El coronel Fucelli menea la cabeza. Los camiones llegan dentro de tres días a buscar a los soldados y obreros judíos. Tendrá que estar en otro lugar cuando eso ocurra. Mientras tanto, ¿tiene carretes para mí? Los enviaré a revelar. Por un momento los ojos se le llenan de una bondad poco común. La guerra es así, *soldato*. Nadie sobrevive ileso del todo.

No pueden escribirme más cartas, ¿verdad?

El coronel deja caer la cabeza y piensa un instante. ¿Por qué no va al bar mañana? Lo acompañarán los *ascari* y le indicarán cuándo puede regresar. Se mete la mano en el bolsillo y saca un sobre doblado. Tenga. Lo guardaba para otra ocasión, pero lléveselo, pregunte por Mimi. Si hay dos o tres, quédese con la más alta. Ella sabrá qué hacer. De repente, sonríe como un niño. Es una orden. Retírese, *soldato*.

*

Ettore se sienta solo en el pequeño y concurrido bar. Fuera, los *ascari* que lo han acompañado se quedan cerca de la puerta y se toman unas cervezas mientras esperan pacientemente a que él haga lo que Fucelli le ha ordenado. Sólo hay una camarera, que trajina en silencio por el local oscuro, y le lanza miradas furtivas mientras va de mesa en mesa. Los demás hombres, la mayoría trabajadores italianos, algunos con acompañantes nativas, aparecen en su camino, pero ella se mueve entre el bullicio y esquiva con destreza las manos y los cuellos que se estiran. Y entonces está casi delante de él con una sonrisa congelada en sus labios carnosos, con una mirada inexpresiva pero atenta, conocedora. Ettore contiene la respiración. Ella es puro movimiento grácil en ese lugar donde no hay sitio para la ternura.

Reduce el paso. Se para en el centro del bar como si supiera que él está esperando. Como si supiera que fue él quien tomó las fotografías de Hirut y Aster, las del prisionero ahorcado, las de esos cuerpos a punto de caer. Mientras el cantinero le hace señas para que vaya a recoger otra ronda, ella alarga el cuello y levanta el mentón. La luz inunda la curva de su garganta y resplandece en la clavícula. Ettore se inclina hacia delante y por un momento, no existe el sonido, ni las voces y nunca ha tenido que rellenar un censo que partirá su vida en dos. Ella se dirige hacia él como si oyera sus

pensamientos por encima de los gritos que le piden más cerveza, más vino, más cigarrillos. Le tiembla la boca. Lo saluda y le lleva su cerveza. Se le acerca al oído y le dice: Soy Mimi, espérame y nos vamos juntos.

*

Está el juego de la luz en la habitación y el haz de polvo en el aire. Está el crujido de la cama cuando me siento junto a la camarera. Nos tumbamos y sólo oigo el sonido del cabecero metálico contra la pared además de tu voz que lee para mí desde ese otro Leonardo: Los límites de los cuerpos son lo que menos importa. Hay más, padre: también hay un fusil envuelto en uno de esos pañuelos que llevan estas mujeres. Está apoyado en un rincón y ni siquiera el tenue resplandor del sol que se filtra por el cuartito puede hacerme olvidar que esto es la guerra. Lo que quiero decir es que tú no perteneces aquí, nada de esto es para ti, pero me da miedo dejarte ir.

Ella confunde su silencio con indecisión. Tranquilo, le dice. *Va bene*. Le guía la mano a su cintura, al vientre, y los dedos de Ettore rozan la suavidad de la piel más abajo.

Él nota su respiración tosca cuando ella se le pega. Espera, le dice. Se coloca una mano en la frente: necesita calmarse. Dame un minuto.

No pasa nada, susurra ella, no tengas miedo. Habla mecánicamente, pronuncia con cuidado, como si su boca tuviera que adaptarse a las palabras, como si el italiano no fuera lo natural.

Puede que no sepa más que las frases que repite, que no sepa más que lo que practica sola, delante del espejo, de noche. O puede que lo sepa todo. Por qué lo llaman Foto, una persona que dispara fotografías, un coleccionista de imágenes espectrales, un archivista de los muertos. Puede hacerse una idea de por qué Fucelli le pagó este servicio.

Yo no hago estas cosas, dice él, pero la guerra es así. Siente las sombras de la habitación, la furia de las voces de los fantasmas que erizan los pelos. Cuesta mucho respirar al lado de este cuerpo.

Ella sonríe al reconocer la palabra. Guerra, asiente. *Paterazm. Guerre. Pólemos*. Le acaricia el mentón con un dedo. Le pone una mano sobre el pecho. La deja allí tanto rato que es como si la habitación se tambaleara y las sombras se acercaran hasta que aparecen al pie de la cama todos los prisioneros que ha fotografiado y lo observan: las chicas, los hermanos, los gemelos, los padres, los ancianos, las mujeres, los chicos, los jóvenes.

Ettore cierra los ojos y contiene la respiración. Cierra las manos en un puño y quiere escapar de la habitación menguante.

Mañana te vas. Esta noche te quedas conmigo. ¿Me han dicho que puedo llamarte «Foto»?

Soy Ettore. Soy soldado, soy italiano. Vuelve a contemplar el cuchitril. Está lejos de casa. Acabo de entregar el formulario del censo, le dice para probar su comprensión. Por eso he venido al bar. Espera que pase algo, que la puerta se abra de par en par y unos hombres lo saquen a rastras y lo metan en un barco de vuelta a Roma. Se lo he dado al coronel. Por eso estoy aquí, él quería ofrecerme esto. Tú eres un premio. Un soborno para asegurarse de que seguiré obedeciendo, añade en voz baja, con amargura.

Ella asiente, sonríe sin entenderlo y se pega más a él hasta que parecen una pareja de recién enamorados, muy quietos, uno al lado del otro, cogidos de la mano, su desnudez es apenas un detalle insignificante. El gesto es muy inocente: él roza la cabeza de ella con la suya, relaja los dedos entre los de ella. Siente una presión cálida en el vientre.

Soy italiano, repite, dejándose llevar por la respiración regular de ella. Cuando no contesta, él se permite decir lo que ha querido confesar todo este tiempo: Mi padre tuvo otra vida, otro hijo y otra esposa. Fue otra persona antes de que yo lo conociera. Hay una parte suya que dice haber borrado, pero yo no me lo creo. Por eso ha intentado llenarme la cabeza de información, para que no me dé cuenta de lo que falta. Para que no me dé cuenta de lo mucho que desearía que yo fuera distinto. Siempre he sido una decepción.

Ella le acaricia la pierna, el vientre, el torso y él siente la suavidad de su pecho cuando se coloca encima, esconde el rostro en su cuello y lo envuelve con sus piernas. Él le coge la cara y la contempla: los ojos líquidos y los pómulos marcados, sus labios carnosos y la curva del mentón. Desde el rincón: un leve rumor, como unas hojas, como una cortina, como un pensamiento que toma forma.

Sé por qué tu gente está llorando siempre. Sé por qué no parabas de mirar a la puerta cuando entré en el bar. Por qué el cantinero no me quitaba el ojo de encima. Sé muchas cosas. Sé que me odias. Que soy un enemigo. Que no puedes fiarte de mí. Que allá donde voy, tu gente muere. Luego no puede seguir hablando porque vuelve a ver esa franja de sombra que vibra en el borde de la luz. Cierra los ojos. La guerra es así, se dice a sí mismo. Eso es lo que significa.

Ella traslada el peso a las partes donde hay menos presión, para moldear piel contra piel, sin resistencia, para que cada una de sus curvas lo envuelva, y él empuja, aliviado por la insistencia delicada, luego crece en su interior, se deja ir, se estiran y se mueven juntos sobre la cama, todo el sonido se desintegra hasta que no queda nada más que el calor de ella y la seguridad ilusoria de un abrazo firme. Encuentran su ritmo, poco a poco, gradualmente y en la urgencia en aumento, Ettore nota la solidez de su corazón, la fuerza de sus brazos y piernas, la ancha extensión de su espalda. Él es robusto: hueso y piel, músculo fuerte y cartílago, un hombre corpulento, un soldado. La sangre se apresura en su interior, lo lleva hacia la euforia y, con todo, hasta en esos momentos finales, los ojos de Ettore se abren brevemente, con precaución, antes de volver a cerrarse.

Cuando acaban, él le pega la boca al oído para decirle algo, para reconocer que no ha terminado, que acaba de empezar, que no hablará de ella con nadie, que se lo ocultará a su padre cuando vuelva a casa, que ahora él también tiene un secreto. Sin embargo, se oye un golpe discreto en la puerta y una campanilla, y cuando ella se desliza entre las sábanas y se levanta, su expresión es distante. Su piel oscura se levanta como un muro entre los dos.

Es hora de irse, le dice mientras le lanza su ropa. Se da la vuelta para vestirse y cuando vuelve a mirarlo, lleva su vestido blanco. Suerte.

Y revelan las fotografías de Hirut y de Aster. Las imprimen en tarjetas postales, que se reparten entre los hombres de Fucelli. Las envían a los periódicos, los reporteros las utilizan. La gente las colecciona como souvenirs y los funcionarios hablan de ellas en sus reuniones. Las venden en los comercios de Asmara y Adís Abeba, de Roma y de Calabria, en los clubs de oficiales en Trípoli y El Cairo. Hirut y Aster reciben un sinfín de apodos: amazonas furiosas, guerreras de ébano, Julietas africanas. Pasan de mano en mano hasta acabar rasgadas, encuadradas y pegadas en álbumes, y de todas partes llega el eco de las peticiones: ¿Pueden posar con los fusiles y unas chozas de fondo? ¿Podríamos montar un ataque con algunos de sus hombres? Fucelli, póngase el uniforme más limpio que tenga. Fucelli, póngase el uniforme más ajado que tenga. Póngase el casco. Póngase esta medalla. Póngase las gafas. Póngase de perfil. Póngase entre ellas, coronel, y cuéntenos qué ha aprendido sobre los nativos.

*

¿Es ella? Kidane sostiene la fotografía para verla a la luz. Es la cara de Aster, es su cuerpo, pero no parece ella. Kidane es consciente de que los hombres lo observan, de que Nardos está ahí delante, tapándose el rostro con las manos, balanceándose y murmurando palabras apenas audibles.

Kidane deja caer la fotografía al suelo y se limpia las manos en el *shamma*. Sabe que se encuentra en su cueva, acompañado de dos de sus hombres y de la amiga íntima de Aster, pero también está a solas en el dormitorio de aquella primera noche, frente a una niña asustada que controla su ira como si fuera un escudo.

Seifu y Aklilu tienen más fotografías, pero no las mirará.

¿Ferres ha dicho algo más aparte de que sigamos esperando?, pregunta Aklilu.

Seifu está encorvado sobre una foto que muestra un par de piernas colgando, con el bajo de los pantalones del uniforme empapado de sangre. Es Tariku, dice, alzando la cabeza, con los ojos desorbitados. Es mi hijo, miradlo. Besa la imagen y se la aprieta contra el pecho. ¿Por qué no estamos matando a ese Fucelli ahora mismo? ¿Por qué no estamos bajando esta montaña para rebanarle el pescuezo mientras duerme?

Aklilu lo rodea con el brazo y se lo arrima. En ese gesto tierno, Kidane intuye las acusaciones que le lanzan. Desde que cogieron a las mujeres, han

sido muchos los días en que ha percibido el enfado de Seifu y la frustración de Aklilu. Quieren atacar, pero Ferres sigue insistiendo en que sean pacientes. Y ahora el espía les envía unas fotos en las que aparece Tariku, el hijo de Seifu. Tan sólo su estatus salva a Kidane del desconsuelo violento de Seifu.

Aklilu le quita la imagen y la deja encima de las demás. En el fajo hay algunas fotos de Hirut y las ha colocado cuidadosamente al final. Cada vez que Kidane ha alargado la mano para coger una, se ha puesto tenso, visiblemente desafiante.

Están convirtiéndolas en postales que se pasan de mano en mano, dice Aklilu.

Lo han hecho siempre, repone Kidane. No es nada nuevo, sólo que ahora conocemos a las mujeres.

A través de la entrada de la cueva contempla la hilera de árboles altos que flanquean un sendero. El azul del cielo es claro, la niebla temprana de la mañana se resiste a marcharse pese a la inminencia del mediodía. El viento está arreciando y dispersa la calima que los ha ayudado a ocultarse. Cada vez resulta más complicado descifrar sonidos más allá de la cueva, cada hoja que cae parece un intruso que se aproxima. No están muy lejos del campamento de Fucelli y han avistado a más de un *ascaro* por los cerros de abajo, inspeccionando el terreno.

Volveré para rematar lo que empecé, dice Seifu. Mira a Kidane, con la mandíbula apretada y un fulgor maníaco en los ojos. Lo mataré poco a poco.

Llevan días, semanas, y ahora varias horas teniendo la misma conversación. Seifu insiste sin cesar y Kidane repite las órdenes, con una actitud cada vez más hostil. En algún momento vivió aquella misma pérdida como un padre, pero ya no entiende las motivaciones de su combatiente.

De más abajo llega el rumor de las voces femeninas y el tintineo de los calderos. La gente de la aldea ha traído comida. La dejarán con Nardos y las mujeres que se han escondido en un pueblo abandonado, en las escasas chozas que han sobrevivido al fuego y a las bombas. Ya no quedan habitantes en este terruño que antaño estuvo bien atendido, ya nadie sabe cómo se llama el pueblo. La iglesia más cercana está en ruinas y no hay rastro de aquellos que podrían haberse encargado de restaurarla. Cuando el ejército de Kidane se marche, la aldea se vendrá abajo y desaparecerá, y así a lo largo y ancho del país: comunidades enteras borradas, en ocasiones, en

un solo día.

Tenemos al emperador, dice Kidane. Tenemos a un rey en la sombra a quien nadie pone en duda. Deja de hablar, espera a que cristalice otra idea. Lleva semanas dando vueltas a esos dos pensamientos, pero no sale nada. Se sienta con la espalda muy recta y las manos apoyadas sobre las piernas cruzadas. Se inclina hacia delante, como siguiendo el curso de sus palabras, para ver adónde lo conducen. Lo devuelven a las fotos, a la obscenidad del cuerpo de su esposa expuesto a ojos extraños.

Y entonces: Imaginad que el emperador apareciera en el campamento italiano. Imaginad que encabezara una emboscada para rescatarlas.

Cortarle la cabeza y eliminarlo, dice Seifu. Deberíamos ir a por Fucelli, tirarlo por ese precipicio cachito a cachito delante de sus hombres antes de matarlos también a ellos.

Fucelli está mejor protegido que antes, apunta Aklilu. Hay que atacar a sus soldados. Y, mirando a Seifu, añade: Espera que vuelvas, lo está esperando.

Conversan hasta bien entrada la tarde. Cada nuevo plan tiene un cabo suelto. Cada motivo de esperanza pesa menos que el riesgo. Esa ha sido la tónica desde que atraparon a Aster y a Hirut. Se quedan dormidos en la cueva de Kidane y despiertan frente a las mismas opciones limitadas y los mismos peligros ilimitados. Transcurren los días mientras los italianos continúan construyendo carreteras, demoliendo montañas y despeñando a inocentes. Han arrasado poblados y demolido chozas al tiempo que edificaban casas cuadradas con esquinas en ángulo recto en las que instalaban a familias y a comerciantes italianos. Mientras las tropas de Kidane esperan ese mensaje de Ferres que les indique que pueden atacar a Fucelli, se han unido a otros patriotas para reventar vías de tren y cortar cables telefónicos. Han asaltado a cuadrillas de obreros y han destrozado camionetas de abastecimiento. Han envenenado pozos de agua y han robado transistores de radio.

Por todo el país, los guerrilleros han tendido emboscadas de noche y han paseado de día tan tranquilos, saludando a los mercaderes y a los tenderos italianos. Los patriotas han aprendido a atacar en puntos inesperados: clubs de oficiales a primera hora de la mañana, burdeles reservados para los italianos, habitaciones de hotel de los altos rangos. Se han acercado en silencio a guardas aletargados y funcionarios medio dormidos para no dejar más que un bulto informe. Están en todas partes y

en ninguna, son hombres y mujeres de un mundo de las sombras donde gobierna un rey diferente.

Y con todo, aquí están Kidane y sus hombres, escondidos en cuevas, esperando instrucciones de un espía para realizar el menor movimiento. Aunque su ejército ha seguido creciendo. Pronto serán el doble que cuando empezó la guerra. Ha usado a Aklilu, a Seifu, a Nardos y a Ahma para aplacar la impaciencia de los combatientes. Ha llevado al emperador Haile Selassie a reuniones secretas y ha pedido paciencia a los patriotas: El tiempo de Dios se acerca, pero esperad. Todo mientras continúan llegando mensajes de Ferres con la misma advertencia: No salgáis, os espera, las prisioneras están a salvo. Así que Kidane continúa esperando, agazapado en silencio en los cerros encima de los italianos.

*

Hay ciertas cosas que ya no le asustan: el alambre de espino y los vigilantes *ascari*, el tintineo repentino del candado, las intrusiones inesperadas de Fucelli e Ibrahim para preguntar por Kidane. Hirut ya no se asusta cuando rebota una piedra contra su ventanuco, ni se pone de pie cada vez que oye pisotones junto a la puerta en mitad de la noche. Desde que les sacaron las fotos hace varias semanas, una niebla espesa envuelve todos sus pensamientos. Cada día se despierta y sale de ese cuarto enano como si se lo ordenara una mano invisible, cálida y protectora. Algunos días, se imagina que un escudo se ha forjado alrededor de su corazón. Otros, que sus padres montan guardia. Transita entre los días y las noches con una sensación de ligereza en la cabeza y una extraña pesadez en los huesos, agradecida por la tregua del pavor más crudo.

Así que el día que Fucelli aporrea la puerta para que salgan, Hirut no siente nada diferente. También ese día, piensa, empezará y terminará en las fauces de la oscuridad. Las sacarán y las tendrán de pie hasta que se oculte el sol. Las obligarán a desnudarse, o a ponerse un uniforme, o a saludar a las cámaras con sus camisolas abesha para los periódicos, para esos colonos *ferenjoch* recién llegados que nunca han visto una soldado de cerca. Quizá hoy, también, sacarán a algún nuevo prisionero del lugar donde lo encontraron y querrán retratarlo. Como siempre, se negará a saludar y a posar. No hablará ni una palabra de italiano. No hará nada más que permanecer inmóvil de ese modo que consigue despertar en Fucelli una

mezcla de contrariedad y entretenimiento. Quizá hoy, los periodistas vuelvan a inclinar la cabeza, a sonreír y a aplaudir mientras siguen disparando el obturador. Apodarán al nuevo cautivo «león etíope» y al menos un par hará ese extraño saludo suyo al grito de «*Anbessa*». Cruzarán un apretón de manos con Fucelli, algunos lo abrazarán, entusiasmados por conocer al gran conquistador de Bengasi. Después se marcharán e Hirut y Aster regresarán a su celda, exhaustas y cubiertas de polvo, y dormirán.

Pero hoy, Fucelli tiene dos prisioneros nuevos, unos sacerdotes entrados en años a los que traen atados por la pierna. Caminan entre Ibrahim y el *ferenj* con andares torpes, encorvados bajo sus largas túnicas, son un par de ancianos que a duras penas logran seguir un ímpetu cruel. Las gruesas botas de cuero de Fucelli levantan una estela de polvo que asciende hasta el rostro pálido e indiferente de Navarra. Los dos llevan las mismas gafas de sol anchas, Ibrahim se ha subido las suyas a la cabeza. Los tres soldados avanzan con zancadas largas y decididas. A medida que se aproximan, Fucelli desprende una amenaza no verbal, una malicia vengativa que no mostraba desde hace un tiempo, desde que les sacaron aquellas primeras fotografías. Es tan fuerte que Hirut se encoge en un ovillo y se pega al muro, respira hondo y siente como si el aire aguijoneara su circunspección habitual. Agacha la cabeza, asustada, para evitar caer en el agujero negro de los ojos cubiertos del coronel.

Aster exclama y se le acerca. ¿Sacerdotes? ¿Ancianos?, susurra. Se persigna y cierra los ojos.

Hirut espera a que aparezca el desfile habitual de curiosos, pero aparte de Navarra e Ibrahim no hay más espectadores. Fifi no va tras ellos. No hay un entregado público de *soldati* ni de *ascari*. No han obligado a la cocinera a subir la loma. Hasta los guardias se han alejado hacia el desfiladero. Un buitre se posa cerca del borde del precipicio y espanta a los centinelas. Todo parece tan fuera de lo común, tan novedoso, que Hirut percibe los primeros indicios de terror, que le oprimen el pecho y le suben por la garganta. Contempla el paisaje, lo familiar, y espera que regrese el aturdimiento.

Sé que mientras estas mujeres sigan con vida, Kidane vendrá, dice Fucelli. Y puesto que ellas están aquí, en la cárcel no disponemos de espacio para más prisioneros. Se quita las gafas. Da una palmadita en el hombro a uno de los sacerdotes. Mala suerte para vosotros, me sabe mal. En cambio, si nos dicen dónde se esconde, entonces, quizá, tendríais una

oportunidad. Deseáis vivir, ¿verdad que sí?

Mira a Aster mientras habla. Estos curas estaban rezando en territorio rebelde a unas tumbas recién excavadas, añade. Afirman que hay niños inocentes enterrados. Y yo afirmo que mienten. Carraspea y vuelve a ponerse las gafas de sol.

La voz de Ibrahim se arrastra veloz tras la suya, traduciendo con celeridad. La amenaza es obvia en ambas lenguas. Los sacerdotes se agarran de la mano, cierran los ojos. En la mirada que Navarra lanza a Fucelli trasluce la sorpresa que Ibrahim ha ocultado tras unos párpados bajados y una boca fruncida.

¿Opina que algunos son demasiado mayores para morir, Navarra? Fucelli sonríe.

Es la voz de Ibrahim, al anudársele en las últimas palabras, lo que empuja a Hirut contra la valla y le lleva las manos a la alambrada. El aturdimiento regresa, así que se agarra con más fuerza a las púas metálicas, ajena a la carne que se desgarra.

Abba, exclama hacia los sacerdotes. *Abba*, díganles que estoy aquí. Díganle a mi madre que venga a buscarme cuando se mueran. Díganle dónde estoy. Díganle a mi padre que lo siento.

Ibrahim parpadea rápidamente y retrocede un paso.

Fucelli frunce el ceño. Navarra, ¿por qué no está captando esto? Se saca un pañuelo y se seca la frente y el cuello.

Pero Navarra no está prestándole atención. Se quita las gafas de sol y se acerca a Hirut para tomarla por las muñecas. La agarra casi con ternura, con un gesto casi reconfortante, nada amenazador. El roce de una piel cálida contra otra piel, la firmeza de un hueso contra otro hueso: un ser humano en busca de tierra firme. Hirut se aferra al alambre con tanto ahínco que nota la herida punzante en la piel delicada que separa los dedos. Un hilillo de sangre espera para resbalarle por la muñeca. Hasta que no nota un dolor en la mandíbula no se percata de que le rechinan los dientes. Hirut mira el rostro perplejo de Navarra. Le mira las manos, aún aferradas a sus muñecas. Se mira a sí misma, ese cuerpo vestido aplastado contra esa valla perversa, y trata de recordar su nombre, pero lo único que le viene a la mente es esa palabra que hila con aquel error singular que la trajo aquí y al final de su vida: Wujigra.

Menea la cabeza cuando Navarra intenta apartarle las manos de la valla. No, dice. Y, dirigiéndose a los sacerdotes, añade: Wujigra. Arroja su voz

por el espacio que los separa. Díganle a *abbaba* que lo siento por el Wujigra.

Y Navarra: *Abbaba*, *papa*, *mamma*, *carissima* Gabriella.

Tras ella, Aster: Mi niña, ¿qué te has hecho?

Navarra, suéltela. ¿Qué diantres pasa?, pregunta Fucelli, mirándola a través del cristal de sus gafas de sol, que le devuelve a Hirut su reflejo, que obliga a una Hirut a alejarse de la otra hasta dejar espacio suficiente entre ellas para respirar hondo.

Ibrahim traduce prudente, con la voz atrapada entre varias emociones que lo obligan a interrumpirse y mirar al suelo. *Colonello*, dice*, colonello* Fucelli.

La dan por perdida. Piensan que es incapaz de verse a sí misma, con un cuerpo doble y partido en dos, vestida y desnuda, joven y vieja, que se inclina hacia los sacerdotes que alargan el brazo hacia la valla, le posan la mano encima de cada una de las dos cabezas y le conceden bendiciones solemnes. Piensan que ha encontrado un modo de escapar mientras permanece allí, pero Hirut, hija de Getey y Fasil, nacida en un año bendito de cosecha, sabe que esto también es un modo de luchar.

Wujigra, le dice a Fucelli, porque es el único vocablo para el idioma de odio que habla ahora.

Wujigra, le dice a Ettore Navarra, porque contiene toda la gama de la repugnancia que le inspira.

Wujigra, le dice a Ibrahim, porque seguro que tiene un padre que alguna vez tuvo un Wujigra, porque debe de comprender a qué pérdida se refiere.

Hirut repite la palabra mientras se llevan a los sacerdotes, que hacen la señal de la cruz en el aire hacia ella, antes de darse la vuelta para rezar por su compañero. Hirut repite la palabra incluso cuando los ancianos están alineados, con las piernas atadas, entre los peñascos enormes. La repite mientras el buitre camina sigiloso por la explanada y cuando alza el vuelo desde el borde del precipicio para acechar más abajo. La repite incluso cuando los sacerdotes se agarran del brazo, echan la cabeza hacia atrás y sueltan un grito que el eco devuelve como *anbessa*, león, y Etiopía. Hirut repite su oración privada mientras Navarra le suelta las muñecas y susurra su nombre como una absolución que ella jamás le concederá. Repite la palabra mientras Navarra obedece a Fucelli, se acerca trastabillante hacia la pareja de ancianos y fotografía su vuelo final.

Coro

Nos inclinamos hacia ella en el pozo oscuro para que pueda oírnos: Convierte esta angustia en algo peligroso y arrojadizo, tierna Hirut. Convierte el recuerdo en un arma ingeniosa que sacarás y lanzarás en la batalla. Tú que tienes la doble obligación de buscar venganza sin retirarte, levántate y ve hacia tus madres y tus hermanas, que aguardan para fortalecer tu determinación. En pie, Hirut.

Pero la muchacha no puede oírnos a través del manto asfixiante de su ira. Sólo piensa en mantener el equilibrio al filo de ese suave precipicio que toma por suelo firme, con los brazos extendidos cual alas y la cara vuelta hacia un sol abrasador. Cuando Aster se acerca por detrás para agarrarla, con un gesto maternal y compasivo, Hirut la empuja y grita un nombre que cae entre las dos como una roca: Kidane. Y entonces esta muchacha, con los cinco sentidos despiertos y pendientes de cualquier atisbo de secreto que pueda ocultar el rostro de Aster, formula la pregunta que hasta ahora no había sabido plantear: ¿Qué le pasó a mi madre? ¿Qué le hizo el padre de Kidane?

Aster le contesta: No tenemos que seguir las historias de nuestras madres. No tenemos que transitar el sendero que nos legan.

Y entonces Hirut insiste, mientras el alambre afilado se hunde una vez más entre sus manos: ¿Qué le pasó a mi madre?

Hay esto: una mujer joven llamada Getey unida como un apéndice a una novia joven llamada Aster. Aster, lozana y valiosa, ofrecida como regalo a un nuevo esposo que es también un extraño. Getey, enviada a la nueva casa de Aster por el padre de Kidane. Getey, dice el padre, te echaré de menos, pero la nueva esposa de mi hijo necesita servicio. Estarás en una casa con mi hijo, que te quiere como a una hermana. Puede que esta Aster sea difícil, pero tú eres un regalo, no lo olvides. Siempre serás mi tesoro, y volveré a por ti cuando lo necesite. Y Getey, alejada del antiguo hogar de Kidane y depositada en la nueva entrada de Kidane y Aster, mira al padre de Kidane y retrocede. Le faltan palabras para decir: Vete y déjame en paz, y: Ni se te ocurra volver, y: La próxima vez te mataré. Atraviesa el umbral y entra en

la casa por la puerta trasera, por la cocina instalada junto a los cuartos de los criados en los que dormirá y en los que espera olvidar sus antiguos terrores nocturnos. Se convertirá realmente en la mujer que es en ese hogar donde también Aster aprenderá el camino de las esposas, de las mujeres y de todas aquellas que transitan el complicado sendero que discurre entre medias. Cuando el padre de Kidane, proclive a deambular por su tierra en busca del enemigo, aparece preguntando por Getey, es Aster quien le corta el paso y le dice: Este ya no es su sitio. Es Aster quien agarra a Getey y le dice: Te daré mi fusil y una bala. Es Aster quien obliga a Kidane a plantarse delante de Getey y de Fasil, su amor, y decirles: Corred, daos prisa, encontraré el modo de que seáis libres.

Aster le cuenta todo esto a Hirut, que escucha asomada a ese pozo sin fondo, asfixiándose en la densa humareda de la venganza. Y cuando Hirut se vuelve hacia ella, como Aster siempre ha sabido que haría llegado el día, y pregunta: ¿Y por qué no hiciste nada para ayudarme? ¿Tanto te corroen los celos que no tienes corazón? Todo lo que Aster acierta a decir es: Tu madre se hacía querer y era valiente. Tu madre sabía luchar.

Él repite su nombre como un lamento, como una letanía afligida que es a la vez súplica y advertencia. Hirut apoya la espalda contra el muro de la cárcel mientras Navarra se acerca, sorprendida por su aparición. Aún es muy temprano. Todavía no es la hora en la que llegan los nuevos prisioneros. No viene acompañado de nadie con ganas de ver otro espectáculo. Ella agacha la cabeza, intenta ocultar el miedo cuando él se acerca a la valla y repite su nombre otra vez. Él espera a que le responda, se agacha y se sienta con las piernas cruzadas, los brazos sobre las rodillas, el rostro compungido por la emoción. Empieza a hablar atropelladamente, las palabras salen a borbotones, mientras menea la cabeza. Hirut contempla a este *ferenj* embargada por un miedo profundo. Lo tiene al nivel de los ojos. Sin aliento. Con las mejillas coloradas y el sudor cayéndole a chorros por el cuello. Es una imagen inusual en un amanecer corriente. El soldado ha incumplido el protocolo. Lo que fue, ya no es.

Alcanza el macuto del que nunca se separa y extrae una fotografía. Con una mano temblorosa, la sostiene frente a ella y dice: Yo muero. Tú mueres. Nosotros morimos.

Hirut aparta bruscamente la cabeza de esa humillación. Es una foto suya, una de esas que le consta que circulan entre los *soldati* y los *ascari* como una nueva fascinación y una broma inagotable. Últimamente se acercan a la cárcel agitando las fotos de Aster y ella, voceando a las mujeres de carne y hueso mientras acarician las copias aplanadas que sostienen en las manos. Su llegada provoca que Aster se retire al interior de la construcción, mientras que Hirut opta por permanecer fuera y probar su resistencia, por poner a prueba su fortaleza frente a la ridiculez de ellos. De alguna manera, ha conseguido mantener las lágrimas a raya y la cabeza alta, la espalda recta, la mirada clavada en el horizonte el tiempo suficiente para verlos regresar al campamento, aburridos. Ha contado cada retirada como un triunfo, como una marca más en un fusil imaginario.

En cambio Navarra: es una anomalía, una distorsión sin su cámara.

Largo, le dice, sorprendida por la firmeza de su voz, complacida al verlo dar un respingo y hurgar en el macuto desesperadamente en busca de otra cosa.

Ettore saca la fotografía de sus padres y señala. Ellos mueren, dice en un amárico más fluido, más seguro del que le ha oído hasta ese momento. Murieron. Están muriéndose. Me muero. *Irgitegna negn. Sono sicuro.* Estoy seguro.

Conoce las palabras y su significado lo suficientemente bien para expresar su urgencia, lo suficientemente bien para dejar que cada vocal se alargue y cubra toda una paleta de sombras de dolor. Hirut no alcanza a ver más allá de la palidez cambiante de su tez para mirarlo de verdad, pero sí puede interpretar la pausa nostálgica y angustiada que puntúa cada frase. Saca una carta que ya le ha visto leer muchas veces y la abre. Señala la escritura, esos caracteres extraños, y después se lleva un dedo al pecho.

Hijo, *lij*, *figlio*. Pronuncia las palabras y después sacude la carta y añade: *Abbaba*. Señala a su espalda, hacia el horizonte y las colinas, agita las manos entre los dos peñascos voraces y el desfiladero.

Es una carta de su padre, Hirut lo entiende. Su posesión más preciada. *Abbaba*, replica ella despacio, para corregirle la pronunciación. *Abbaba*, repite, llamando a su propio padre, y un miedo enmarañado anida en su vientre. Toda crueldad tiene sus métodos, sin embargo este es desconocido.

Hirut se encoge en un ovillo y se abraza, se lleva las rodillas al pecho, se estira el faldón del vestido por debajo de los dedos de los pies. Espera. Se imagina a sí misma como el ojo de la cámara que mordisquea el espacio antes de hincarle el diente a la mandíbula y hundirse en ese lugar remoto en el que estos *ferenjoch* guardan los sentimientos y los recuerdos. Clic: pestañea para capturar la pausa prudente del *soldato* cuando pasa uno de los guardas, entre curioso y confundido. Clic: enfoca a ese papel sobre el que se encorva como si fuera un tesoro secreto, como si fuera un objeto que hubiera que proteger a toda costa.

Él señala otra palabra y después apunta hacia las montañas y dice: *Hagere*, mi país, *il mio paese*. No es mi país.

Aster se asoma a la puerta. Mira a Navarra con gesto ceñudo. ¿Qué está haciendo? Empuja la bandeja vacía hacia Hirut. Esta mañana, como de costumbre, ha sido ella quien ha recogido los cafés y el pan de la puerta y será ella quien devuelva los recipientes a los *ascari*.

Navarra levanta la cabeza y espera a que Hirut conteste. Ella lo mira, atrapada en la incertidumbre de su mirada. Ha alcanzado tal grado de aturdimiento que ya no le importa que pueda o no pegarla. Ni que saque la cámara y se la ponga a centímetros de la cara. Ya no le tiene miedo. Es una soldado encerrada en una alambrada de espino, pero sigue estando en la guerra y el campo de batalla es su propio cuerpo, y, quizá, según ha alcanzado a comprender siendo prisionera, ahí es donde ha estado siempre.

¡Navarra! ¡Navarra! Es Fucelli, que llega a la explanada por la carretera

con zancadas largas.

Es un proyectil dirigido a la cárcel, un arma que apunta en su dirección, que se prepara para explotar. Balancea los brazos con un vaivén rígido, levanta una estela de polvo a su paso. Un silencio se cierne sobre la explanada, el cielo a su espalda se oscurece y todo lo que vibra en los recodos y en las cuevas ocultas de los montes se asoma para contemplar este ímpetu arrollador.

Ettore se aparta de Hirut, desconcertado, aunque no sorprendido. Farfulla algo y aprieta los dientes. Contrae el rostro.

Aster cierra despacio la puerta de la celda.

Hirut mira a Ettore, que devuelve la carta al macuto y se guarda la fotografía en el bolsillo, que se asegura de cerrar bien la bolsa cuando se la echa al hombro como si siempre hubiera estado ahí. Reconoce este pánico, ese tufillo a terror infantil con notas de obediencia enfermiza. Conoce ese impulso que ahora mismo lo atraviesa, ese instinto de evitar la confrontación por medio de un servilismo humillante. Contempla a Fucelli, que se dirige hacia ellos, con una seguridad que sólo es posible cuando no existe una resistencia. Agita una hoja de papel en el aire como si fuera una bandera.

No, le dice ella a Ettore. Sé un soldado, *soldato*.

Ettore se pone de pie de un brinco, tratando de agarrar la cámara. Su sonrisa es demasiado amplia, demasiado efusiva y, a medida que Fucelli se acerca, hunde las manos en los bolsillos. Baja los hombros, agacha la cabeza, mira primero al suelo y luego alza la vista a través de unos párpados bajados. La cocinera decía: Has de saber colocarte para que te vean pero no te vean. Has de mirarlos como si no estuvieras mirando. Sé invisible pero servicial. Sé útil pero mantente ausente. Sé como el aire, como la nada. Hirut se cruza de piernas. Se frota las manos en el vestido, para mantenerlas ocupadas, para fingir que está distraída. Que no entre en la celda con Aster y lo deje solo es un detalle que no se permitirá considerar durante muchos muchos años. Es un niño, se dice en este momento, no es más que un niño cruel y asustado.

Uno de los centinelas *ascari* que pasan junto a la prisión la mira, después mira a los dos italianos, se queda parado junto a la valla, se inclina hacia delante y menea la cabeza.

Ese de ahí, murmura en amárico mirando de reojo a Fucelli, que ahora le hace gestos a Ettore para que se acerque, ese no es bueno.

Hirut levanta la vista, asustada. El *ascaro* es uno de los guardias más mayores, uno de los que parecía más duro y cruel. Ese tampoco es bueno, añade ella, señalando a Ettore, que se cuadra frente a Fucelli y saluda.

El *ascaro* se encoge de hombros. Ese sólo obedece órdenes, repone. Le sostiene la mirada. Es lo que hacen los soldados, añade. Después continúa la ronda.

Los dos están en mitad del campo, a varios metros del lugar desde donde Hirut observa. Hablan demasiado bajo para que pueda oírlos, pero ve claramente que Fucelli le da unas palmadas a Ettore en la espalda. El soldado se agarra las correas del macuto para que no se le caiga. Y cuando Fucelli le estampa el papel en el pecho, Ettore se aparta y la nota planea en el aire hasta caer al suelo. Fucelli la recoge, se la extiende y espera. Ettore menea la cabeza. Se golpea el pecho, vuelve la vista hacia Hirut, mira de nuevo a Fucelli y repite el gesto de negación. Fucelli le agarra la mano y le coloca el papel. Cruza los brazos a la altura del pecho. Separa las piernas y sube el mentón. Habla con una voz que se desliza libre a través de la hierba y del alambre de espino. Habla en italiano, aunque va envuelto en otra lengua, la de la urgencia y la exigencia. Hirut ve que Ettore se derrumba. Ve la mano que tiembla al desdoblar el papel. Y espera que el coronel se lo lleve, porque los que ya tienen siempre buscan más.

Sin embargo, Fucelli se sube las gafas a la cabeza y carraspea. Se ladea para escupir al suelo. Entonces empieza a hablar, con una voz tan alta, tan clara y tan cortante que los cerros tiran de las palabras, las prolongan y las llenan de aire hasta que salen flotando, hasta que se multiplican y se filtran en Hirut, como una cascada de sonidos que no consigue traducir hasta ver a Ettore llevarse las manos a la cabeza y negar. El soldado se vuelve para mirarla y, en ese espacio, algo trémulo y frágil se alza entre ellos, un entendimiento ajeno a todo lenguaje que podría darle forma, darle límites, darle un final.

Entonces Fucelli termina. Saluda. Espera. Cuando Ettore al fin saluda, el coronel se gira sobre sus talones y se marcha ladera abajo, tan resuelto como siempre.

La humillación es una herida tan dolorosa que Ettore se niega a reconocer su profundidad. No hay camino salvo seguir adelante, piensa sentado en el catre, todavía atónito. No hay nada que hacer, salvo regresar a Italia tal y como le ordena el telegrama y afrontar las consecuencias de su insubordinación. Lo han descubierto, probablemente a raíz de algún chivatazo, y el coronel no puede hacer nada para impedir lo que pasará a partir de ahora. Fucelli elevará una petición a su favor, pero él se marchará cuando llegue la camioneta del correo la semana próxima. El coronel no lo arrestará como ordena el telegrama; la labor de un soldado no termina hasta que lo cesan. Ettore mira a su alrededor, a su catre bien hecho, únicamente adornado con un quinqué y un periódico desfasado. Vacía el contenido del macuto sobre el camastro y coge la foto de Hirut. Ella no ha querido ni mirarla. Ha sido incapaz de ser testigo de sí misma, incluso como figura semidesnuda envuelta en una luz maravillosa. Eso era lo que había querido mostrarle: su capacidad para convertir un momento abominable en algo distinto.

Ettore se agacha y saca una caja metálica plana de debajo del catre. Es una de esas que tienen prácticamente todos los soldados y hasta el coronel. Una caja metálica normal y corriente que puede encontrarse en cualquier sitio en Asmara o en los *tabacchi* de Gondar. Es una manera de proteger las cartas y las postales, las menudencias que viajarán de vuelta a casa. Dentro están las cartas que les ha escrito a sus padres y sabe que no pasarán la censura, un recuerdo de sus días en África, que ha guardado tanto para sí mismo como para ellos. Recorre las fotografías, repartidas en fajos rigurosamente etiquetados por año y colocados por orden cronológico. Ha añadido recortes de periódico y reseñas que le evocarán otros recuerdos cuando tenga una de esas conversaciones que siempre habría querido mantener con su padre. Hay fotos que ha intercambiado con otros fotógrafos de la zona. Hay retratos de extraños a los que nunca conocerá, imágenes que ni siquiera ha mirado todavía. Las ha añadido a su colección simplemente para tenerlas como prueba de que él también fue un italiano en África una vez. Enterrará esa caja en un lugar seguro y la sacará cuando se haya librado de esta guerra, del censo y de sus constricciones. Le viene a la mente aquella carrera frenética hacia la cárcel cuando se enteró de que Fucelli andaba buscándolo y había un mensaje de Roma implicado. No puede explicar la necesidad de estar en presencia de Hirut, de sentir su desdén y dejar que lo arrolle mientras espera su reflujo y el empuje gradual

de algo más suave, más amable e indulgente.

*

Hirut espía por una rendija apoyada contra el marco de la puerta, y le pide a Aster por señas que no haga ruido. Siente un tirón en el pecho al observar a Ettore, como si aflojara un poco ese nudo al que se ha acostumbrado. El *soldato* está junto al árbol, sostiene un objeto cuadrado y gira en círculos lentos contemplando el horizonte y las colinas, la cárcel y la carretera. Repite el movimiento como si estuviera memorizando el paisaje, como si estuviera buscando algo oculto en la fisura de luz que se cuela por los montes con la puesta de sol. Se pone de rodillas. Gatea hasta la maraña que emerge de la tierra, raíces gruesas que crecen robustas y voluminosas como extremidades humanas. Hirut se lleva una mano a la garganta cuando Ettore saca una pala de mango corto, la herramienta levita en su mano mientas el horizonte centellea con un naranja bruñido y empapado de azul. Ettore se funde en una silueta, una forma oscura que se desplaza con sigilo en un gran escenario.

Mientras lo ve cavar, Hirut quiere preguntarle en voz alta qué hace, aunque ya lo sabe. Se le encoge el corazón en el pecho al comprender que está contemplando a una versión anterior de sí misma, a esa muchacha que guardaba cosas que no debería haber considerado suyas. Está haciendo lo mismo que hizo ella, movido por la cándida convicción de que lo que está enterrado ahí se queda, lo que está escondido no se verá, lo que es tuyo te pertenece para siempre. Está siendo un idiota.

Aster la conduce afuera de un suave empujón. Las dos se sientan contra el muro de piernas cruzadas, inclinadas hacia adelante, viéndolo echar paladas de tierra a un lado, arropado por el mismo cielo tenebroso que las hace apenas visibles. Los *ascari* están empezando su patrulla habitual, se desplazan raudos en la dirección opuesta mientras un guardia permanece custodiando el desfiladero aburrido. Ettore se detiene hasta que se hayan perdido entre los árboles. Se yergue, silba, tose y, cuando nadie lo mira, reanuda la labor. Mientras cava, ni Hirut ni Aster hablan, embelesadas por el apremio del *soldato*, tan absortas en su secretismo y su desesperación, que ni siquiera les da por preguntarse qué puede haber dentro de esa caja. Lo observan mientras la entierra. Entonces Ettore se endereza y contempla el montón de tierra, con unas patadas esparce unas ramitas y escombros por

encima hasta que las piedras que camuflan sus esfuerzos no son más que anodinos pedruscos.

Da unos golpecitos al montículo para darle forma. Lo ha enterrado todo menos la carta de su padre. Ha entregado a la tierra todas las cartas que le ha escrito su madre, todas las que nunca podrá enviar, y todas las fotografías que, si reúne el valor, les enseñará a sus padres en un futuro. No queda otra. Es lo más parecido a destruirlas que puede hacer, lo más parecido a guardarlas que puede hacer. Teme que las autoridades le obliguen a entregarlo todo. Le preocupa que ya no quede ningún lugar seguro para almacenar sus pensamientos íntimos.

Una vez terminado, Ettore se sacude el polvo de los pantalones. Mira de reojo a la prisión y distingue la silueta de Hirut poniéndose en pie. Se vuelve hacia ella, vacilante antes de acercársele. La muchacha lo señala. Él se mueve en su dirección, atraído por la mano que le extiende a través de la alambrada, por la voz que es apenas un susurro, propulsado por esta noche que ha envuelto sus secretos. Se siente protegido y expuesto, prudente y osado.

Así, cuando Hirut señala el túmulo con la misma apariencia inocente que esa misma mañana, Ettore asiente, sorprendido y liberado por el gesto. Y cuando le dice «enterrar» en amárico: *meqiber*, él lo repite en italiano: *seppellire*. Cuando susurra «secreto»: *meestir*, él le responde: *Yene meestir*, mi secreto, *il mio segreto*. Y cuando Hirut hace una pausa, lo observa y dice: *Il mio segreto*, no puede sino parar y acercársele, y se miran a través de esa valla que se ha convertido en una frontera entre dos países.

Il mio segreto, dice él, señalándose el pecho.

Il mio segreto, dice ella, señalándole el pecho.

Él menea la cabeza y le señala el pecho: *Anche il tuo segreto*.

Pero ella niega en silencio y sonríe, con un destello sombrío en los ojos, y responde: *Yene meestir aydellim*. No es mi secreto.

Y, por un instante, el prisionero es él y ambos lo saben. Él es el cautivo de una fuerza superior a sí mismo. Ettore se gira sobre sus talones, con el corazón acelerado, la espalda empapada en sudor, y cree poder oírla mientras regresa hacia el campamento: *Yene meestir aydellim*.

Claro que Carlo tuvo que entregarle el telegrama en persona a Ettore, si le hubiera dejado enterarse por otro canal, se habría venido abajo. Lo tranquilizó como pudo, sin embargo, no consigue alejar ese molesto sentimiento. Una culpa persistente de la que no logra desprenderse. La sensación de ser responsable a pesar de que lo contrario es cierto: ha hecho cuanto ha estado en sus manos. Por eso invita a Fifi a su cuarto y permite que lo abrace más que de costumbre. Se dirige a ella como nunca había hecho: le habla de la victoria y de sus precios, de la lealtad y de sus cargas. Le toma la mano y se la lleva a los labios mientras habla, se la aprieta contra los dientes, se deleita con sus caricias.

Espera a que se quede dormida antes de salir de la cama y prender el quinqué. Saca un cigarro de la pitillera. Lo enciende e inhala una calada profunda. Se da cuenta de que le ha cogido cariño a Ettore Navarra. Ha llegado a sentir algo paternal por él. Gracias a Navarra, ahora se plantea qué significa atravesar gradientes de sombra y buscar luces más claras. Es injusto que el *soldato* reciba un castigo por una desobediencia que él mismo incitó, pero es una consecuencia de la guerra y la ley, donde los sentimentalismos no tienen cabida. El conflicto pone a prueba los límites que hacen a un hombre, incluso al querido hijo de Leo Navarra. La citación a un juicio en Roma no refleja más que el empeño en que cale la tarea principal de todo soldado: la obediencia. Al final, todo terminará por volver a la normalidad.

No hay nada de lo que preocuparse, le dijo a Fifi. Pero, en realidad, fue la propia Fifi la que le sugirió tomar cartas en el asunto esa misma noche. Fue ella la que recomendó destituir al soldado y enviarlo de inmediato a Asmara y después a Massawa. Montarlo en el siguiente barco que zarpara rumbo a Italia. Darle su cámara a otra persona que pudiera ocupar su lugar ipso facto. Necesitas las fotos para tus informes y tus registros, sin ellas, ¿qué sabe Roma de lo que estás consiguiendo? ¿Qué les dirá que hiciste con su censo? Hasta yo he de admitirlo, Carlo: tienes que reafirmar tu autoridad y tienes que hacerlo ahora. Debes protegerte. Pero Carlo había negado con la cabeza y le había dicho que no, y ahora repite el gesto mientras apaga el cigarrillo y vuelve a meterse en la cama sin hacer ruido.

Leo, susurra en el cuarto diminuto mientras se arrima a Fifi y se envuelve con los brazos de ella, esta mujer quiere arrebatarle a tu hijo lo único que tiene cuando más lo necesita. Se aprieta contra el cuerpo de ella mientras sigue hablando. Pretende que yo coja esa cámara como si fuera tan

fácil sustituirlo. Carlo se da un golpecito en el corazón. Yo no soy un hombre cruel, murmura en la nuca de Fifi. Ella se remueve y le da un beso en la mejilla. Aún tengo bondades que ofrecer a mis hombres. Ni hablar, esperaré a que Roma haga su trabajo. Y la atrae hacia sí y se queda dormido.

Coro

La mujer que mece a un hombre durmiente entre sus brazos: no es eso lo que se suponía que había de hacer. No nació para tranquilizar a hombres con problemas y aliviar sus penas. No aprendió a leer y a hablar idiomas para apartarle el pelo de los ojos a Carlo. Siempre ha sabido que su destino era más que esto. Siempre ha sabido que era más grande que cualquier hombre. Aunque es capaz de abrazar como si estuviera hecha para acunar a niños pequeños, nunca ha querido esas cosas que convierten en hogar el vientre de una mujer. Ella nació, siempre lo ha sostenido, para ser libre, para deambular entre fronteras, hallar refugio entre los libros y buscar nuevos amores no sujetos a las reglas de una vida campesina.

Ahí está la mujer mirando al coronel mientras duerme, mientras cede al sueño, mientras su rostro se contrae en un mosaico de emociones. Faven: susurra su propio nombre, y se detiene. Y después: Ferres, porque es un juramento y un nombre que ha convertido en muralla. ¿Sabe eso de ella Seifu, su amigo de infancia? ¿Está al corriente de las lealtades que incluso ahora tiene que sopesar cuando piensa en las ambiciones de una muchacha? Mirad la mano que se desliza hasta posarse sobre la garganta de Fucelli. Sentid el aire que aguanta en su pecho incluso mientras duerme cuando ella repite: Ferres. Mirad a Fifi que se escurre de entre sus brazos, se levanta de la cama y vuelve el rostro para que él no pueda ver su expresión retorcida si se despierta. Mirad a Ferres que se escabulle de la habitación para regresar a su tienda y despertar a la cocinera.

El mensaje de Ferres a Kidane es sencillo y directo: Ahora, inmediatamente. Hacedlo ya.

*

Ettore se arrodilla donde ocultó la caja. Quiere desenterrarla para meter la última carta de Leo. Quiere conservar la carta y jurar que morirá antes de entregarla. Se enjuga los ojos y se traga el dolor que se le anuda en la garganta. Se siente como si hubiera faltado a una promesa que ni siquiera era consciente de haber hecho. Ha traicionado las palabras de su padre, ha incumplido sus lecciones, y todo en nombre de la obediencia. Y el traicionado es él. Se sienta de espaldas contra el árbol y contempla la luna, espera a que un guardia pase de largo, silbando con desgana una melodía apagada. Abre la bolsa y saca una de las fotografías de Hirut que Fucelli ha revelado hace poco, una de esas en las que exhibe su desafío y su odio con firmeza. Le da la vuelta y empieza a escribir:

¿Qué tienes en la mano, *papa*, el cuerpo en sombras o la luz reflejada? *Mamma*, la llamamos *donna abisinna*, pero su nombre es Hirut y es una soldado y una prisionera. Entonces encoge la letra y escribe algo que sabe ser verdadero y falso a un tiempo. *Papa*, tu nombre es Leo y no lo es. Eres ateo y eres algo más que he terminado por entender como luz. ¿Qué hay de ti reflejado en mí? ¿Qué alumbra tu vida, *mamma*? ¿Qué significa ser la esposa de Leo y ser mi madre? Mientras Ettore escribe preso de un frenesí furioso, encorvado muy cerca del bolígrafo, se distinguen otros ruidos: el suave frufrú de la hierba, las hojas cimbreantes, el gorjeo triste de un pájaro, y después, susurros: palabras urgentes pronunciadas en voz baja. Levanta la cabeza. El centinela ya no está montando guardia, el silbido se ha interrumpido. El silencio es ominoso y total.

Se incorpora con dificultad. Empuña el fusil y apunta al frente y, por un instante fugaz, acaricia la esperanza de que se produzca una emboscada, un ataque que destruya esta fotografía, su nota y ese telegrama y los esparza con el viento hacia el olvido. Se aleja del árbol y se dirige con sigilo hacia la cárcel. Otra vez las voces. Por un instante, recuerda a aquel chico colgando del árbol, oscilando en aquella brisa espantosa. ¿De cuántas maneras podemos caer? Se lo preguntará a su padre cuando se vean. Dímelo para estar preparado. Emerge de la oscuridad con un paso, se coloca bajo un rayo de luz. Está lo suficientemente cerca de la valla para distinguir la

forma de dos siluetas, sorprendidas, que se apartan de la puerta.

¿Ibrahim? Pregunta sin subir la voz.

Una presión fría en el hombro. Una cuchilla le recorre la garganta con suavidad. Una mano carnosa le tapa la boca. Ettore cierra los ojos cuando le arrancan el fusil de las manos. Le quitan la bolsa y cae de rodillas tras una patada en las corvas. Se cubre la cabeza con las manos cuando la punta del cuchillo le roza la yugular. Se prepara y espera. De modo que es así como acabará, a oscuras. Él es el objeto en sombras. Debería haberlo sabido. Ve a Hirut salir de la oscuridad frente a él. Se lleva un dedo a los labios y niega con un gesto. La persona que sigue sosteniendo esa cuchilla contra su cuello le entrega el fusil de Ettore. El *soldato* entiende la orden: Hirut, mátalo. Traga saliva. No cerrará los ojos. Verá cómo termina todo. Buscará ese cuerpo atrapado entre la luz y la sombra. Hirut levanta el arma y se la coloca a la altura del pecho. Lo encañona y le susurra:

Morir. *Morire*. *Memot*. Mereces morir. Entonces levanta el fusil, lo agarra por el cañón, y le golpea la cabeza.

Ettore se desploma, atrapado entre rayos de luz, como un objeto emborronado e hinchado que no refleja más que lo que retiene. Cae, libre, revelando el pavor. Lo que Ettore recordará mientras bracea hacia la inconsciencia bajo esa luna acerada son las piernas uniformadas y el frufrú de las faldas contra las hierbas altas. Los susurros le llegarán turbios, despojados de lenguaje y distinción, y sólo quedará la mirada de Hirut, que le toma el pulso antes de recoger su propia foto y la carta de su padre, y después agarra la mano de Aster y echa a correr.

*

Hirut observa la foto que le hurta: su propia imagen congelada y aplanada, despojada de color y de sangre, completada con la escritura de él al dorso. Entonces Hirut se da a la fuga con Aster. Sube por los cerros corriendo hasta las cuevas. Corre hacia la comodidad de la gruta fría y húmeda que un día fue suya y se funde en un abrazo con Aklilu. Sostiene la foto a la luz de la vela. Reduce su mundo a ese perímetro, se pone en el suelo y contempla a la muchacha temerosa. Son imágenes gemelas: una implora asistencia mientras que la otra suplica perdón en silencio. Una está a solas entre los bucles de alambre de espino y la otra catapultada a la historia, condenada a vagar entre fronteras y hogares, a no ser más que un objeto prisionero del

ojo.

*

Los aullidos. Las lágrimas y los abrazos. Los gritos de alegría y los sollozos de agradecimiento. La comida abundante y el *tej*. Las oraciones. Las maldiciones a sus enemigos. Los bailes. Hirut está en el centro del gran corro junto a Aster, la agarra de la mano con fuerza, con miedo a soltarla, y las dos vuelven a lucir uniformes, vuelven a ser soldados. Al fondo, más allá de los juerguistas y los demás combatientes, de las mujeres que llevan vestido y agitan cuchillos en el aire, de las tropas uniformadas que brincan y se sacuden en un *eskesta* extático, Aklilu está junto a Minim, su emperador. Hirut lo mira, cautivada por la ternura de su expresión, sin querer desprenderse cuando él inclina la cabeza, se lleva la mano al corazón y después a los labios, y repite el gesto de asentimiento. Hirut empieza a comprender que aunque se halle sumergida en abrazos y en besos, también esos momentos ostentan un poder que trasciende a las palabras. También esos gestos pueden perforar una noche y arrebolarla de promesas mudas. Cuando Hirut asiente mirando a Aklilu y se toca el corazón, cuando se lleva los dedos a los labios y pronuncia el nombre de él, siente que el pecho se le expande con una calidez olvidada. Junta los pies, alarga la espalda y sonríe mientras él hace lo mismo y, a la par, como si fueran uno, saludan.

La historia que el vigilante *ascaro* le cuenta a Fucelli es la siguiente: las prisioneras se convirtieron en chacales y ayudaron a los etíopes a atacar en la emboscada. Saltaron por el desfiladero y huyeron. Todo sucedió sin que nos diera tiempo a reaccionar. Fue una obra del diablo, que excedía la capacidad humana para impedirla, incluso para un hombre tan valioso como Ibrahim. Vino corriendo a ayudar e hizo todo lo que pudo, estoy seguro de ello porque yo estaba allí. No se merece el látigo, *colonello* Fucelli. *Per favore*, es nuestro jefe adorado, nuestro *sciumbasci*.

Pero esto es lo que responde Fucelli mientras ata las manos de Ibrahim al árbol: *Fascisti*, nos enfrentamos al ejército de Memnón, pero somos los valientes hijos de Italia, vástagos de los caídos en Adua casi cuarenta años atrás. ¿Acaso los hijos de Troya no emergieron de sus cenizas para levantar el glorioso imperio de Roma? Nosotros no corremos y todo cobarde recibirá su castigo.

¡Hijos de Roma! *Viva l'Italia!* Los gritos retumban por las montañas.

Los *ascari* guardan silencio.

Fucelli sacude la fusta para comprobar su flexibilidad. Los ecos se desvanecen y una anticipación muda se aposenta sobre el calor sofocante. La noticia de la emboscada de la noche anterior corrió más rápido de lo que Ettore tardó en llegar al despacho de Fucelli. No estaba seguro de cómo contarle al coronel que los etíopes lo hubiesen dejado inexplicablemente con vida. Sin embargo, Fucelli le tenía algo preparado.

Usted les plantó cara, resolvió después de escuchar la versión de Ettore. Le pusieron el cuchillo en el pescuezo e intentaron intimidarlo, pero usted se resistió y por eso lo dejaron inconsciente y salieron huyendo. ¿No se llevaron la cámara? El coronel se conmovió cuando Ettore le confesó que había perdido la carta de su padre. Es una lástima, Navarra.

Me dejaron fuera de combate, señor, le explicó. No pude hacer nada para pararlos. ¿Cómo podría Ettore saber lo que estaba iniciando cuando dijo: La buscamos por todas partes?

¿La buscamos? Fucelli se levantó de la silla.

Ibrahim veló para que llegara aquí sano y salvo. Él me encontró.

¿Y no luchó?, quiso saber Fucelli. ¿Los dejó entrar en mi campamento y dejó que mis prisioneras se escaparan? ¿Igual que permitió que aquellos salvajes se colaran en mi tienda para atacarme?

Aquí castigamos a los cobardes, *ragazzi*, dice ahora Fucelli, restregando la fusta por la tierra. Un italiano no es ningún cobarde, un italiano combate

e inspira a los demás para que hagan lo mismo. Usted es italiano, Navarra. Demostrémosle a Roma y recordémoselo a los demás. Yo acudiré en su defensa. En ese momento, le extiende la fusta a Ettore. Vamos, Navarra, aquí está el *ascaro* que permitió que lo atacaran.

El murmullo crece, rueda hasta convertirse en una piedra sonora del tamaño de un puño que se le incrusta bien hondo en la cabeza. Ettore se aferra a su cámara y se la lleva mecánicamente a la altura del rostro. Está a menos de tres metros del coronel, casi a la distancia perfecta para enfocarlo con nitidez. Si se apartara unos pasos, podría captar las líneas del brazo, del hombro, y difuminar el resto sobre un fondo borroso.

¿Cómo?

Fucelli le hunde la fusta en el pecho. Sonríe, un músculo del ojo le tiembla. Demuéstrenme quién es aquí el italiano.

Ettore vuelve absurdamente la vista, mientras Fucelli se desabrocha la chaqueta con parsimonia, se toma su tiempo, consciente de lo teatral de su actuación. A continuación, el coronel se desabotona la camisa. Exhibe la cicatriz que le cruza el hombro y el pecho. Es gruesa, carnosa. La piel se ha injertado en sí misma. Está más clara donde se inserta en la herida antigua.

Fucelli extiende los brazos y se vuelve hacia los hombres. Ya están al corriente de lo que me ocurrió en Libia. Un salvaje entró en mi habitación e intentó matarme. Me enfrenté a él, *soldati*. Jamás me rendí y aquí están las cicatrices que lo demuestran. Fucelli agarra a Ettore por la muñeca y tira de él hacia delante, hacia la espalda desnuda de Ibrahim, y le dice: Hágalo, por su bien.

Es músculo lo que presiona la fusta y mantiene el agarre firme de Ettore a su alrededor. Es el mismo conjunto de ligamentos que Da Vinci ilustró con una serie de líneas. Lo que se encuentra en el interior de un cuerpo puede recrearse fuera de él. De modo que cuando el brazo de Ettore sube y continúa empuñando esa vara delgada, el soldado mira y sólo ve un cuerpo en movimiento que obedece a sus inclinaciones naturales, ajeno al hombre cuya sangre alimenta esa subida y ese giro.

Ettore sigue el recorrido del látigo, que surca el aire para hundirse en la espalda temblorosa de Ibrahim. Nota el impacto del cuero sobre la piel y la caída suave en la superficie tersa. No es voluntad lo que propulsa ese instrumento que remonta y se sumerge con gracilidad entre el tendón y el músculo. Es el cuerpo en connivencia consigo mismo, espléndidamente diseñado, que se inclina hacia un ímpetu y una fuerza cada vez mayores. Y

Ettore vuelve a levantar el brazo y las tropas braman y no existe palabra para expresar la euforia que bulle en su interior y los oigo con tanta claridad que podría ser su voz contra mi mejilla, padre: Bien, bien, y lo que está roto no es la piel, los tendones no se han desgarrado, los músculos permanecen intactos, no es hueso lo que asoma por eso que mantiene unida una forma humana y nos hace ser lo que somos. Es el milagro del hombre, Leo, tú a quien nunca conoceré. Está ahí, en los brazos abiertos del coronel Fucelli, extendidos como para recibirme en un abrazo mientras repite mi nombre una y otra vez: Navarra, Navarra, bien hecho, bien hecho. A Roma le gustará.

Ese es el milagro.

Entonces Fucelli dice: Dígales a los *ascari* que lo ayuden a bajarlo, *soldato*. Y la luz de la mañana se convierte en una mirada despiadada a la espalda lacerada de Ibrahim, que deja a la vista el espacio trémulo que separa a los vivos de los moribundos.

Ettore suelta el látigo y se mira la ropa, salpicada de gotas de sangre, una prueba de ese acto que no merece nombre. Tiene las muñecas resentidas, los brazos doloridos. Está sudando y le falta el aire. Él mismo percibe su flaqueza en todos esos pequeños indicios, por lo que cuando ordena a los *ascari* que desaten a Ibrahim y se lo lleven, no es ninguna sorpresa que los soldados nativos se queden firmes y miren al frente. Ni siquiera le conceden la cortesía de un saludo. No gritan el *abet* de rigor para confirmar que han recibido una orden. Fucelli enciende un cigarrillo y lo observa con ojos escrutadores. Ibrahim está medio caído contra el árbol, con la cabeza gacha. Resuella, arrastra el aire desde algún lugar que rasca contra la carne rasgada.

Repítaselo, Navarra. Fucelli deja que el cigarrillo se le consuma entre los labios, el rojo incandescente da paso al negro y al gris antes de caer. Cuando esto llegue a oídos de Roma, lo dejarán marchar.

Ettore repite la orden mientras Fucelli se da un toquecito en la pistola que lleva a la cintura, recorre con la mano la línea de su único cinturón. El coronel se mueve entre Ibrahim y los *ascari*, entre los *ascari* y sus *soldati*, entre sus guardaespaldas a un lado y Ettore al otro.

Ahí se quedará hasta que uno de vosotros se digne bajarlo, les dice Fucelli a los *ascari*. Escupe al suelo. Navarra, usted no se marcha de aquí hasta que él tampoco lo haga. Acto seguido, se retira a su oficina y deja que sus guardaespaldas cierren la puerta tras él.

*

¿Qué es lo que une a los hombres que poseen una fuerza extraordinaria, *papa*? ¿Qué aliento inmortal se filtra a través del músculo tenso y el hueso denso para llenar un pecho del poder sagrado de un dios? No existe ley racional, padre, para lo que estoy viendo. No existe una regla sensata que explique qué late bajo el corazón obstinado de Ibrahim mientras sus *ascari* se reúnen en un apoyo mudo. Ettore observa, paralizado. Ibrahim se ha negado a que sus *ascari* lo desaten. Ahora, se desploma contra el árbol, un cuerpo tambaleante tan laxo que sólo su cabeza dolorosamente ladeada equilibra todo su peso. Se apoya tan fuerte contra el tronco que la corteza le araña la piel de las mejillas. Tiene los ojos hinchados de la presión. El cuello plagado de moratones y de cortes. Sus hombres se ponen de rodillas y suplican. Gritan para llamar su atención, pero él rechaza su ayuda con un gruñido, demasiado débil para hacer nada más que maniobrar con un dedo tembloroso bajo la cuerda que le ata las manos, que escarbar débilmente la superficie con una uña.

*

Ibrahim es una figura abatida que se sostiene sobre un taburete colocado a la fuerza entre sus rodillas para darle apoyo. Sus hombres no se han separado de él desde la víspera y un nuevo día está a punto de empezar. Se han turnado para sujetarlo y evitar que se ahogara. Le han aplicado unas hojas grandes en la espalda y le han dedicado palabras de aliento que sonaban como una oración. Lo han hecho lo mejor que han podido, algunos sollozando, deshechos por la determinación férrea de su líder, tan asombrosa como agónica. Un muchacho con una camiseta andrajosa al que nunca había visto, al que llaman Abdul, ha montado su propia guardia junto al hombre.

Ettore, apoyado contra una roca varios pasos más allá, se lleva la cámara al rostro. Es imposible fotografiar lo que se despliega ante sus ojos. Tan sólo están los movimientos cada vez más pronunciados del brazo derecho de Ibrahim, su movilidad en aumento: un pájaro se prepara para surcar el aire y alza el vuelo. Por el visor no hay nada, pero Ettore saca la fotografía y dispara sin parar mientras los *ascari* se agachan, bajan la cabeza y levantan las manos para bendecir. Continúa sacando fotos

mientras Ibrahim prorrumpe en un bramido largo y doloroso, antes de que las manos toquen el suelo. Cae de lado y sus hombres se precipitan hacia él, visiblemente afectados, sin miedo a revelar lo que ninguna palabra podría expresar: que lo más grande que conocen ha sido asesinado. Que algo que todavía no entienden ha ocupado su lugar.

*

Esto: una forma humana que otea desde la cima, una figura esbelta oculta entre los árboles y la niebla. Hay una mano, no imposible de distinguir a tanta distancia, que se extiende hacia delante como para recoger los rayos de un sol temprano. Es un gesto imperial y magnánimo a un tiempo, arrogante y generoso: sostener los rayos de luz celestiales, mantenerlos en suspensión antes de que caigan y añadan un nuevo castigo a la espalda ensangrentada de un hombre torturado. Bajo la cima, los *ascari* rodean a Ibrahim. Están desalentados, tan atrapados entre una furia justificada y una obediencia obcecada que sólo el propio Ibrahim alza un dedo tembloroso con dolor, señala a la cima y a esa forma humana: la sombra de un rey, el monarca de su propio reino invisible.

Nadie más aparte de Ibrahim, aún luchando contra esa cuerda anudada, repara en Hirut y en Aster con la espalda bien recta y de uniforme, que asisten a su humillación allí abajo mientras un rayo de luz se congela y se derrama por el valle ondulante. Ibrahim es el único que les dirá a sus hombres más adelante: Yo vi al emperador en los cerros, y fue él quien liberó a las mujeres. Ibrahim es el único que comprende la advertencia implícita en el advenimiento de la luz y en esa forma neblinosa. El único que decide no dar tiempo a Fucelli para prepararse. El único, en cambio, que avisa a sus *ascari* y les dice: Dejadme aquí y marchaos cuando desate las cuerdas, corred al monte y esperadme.

Cuando Ettore oye su nombre, ya es demasiado tarde. No queda más que mirar al resto de *soldati* encorvados sobre sus cafés fuera de las tiendas y gritar: ¿Lo habéis oído?

Deja su taza, se vuelve lentamente sobre el taburete y echa un vistazo al campamento. Aguza el oído, el corazón le late con fuerza. Vuelve a oír su nombre y el del coronel: Navarra. Fucelli. Y cuando retumban una vez más por los montes y la luz salta por el valle, Ettore sólo alcanza a levantarse y confirmar una verdad terrible: Los etíopes han venido a por nosotros. Y a plena luz del día.

E incluso después de coger el fusil y el casco, después de reconocer que sí, que lo que revolotea sobre su cabeza es su nombre, después de correr con los demás para colocarse en sus puestos detrás de las barricadas de piedras, sigue sin comprender qué sucede exactamente. Hay algo extraño e incongruente en un valle donde los *soldati* van de acá para allá y que aun así presenta un vacío artificial. Está seguro de que la luz del sol oculta e ilumina algo al mismo tiempo: un negativo fotográfico que lo revela todo y nada a la vez.

Se agacha detrás de la barricada, y mientras esperan órdenes del coronel, a su alrededor comienzan a instalarse cuchicheos apresurados: Las prisioneras buscan a Ettore y a Fucelli, y luego nos matarán al resto. Mira hacia las colinas. Los rebeldes, armados, se precipitan en su dirección. Y, por encima de todos, flanqueado por dos soldados a los que Ettore reconoce con certeza como Hirut y Aster: el emperador. Haile Selassie emerge majestuosamente iluminado por el sol a lomos de un caballo cuya crin trenzada luce unas joyas que brillan como mil ojos. Sólo la imagen de Fucelli, que corre hacia ellos con el uniforme completo y se abalanza al frente de la barricada, a la primera línea, y encañona al enemigo, es lo que mantiene a Ettore y al resto de *soldati* en sus puestos, firmes por la lealtad y la instrucción.

El coronel niega con la cabeza y ordena esperar. Está solo, sin protección, pero parece no importarle. No disparen hasta que se lo diga. ¡*Ragazzi*, no permitan que los asusten de esa manera! ¡Vuestro líder está aquí!

Y después, desde atrás, desde los cerros que los *ascari* deberían estar vigilando, un nuevo conjunto de voces y gritos de guerra, mil abisinios y mil más, que se abalanzan hacia ellos sin dejarse intimidar. Ettore repara al mismo tiempo que los demás en lo que ha sido una obviedad: los *ascari* se

han ido. Se han esfumado.

Y luego el enemigo baja como un rayo hacia los italianos. Al frente, el hombre cuyo nombre Carlo se niega a pronunciar. Más calmado que nunca, lo observa aproximarse a través de los prismáticos. Luchará hasta el final. Peleará aunque tengan que caer todos sus *soldati*.

Mi lugar está aquí, se dice Fucelli en voz baja. Después me enterrarán en casa y volveré a vivir como héroe.

Siente que la tierra cede a medida que los abisinios se acercan. A continuación, rocas machacadas y ramas partidas con el enemigo dividiéndose en dos, en tres y más grupos. Flanco derecho. Flanco izquierdo. Seguro que una retaguardia avanza entre el bosque y la maleza para atacarlos por detrás. Dentro de poco, estarán completamente rodeados.

La única manera es afrontarlo, grita Fucelli a sus hombres. ¡La única escapatoria es ir hacia delante!

Se vuelve brevemente hacia ellos, esos chicos que se han convertido en hombres bajo su mando, que le devuelven la mirada hundidos detrás de la barricada. Sabe que Kidane dividirá a su ejército en grupos más pequeños. Se dispersarán entre las filas italianas y atacarán desde varias posiciones. Sin las tropas *ascari* que han desaparecido, intentarán desperdigar a sus hombres, para que se disgreguen despavoridos en medio del tumulto y terminen rindiéndose. Carlo se crece ante el fragor, se prepara y mira a los cerros.

Entonces aparece: la silueta fantasmal del emperador fugitivo, un espíritu consolidado en forma humana, Haile Selassie, que avanza en un caballo de un blanco intenso, impulsado por un coro de mujeres a la zaga como una densa capa real. Se mueve con destreza, flanqueado por una escolta que Carlo Fucelli identifica de inmediato como Hirut y Aster. El resto de sus tropas, veloces y asombrosamente ágiles, corren junto a ellas. El emperador: es él. Ha vuelto. Nunca se fue. Está aquí. El rey de reyes. La madre de todos los milagros. Lo imposible transformado en carne y hueso.

Desde su posición, Fucelli se eleva y da un paso adelante hacia el ejército a la carga, se coloca ante el emperador a lomos de su espléndido caballo. Da unas zancadas más, es una silueta solitaria, temeraria y valiente. Al pie de la montaña, ante las fauces abiertas de la bestia al acecho, el coronel Fucelli, famoso conquistador de Bengasi, hijo de Italia, se arrodilla y apunta el fusil hacia el pecho del emperador. Levanta una mano para impedir cualquier impulso protector por parte de sus *soldati*. Se imagina la

estampa: un hombre solo encuadrado a contraluz en el blanquecino sol matinal. La silueta de un soldado irreprimible con una tierra vasta e implacable de fondo. Podemos empezar de nuevo, susurra mientras se da unos toques en el corazón, que le late con fuerza bajo la chaqueta. Este también es otro camino. Esto también es una resurrección.

Carlo se vuelve a sus hombres, que lo contemplan horrorizados y estupefactos. Cuéntenselo, grita. Cuéntenles lo que hice. Después se pone frente a Aster, que apunta perfectamente el fusil ya no a su corazón, sino a la piel blanda del vientre. Corre hacia él, se detiene y, por un momento, ambos se unen en una mirada de odio. Aster aprieta el gatillo y grita un nombre como si fuera una orden: Seifu. La bala es un puñetazo en las tripas. Él jadea, sin acabar de creerse esa generosidad, ese regalo de vida que le ofrece, hasta que detrás percibe a otro hombre, que sujeta una foto y grita un nombre como si fuera una bendición: Tariku, Tariku.

*

Se mueven con la gracia natural de una tormenta que se avecina, como un rumor ascendente en la luz de la mañana. A Hirut le tira el uniforme, la camisa se le tensa en los hombros cuando respira hondo una y otra vez y corre. Se repliega en el ímpetu arrollador de los soldados que la rodean, todos avanzan con saltos, los pies vuelan uno delante del otro. Aklilu le había dicho: Si durante la batalla miras en el momento preciso, verás ángeles a tu lado que apartan las balas con las alas. Hirut echa un vistazo y sólo ve al emperador al galope sobre *Adua*. Ve a Marta y, en la cabecera, a Aster, que se lanza colina abajo para atacar a la silueta singular de un Fucelli que apunta a un Minim arrodillado. Al lado de Aster, Seifu y Kidane, Abech y Nardos, que empujan al resto y hacen señales con los brazos, sincronizadas con los destellos de luz que cruzan el valle y juegan sobre los cascos italianos para detenerse en el lado opuesto del monte, donde otra unidad de hombres y mujeres, encabezada por Hailu y Amha, espera la orden para levantarse y atacar.

Hirut mira al cielo, ya no teme a los aviones de combate. Detrás, el ejército ruge, los gritos son como la punta anudada de un látigo que corta el viento, que restalla contra los montes, un estallido cargado de tanta rabia que su pecho cede a la presión.

Nos protegeremos mutuamente, le había dicho Aklilu mientras se

preparaban para la emboscada. Juntos les plantaremos cara y lucharemos. Tú guiarás conmigo y nunca olvidarán tu nombre. Los niños de Etiopía no olvidarán que tú combatiste en el momento más duro. Esta es nuestra guerra por nuestro país. Tu líder es el hombre que lucha junto a ti, la mujer que morirá a tu lado, el patriota que le canta a Etiopía. Hirut, dame la mano, amor mío, *yene fikir*, quédate conmigo y lucharemos. Y ganaremos.

La trompeta de Worku es un lamento incesante que se extiende por el valle. Hirut está rodeada de rostros conocidos y desconocidos que han reclutado en regiones lejanas y próximas. Hay mujeres con vestidos y uniformes, que llevan puñales y los blanden como en otra vida le enseñó la cocinera. Hay sacerdotes que han salido de sus cuevas, con sus Biblias contra el pecho cual armadura adicional. Y a medida que las tropas corren con Hirut, ella siente su fuerza. Siente que se le filtran en los huesos los espíritus de los muertos y la hacen fuerte como el acero. Por un instante, deja de contemplar el valle y observa hipnotizada los cerros en el horizonte, como si pudiera ver a Fifi salir del campamento como un torbellino, ayudando a la cocinera a alejar a Ibrahim del ejército de Fucelli y llevarlo hasta sus *ascari*. Mira como si supiera exactamente qué le susurrará la cocinera en cuanto se reúna con sus hombres, como si comprendiera la multitud de significados de las palabras de la mujer: Ellos intentarán que les sirvamos de algo, y nosotros hemos de liberarnos de ellos. Hemos de encontrar nuestra manera de vivir. Hirut mira al frente, su cuerpo se mueve solo, hasta que poco a poco vuelve en sí. Y aquí está, Hirut: soldado excepcional del gran ejército etíope, hija de Getey y Fasil, nacida en un año bendito de cosecha, corriendo sin miedo hacia el enemigo.

*

Los *soldati* de Carlo están abrumados. Los han sacado de las barricadas a empujones y están arrinconados. Se han visto forzados a quedar tan al descubierto que el coronel les ordena que se dispersen y combatan hasta las últimas consecuencias. Sin la ayuda de los *ascari* y los aviones, la masacre es despiadada y él no puede serles de ayuda con una bala incrustada en el vientre. Solo, en el suelo, se agarra del costado para detener la hemorragia y levanta la vista para calcular la distancia que lo separa de un resguardo. Demasiada, está muy débil.

Coraggio soldati! ¡Retirada! Carlo grita a sus hombres y permite que la

fuerza de su voz reemplace su corazón astillado. ¡Huid a los cerros! ¡Retirada!

Entre el zumbido de las balas y los gruñidos de los heridos, formula este pensamiento: morirá en esta montaña abandonada que él convirtió en puesto de avanzada, su cadáver permanecerá entre los escombros y las tiendas olvidadas. No habrá nada que indique su fallecimiento excepto el suelo maldito empapado en su sangre. Nadie llorará por él. Nadie salvará su carne de los buitres. Verá cómo se pudre desde arriba, cuando el sol vuelva a calentar, mientras sus hombres recojan sus pertenencias y zarpen de vuelta a casa. Se recuerda, con la esperanza de creérselo, que el honor es inmortal. Pervive en la creación. Es imperecedero.

¡Coronel! Ettore se acerca deprisa en cuclillas, desesperado y alarmado. Se han infiltrado por todas partes, dice con la respiración entrecortada. Vayamos a los cerros de atrás, ellos van en la otra dirección.

Navarra le pasa un brazo por debajo de la cintura para levantarlo. El dolor es tan intenso que Carlo grita y le pone una mano en el hombro. Váyase. Márchese de aquí, *soldato*. Lo mira unos instantes. No sabe cómo seguir, aunque eso tenía que decirlo. Buen trabajo, *soldato*, pero hemos terminado. Yo he terminado. No permita que lo lleven a Italia. Haga caso a su padre, él lo quería.

Oyen un silbido grave. Una señal etíope de ataque. Ettore alza la vista y ve a un hombre de mandíbula prominente que avanza furioso hacia Fucelli sujetando una fotografía y gritando: ¡Tariku! ¡Tariku!

Hace tiempo que esta guerra dejó de ser la suya, *soldato*. Váyase antes de que lo mate a usted también. Sálvese.

Ettore está demasiado lejos para ver bien la foto que lleva el etíope, pero la conoce. Sabe que ese hombre es el padre de Tariku, igual que sabe que tiene una bala reservada para Fucelli, y que él también se merece otra. Se pone de pie ante él. Levanta las manos y aguarda.

El hombre se golpea el pecho a medida que se acerca: Seifu. Seifu. Grita su nombre como una declaración mientras aparta a Ettore de un empujón, saca su puñal y se arrodilla para agarrar la cabeza de Fucelli y estirarle el cuello.

Carlo pestañea despacio y busca la mirada de Ettore, en un intento por aparentar tranquilidad. Sobreviva, le susurra. Luego añade: No deje nada de mí en este lugar.

*

Entre las cenizas humeantes del campo quemado, Hirut se tropieza con el cadáver de Carlo Fucelli: un pañuelo hecho jirones le envuelve el rostro y el cuello hinchados, tiene el cinturón y los pantalones desabrochados y las piernas separadas. Se arrodilla y le quita el pañuelo. Sobre sus ojos hay dos monedas italianas. El cuello de la camisa está manchado de sangre seca. Hirut le desabotona la pechera para comprobar si le late el corazón y confirma que ese monstruo está realmente muerto. Le presiona con la mano el pecho inmóvil. Le retira las monedas de los ojos y las lanza. Le quita los zapatos, le baja los calcetines y coge el puñal que lleva sujeto al tobillo. Pronuncia una oración por el hombre, le pide a Dios que lo condene al fuego eterno, que le abrase las plantas de los pies con lluvia venenosa. Se persigna y echa un último vistazo a Fucelli, luego se va al otro extremo del campo, donde vio por última vez a Kidane, herido y solo.

El sonido es como el de un gorrión que huye del tumulto, una nota pura con una entonación tan dulce que ni siquiera el estruendo de un cañón podría ahogarlo. Ettore, que huye a toda prisa de donde cubrió como pudo el cuerpo del coronel, se detiene. Reconoce la voz: es Hirut, entre la canción y el llanto, un gemido tan doloroso y libre que se eleva sobre los árboles y se desvanece entre las nubes. Sin darse cuenta, echa a correr en su dirección.

Ella está en el campo donde dejó a Fucelli, entre unas tiendas quemadas y la curva de la loma. Está de espaldas, arrodillada y encorvada sobre el cuerpo del hombre que Ettore reconoce como Kidane. Él sigue con vida, respira entre resuellos e intenta tocarle el rostro mientras ella retrocede y le aparta la mano. Son dos siluetas que flotan en un río oscuro, una sujeta al otro en su regazo, se inclina para acunarlo y susurrarle al oído. Lo abraza con delicadeza, lo mece, acerca la cabeza a la suya y le rodea el cuello con los brazos. Ettore quiere decirle: Pero si así no puede respirar. Quiere decirle: Incorpórate, Hirut, dale aire. Sin embargo, ella sigue meciéndose, murmura y lo agarra cada vez con más fuerza.

Kidu, Kidu. Alza la vista al cielo y cuando Kidane intenta llegar a su rostro para acercársele o apartarlo, ella mira al moribundo con un gesto ceñudo. Soy soldado. Soy la hija de Getey. Caerás en el olvido y yo perduraré en el recuerdo. Carraspea, se enjuga las mejillas y repite la frase mientras Kidane gruñe, exhala el último aliento, y su mano cae sobre el

pecho, sin haber logrado asir nada. Caerás en el olvido y yo perduraré en el recuerdo.

Con la voz quebrada rebotando por los cerros, Aklilu es quien grita primero: Kidane. Kidane: la angustia hecha nombre.

Aster le va a la zaga, gritando por su esposo.

Hirut pestañea rápidamente, sobresaltada, mira al suelo primero y a Ettore después. Están a unos pasos de distancia, pero lo bastante cerca para hablar. Ella niega con la cabeza. Le dice que se vaya. Se acabó. Vuélvete a tu país. Vete de aquí.

Él señala la cárcel vieja. Mis cartas, la caja, mi secreto. Tu secreto. Tengo que irme.

Ella comprende lo que insinúa y no se opone. Guarda silencio y contempla con horror el cuerpo de Kidane. Lentamente empieza a asentir. Sí. Mi secreto.

Ettore se da la vuelta y huye, hacia un lugar que convertirá en hogar hasta que vuelva a encontrarla.

5 de mayo de 1941

El viaje de vuelta es más largo de lo que recuerda el emperador, el camino es una cinta oscura interminable que se extiende cada vez más lejos hacia el horizonte. Haile Selassie abre la ventanilla de su Rolls-Royce y oye el suave rumor metálico de la caravana que lo sigue. Vuelven todos con él, sus ministros y sus consejeros, su familia y sus guardaespaldas. Su ejército desfila en la cabecera, los hombres temibles que no se rindieron nunca. Él se toca el pecho, aparta sus numerosas medallas y se palpa el contorno del esternón, los rápidos latidos de su corazón. No se ha dejado nada en Inglaterra. Hasta se ha llevado los borradores apresurados que escribía para sí mismo los días antes de su partida; los rescató uno por uno de la papelera, los guardó en los bolsillos, en las esquinas de las maletas, en el maletín, hasta estar seguro de tenerlos todos. De haber podido, habría reunido cada hilo, cada cabello, cada gota de agua que le resbaló por la piel y cayó en suelo inglés para traerlos de vuelta. Quiere entrar en su ciudad como un hombre completo a quien no le falta nada.

En medio de su ensoñación, oye un sonido ahogado abriéndose camino y mete la cabeza dentro del coche, en la calidez de los suaves asientos de piel. A su lado, su esposa, Menen, solloza sobre un pañuelo que agarra como si fuera la mano de él. Él le acaricia la pierna y cierra los ojos, oye el chasquido monótono de los neumáticos al rodar sobre las piedras y pasar los baches, nota el peso delicado de la cabeza de ella en su hombro. Respira hondo una y otra vez, aquieta su mente, insta a sus pensamientos para que se instalen aquí, en este país, en esta carretera. Hoy hace exactamente cinco años que se vio obligado a abandonar Etiopía en una locomotora que aceleraba hacia la frontera, con su personal contemplando cómo la ciudad empequeñecía tras ellos y el llanto suave de su esposa empapando una vez más el pañuelo en la mano. Huele la nota acre suspendida delante de su rostro. Es una mezcla intensa y alquitranada de goma quemada y cadáveres en descomposición que persiste sobre los árboles y cae en volutas de humo dirigidas por el viento. Cuánta violencia han dejado a su paso los italianos. ¿Cuántas generaciones serán necesarias para borrarla del todo? ¿Para

perdonarla? Y, aun así, debe hablar a su pueblo del amor divino. Como si el corazón pudiera soportar tanta destrucción. Como si recordarla no fuera excesivo.

A un lado de la carretera, una fila de soldados con uniformes viejos y ajados gritan orgullosos su nombre. Haile Selassie asoma la cabeza y entonces la ve: a la esposa de Kidane, la Aster de la que Menen le ha hablado con admiración e incredulidad a partes iguales. Cogió el fusil de su esposo y lideró a su ejército. Puso a sus mujeres al frente y no dejó a ningún italiano con vida en la colina de Debark. Entonces se acerca un puño al pecho e inclina la cabeza. ¿Quién dice que no podemos hacer lo mismo que los hombres?

Él ordena al chófer que pare, sin importarle que la cabecera continúe y que los de atrás tengan que detenerse. Saca más la cabeza por la ventanilla y Aster da un paso adelante. Va vestida con su uniforme, con una capa que le cae perfecta sobre los hombros. Mantiene la mirada gacha, pero levanta el fusil y saluda firme, los soldados que la rodean la imitan. También avanza una joven de ojos encendidos y expresión decidida que tiene la osadía de no bajar la cabeza ante el emperador. Que tiene la osadía de poner a prueba el poder de su mirada. Haile Selassie devuelve el saludo sin mirar a esa insolente, negándose a pensar en todo lo que puede significar.

Siga, le dice al chófer. Hasta que tengamos que cambiar de vehículo para encontrarnos con el general y los británicos. Por ahora, déjenos solos. Luego mira a su esposa, le coge la mano y se la lleva a la mejilla: Por fin estamos en casa. En casa.

Mientras el emperador Haile Selassie recorre los montes en el asiento trasero de su vehículo hasta Adís Abeba, el peso de su ausencia se instala como una losa sobre sus espaldas, una opresión que le provoca un dolor en el pecho. Intenta convencerse de que le ha sido concedida otra oportunidad de extender los brazos y suplicar perdón a su hija Zenebwork, a su pueblo, a los vivos y a los perdidos. Esto es lo que significa, piensa mientras entran en su ciudad. Esto es lo que significa que te persigan los muertos.

*

Minim se arrodilla en las escaleras de la Iglesia de St. Giorgis y reza con un ánimo pesado que parece no poder transformar en alegría. Ha venido para estar solo, pero se encuentra rodeado de una muchedumbre de fieles que da

gracias por el regreso de su rey. Empujado por las filas de creyentes de blanco, Minim va vestido como el pobre campesino que es y lleva el pelo recogido con un trozo de la vieja *netela* de Hirut. Su corazón es un peso hueco en el pecho. Se aleja de la multitud y deja un espacio a su lado para otro hombre de su tamaño.

Su Majestad, se dice en silencio. Sí, se responde y se tiende una mano. Vayamos juntos hasta nuestro trono.

Se dice a sí mismo que las lágrimas que caen al suelo no son sólo suyas. Son las que habría derramado Haile Selassie si a ambos se les permitiera llorar.

Su Majestad, ¿quién me recordará?

No hay respuesta, sólo su propia respiración silenciosa. Está atrapado en su propia piel, devorado por los pies que desfilan, asfixiado por el murmullo de la procesión y las ovaciones satisfechas de la gente de Adís Abeba. En las aldeas y los pueblos del resto del país, en las montañas y las cuevas, la gente sigue esperándolo, ilusionada por postrarse ante su líder, el orgulloso rey guerrero que entró al galope en la batalla para luchar por ellos contra el enemigo.

Su Majestad, estoy solo.

Minim aguarda y, en la suave brisa que entra por las puertas abiertas de la iglesia, oye lo que su emperador quiere decir: Todo sol crea una sombra, y no todos cuentan con la bendición para permanecer bajo su luz.

Hemos regresado, se dice a sí mismo.

Minim examina sus dedos delgados, las uñas que aún lleva arregladas. Se mira los pies y se lleva una mano a la barba que ha aprendido a recortar tan bien como un barbero real. Con cada día que pase, irá transformándose de nuevo en él mismo hasta llegar a ser quien es: un hombre que en un tiempo lo fue todo y que después renació para no ser nada.

Epílogo

REENCUENTROS

1974

Hace semanas que vienen a posar con sus viejos uniformes ante Ettore. Esos hombres que se quitan los zapatos, se ciñen las cartucheras vacías y le piden que los fotografíe. Busca a Aklilu en cada uno de los rostros. Suplica que la puerta no se abra nunca y entre Seifu. Lo llaman «El Ferenj», a veces «Tal-yan», de vez en cuando «Foto», pero nadie se dirige a él por su nombre de pila, ni siquiera los italianos que aún viven en Adís Abeba. Para ellos es «*lo straniero*», aunque él sabe que conocen su nombre, lo han visto en las postales que guardan en sobres y álbumes, en esas imágenes de una joven soldado llamada Hirut y su oficial, Aster.

Se pregunta si esos *arbegnoch* también están al corriente de la existencia de esas fotografías. Si es el motivo de que algunos entren, se lo queden mirando y luego se vayan. Otros posan firmes con fuego en los ojos y afirman que aún serían capaces de matarlo si se lo ordenaran. La mayoría tiene que saber que él no les cobraría, sin embargo, estos patriotas insisten en pagar. Últimamente han estado viniendo cada vez más hombres mayores y orgullosos, a quienes un día atribuyó huesos de acero. Cada día su estudio resplandece con el sol cuando la puerta se abre, se abre y vuelve a abrirse y lo arroja más y más a esos años que tanto ha deseado olvidar. Le dan su *ferres sim*, su nombre de guerra, a menudo se niegan a presentarse. Hay quien afirma que esta revuelta quejosa de la juventud forma parte de la guerra que comenzó en 1935. En realidad, qué guerra termina, le había dicho en una ocasión un hombre de barba blanca, al borde del llanto.

Duerme en la parte trasera del estudio que alquila en Piazza. Lleva aquí casi quince años, después de haberse mudado de Asmara a Alejandría y a Gondar, donde pasó décadas buscando a Hirut en las regiones cercanas a los antiguos lugares de la batalla, en pueblos grandes y pequeños. Recorrió largas distancias con un retrato de su rostro en el bolsillo y siempre preguntaba: ¿Conocen a esta chica que combatió con la gran Aster? Buscó en conventos, en iglesias, en las cuevas entre Gojjam y Aksum, en las aldeas recónditas de las montañas de Simen, en cualquier lugar donde creyó que podía estar. Al final, desistió y se dirigió a Adís Abeba, la ciudad que

aún reconoce su derrota y se burla de ella, con la esperanza de que de algún modo Hirut se enterara de su búsqueda y viniera a su encuentro. Solía sentarse en el Café de Enrico encorvado sobre un cappuccino, oyendo conversaciones y esperando que giraran en torno a esa guerra de antaño y esas mujeres que tan bien conocían los puntos débiles de esos hombres frágiles. Aguardaba para oír hablar de Aster, la ilustre esposa del ilustre Kidane. Pero nada. Sólo anécdotas de otros guerreros orgullosos, esos hombres valientes que ahora acudían a su estudio y exigían la prueba de su grandeza.

Hace dos días, salió de casa y se encontró unas pintadas en las paredes del edificio: ¡Fuera, *ferenj*! ¡Abajo el imperialismo! ¡Fuera Mussoloni! Ettore quiere decir que las protestas de las calles han reanimado viejos recuerdos de la otra guerra –la suya–, pero sabe que lo que han hecho resurgir es otra cosa, algo más nítido que un recuerdo, algo vivo que ha esperado todo este tiempo para regresar. En el estudio, los ancianos se sorprenden de que no se inmute cuando lo apuntan con sus fusiles mientras mira a través de la cámara. Hay veces que desea que cumplan sus amenazas. Hay veces que quiere apartarse de la lente, pegar el pecho al cañón y decir: ¿Qué derecho tengo yo a permanecer? Es lo que sigue diciéndose por las noches, en esos momentos en que su cerebro se ha vaciado de trabajo y no hay nada que impida a esos años volver de golpe. Se echa en su camastro en su cuartito repleto de cajas de negativos y fotos y se encuentra repitiendo: Yo fotografié a los muertos y a los moribundos. Ayudé a matar a los inocentes. Abandoné a mis padres a su suerte. ¿Qué derecho tengo yo a permanecer?

*

Una mañana se lo está repitiendo para sus adentros cuando de nuevo se abre la puerta y, como siempre, se sobresalta antes de mirar, temiendo la aparición de Seifu. Un día lo encontrará, lo sabe. Por un instante contempla al hombre alto y elegante con una mata de pelo blanco que viste un traje hecho a medida y guarda silencio. Entonces reconoce los ojos y la cara. El doctor Hailu: el famoso médico del Black Lion Hospital, el hombre que luchó junto al gran Kidane, el hombre que rechazó, durante más de una década, todos sus intentos por hablar con él. Ettore deja la lupa que estaba utilizando. Aparta el montón de contactos y se limpia las manos con un

trapo. Ninguno dice nada mientras se dirige como puede hacia Hailu, aún en la puerta con su traje gris oscuro, una camisa blanca impoluta y una corbata azul cielo.

Doctor Hailu. *Lei è dottore Hailu? È giusto? Likinegn?* ¿Me equivoco? Habla en un italiano titubeante, en un amárico lento, como si ambos fueran conscientes de que la lengua nunca salvará la distancia que los separa.

Hailu echa un vistazo al estudio desordenado, con la mirada fija en el decorado de las montañas de Simen de la última sesión. Debes abandonar el país, le dice. Este no es lugar para extranjeros.

Las formalidades no tienen cabida, ni las falsedades que encubrirían la dureza de los recuerdos que comparten. Sabe lo que Hailu le está diciendo por cómo lo dice. Se dirige a él como si lo conociera, negándose a usar un trato formal, el respeto que la lengua reserva a las personas mayores, de mayor rango o estima. Son simplemente dos hombres, uno frente al otro, el primero aún conserva el porte regio y autoritario, mientras que el segundo está más arrugado, más desaliñado, más castigado por los años: un extranjero, un *ferenj*, un «Tal-yan».

Ettore da un paso adelante para que ambos queden bajo el rayo de luz que entra por la puerta abierta. He recibido el aviso de desahucio del propietario.

Echa un vistazo a su estudio, procura que el hombre no vea el miedo y la tristeza de la situación, el alivio que también lo invade.

Tengo hasta fin de mes. Luego mira a Hailu y espera que sea capaz de ver lo que no ha sido capaz de decir. He estado buscando a Hirut, reconoce. Le entregué algo: unas cartas de mis padres que me gustaría recuperar.

Sin embargo, Hailu ya ha dado media vuelta, sale por la puerta y Ettore sólo desea que se quede para preguntarle: ¿No habrá venido hasta aquí para decirme lo que ya sé?

Puedo fotografiarlo si se espera. Es una tontería pero no puede evitarlo. Puedo hacerle un retrato y tenerlo listo mañana, para sus hijos, para su familia. Gratis.

Hailu niega con la cabeza, pero también hace una pausa, como si él también tuviera algo que decir. Encuadrado por la puerta, a contraluz, su espléndido pelo cano reluce.

Hablas bien amárico. Has aprendido mucho aquí, ¿no? Luego se da la vuelta y los ojos titilan con una furia que a estas alturas Ettore ya debería conocer y, sin embargo, se aparta y baja la mirada unos instantes.

¿No crees que ya te has llevado bastante? A Hailu le tiembla la voz. ¿Qué es lo que os otorga el derecho a actuar como si este fuera vuestro hogar? ¿Acaso derramaste sangre por él? Ayer operé a un chico que…

Ettore se estremece.

Operé a un chico, repite. Se controla con dificultad. Un crío. Uno de esos manifestantes que quiere hacer ver que es soldado. ¿Quién velará por nuestros hijos en este país? ¿La gente como tú? Ya has hecho suficiente. Lárgate. Marchaos todos y dejadnos en paz.

No puedo irme hasta que vea a Hirut, repone Ettore. Sé que usted luchó con ella, doctor Hailu. Por dentro, está agitado, se hace pequeño al ver la repulsión que le causa a este hombre. Respira hondo para controlar la voz. Quiere decir que en algún momento, antes de venir aquí, él también fue alguien, pero termina diciendo: No me queda nada de mi madre ni de mi padre excepto lo que le di a ella. Cuando uno está lejos, perder a alguien es un dolor doble. Y ahora es Ettore quien se traga la ira en aumento, la rabia impotente que le devora la garganta y se lleva sus palabras. Le di las cartas, tenía cartas para ellos que no llegué a enviarles. Doctor Hailu, yo también temía a los italianos. Soy judío. A mis padres… se los llevaron, no los encontré nunca. Si al menos pudiera dar con Hirut…

No sé dónde está.

¿A qué ha venido? Tiene que saber que la he estado buscando.

Hailu se detiene y se mira las manos. Ettore sigue su mirada y se fija en los dedos finos con una manicura perfecta, en la piel suave. Son las manos de un hombre cultivado. Cuánto hace desde que ambos se enfrentaron en una guerra en la que a la postre ambos resultaron ser el enemigo.

Vendrá un mensajero dentro de dos días. Entréguele una carta, él la conocerá. Es todo lo que puedo hacer.

No hacía falta que viniera, le dice Ettore. El corazón le late con tal fuerza que apenas oye su voz. Gracias, doctor Hailu. Se inclina ante él.

El hombre aparta la vista y vuelve a fijarse en el decorado. No entiendo lo que estoy viendo estos días. Antes sabíamos de inmediato a quién odiar.

Otra vez el silencio. Bajo un rayo de luz cambiante, ve que Hailu tiene los ojos rojos, hinchados por la falta de sueño, pero conservan una fiereza inconfundible aunque atenuada por una pena profunda. Somos viejos, piensa Ettore, entonces éramos jóvenes, yo era joven, era un insensato, me daba miedo morir. Pero, ahora, ¿qué palabras bastan?

¿Quiere llevarse alguna foto de las que hice en las montañas de Simen?

¿De alguno de ustedes? Puede que reconozca a algún *arbegnoch*. Aún las tengo. Ettore habla rápido mientras se dirige a su escritorio y empieza a sacar una caja. Por favor, déjeme regalarle algo. Están todas aquí, las fotos que tomé en aquella época. Está desesperado por que Hailu no se vaya, por encontrar la manera de disculparse, pero el médico ya ha salido por la puerta, que ha quedado abierta, y el sol se cuela, como un intruso audaz en el estudio sombrío que en algún momento consideró una guarida.

A solas de nuevo, Ettore mira a su alrededor, forzándose a concentrarse en la pila desordenada que tiene delante. Antes era mucho más organizado. Ordenaba las imágenes por fecha, guardaba los recortes de periódico siguiendo un orden cronológico estricto. Lo que había dentro de la caja que le entregó a Hirut hace una vida estaba minuciosamente ordenado y etiquetado. Desde que dejó el ejército, ya no se preocupa tanto por la secuencia de los acontecimientos. Ha llegado a comprender que es imposible conectar lo que ocurrió con lo que ocurrirá. Lo que sabe es lo siguiente: no hay pasado, no hay «qué pasó», sólo existe el momento que se despliega en el siguiente, que lo arrastra todo con él, que lo renueva constantemente. Todo sucede a un tiempo.

*

A veces sueña con ella, se la imagina entrando en su habitación como si ella perteneciera a ese lugar, como si hubiera estado esperando todos esos años a que Ettore captara ese rincón de luz esquivo y viera que ella era tan sólo una niña, tan sólo una muchacha asustada aprendiendo a ser soldado. Algunas noches cuando desea compañía femenina y encuentra a alguien a quien llevarse a casa, se despierta sobresaltado y está seguro de ver a Hirut y de que ella lo ha encontrado. Entonces su acompañante se mueve, la luz de la luna titubea y Ettore se queda contemplando la oscuridad vacía y repite en silencio las palabras de su padre: Los límites de los cuerpos son lo que menos importa. Y quiere añadir: Lo siento, no fui buen hijo, no fui buen hombre, hice muchas cosas mal. Quiere gritar que tuvo que hacer lo que le mandaron, que estaba aterrado, que todos estaban a merced de la guerra. Sin embargo, lo único que hace es echarse y acercarse al cuerpo de la desconocida e intentar dormirse con el dolor familiar del viejo remordimiento.

Interludio: 1974

Los manifestantes se han reunido en plazas y colegios de toda la ciudad para exigir su destitución, pero Haile Selassie está en su despacho dando cuerda a su gramófono, esperando el acto final que lleva a Aida y a Radamés a la cueva. En sus cerca de ochenta años sobre la Tierra, ha pasado casi la mitad con Aida y su padre, Amonasro, con Radamés y los egipcios, y hoy necesita de su presencia tranquilizadora para volver a esos días gloriosos de 1941, cuando regresó triunfante del exilio. Haile Selassie coloca la aguja y se reclina en el sofá para dejar que la melodía invada la habitación y ahogue el caos. Contempla el rincón por donde se cuela a través de las cortinas la bruma dorada de la luz de la tarde y se queda observándola tanto tiempo que le parece que se mueva. Entonces sale Amonasro de entre las sombras y le tiende la mano.

Haile Selassie, Teferi Mekonnen, ¿piensas quedarte ahí sentado?

Él pestañea, se frota los ojos y Amonasro desaparece. El emperador se queda quieto, está perplejo. Cuando vuelve a mirar, Amonasro ha regresado.

Teferi, dice el padre de Aida.

¿Sí? Se da unas palmaditas en el pecho para calmar su corazón desbocado. Sabe que Amonasro no está, pero no acaba de convencerse de que lo que ve y oye no es real.

Debemos darnos prisa. Somos padres y reyes, dice Amonasro. Viste un *shamma* sencillo, tejido con delicadeza y colocado con pericia. Su cabeza es una mata rizada salvaje: el pelo de un guerrero. En su rostro apuesto, una fina cicatriz le recorre la frente.

Haile Selassie mira por la ventana. Atardece y los manifestantes no se van. Siguen levantando polvo con las marchas. Un ladrillo que han lanzado con una fuerza sorprendente por encima de la verja casi alcanza a uno de sus tensos guardias. Lo que ve es lo que existe, entonces ¿qué es lo que acaba de entrar en su despacho?

Ayúdame a salvar a mi hija, le pide Amonasro. Ha ido a encontrarse con el enemigo de mi pueblo y debemos detenerla. Ayúdame a salvar a mi Aida.

Señala detrás de él, fuera del despacho del emperador, fuera de palacio, hacia el lugar donde una mujer se sienta en el borde del precipicio y aguarda.

Amonasro no se parece en nada al de esas ilustraciones y fotos espantosas de las óperas europeas. El hombre que tiene delante es orgullosamente etíope. Que no se haya molestado en inclinarse ante Haile Selassie es un pequeño detalle que el emperador tolerará, ya que él también se niega a postrarse.

Ahora no, viejo amigo, le dice meneando la cabeza. ¿No ves que debemos salvar a Etiopía? Da un golpecito en la ventana junto al sofá y se reconforta con el sonido fiable. ¿Acaso no ves que nuestro pueblo sufre?

Ayúdame antes de que sea demasiado tarde y ya no existamos, insiste Amonasro.

Haile Selassie le contesta lo que ha estado pensando, lo que ha creído durante décadas: Pero es que la chica, tu hija, esa Aida, fue una insensata al enamorarse del enemigo. Fue una ingenua al olvidar su condición real y dejarse llevar por el corazón. Ese es el destino funesto que ella misma se buscó. ¿Por qué no la educaste mejor?

Amonasro hace una reverencia y deja caer la cabeza entre las manos. Libré una guerra contra Egipto y la capturaron. Fue culpa mía. Seguro que tú me entiendes, rey de Etiopía, padre de una hija muerta.

Abbaba. *Abbaba*. Y esta vez, al otro lado del despacho, Zenebwork se estremece bajo el tenue resplandor de luz del sol que entra por las cortinas. *Abbaba*, ¿acaso me olvidaste?

El emperador no hace caso a su hija y se vuelve a Amonasro. Oye surgir su nombre por encima de los gritos fracturados que llegan del exterior del recinto palaciego, luego emerge una palabra clara entre la cacofonía: *Leyba! Leyba!* ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Mira a través de la cortina y la corre. Hace casi cuarenta años, el mismo pueblo se arrodillaba ante su regreso, pletórico por recuperar su país después de que lo hubiesen robado unos invasores. Menea la cabeza y devuelve la atención a Amonasro.

Tú luchaste en una guerra que empezaron ellos, dice Haile Selassie. Piensa en la invasión, en esos italianos traicioneros. La furia de antaño emerge de nuevo y le quema el pecho. Te obligaron a hacer lo que hiciste, y se inclina hacia el espacio iridiscente entre ellos. Sin embargo, sus canciones nunca contarán toda la verdad. Nunca cantarán sobre sus propias

corrupciones.

Ve que Zenebwork se acerca a Amonasro. Cualquier otro día, la saludaría y le ofrecería consuelo, como ha hecho desde que la envió a casarse con aquel hombre ruin. Se disculparía y permitiría que la ira lo destrozara, sabiendo que eso también es lo que significa querer. Sin embargo, hoy ella es demasiado. Hoy todo parece demasiado.

Abbaba, quiere encontrar a su hija, dice Zenebwork. Debemos ayudarlo.

Abandonar a una hija para que muera en soledad es el mayor fracaso de un padre, afirma Amonasro.

Haile Selassie observa a Amonasro y se cuadra. Junta los pies y se mueve de un lado a otro. Se toca las medallas y se yergue. Alza el mentón y tensa la mandíbula. Incluso tantas décadas después, su cuerpo recuerda los movimientos, no ha olvidado lo que significa estar en guerra.

Abbaba, ¿acaso me olvidaste?

Fuera: gritan su nombre como una maldición. Dentro: la culpa lo arrolla y lo asfixia. De modo que Haile Selassie coloca la aguja hacia el final del disco. Intenta concentrarse en ese último acto de *Aida*, espera a que Radamés descubra a la chica desorientada que ha entrado en la cueva para morir en vano con él. Y, mientras escucha, el emperador menea la cabeza en la estancia vacía porque ha llegado a distinguir la autenticidad de esas cosas que no se ven. Tal vez por eso no se sorprende cuando Simónides sale de detrás de la cortina y se coloca junto a Zenebwork. Observa mientras el antiguo filósofo la rodea con un brazo y la atrae hacia sí.

Teferi, ¿te olvidaste?, pregunta el poeta griego. ¿En qué habitación de tu memoria nos dejaste? Mira al emperador y menea la cabeza.

¿Cuántas veces debo presenciar la muerte de mi hija?, ahora es Amonasro, que sigue cubriéndose el rostro, quien interviene.

Y luego los tres –Zenebwork, Simónides y Amonasro– se vuelven hacia Haile Selassie y antes de que puedan hablar, el emperador carraspea, se da unos golpecitos en el esternón y dice: Lo he guardado todo aquí para que esté a buen recaudo. Se coloca las manos sobre la cabeza y repite: Y aquí también. Así mantendré el país unido.

Teferi, no hay duda de que recuerdas bien el lugar al que perteneces, le dice Simónides. No hay duda de que sabes colocarlo todo en su sitio. Te educamos bien, ¿no es así?

Lo que él recuerda es esto: que acompañó a la estación de tren a una sollozante Zenebwork y a una apenada Menen para que su hija regresara

con aquel hombre terrible, que la dejó al cuidado de acompañantes y se despidió de ella a medida que el tren se alejaba.

Hija mía, tu lugar no estaba junto a él, dice ahora Haile Selassie. Siempre ha estado aquí, con nosotros. Lo siento, *lijé*, siento mucho haber permitido que te montaras en aquel tren.

Entonces espera a que Zenebwork se vaya, como siempre, pero esta vez no lo hace. Se oye un tiro a lo lejos, seguido de una ráfaga de disparos. El emperador se estremece.

De nuevo otro quiere ocupar mi lugar. Otro quiere mi trono.

Zenebwork alarga la mano y atraviesa el umbral entre la penumbra y la luz, entre la noche y el día, entre la antigua vida de su padre y la que bulle por liberarse.

Pero te acuerdas, ¿no?, pregunta Simónides. ¿Recuerdas la vida que dejaste atrás entre los escombros? Entra en esos rincones y encuentra tu lugar. No dejes a los muertos sin reclamar.

Sin embargo, Amonasro niega con la cabeza y dice: Vámonos. Somos reyes. Debemos salvar a nuestras hijas de los peligros que nosotros mismos hemos creado.

Y Haile Selassie siente que Zenebwork se apoya en la sombra que recae sobre él. Ella está escuchando, espera la respuesta de su padre, su rabia es como un vendaval que abofetea el rostro de él, le lastima los ojos y las lágrimas le caen por las mejillas. Él vuelve a darse un golpecito en el esternón y la voz de Aida se hincha como un globo. Llama a Radamés en su camino a convertirse en fantasma.

Mi pueblo me buscó cuando ya no podían identificar a los muertos, continúa Simónides por encima de la voz de Radamés en su último aliento. Cuando los muertos están perdidos, aquellos que guardan su recuerdo te encontrarán, Teferi. ¿Y qué recordarás tú para contarles?

Somos reyes de Etiopía, repite Amonasro. Debemos salvar a nuestros hijos de los peligros que nosotros mismos hemos creado. Y señala el uniforme del emperador: Debes convertirte en otro para que no te reconozcan, igual que hice yo cuando fui capturado. Debes convertirte en sombra de ti mismo y ser testigo de tu propia desaparición, como yo. Ven, Teferi, vámonos.

De modo que Haile Selassie abre el último cajón de su escritorio, al fondo hay un paquete cuidadosamente cerrado que ha mantenido oculto casi cuarenta años. Saca una camisa raída y unos pantalones cedidos. Levanta

las prendas: las que uno de sus hombres le dio para que se pusiera cuando abandonó el país en 1936, un disfraz poco convincente por si necesitaba irse como alguien que no era emperador. Un escalofrío lo recorre y se vuelve en dirección a Amonasro y Simónides. Evita la mirada obstinada de su hija. Se quita la ropa y se pone la de campesino.

Cuando termina, se da la vuelta para mirarse y la conmoción es como un jarro de agua fría. Lo que ve reflejado en el espejo es esa otra imagen de sí mismo, esa que una vez se movió a su sombra y capitaneó tropas contra sus viejos enemigos con una muchacha como escolta: el rey en la sombra. Se toca las mejillas, las cejas, el pelo gris que ahora le adorna la cabeza apesadumbrada.

¿Ha muerto el rey?, pregunta Zenebwork. ¿Se ha ido mi padre?

Estoy aquí, *lijé*, responde el emperador. Soy yo.

Larga vida al rey, dicen Amonasro y Simónides mientras lo contemplan y asienten.

El rey ha muerto, dice él.

Larga vida a Etiopía, dicen todos.

Abbaba, ¿vas a volver a meterme en ese tren?, le pregunta Zenebwork y se pega a su oído, a su mejilla.

Haile Selassie niega con la cabeza. Zenebwork, iré a buscarte y te quedarás conmigo, dice tomando a su hija perdida de la mano. Te quedarás conmigo hasta el final de mis días. No te sueltes, susurra. No me abandones.

Entonces ambos salen juntos de palacio. Él siente que el calor de ella se cuela en la brisa fresca. Junto a Simónides, el poeta anciano, y Amonasro, el padre doliente de Aida, recorren Piazza juntos, pasan por el estudio cerrado de Ettore y se dirigen a la estación de tren de Adís Abeba.

El aire que barre la estación de tren cuando entra Ettore es espeso, está cargado de polvo viejo, gases fuertes y un tufo acre que le hace saltar las lágrimas a Hirut. Vuelve a bajar la tapa de la caja y se la pega al regazo. Se guarda la carta bajo el vestido. Nota cómo la esquina del sobre, gastada por el tiempo, le pincha el pecho como un dedo que indica precaución. Se supone que debe entregárselo todo. Ha querido deshacerse de los recuerdos que tiene de él y de esos años, pero conoce el valor de esa carta y, aunque puede que no sepa lo que dice, ha aprendido a descifrar el movimiento de la mano: la tensión o la apertura que se extiende, la generosidad o el egoísmo. Ha visto la caligrafía pequeña y perfecta que satura la única página y se imagina a un padre austero y estricto: a su propio padre con sus rayas precisas en el antiguo Wujigra que sigue lustrando cada día, la regularidad de la fila con las cinco marcas, la simetría de todo el conjunto.

Entiende qué representa la carta y por eso sabe que Ettore no tiene ningún derecho sobre ella, por todo lo que han perdido desde que él invadió su país, por todo lo que ha perdido ella, porque es una ladrona, y se ha visto forzada a tomar cosas con tal de corregir un equilibrio antinatural. Porque Aster tenía razón: las niñas como ella nacieron para encajar en el mundo, el mundo no se creó para amoldarse a ella. Porque están los que nacen para poseer cosas y los que han venido a mantener esas cosas en orden. Hirut respira hondo, deja la caja cerrada en el suelo, se alisa bien la carta contra la piel y se ajusta el vestido para ocultar lo mejor posible la cicatriz. Entonces aguarda.

Ettore entra y se queda parado, buscando, envuelto en la luz del crepúsculo. Está más viejo y estropeado, tiene el rostro lleno de arrugas labradas por los años y las preocupaciones, y en ese momento Hirut podría haberse ablandado, podría haber comprendido que el tiempo se abre camino de forma constante por el cuerpo, pero lo ve con esa pose rígida, con ese porte militar que él no ha olvidado: como si aún llevara el fusil y la cámara colgando. Y entonces tiene la certeza de que no recuperará la carta.

Hirut se vuelve, no sabe por qué tiembla.

Y cuando Ettore se mete en la estación con los hombros ligeramente alzados por el recuerdo de la cámara que ha hecho bien en no traer, ella se levanta. Por un momento, tiene que palparse el vestido para comprobar que lo lleva, que no está desnuda ante él, removiéndose del asco y la humillación mientras Fucelli ordena: Otra fotografía, *soldato*, saque otra.

Hirut se pone recta. Levanta el mentón y se queda mirando a Ettore,

entonces él se detiene y la ve: el reconocimiento y la vergüenza se abren paso a través de la luz y la sombra y reducen el espacio entre ambos. Y cuando da un paso en su dirección, nervioso y desorientado, Hirut saluda.

Él se detiene, casi tropieza, el valle se expande entre ellos y la pólvora se eleva en el aire para asfixiarlos a los dos, pero él sigue adelante como si hubiera estado esperando esto, como si hubiera estado preparándose para este momento desde la última vez que estuvieron cara a cara en el campo de batalla. Ettore va su encuentro como si el camino al perdón estuviera entre los dos, como si los años borraran las cicatrices, las fotografías y la historia, como si la mano que extiende para tomar la de Hirut pudiera resucitar a los muertos y devolver todo lo que él ha robado.

Él espera compasión, ella se da cuenta a través de la neblina de las antiguas batallas y el silencio de otro mundo. Espera que los años no hayan endurecido su furia. Espera acercarse como si él nunca hubiera llevado uniforme, como si no se hubiera amoldado a su forma. Esta es la verdad que quiere olvidar: que lo que se forja en el recuerdo se introduce en el hueso y el músculo. Siempre estará allí y nos perseguirá hasta la tumba.

Ettore debe mirar alrededor para cerciorarse de que no está Seifu cuando Hirut se levanta. Lo que siente es una presión constante en la espalda, la hoja de una navaja que le pincha entre las escápulas. Ya que cuando ella se pone en pie, se yergue y le hace el saludo etíope, él cree ver transformarse el rostro de ella en odio y repugnancia antes de pasar a algo que no es capaz de describir: el reconocimiento de algo que hay más allá de él. Si hubiera traído la cámara, podría haberlo capturado para estudiarlo luego. Ve la caja junto a sus pies, la que está llena de cartas y fotografías viejas, la que debe de contener la última misiva de su padre que espera, que sabe, que ella se llevara durante la emboscada, junto con esa imagen atroz de sí misma.

Ha traído otra fotografía para entregarle a cambio de la caja, la carta y todo lo que le ha quitado. Es una foto que tomó en un momento tranquilo entre ella y Aster. No saben que él está presente, del otro lado de la cárcel, ajenas a todo excepto a su conversación urgente. Hirut está bañada por la radiante luz del sol, los rayos adornan su cabeza. Se inclina hacia la otra mujer, con las manos agarradas a la alambrada, sin preocuparse por la incomodidad, insensible al metal afilado que se le clava en las palmas: una soldado resuelta a continuar a pesar del dolor. En ese momento él había mirado a Hirut, la había visto de verdad sin el filtro de la lente. Tú y yo, se

había dicho entonces, no somos tan distintos al fin y al cabo. Una presión constante se le había instalado en el pecho hasta que levantó la cámara para disparar.

Se había malinterpretado a sí mismo hasta que fue demasiado tarde. Había confundido la suave seguridad que sentía con ella con la inspiración de la cámara. Había confundido el corazón con el ojo. Se había convertido en el hijo de su padre, el hijo de un hombre que era un fantasma, atrapado entre lo que podía ser expresado y lo que debía permanecer en silencio, desapareciendo lentamente.

Pronuncia el nombre para sus adentros en la estación de tren: Hirut. Alarga la mano, lleva la fotografía de ella en el bolsillo de la camisa, el sudor le baña la nuca. Hirut, repite. Es un nombre y una petición de perdón, un sonido que cae a sus pies para despejar un camino que debe seguir.

Ettore ve que Hirut se mantiene firme, con la boca como una línea endurecida en un rostro hermoso. Él se echa a temblar, es incapaz de evitar que se le doblen las rodillas. Sabe que ella ve su mano tendida y, aun así, se niega a salir de la posición. Se niega a ser otra cosa que el soldado que siempre ha sido, incluso cuando fue prisionera. Los límites de los cuerpos son lo de menos: las palabras de hace tanto tiempo vuelven a él.

Hirut, vuelve a decir, seguro de que así es como se quebrará. Así es como un nombre revela una brecha en la tierra. Hirut. Y se permite avanzar. Saca la foto y se la extiende. Mira. Mírala, por favor.

Mira. Lo siento, como si eso fuera una disculpa, como si esas palabras fueran lo suficientemente fuertes para coser las heridas y volverla intacta.

Hirut niega con la cabeza, sigue con la espalda recta en la posición de saludo, y da un paso atrás. Quédate ahí, no te acerques.

Aunque no lo mira a él. Tiene la vista fija en una silueta improbable que ha cruzado las pesadas puertas de la estación. Se parece a Minim, pero él, su vecino, está en su casa, lejos de allí. Conque se convence de que es el emperador. Haile Selassie, también llamado Jan Hoy, Ras Teferi Mekonnen, también llamado «el sol para su pueblo». Es él. Hirut se queda paralizada en el saludo. No hay lógica que pueda equilibrar esa visión.

Fuera, las voces de los manifestantes se funden con las oraciones de los fieles y todo lo que oscila entre la crueldad y la devoción se revela ante ella: se manifiesta en un rey envejecido que viste como un campesino y en un antiguo soldado enemigo que repite su nombre.

Minim, dice ella, permitiendo que la confusión le invada y tome el

control. Minim. Entonces se corrige, porque sabe quién es. Jan Hoy, emperador Haile Selassie, Su Majestad, ¿cómo ha venido a parar aquí?

Se ha revelado una grieta en el mundo, el emperador está en el centro y oye a esa mujer que lo señala, conmocionada, y se dirige a él con una palabra como si fuera un nombre. Minim: Nada.

Minim, repite, como un juramento y una súplica, como si esa expresión fuera a absolver a su pueblo de su pasado y de las acciones futuras. Ese mismo pueblo que ha estado levantando el puño y gritando en la calle como si quisieran abollar el cielo.

Él se vuelve hacia Amonasro para preguntarle: ¿Es esta la criatura a quien pretendías salvar? Sin embargo, ya no está. Busca a Simónides, pero el poeta griego ha desaparecido. La única que queda es Zenebwork, que vibra con la rabia de esa mujer, se funde en ella y encuentra consuelo en sus contornos definidos.

Haile Selassie se vuelve hacia la desconocida. Se ha quedado atascada en el saludo rígido y alterna la mirada entre el emperador y un italiano en quien acaba de fijarse.

¿Espera a su padre? Se lo pregunta porque no está seguro de nada. Ni siquiera de quién es él en realidad, ataviado como un campesino mientras una mujer que empieza a resultarle vagamente familiar le dice que él no es nada para después lanzarle su multitud de nombres. Decide que la ha olvidado. La ha expulsado de los numerosos rincones de su cabeza, pero ella, desesperada por que la reconozca, se empeña en encontrar el modo de salir del mundo de los muertos y entrar en el de los vivos, con nombres.

¿La conozco? Tiene que ser eso. Seguro. Dígame cómo se llama para que pueda recordarla.

Ella ladea la cabeza: Me llamo Hirut, hija de Fasil y Getey, esposa orgullosa del gran Aklilu, madre agradecida de dos hijas fuertes, amiga íntima y vecina de la poderosa Aster. Luego señala al italiano estupefacto que hace reverencias nervioso. Él es un invasor. Si de veras es usted el emperador, dígale que se vaya.

El italiano se estremece y se queda mirándolo, luego agacha la cabeza.

¿Y quién es usted para decirme esto?, pregunta Haile Selassie a Hirut.

Soy soldado. Fui la valiente escolta del rey en la sombra.

Haile Selassie asiente lentamente. Y ahora hay otros que intentan sustituirme de nuevo, ¿lo sabía?

Hirut, no entiendo qué está pasando, pero te lo ruego, coge esta foto y

devuélveme mis cosas.

El emperador da la espalda al extranjero atónito de amárico perfecto y aprieta su mano vacía.

Hirut deja caer la cabeza y cruza los brazos sobre el pecho. Vete, le dice a Ettore. Vete ya de mi país. Cógela, añade pasándole la caja con los pies. Lárgate de aquí. *Vatene*, susurra. Aquí no eres bien recibido.

Pronuncia esas palabras a través de un abismo creciente que ha devorado lo que su corazón no es capaz de contener. En su presencia, Hirut lo reconoce como algo alarmante y familiar. Una nueva verdad y un engaño ancestral.

Hirut, lo siento. Hice cosas que no debería haber hecho. Cumplía órdenes, aunque también hice más cosas. La carta de mi padre, ¿está en la caja? ¿La tienes?

Ettore traga saliva, se seca los ojos y ella ve un atisbo fugaz del joven que fue, por el que sintió odio y compasión, aquel que le inspiró comprensión y un sentimiento inefable.

No me queda nada excepto lo que hay ahí, dice señalando la caja. Nada tiene sentido para mí excepto lo que hay en esta sala ahora mismo, pero debo irme. Permíteme que me lleve algo, te lo ruego. Y pronuncia su nombre con una familiaridad que siempre ha existido entre ellos, estropeada por los años y la guerra, pero que sigue intacta: Hirut.

Ella siente la mirada del emperador. Menea la cabeza, su mirada va de la caja a Ettore, de Ettore a ella, y de ella a su propia ropa andrajosa y a la mano que extiende al vacío.

Los muertos protegerán a los vivos, dice poco a poco Haile Selassie. Nos encontrarán cuando los hayamos nombrado uno por uno. ¿No es así, hija mía? Y asiente mirando a su mano vacía.

Hirut siente que algo emerge a la superficie, una emoción que siempre ha estado ahí, a la espera. Deja que salga, que le oprima el pecho y que florezca en la cabeza. Y en la amplia banda de luz que se cuela por las ventanas de la estación de tren, Hirut saca la carta y se la entrega a Ettore mientras empieza a decir:

Getey, Fasil, Aster, Nardos, Zenebwork, Siti, Tesfaye, Dawit, Beniam, Tariku, Girum, Amha, Bekafa, Bisrat, Desta, Befekadu, Saleh, Ililta, Meaza, Lakew, Ahmed, Eskinder, Biruk, Genet, Gabriel, Matteos, Leul, Hoda, Birtukan, Mulumabet, Estifanos, Hewan, Lukas, Habte, Mimi, Kiros, Mohamed, Wongel, Atnaf, Jembere, Imru, Senait, Yosef, Mahlet, Alem,

Girma, Gelila, Birtukan, Freiwot, Tiruneh, Marta, Harya, Hayalnesh, Mengiste, Zinash, Petros, Anketse, Sergut, Mikael, Mogus, Teodros, Checole, Kidane, Lidia, Fifi y Ferres y la cocinera, la cocinera, la cocinera, y a medida que pronuncia sus nombres, siente que se reúnen a su alrededor y la animan a continuar. Hirut, diles que fuimos el rey en la sombra. Fuimos quienes se adentraron en un país que se había quedado a oscuras debido a una plaga invasora e insuflamos una esperanza nueva al pueblo de Etiopía.

Hirut le da la espalda a Ettore, que está replegado en su duelo, aferrándose a la carta de su padre. Ella alza la cabeza al oír disparos y voces. Luego avanza hacia el emperador mientras los gritos que exigen su destitución surgen como un torbellino de nubes que sopla el viento.

Su Majestad, lo acompañaré a casa. Lo protegeré de esos de ahí fuera. Seré su escolta. Le coge la mano y la aprieta. Lo observa mientras él tiende la otra mano a su lado, al vacío y al tiempo.

Y cuando la puerta se cierra, Hirut se yergue y repite los nombres de quienes la precedieron, de quienes cayeron mientras ella se levantaba entre gases asfixiantes y continuaba corriendo, y permite que su memoria repose sobre sus hombros cual capa mientras saluda a los Reyes en la Sombra, a todos y cada uno de ellos, y una vez más levanta su Wujigra como una soldado temible y valiente. Luego el emperador y ella se van juntos al palacio.

Foto

Miradlas a las dos: esas mujeres que se apoyan en la alambrada mientras una se aferra a la valla como si fuera seda anudada. Mirad cómo titila la luz que pronto consumirá el campo enemigo y anunciará a un hombre que bajará el cerro corriendo, con piernas robustas y decididas, y agitándose con furia mientras grita el nombre de su hijo. Lo que se ve no explica lo que existe: Hirut y Aster apoyadas en la alambrada mientras la primera se agarra con las manos y la otra le dice: Esta noche vendrán a buscarnos, matarán a todos los guardias y nos liberarán, y tú debes estar lista, me lo ha dicho la cocinera. Y cuando Hirut se vuelve para que los rayos formen un halo a su alrededor como una llama resplandeciente, ¿qué puede ver el ojo sino una joven que busca consuelo en la calidez del sol de la tarde? ¿Qué sabe el ojo de su única petición: Dejadme matar al fotógrafo a mí? ¿Qué puede ver la cámara en su compasión final y en la rabia de toda una vida que por fin liberará cuando entregue la carta de un padre a su hijo? ¿Qué puede saber Ettore, al fin y al cabo, de las distancias cruzadas y las promesas mantenidas, de esos sentimientos no expresados que la futilidad del vocabulario le ha impedido liberar? Qué sabe él aparte de lo que ve mientras contempla a esa joven que coge la seda anudada como si hubiera nacido para ser envuelta en ella: una belleza incognoscible y feroz, lo suficientemente fuerte para atravesar el hueso, instalarse en un corazón y partirlo para siempre.

Nota de la autora

Las primeras historias que oí sobre la guerra entre la Italia fascista y Etiopía me llegaron a través de mi abuelo. Sus anécdotas se centraban en los heroicos combatientes etíopes poco equipados que lucharon contra un ejército europeo moderno. Mientras me hacía mayor me imaginaba a hombres estoicos y majestuosos como mi abuelo, que se enfrentaron a tanques y artillería sofisticada con armas anticuadas, y que ganaron. No fue hasta mucho después cuando descubrí la historia de Getey, mi bisabuela.

Apenas una niña, se casó pero era demasiado joven para vivir con un hombre adulto. Cuando el emperador Haile Selassie ordenó a las familias que enviaran a su primogénito al ejército, ella se ofreció porque era la hija mayor; sus hermanos eran demasiado pequeños. Su padre se opuso y cuando le entregó a su marido el fusil para que representara a la familia, ella puso una demanda para conseguir el arma. La ganó y, frente a los jueces, recuperó el fusil y empezó a cantar las orgullosas canciones de los soldados etíopes que enumeraban su infinidad de puntos fuertes y su valor. Se alistó en el ejército y fue a la guerra.

Mi bisabuela representa uno de los muchos agujeros de la historia africana y europea. *El rey en la sombra* cuenta la historia de esas mujeres etíopes que lucharon junto a los hombres, que hasta hoy han seguido siendo líneas marginales en documentos descoloridos. Lo que he llegado a entender es lo siguiente: la historia de la guerra siempre ha sido masculina, pero en el caso de Etiopía no fue así, y no lo ha sido nunca en ninguna forma de lucha. Las mujeres han estado ahí y seguimos estando.

Agradecimientos

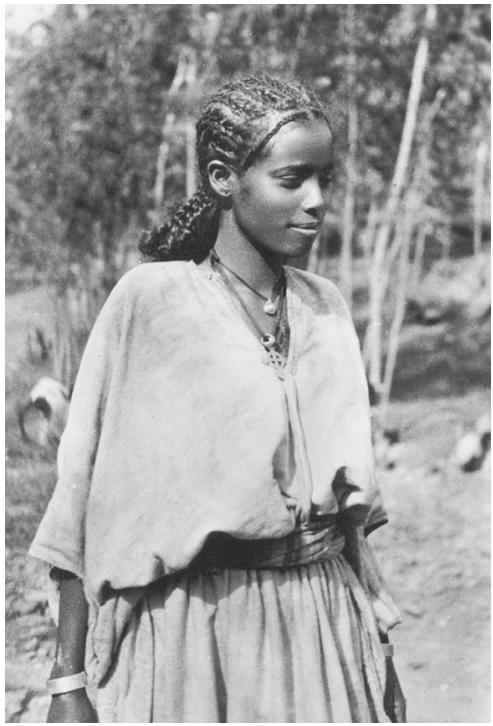
Esta es una obra de ficción. Los sucesos históricos y la cronología se han alterado o condensado con fines narrativos. Todos los años dedicados a escribir esta novela me han llevado a historias que no sabía que existieran ni que fueran mías. Debo dar las gracias a muchas personas por cada paso en el camino. Esta lista no les hará justicia, pero es mi humilde intento.

Mi primera introducción a esta historia llegó con los relatos de mis padres y familiares, con todos aquellos etíopes que se negaron a permitir que muriera y, al contarla una y otra vez, mantuvieron a los muertos con vida. Las primeras páginas las escribí en una residencia, The Santa Maddalena Foundation, por medio de la invitación de Beatrice Monti della Corte. Gracias, Beatrice, por compartir tus recuerdos. El Programa Fullbright y todo su equipo de Roma me abrió sus puertas y me brindó oportunidades transformadoras mientras respondía a mis preguntas más tediosas. Sandro Triulzi, mi asesor de documentación en Italia, y Paola Splendore, su mujer, me guiaron hacia nuevos descubrimientos, me presentaron a quienes podían responder más preguntas y me invitaron a comidas abundantes en historias y risas.

En la primera etapa de este libro, la Emily Harvey Foundation fue un regalo. Shaul Bassi y la Università Ca'Foscari de Venecia lograron que me sintiera como en casa en esa preciosa ciudad y me concedieron el tiempo y el espacio necesarios para documentarme y escribir. En Puycelsi Writers Retreat encontré el retiro perfecto y unas vistas espectaculares desde donde empecé a revisar. Tarekegn Gebreyesus, Debrework Zewdie, Ruth Iyob, Gabriel Tzeggai, Ruth Ben-Ghiat, Shiferaw Bekele, el difunto Abiye Ford y muchos más me proporcionaron unos consejos y recursos inestimables. Dos mujeres increíbles, Deb Willis y Ellyn Toscano, me apoyaron me escucharon y me empujaron a nuevas maneras de ver imágenes y hablar de ellas y nunca permitieron que olvidara la auténtica alegría de la documentación. Mis fantásticos colegas en el máster de Escritura Creativa y Traducción Literaria de Queens College me dieron su apoyo y comprensión durante todo el proceso y fueron una gran ayuda para combatir el estrés.

A los que nunca preguntaron: ¿aún no has acabado? Gracias. A los que sí, no pasa nada.

A mis lectoras –Laila Lalami, Maud Newton, Sabina Murray– que lo dejaron todo cuando acudí a ellas con un borrador y amablemente me ofrecieron sus comentarios impagables, os debo una. Quiero dar las gracias de manera especial a quienes me animaron, me dieron consejos sinceros, me abrieron sus casas y compartieron muchas comidas durante todos los años en los que escribí este libro: Mylitta Chaplain, Sarida Scott Montgomery, Tedros Mengiste, Anketse Debebe, Jennifer Gilmore, Elif Batuman, Mona Eltahawy, Emmanual Iduma, Chiké Frankie Edozien, Robert Rutledge, Cheryl Moskowitz, Diana Matar, Molly Roden Winter, Alessandra di Maio, Harya Tarekegn, Hayalnesh Tarekegn, Genet Lakew, Hiwote Kenfe, Awam Ampka, Gunja Sengupta, Jeff Marowits, Yasmine El-Rashid, Alberto Manguel, Craig Stephenson, Gregory Pardlo, Jeff Pearce. A Juan y Nelly Navarro, por vuestra generosidad y bondad a lo largo del tiempo. A Marco, mi amor, que fue todo eso y muchísimo más, que creyó en mí a lo largo de sucesivos borradores, en noches interminables y que se quedó despierto sólo para hablar: lo hemos conseguido.

Mi más profundo agradecimiento a Jill Bialosky, mi editora, que esperó con paciencia, leyó con atención y editó brillantemente. Y a Lynn Nesbit, mi agente, que estuvo ahí, creyó en mí y me alentó cuando a veces me fallaban las fuerzas.

A esas mujeres y chicas de Etiopía que no permitieron que la historia las borrara por completo, que cuando las busqué se pusieron en pie y se dieron a conocer. Os veo. Siempre os veré.